

araucaria

de Chile



araucaria

de Chile

Nº 43 - 1988





Director:
Volodia Teitelboim

Secretario de Redacción:
Carlos Orellana

**Consejeros
y colaboradores:**

Jorge Enrique Adoum, Margarita Aguirre, Carlos Albrecht, Fernando Alegría, Clodomiro Almeyda, Isabel Allende, Nemesio Antúnez, Mario Benedetti, José Balmes, Gracia Barrios, Gustavo Becerra, Mario Boero, Leonardo Cáceres, José Cademátori, Alfonso Calderón, Javier Campos, Orlando Caputo, Hernán Castella, no Girón, Carlos Cerda, Armando Cisternas, Patricio Cleary, Marcelo Coddou, Francisco Coloane, Julio Cortázar (+), Santos Chávez, René Dávila, Guido Decap, Luis Enrique Délano (+), Poli Délano, Jorge Díaz, Humberto Díaz Casanueva, Eugenia Echeverría, Vladimir Eichin, Juan Armando Eppele, Víctor Farías, Eduardo Galeano, Gabriel García Márquez, Claudio Giaconi, Ruth González Vergara, Alexis Guardia, Patricio Hales, Marta Harnecker, Guillermo Haschke, Manuel Alcides Jofré, Fernando Krahn, Raúl Larra, Miguel Lawner, Miguel Littin, Hernán Loyola, Sergio Macías, José Mal-

sumario

A los lectores	5
De los lectores.	6

<i>El general Pinochet en los infiernos</i> (Manuel Vázquez Montalbán), pág. 13 / <i>No hemos venido a enterrarte, Pablo</i> (Radomiro Tomić), pág. 14 / <i>Cultura y política</i> (Orel Viciani) .	18
---	----

la historia vivida

Volodia Teitelboim: <i>En el país prohibido</i> . Una anotación larga y vibrante (Francisco Umbral)	27 40
--	----------

nuestro tiempo

Carlos Fuentes: <i>La guerra que nos concierne a todos</i>	43
La editorial «Nueva Nicaragua» (Hortensia Moreno)	50
Juan Jorge Faúndes: <i>Colombia alucinante</i> .	55

exámenes

Jaime Massardo: <i>La originalidad del pensamiento de Mariátegui</i>	69
--	----

calas en la historia de Chile

Hernán Soto: <i>Relaciones chileno-soviéticas. Un capítulo de su historia</i>	81
---	----

aniversarios

César Vallejo. <i>Cincuenta años después</i> (Alfredo Pérez Alencart-José Antonio Bravo-Rafael Arenas)	97
--	----

conversaciones

Juan Armando Epple: « <i>Actas</i> »: entre la memoria y el sueño (Conversación con Patricio Manns)	107
---	-----

temas

Fernando Alegría: « <i>Azul</i> »..., <i>Darío en Chile</i>	117
Lihn (Carlos Orellana).	125
Jaime Concha: <i>Los «Cantos» darianos como conjunto poético</i>	129
Luis Cifuentes: <i>Los años de la esperanza. En torno a una conversación con Inti Illimani</i>	145
Caerse dos veces (Iván Ljubetic)	158

textos

Rafael Arenas: <i>Marta</i>	165
Carlos Decap: <i>Bar Chile</i>	185
Guido Decap: <i>Poemas</i>	191

crónica

<i>El retrato hablado de un sabueso</i> (Marcelo Mendoza), pág. 201 / <i>El «abogado del Partido Comunista»</i> (Orlando Millas), pág. 204 / <i>Varia intención</i> (El autor preferido de Reagan - Araucaria araucana - Cumpló órdenes - Mauricio Electorat: «Un buey sobre mi lengua» - Arrau en Granada)	207
---	-----

notas de lectura

La represión política en Chile - Tribunales chilenos y Derecho Internacional de Derechos humanos - La Philosophie en Amérique Latine - Los de entonces - Oxido del Carmen - Gracias, señor - Tierra de hojas - La isla, el reino, el sueño	213
--	-----

Las fotografías que ilustran el número son de *Leonor Vicuña*, que vive en París en la actualidad. La que se reproduce en la portada lleva por título «Autorretrato» (Lima, Perú, 1981) y la de la contraportada, «Donde Miguel» (Santiago, 1982).

Los dibujos son de *Pedro Sepúlveda* y forman parte de la serie «Historias de Chile». El pintor vive en Rancagua, Chile (V. *Araucaria*, N.º 27).

davsky, Patricio Manns, Roberto Matta, Eugenio Matus Romo, Gabriela Meza, Julio Moncada (+), Augusto Monterroso, Jacqueline Mouesca, Eugenia Neves, Osvaldo Obregón, Agustín Olavarria, Carlos Ossa, Carlos Ossandón, Alfonso Padilla, Patricio Palma, Isabel Parra, Claudio Pérsico, Olga Poblete, Fernando Quilodrán, Mauricio Redolés, Osvaldo Rodríguez Musso, Miguel Rojas Mix, Grinor Rojo, Luis Rubilar, Omar Saavedra, Ernesto Sábato, Cecilia Salinas, Augusto Samaniego, Federico Schopf, Antonio Skármeta, Rubén Sotoconil, Radomiro Spoto, Bernardo Subercaseaux, Arturo Taracena, Eugenio Tellez, Mario Toral, Armando Uribe, María de la Luz Uribe, Juvencio Valle, Hernán Villablanca, Sergio Villegas, Sergio Vusković, Oscar Zambrano, Raúl Zurita.

Comité permanente:

Ligeia Balladares, Luis Bocaz, Pedro Bravo Elizondo, Jaime Concha, Osvaldo Fernández, Pamela Jiles, Omar Lara, Luis Alberto Mansilla, Alberto Martínez, Guillermo Quiñones, Hernán Soto, José Miguel Varas, Virginia Vida.

Diseño gráfico:

Fernando Orellana.

EDICIONES MICHAY.

Arlabán, 7, of. 49 / Teléfono: 532 47 58 / 28014-Madrid (España).

ISBN: 84-85594.

ISSN: 0210-4717.

Depósito legal:

M. 20.111-1978.

Catálogo de la Biblioteca del Congreso (Washington): N.º 80-642682.

Impresores:

Graficincio, S. A. / Eduardo Torroja, 8 / Fuenlabrada (Madrid).



La fulminante victoria popular en el plebiscito del 5 de octubre ha marcado tan profundamente al país, que hoy es ya inevitable hablar de un *antes* y un *después* para situar correctamente el análisis de casi cualquier hecho de la vida política y social chilena.

Pero por grande que haya sido el salto histórico que se dio, sería muy grave pensar que el problema del tránsito de la dictadura a la democracia está ya resuelto. Las dificultades son, al menos, tan grandes como los avances que se puedan haber conseguido con el triunfo en las urnas. La principal de ellas está asociada al hecho de que Pinochet esté todavía allí, en plena posesión de sus facultades y poderes. El que se haya convertido, según la afortunada frase de un analista político, en «caricatura de sí mismo» como producto de la formidable derrota política que se le propinó, no le quita sino una parte de su peligrosidad. No hay razón para pensar que quien no ha vacilado en echar mano de los peores recursos para asegurarse la posesión absoluta del poder, vaya ahora a renunciar a la menor coyuntura que pudiera serle favorable para perpetuarse en él.

En una buena medida, lo que pueda ocurrir con Pinochet tiene que ver con la sagacidad pero también con el carácter de las decisiones políticas de la oposición a su régimen. Están equivocados quienes piensen en este conglomerado que las etapas que vienen son de caballeresco y razonable diálogo con un interlocutor cuyo perfil e identidad, dos meses después del evento plebiscitario, ni siquiera son conocidos. La capacidad de persuasión de los partidos democráticos está en relación directa con su potencial político efectivo, pero éste tiene que ver no sólo con la fuerza moral que surge de su triunfo en el plebiscito, sino con su capacidad de movilización y de lucha, es decir, con su aptitud para apoyarse en las acciones y los pronunciamientos políticos de masas, aval necesario y a menudo obligatorio si se quiere dar validez y eficacia a las negociaciones.

Lo anterior supone, además, voluntad de concertación, aceptación del hecho de que la victoria electoral no puede ser concebida con los criterios de la sociedad dual, que reserva el buen rincón para unos privilegiados, arrojando a los excluidos al ostracismo.

Lo menos que se les puede pedir a los partidos chilenos y a sus dirigentes es que traten de actuar, en el difícil período que nos va a tocar vivir, con las mismas cualidades de cordura, energía, madurez e inteligencia políticas que mostró de modo tan ejemplar nuestro pueblo en la jornada de octubre.

de los lectores

Esta es una carta-despedida y como toda carta de este tipo tiene la contradicción entre la pena de la partida y la alegría de volver a Chile. Nunca imaginé que me tocaría vivir catorce años de Europa y, sobre todo, en Alemania. Vuelvo con la tristeza de dejar aquí a mi hija mayor; con la satisfacción y el orgullo de haberme desarrollado científicamente, de haber cumplido profesionalmente con la publicación de cerca de treinta trabajos científicos y un libro de mi especialidad; con la pena de dejar en este país muy buenos amigos (antiguos y nuevos); pero con la alegría de volver a incorporarme modestamente a la lucha contra la dictadura. En Santiago tengo ya conseguida una media jornada de clases en un instituto privado; ya instalado allá espero obtener otra media en alguna otra institución. Estoy optimista y creo que sobreviviremos. Hoy partieron mis libros. Se juntaron más de mil doscientos volúmenes en estos catorce años. Entre ellos, 40 números de **Araucaria**, que tanto ha significado para mí en el exilio. Espero que me sigan mandando la revista a Chile a la dirección que les estoy indicando.

C. F. (Bonn, R.F.A.)

Les enviamos estas cortas pero sentidas líneas que son, en primer lugar, de un gran saludo para ustedes, y en segundo, para despedirnos, ya que el próximo 14 de octubre estaremos viajando de vuelta a Chile. Está demás decirles que fuimos fieles lectores y promotores de tan buena revista y que seguiremos siéndolo en nuestro país. Nos sentimos felices de poder despedirnos de ustedes con la perspectiva de reencontrarnos tal vez pronto en Santiago.

Verónica Gutiérrez / Rodrigo Molina (Montreal, Canadá)

Les mando con algunos meses de retraso mi orden para renovar la suscripción de la revista. El correo devolvió mi carta porque yo me había equivocado en la dirección. Les pido excusas por la demora. La revista está cada vez mejor.

Danilo Poklepovic (San José, Costa Rica)

En un número reciente de una revista mexicana me encontré con el facsímil que les acompaño. Me llamó inmediatamente la atención porque es

la reproducción de un impreso que debe datar de los años 32 o 33. Una velada histórica: Neruda y Vallejo en un recital conjunto ofrecido en París. No deja de ser curioso que la sala donde se ofreció el recital funcionara —el número 7 de la rue du Faubourg Poissonnière— en un edificio situado exactamente frente al número 6 de la misma calle, donde, según el artículo «Al cabo de diez años» que leí en el número 40 de *Araucaria*, funcionó unos cuarenta años después la oficina de redacción de la revista. Me pareció que el dato tenía que resultarles algo más que interesante, así que me permití enviarles el recorte con el facsímil.

L. D. (México, D. F.)

Casi no necesitamos decir que más que interés, el descubrimiento de nuestro lector nos produce algo cercano a la emoción. Agradecemos el envío y lo reproducimos.

Maison de la Culture

CE SOIR A 20 H. 30 - SALLE POISSONNIERE

7, rue du Faubourg Poissonnière

le grand poète chilien

le grand poète péruvien

Pablo NERUDA Cesar VALLEJO

évoqueront la figure de

Federico Garcia LORCA

le grand poète de l'Espagne d'aujourd'hui

Jean CASSOU et Robert DESNOS

présenteront

Pablo NERUDA

Entrée • 4 francs

En Belgrado también se pueden encontrar araucarias, me refiero a las vegetales. Se trata de que en una florería del centro venden la «planta», ya que no se puede hablar de «árbol»: tienen sólo alrededor de siete años y llegan apenas al metro de altura. Aquí importan la semilla y la plantan y la venden, como otras, para la decoración interior. El vendedor me dijo que ni siquiera en la costa adriática se pueden tener afuera, ya que el viento frío que sopla durante cierta época las destroza. Su precio es de aproximadamente treinta dólares.

Hace tiempo que no veo en la revista esos índices generales donde ordenaban por autores y por materias los artículos publicados en los años anteriores. A veces he necesitado buscar tal o cual tema y, por no disponer de esos índices, he tenido que hacer fatigosas revisiones prácticamente

número por número. ¿No sería posible, ahora que acaban de cumplir diez años, publicar un índice general detallado de la totalidad de los números publicados?

Marco Bartecevic (Belgrado, Yugoslavia)

Estamos justamente preocupados por el tema que nos plantea y nos hemos dado a la tarea de ordenar un índice general (por autores y materias de la totalidad de lo que hemos publicado en estos ya casi once años. Si la suerte nos es propicia, lo publicaremos en el número correspondiente al último trimestre del presente año.

He visto en varios números anteriores cartas de lectores que, de una u otra forma, aprovechan la posibilidad de disponer de espacio en su revista y le rinden algún homenaje a Valparaíso. Yo soy antofagastina y me gustaría que **Araucaria** se hiciera también eco de mi ciudad de algún modo. Tal vez una forma pudiera ser la publicación del poema que le mando junto con estas líneas.

Victoria Vargas (Leningrado, URSS)

Antofagasta dormida

*Te recuerdo, Antofagasta,
Más real aún,
Más fantástica que antes.*

*Tendiendo tu espada
Fabulosa de plata
Sobre la arena fulminante
De la playa.*

*Y salías lenta
Con tus personajes
Saltando los cerros en tinieblas.
Con un baúl senil
Entre tus manos metálicas.*

*Pero tus ojos
Iban siempre semiabiertos,
Semicerrados.
Con tu luna semiclara.
Con tu sonrisa semimágica.*

*Y me parecías, Antofagasta,
Una muñeca gigante de mármol*

*Con quien quería jugar
Y te volvías grave.
A quien deseaba poseer,
Poseía. Y no eras mía.*

*(Tu madre fue la fábula
De los que un día perecieron
Y no alcanzaron
A recoger consigo sus almas.
Y rondan aún por la carne
Seca de la tierra nortina
Porque quedaron allí
Desenterrados.)*

*La brisa nocturna de Antofagasta
Era la última en fugarse
Por el cobertizo siniestro
de La Portada.*

*Cuando el día
Va quedando rezagado
En el firmamento estático*

*Ya eras, Antofagasta,
Una viejecita solitaria
balbuceando
Inquieta todo aquello
Que te hizo
Que se explayaran cruel
Por tu frente,
La irremediable cantata
De los años.
Con tan temprana alborada
Sobre tus espaldas.*

*Antofagasta, ¿Es posible
Que aún estés dormida?*

*Es posible
Que hayas quedado inerme
Junto a las huellas*

*Indelebles de mi niñez,
Persiguiendo soñolienta,
Eternamente indefensa y frágil
Aquel fantasma
Que quebró tus alas?!*

*Aquel mismo demonio
Que robaba el azul de mi sueño.
Cuando sólo habían transcurrido
Tres tiernas primaveras
Por mi piel de leche.*

*Antofagasta, Criatura lánguida.
¡Contéstame!*

*Aún te quedas dormida
Sobre la luz de la neblina
Del océano?*



SOBRE OMISIONES Y ERRORES

En el artículo «Ciencia, tecnología y subdesarrollo. Sus manifestaciones en Chile», publicado en el número 42 de la revista, omitimos indicar que su autor, el Dr. Felipe Cabello, es un científico chileno radicado en los Estados Unidos. Es profesor e investigador en el Departamento de Microbiología e Inmunología del Nueva York Medical College del Estado de Nueva York.

Diversos lectores nos han consultado sobre la identidad del fotógrafo cuyos trabajos ilustraban las portadas y una buena parte de las páginas interiores del número 42. Aclaremos que Rodrigo Rojas es un profesional chileno que vive en París y es una pura casualidad la circunstancia de que su nombre coincida con el de Rodrigo Rojas Denegri, el joven fotógrafo quemado vivo por los militares de Pinochet en julio de 1986.

Otra aclaración que hacemos a petición de algunos lectores: la foto de Rojas que se reproduce en la contraportada del número muestra el árbol de la Marinita en el Parque O'Higgins de Santiago, una de las más famosas «animitas» de nuestro país.

En cuanto a Regina Godoy, de quien se reproducen también algunas pinturas, satisfacemos algunos interrogantes sobre su identidad: nacida en 1944 en el seno de una familia modesta de San Miguel, sale al exilio

en 1975, y es sólo en 1981 que logra realizar, por primera vez, uno de sus anhelos de infancia: estudiar artes plásticas. Ese año, y hasta 1984, estudia en la Academia de Bellas Artes de Bruselas, Bélgica, y con posterioridad, durante dos años, estudia en el Taller de Arte Mural en una academia de la localidad de Anderlecht del mismo país. En el exilio, según nos relata en una carta, se ha desarrollado intelectualmente hasta llegar a ser una persona completamente nueva y diferente, sin dejar por eso de ser la misma chilena combatiente y modesta que era en su país.

Y ya que abordamos el tema de nuestros colaboradores gráficos, nos parece útil publicar un texto alusivo a la fotógrafa Leonora Vicuña, cuyos trabajos reproducimos en el presente número. Lo escribió el poeta Armando Rubio —hoy fallecido— a propósito de una exposición de la artista realizada en Santiago en noviembre de 1980. Dice lo siguiente:

«... Alguien arroja los dados sobre la mesa, y como en un caleidoscopio surgen las imágenes de Leonora: fragmentos, vagas sospechas de una ciudad brumosa que despierta, asomándose apenas... Todo un rumor de voces en sordina: anónimos habitantes de esas márgenes oscuras donde relampaguean íntimos puñales y acechadoras pupilas.

Leonora irrumpe en esos ámbitos y rescata algunos vestigios de esa ciudad antigua que canta. Allí aparecen inviolados aquellos rostros secretos, definitivos, sorprendidos en su fuga por la pupila fotográfica. No la noche sórdida y perezosa de un Santiago ya sin capa, sino la otra noche, la ilusoria, la noche poblada de rincones y espectros que deambulan por las calles bajo el embrujo de ocultos sortilegios y de viejos ángeles con sombrero, que beben junto a las mesas, juegan a los dados o esperan la llegada del alba en el bar de la Estación.

Fantasmas todos, sueños, sombras, nada.

Imágenes para una ciudad que ya no existe.»



Bar El Congreso. Santiago, 1982



MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

El general Pinochet en los infiernos

Miles y miles de muertos, el envilecimiento de un ejército, de unos funcionarios de orden público dedicados sistemáticamente al desorden de la tortura privada y la paliza pública, la división de un pueblo entre los que comen y los que no comen, convertir un país en emblema universal de la barbarie, forzar al exilio y a la amenaza de autodestrucción moral a miles de personas..., y todo para esto, para no poder ganar un plebiscito a un enemigo al que sólo se le ha dejado un brazo libre un mes antes del día de las elecciones. Un brazo libre.

Sólo un brazo, la oposición chilena ha condenado al general Pinochet al infierno del ridículo histórico, el único infierno que le faltaba en su colección completa de infiernos. Los que pudimos verle disfrazado de abuelito y de viejo paisano chistoso corremos el riesgo de haber contraído una colitis crónica de imposible terapéutica, por más avances que haga la ciencia. La breve marcha de Pinochet desde su silueta de matarife a la de bonadoso aspirante a presidente democrático ha sido una de las fantochadas históricas más inexplicables ¿Quién ha sido el asesor de imagen?

¿Quién ha sido el asesor de tanta macabra inutilidad? ¿Quién metió en esos sesos trapezoides la idea de que iba a ser el salvador de Chile y de Occidente? ¿Quién le dijo que había llegado el momento de cambiar de imagen, vestirse de paisano y sustituir la bomba incendiaria por el chiste televisivo o la caricia de viejo ex verdugo sobre las cabecitas de los hijos de sus víctimas? Sospecho que sus asesores han sido siempre los mismos, dentro y fuera de Chile, pero sobre todo fuera de Chile. Entre sus asesores contó siempre, por ejemplo, con otro sarcasmo hecho hombre: Henry Kissinger, premio Nobel de la Paz, uno de los urdidores fundamentales del golpe contra Allende. Y a la vista del resultado de quince años de tan preclara asesoría, en la hora baja de los sesos trapezoides rotos por la carcajada ajena y universal, al general Pinochet habría que recordarle la vieja sentencia: Dios te guarde de tus amigos y tú cuídate de tus enemigos. Y sobre todo cuídate de ti mismo, ¡oh Augusto!

Manuel Vázquez Montalbán es uno de los más conocidos escritores españoles del presente. Es autor de numerosos libros: novelas, libros de crónicas, poemarios.

No hemos venido a enterrarte, Pablo

«Vine a enterrar a César y no a elogiarlo», son las palabras que Shakespeare puso en boca de Marco Antonio, como recurso retórico para orientar al pueblo confundido y vacilante junto al cadáver del gran asesinado... Asesinado por la ambición y el ánimo de venganza de sus enemigos, pero también por la ceguera de quienes eran — ¡porque era natural que así lo fueran! — sus amigos. Los «Idus de Marzo» de aquel lejano drama tienen alguna similitud con la tragedia del 11 de septiembre en que la democracia chilena fue barrida a sangre y fuego por el odio furioso de los enemigos, internos y externos, del gobierno constitucional que presidía Salvador Allende, pero también por el sectarismo suicida de no pocos de sus sostenedores y simultáneamente por la carencia de visión y de sentido de la historia de muchos de sus adversarios, que no percibieron que la caída de Allende significaría la destrucción de los fundamentos mismos de la democracia, honor y salvaguardia del pueblo chileno, y su sustitución por el terror masivo, la metralleta, la drástica reducción en el nivel de vida de cuatro millones de trabajadores y el enriquecimiento obscuro de un puñado de grandes capitalistas nacionales y de un grupo de transnacionales extranjeras que, por una fracción apenas de su valor real y al amparo de los fusiles que clausuraron el Congreso, se han adueñado ya de una parte sustancial del patrimonio industrial acumulado por el país en el último medio siglo; y de una proporción amenazadora de los más valiosos recursos naturales del territorio patrio.

Quince años es el tiempo transcurrido desde entonces, denso de sangre y lágrimas y sufrimientos para los pobres y los sectores medios; de frustración para los jóvenes; de humillaciones en la dignidad personal y cívica de la inmensa mayoría de los chilenos y en especial de aquellos que anhelan y combaten por el término de la dictadura.

Es este el marco que da sentido a nuestra presencia esta mañana, en el Día de la Poesía, en el Encuentro Internacional por el Arte, la Ciencia y la Cultura organizado por «Chile Crea», en la casa de Pablo Neruda.

«Vine a enterrar a César y no a elogiarlo...». ¡NO! «Enterrar» es llorar lo perdido para siempre; someterse a lo aparentemente irremediable y des-

Radomiro Tomic, ex-parlamentario demócratacristiano, candidato a la Presidencia del país en las elecciones de 1970. El texto que publicamos corresponde al discurso pronunciado por él el día de homenaje a Pablo Neruda dentro del marco de la celebración del torneo «Chile-Crea».

pedirse del mañana y su esperanza. ¡NO! No es nuestra actitud al recordar a Neruda y Allende; al general Schneider, al general Prats y al general Bachelet; a José Tohá y a Víctor Jara; a Orlando Letelier y a Tucapel Jiménez; a los sacerdotes asesinados y a los fusilados de Calama, Antofagasta y Copiapó; a los profesores degollados y a los jóvenes quemados vivos, y a los centenares de miles de víctimas directas de la dictadura según las angustiosas estadísticas de la Vicaría de la Solidaridad. ¡NO! No es lo que Neruda y Allende y con ellos todas las víctimas de estos años siniestros nos exigen. Desde el fondo de nuestra historia no es lo que los grandes chilenos que hicieron a Chile en un arco que va desde O'Higgins hasta ayer, nos demandan en esta hora. No es lo que necesitan esos millones de niños y de jóvenes, que ahora mismo esperan, en el umbral de la infancia o de la adolescencia, el tipo de Patria en la cual han de vivir. ¡No es lo que se propone «Chile Crea», en cuyo nombre tengo el honor de hablar, en su rotunda opción por la Vida y la Esperanza! ¡No es lo que Chile ansía de este «Encuentro Internacional del Arte, la Ciencia y la Cultura por la Democracia en Chile»! ¡No es lo que nos reúne esta mañana en la misma casa en que hace quince años trajimos el ataúd de Pablo Neruda, teniendo que pisotear los vidrios despedazados cuyo crujido siniestro aún siento en mis oídos, y ver miles de fotografías esparcidas en el lodo y vadear el agua de las acequias desviadas la noche anterior por el odio babeante de los «vencedores» para inundar la casa y la calle del mayor de los poetas de Chile y de América Latina al cual intentaban ultrajar también después de muerto.

No éramos muchos los que aquella mañana formamos el cortejo que acompañó a Neruda hasta el Cementerio General, encuadrados por el brillo acerado de las metralletas; y al término de la breve ceremonia la mayor parte de los jóvenes tuvieron que dispersarse apresuradamente entre las tumbas para evitar la mano de hierro amenazante. Quince años han pasado. «Los pobres sufren lo que deben», escribió Tucídides hace ya 25 siglos y desde entonces generación tras generación, en donde quiera que hayan gobernado sátrapas y tiranos en nombre del poder de las armas, del «Derecho Divino», de la «Cuna» o del Dinero (que Papini describía como lo «que sale del oficio excremental de Satanás»), los pobres y los débiles han debido sufrir atropellos cotidianos a sus derechos esenciales como personas humanas y como hijos de Dios. «¡Los pobres sufren lo que deben!...» es la realidad que las armas han impuesto en Chile desde hace quince años bajo el gobierno que preside el general Pinochet, quien hasta la madrugada del 11 de septiembre de 1973 ejercía el cargo de Comandante en Jefe del Ejército, cargo para el cual había sido designado porque contaba con la confianza exclusiva del Presidente de la República, Salvador Allende.

El «golpe de mar» que ha sumergido a Chile durante los quince años siguientes, pareció que arrancaría las raíces mismas de la valiosa tradición democrática chilena en el orden civil, y que, en el orden militar, pervertiría perdurablemente la antigua noble conciencia, prevaleciente entre los hombres de armas, de los límites patrióticos a que está sujeto el «poder que sale de la boca del fusil»; límites que empiezan con el acatamiento a la soberanía popular. Quince años han pasado, pero así como la fuerza telúrica presiona desde el fondo del Océano que bordea a Chile

y lo alza año tras año, milímetro a milímetro hasta hacerlo emerger sobre las aguas y transformarse en tierra firme, así también el ansia de libertad y democracia que está en la raíz del alma nacional, y el sentido patriótico de los límites que el patriotismo impone a la función específica de las Fuerzas Armadas y que muchos hombres conservan como su más gloriosa herencia, han hecho emerger, aquí y allá, en estos quince años, algunos signos de que Chile volverá a ser Chile. No en balde Bolívar predijo que si algún país de América Latina podría organizar su vida en democracia y libertad, sería Chile. No en balde el Libertador Bernardo O'Higgins prefirió renunciar a su cargo como Director Supremo para no manchar el suelo patrio, ni la bandera patria ni su honor de soldado con la sangre de chilenos en lucha fratricida. No en balde el indómito pueblo araucano, fundador de la raza chilena, resistió 300 años la dominación extranjera. No en balde Portales, el genial estadista fundador de la República hizo del «gobierno impersonal» —en palabras suyas y con su propio ejemplo— el fundamento mismo del Estado. No en balde el general Baquedano, vencedor en la Guerra del Pacífico e ídolo de sus oficiales y de su tropa, postulado en un momento como candidato a la Presidencia de Chile, aceptó con suprema dignidad de patriota y de soldado no apoderarse por las armas del poder civil, para lo cual probablemente le hubiese bastado dar una orden. No en balde el general Ibáñez, a pesar de contar con el apoyo de las Fuerzas Armadas y del Cuerpo de Carabineros que él mismo había creado, renunció al mando supremo, en julio de 1931, para evitar que ahondara el enfrentamiento sangriento que ya había comenzado entre la civilidad y la dictadura que él ejercía desde hacía cuatro años. No en balde en septiembre de 1932, frente a la sucesión de minigolpes de Estado en que nueve gobiernos distintos ocuparon La Moneda en poco más de cien días, fueron la Guarnición Militar y el Cuerpo de Carabineros de Antofagasta, seguidos por la de Concepción y otras provincias, las que notificaron al Gobierno Militar de entonces que los hombres de armas deseaban volver a sus cuarteles y reconocer al pueblo como única fuente legítima de poder. No en balde el honor militar y la lealtad republicana movieron a las Fuerzas Armadas a rechazar los llamados desesperados que les hicieron los vencidos en las elecciones presidenciales de 1938, para impedir que don Pedro Aguirre Cerda, a la cabeza del Frente Popular, fuese proclamado Presidente de Chile. No en balde la ejemplar imparcialidad de las Fuerzas Armadas hizo posible que por iniciativa de gobiernos de izquierda y con la aprobación de todos los partidos, el gobierno y el Congreso Nacional entregaran a los hombres de armas el control directo de todas las elecciones en que el pueblo designara a sus regidores, diputados, senadores y presidentes de la República. No en balde fue bajo esos gobiernos y en pleno ejercicio de la democracia que Chile dio tres pasos gigantes en la modernización de su estructura industrial y económica y en la afirmación de su soberanía: la creación de la Corfo, la fundación del Banco del Estado y la nacionalización de la Gran Minería del Cobre. Estos tres logros colosales demuestran que es en democracia y libertad que los chilenos son capaces de reconocerse como integrantes de una comunidad nacional y de encontrar consensos que les permitan avanzar unidos hacia un mejor destino para todos. No en balde la sublevación del Regimiento «Tacna», en octubre de 1969, terminó 30 horas más tarde dentro de los muros del mismo cuartel; y la respuesta de las Fuerzas Ar-

madras al asesinato alevé del Comandante en Jefe, general Schneider, en octubre de 1970, fue un sólido y explícito respaldo al proceso constitucional que eligió a Allende como Presidente de Chile; y la sublevación del 29 de junio de 1973 del Regimiento Motorizado, cuyos tanques y soldados rodearon el Palacio de Gobierno, fue sofocada en tres horas por la propia Guarnición de Santiago.

Sí, entre el quemante desierto en la vastedad del Norte, la alta Cordillera de Los Andes hacia el Este; la inmensidad de la Antártica hacia el Sur, y la soledad, y otra vez la soledad del Océano Pacífico hacia el Oeste... ¡Chile volverá a ser Chile!

He hablado de todo esto, Pablo, porque de todas las cosas que podríamos ofrecerte es está la que está más cerca de tu sentido de la vida; de tu batalla incesante y jamás amarga por el hombre y su esperanza; de tu universalidad que, hundida en la entraña de tu ser chileno, extrajo de allí la savia para el hombre multiforme y eterno de todas partes de la tierra, el de ayer, el de hoy y el de mañana, que encuentran y encontrarán inspiración en tu canto difundido ya en el mundo entero.

Pablo: no hemos venido a «enterrarte» para extender luego sobre ti un ajado manto de floripondios. Aunque no te fue dado, porque no podía dársete, el don del milagro para extraer la vida de la nada. Dios te dio el don de transformar en gracia y fuerza, en belleza y perdurabilidad todo cuanto tocaste con tu talento. Creador por excelencia, capitán natural del «Chile Crea», lengua de ángel, «polvo de estrella hundido en tierra oscura», iluminador de tinieblas, «Neruda el de las mil vidas», hijo y padre de tu pueblo, déjame saludarte en esta mañana de invierno, en la que tiembla ya el sol de la primavera, con los versos del soneto que inició nuestra amistad personal; soneto cuyo manuscrito me leíste en Iquique, de pie en la cancha de aterrizaje de entonces, mientras esperábamos el avión para retornar a Santiago.

Fue en 1945, tú eras senador y yo diputado, ambos por la provincia de Tarapacá, en el extremo norte de Chile. Una gran huelga sacudía la pampa salitrera y tú como senador y yo como diputado fuimos llamados por las bases de nuestros respectivos partidos comprometidos en el conflicto social que envolvía a doce mil trabajadores. La huelga paralizaba también la movilización pública. Por eso, en apresuradas diligencias, nos encontramos en la Plaza Prat, disputándonos con cierta aspereza el único taxi dispuesto a correr los riesgos de viajar por la pampa en huelga. Más sabios que Salomón no propusimos la partición del taxi, sino que convinimos en compartir la tarifa. Así se inició nuestra amistad entre los barquinazos del carromato rodando por las huellas de la pampa salitrera; amistad prolongada por casi treinta años. Fue al término de la huelga, en esa mañana remota en que ambos esperábamos el avión en Cavan-cha. De pronto me dijiste: «Tomic, voy a leerte un "Soneto al Salitre" que escribí durante nuestro viaje». Sacaste el papel y con tu voz pausada, lenta y llena de fuerza vital, comenzaste a leer:

*Harina de la luna llena,
cereal de la pampa calcinada,
espuma de las ásperas arenas,
rosa blanca de sangre salpicada...*

Llegaste hasta el terceto final que es el que traigo conmigo esta mañana, que es el que trae consigo «Chile Crea», pero que no pertenece a nadie, sino a todos:

*Hermanos de las tierras desoladas:
¡aquí tenéis, como un montón de espadas,
mi corazón dispuesto a la batalla!*

Pablo: ¡chileno inmenso, poeta inmenso, con nosotros llevamos tu corazón dispuesto a la batalla!

OREL VICIANI

Cultura y política

UN DEBATE DE LOS COMUNISTAS LATINOAMERICANOS

El seminario internacional «Los comunistas y la cultura en América Latina» realizado en Praga a mediados de marzo de este año, bajo los auspicios de la Comisión para el estudio de los problemas de América Latina y el Caribe de *Revista Internacional*, fue —en opinión compartida por todos los participantes— un momento importante de debate, reflexiones hechas en voz alta, interrogantes que obligan a elaboraciones de mayor aliento, valoraciones de aportes innegables, constatación autocrítica de retrasos imperdonables.

Los eventos de debate teórico y político son una norma de trabajo corriente en la redacción de *Revista Internacional*. Seminarios, mesas redondas, simposios se organizan cada mes del año y sobre los más variados temas. Era la primera vez, sin embargo, en los ya treinta años de existencia de esta publicación común de los Partidos Comunistas y Obreros, que especialistas invitados y miembros de su Consejo de Redacción se reunían para confrontar puntos de vista sobre el quehacer cultural. El solo hecho de su realización era, pues, toda una autocrítica. Al mismo tiempo, como toda autocrítica verdadera, era un paso adelante. Un paso urgente e imprescindible, pionero en muchos aspectos, orientado a corregir esa extraña paradoja que ha existido entre los aportes de transcen-

Orel Viciani es sociólogo. Trabaja como redactor de la *Revista Internacional* que se edita en Praga, Checoslovaquia.

dencia histórica que los comunistas y otros revolucionarios han entregado al desarrollo y defensa de la cultura de los pueblos latinoamericanos y caribeños, y la carencia de verdaderas políticas culturales, de verdaderos programas que hagan más consistente el esfuerzo sistemático en un frente sin el cual los demás —el de la política y el de la economía— jamás podrán adquirir toda esa estatura humana universal para la cual se hace la revolución.

Las tres ponencias centrales en torno de las cuales giró la discusión abordaron esta cuestión en profundidad. La primera de ellas «Aporte de los comunistas a la cultura latinoamericana y mundial del siglo xx», presentada por Volodia Teitelboim, constituyó un extenso trabajo de los trazos más destacados de la historia político-cultural de la región en el presente siglo; pero, sobretodo, un cuerpo de propuestas para la hora presente y futura deducidas, justamente, como proyección de aquella historia. El venezolano Héctor Mujica, por su parte, nos entregó un pormenorizado análisis de la «Expasión cultural del imperialismo en América Latina», y de la consecuente lucha contra ella; tema hacia el cual ha volcado largos años en una investigación cuyos resultados se encuentran contenidos en diversas obras. Finalmente el poeta cubano y jurado de la Casa de las Américas Osvaldo Navarro nos habló de «La revolución cultural en Cuba y su influencia en el actual panorama cultural latinoamericano». La reunión contó también con la presencia del latinoamericanista soviético y doctor en filología Stepan Mamontov, quien compartió algunas conclusiones de sus estudios sobre la región vista como una «Unidad de culturas nacionales». El resumen del seminario estuvo a cargo también de Volodia Teitelboim y abarcó una apretada síntesis de los trabajos ya referidos, de otras doce contribuciones hechas por miembros latinoamericanos y caribeños del Consejo de Redacción de la Revista, así como de reflexiones diversas que fueron surgiendo en el curso del debate libre.

Muy grandes tendrán que ser los esfuerzos de publicación para dar a conocer los momentos más decisivos de un debate tan amplio. Lo que ensayaremos aquí será, pues, tan sólo una descripción muy sinóptica de lo tratado.

Como ha quedado dicho, el marco de la discusión estuvo dado por la valoración crítica del aporte de los revolucionarios, de la izquierda latinoamericana, de los comunistas en primer término, al desarrollo y defensa de la cultura de nuestros pueblos. Como lo expresara Volodia: «No ha habido país de nuestra América donde los comunistas, los revolucionarios no hayan enriquecido la vida política, social y cultural con aportes sobresalientes». Al mismo tiempo, y he aquí la paradoja, «A menudo la cultura no es para nosotros una de las tres caras o elementos de ese cuerpo integral de que hablaba Engels, junto a la política y la economía, rayando todos a igual altura y formando una sola unidad. Le hemos atribuido con frecuencia una significación secundaria y un valor instrumental», concluía el escritor y político chileno.

Buscando la fuente originaria de esta incomprensión se proponía por parte de algunos participantes ahondar el análisis de las relaciones objetivas entre cultura y política. Y dentro de este amplio sistema de relaciones, ubicar la relación cultura-hegemonía como aquella que con mayor claridad puede señalar tanto la magnitud de la deficiencia como las vías de su superación. Para ello, se decía, es necesario abandonar esa visión

errónea de la tesis sobre la hegemonía del proletariado que la concibe como una pretensión excluyente, destinada a ser instrumentada en base a un mero aprovechamiento táctico de tal o cual correlación de fuerzas y sostenida con recursos más administrativos que políticos; entre los cuales más de una vez se han ensayado pactos de reconocimiento previo o condiciones estampadas en el papel, cuestión sobre la que Lenin tanta mofa hacía calificándola de concepción pequeñoburguesa, «propia de tenderos». De lo que se trata es, justamente, de volver al pensamiento original de Lenin sobre esta tesis, tan creadoramente desarrollada por continuadores suyos de la talla de Antonio Gramsci, y concebirla como la influencia político-cultural, intelectual y moral diría Gramsci, que la clase obrera ejerce sobre otros elementos de la población con el objeto de conducir — dirigir — a toda la sociedad hacia el desarrollo y consolidación de la democracia más completa. Tal influencia, esa capacidad real de dirección, esa autoridad intelectual y moral se conquista en la lucha llevada adelante en TODOS los planos del quehacer político y social, y se expresa en el hecho de que el proletariado hace suyos los intereses económicos, políticos y culturales de todos los sectores que constituyen el pueblo, organiza y encabeza la contienda por su realización plena.

Es un proceso que gesta, necesariamente, una dialéctica cultural que funde los valores específicos de la clase obrera con una gama muy amplia de valores nacional-populares. Sólo en posesión de una concepción tan vasta — y, sobre todo, de la consecuente práctica que de ella dimana — podrá llegarse a cuestionar la hegemonía burguesa, que hoy por hoy es a fin de cuentas la hegemonía de la oligarquía financiera y del imperialismo, sostenida en el equívoco de hacer creer que su cultura de clase es ni más ni menos que «la cultura nacional».

América Latina, se dijo en el seminario y se ha repetido con sobrada justeza ya tantas veces, es un verdadero volcán de lucha antiimperialista. Las relaciones de dependencia y dominación han entrado en una profunda crisis. La única fuerza capaz de superar históricamente esta situación radica en la conformación de un amplio movimiento al que confluyan todos aquellos conglomerados humanos cuyos intereses se enfrentan objetivamente a los del imperialismo y sus afiliados locales. Pero debe tenerse siempre en cuenta, se advertía, que la agresiva política de estos últimos se desplaza *simultáneamente* en los planos económico, político, militar y cultural. No es por casualidad que en el famoso «Documento de Santa Fe», ese verdadero precursor de lo que hoy es la doctrina de las «guerras de baja intensidad», se proclame como cuestión muy decisiva la «compra» y descomposición de los intelectuales latinoamericanos. Ni es una bagatela que los «teóricos» de la llamada «doctrina de seguridad nacional» hablen con tanta insistencia de actuar simultáneamente sobre lo que denominan «los cuatro poderes»: el económico el político, el militar y el *psico-social*. Teniendo en cuenta este tipo de realidades es que Héctor Mujica, al exponer su ponencia sobre la expansión cultural del imperialismo en América Latina y el Caribe, llegaba incluso a proponer una precisión sobre la nominación del llamado complejo militar-industrial definiéndolo como complejo militar-industrial-cultural. Lo que quedaba claro, en todo caso, es que sin una sostenida ofensiva cultural por parte de los sectores populares, de la clase obrera, de los comunistas y de todos los revolucionarios no sería posible alcanzar esa eclosión

de humanismo transformador que es lo que torna verdaderamente irreversibles a los procesos liberadores.

Para ello es imprescindible, se anotaba, reforzar la autoconciencia de ser —y sentirnos— herederos y continuadores legítimos de lo mejor del espíritu y el accionar creadores de ayer: de nuestros padres aborígenes e independentistas, de quienes nos trajeron el mensaje fecundante de ancestrales y remotas culturas populares, de los fundadores de nuestro movimiento obrero continental, de tantos pensadores de Nuestra América —muchos de ellos relegados a un olvido que de algún modo hemos tolerado—, en fin, de esas figuras señeras en las artes y las ciencias que supieron llevar el saber y la sensibilidad latinoamericanos hasta las cumbres de su universalización. La Cuba de hoy es un ejemplo porque al ser socialista es profundamente martiana. Y Nicaragua llegó por fin a ser verdaderamente sandinista porque hoy es revolucionaria; por ello mismo es que es más que nunca la cuna de Darío.

Pero por cierto que no se trata tan sólo del pasado, sino del presente. Los revolucionarios de hoy conformamos un solo torrente con quienes, sin haber adoptado militancia partidaria alguna, ensanchan y enriquecen el camino de la liberación por el solo hecho de que sus obras y sus actos nos hablen del hombre y de la vida.

No es ésta una comprensión privativa de cuadros políticos e intelectuales de oficio; aún cuando en ella ambos tengan una responsabilidad decisiva e insoslayable. Es, en definitiva, una concientización profunda de pueblos enteros, de esas mayoritarias humanidades trabajadoras y explotadas. Porque son ellas las gestadoras de su propia emancipación, y por tanto, multitudinarias hacedoras de política y de cultura. En el seminario, al insistirse en la reafirmación de esta verdad, se nombraban casos como el de Chile en donde el mismo pueblo que necesita subirse a la barricada y pelear palmo a palmo en las calles, con lo que tenga a mano, la conquista de su libertad, siente en el fragor del combate la urgencia del canto, de la poesía, del teatro hecho más con el arte de la voluntad y el coraje que con recursos técnicos, de la obra plástica, de parar cuatro palos en la población y transformarlos en SU casa de la cultura. Porque la sed y el hambre de pan, trabajo, justicia y libertad en un ansia total, enteramente humana, del cuerpo y del espíritu. Eso lo entendió el alma de un obrero conmovido y conmovedor como Recabarren que dondequiera que posó sus manos, su cerebro y su corazón brotaron, a la vez, partido, sindicato, periódico y centro cultural. Por eso lo seguían los más desamparados, porque les llevaba la firme propuesta de la dignificación entera.

Stepan Mamontov, al sostener su tesis sobre la cultura latinoamericana como «unidad de culturas nacionales», hacía explícita alusión al principio de «unidad en la diversidad y diversidad en la unidad». En verdad, como lo refirieron otros ponentes, se trata de un principio que en general tiene hondas implicancias en todo el frente ideológico, así como en el de la política. La cuestión consiste en una amplia visión que tiene en cuenta lo común —historia, lengua, problemas económicos y sociales tales como la dependencia y el subdesarrollo, el objetivo enfrentamiento con los intereses del imperialismo— sobre la base de la existencia de diferentes composiciones étnicas (el mestizaje, justamente, siendo característico para toda Nuestra América es, a la vez, expresión de lo diverso), distintas influencias de orden geográfico y diferentes niveles de desarrollo econó-

mico que van incidiendo en la conformación de estructuras de clases muy diversas. Esto, como se hacía notar, lejos de entorpecer los procesos unitarios son premisas objetivas llamadas a darles una enorme riqueza plural que conduzca a la superación definitiva de cualquier remanente de sectarismo que pueda expresarse en uno u otro nivel de la actividad social.

Surgía así una justa valoración del esfuerzo de alcances históricos que en aras de la unidad continental lleva adelante la revolución cubana, tanto en el terreno de la cultura como también en el de la política. Porque, se constataba, a la par de ese empeño formidable de aunar voluntades, por ejemplo, respecto de una solución justa al problema de la deuda externa, está la labor incansable de una institución como Casa de las Américas que, entre muchas otras cosas, es la que con mayor consecuencia y eficacia ha acometido la no fácil empresa de caminar resueltamente hacia el encuentro definitivo de la América Latina con el Caribe no-hispanoparlante; del mismo modo que contribuye como el que más para derribar esa absurda muralla que intereses ajenos a los de nuestros pueblos han tratado y tratan de mantener entre, llamémosla, Hispanoamérica y su «otra mitad»: el Brasil. «En las escuelas brasileñas se nos enseña inglés o alemán; pero jamás español», nos decía el representante brasileño. Por nuestra parte, los hispanoparlantes recordábamos haber hecho el aprendizaje de cualquier otro idioma, menos del portugués. La conclusión era una sola: podemos y debemos terminar con esas fronteras porque es tarea que forma parte inalienable de nuestro destino común como pueblos hermanos.

Y existe, sin embargo, otra frontera político-cultural aún más trágica, basada en la discriminación más abyecta, alimentada por los grandes intereses oligárquicos e imperialistas a través de nuestros pueblos con el objetivo expreso de mantenerlos escindidos: es aquella que se fomenta entre las mayorías mestizas y nuestras comunidades indígenas. Se anotaba en el seminario que, si bien es cierto los comunistas y otras fuerzas de la izquierda latinoamericana habían actuado siempre en defensa de la igualdad de derechos de todas nuestras etnias, era mucho más lo que faltaba por hacer en cuanto a tener verdaderos programas y claras políticas de acción que ubicaran esta vertiente de nuestra gesta libertadora en el lugar que le corresponde. No se trata del indigenismo ni de ninguna otra receta paternalista; sino de asumir enteramente esta cuestión como problema nacional atendiendo, desde luego, las especificidades con que se plantea tanto a nivel regional como en cada uno de nuestros países. Una solución justa al problema de la tierra, el ejercicio real de la igualdad de derechos como parte inalienable de toda nuestra población, el respeto y defensa de sus culturas autóctonas, sus tradiciones, arte y sentimientos religiosos, el uso oficial de sus lenguas, el acceso libre e igual a todas las fuentes de la información y la cultura, la adopción de diversas formas de autonomía allí donde ello sea necesario son, entre muchas otras, algunas reivindicaciones de nuestras comunidades indígenas sin cuya satisfacción cualquier proceso liberador en nuestra región quedará irremediablemente trunco.

Naturalmente que el fomento de la unidad cultural latinoamericana y caribeña no se plantea como una especie de visión cultural autárquica, excluida y excluyente de lo mejor de la cultura universal. Así como mirando hacia el pasado no tenemos porqué aceptar como opción única la

de ser cerrados partidarios o de la «leyenda negra» o de la «leyenda dorada», tampoco hoy la defensa de la unidad cultural latinoamericana y caribeña puede significar la negación total o la aceptación acrítica, por ejemplo, de los logros culturales europeos o norteamericanos. De lo que se trata es que nuestra óptica para mirar el mundo la asumimos en el marco de una cultura latinoamericana que, como parte de la cultura universal, tiene existencia y desarrollo propios. No es una cultura de reflejo, como podían afirmar en el pasado los sustentadores de la fórmula «civilización y barbarie». «Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas»: es la máxima martiana que una vez más hicimos nuestra en el seminario que reseñamos.

Hoy, cuando Mijail Gorbachov habla de «perestroika», de «glasnost», de situar las relaciones internacionales en el marco de una nueva mentalidad política, no está inventando ningún nuevo recetario —que sería tan innecesario como cualquier otro de antaño—; sino que, por el contrario, está expresando la imperiosa y urgente necesidad de una imaginativa explosión de la inteligencia revolucionaria para asumir a plenitud las nuevas realidades y exigencias del mundo de hoy. Es natural —e ineludible—, entonces, que una universal conmoción renovadora recorra a todo el movimiento comunista, a todos los revolucionarios, a toda esa inmensa humanidad que tan ansiosamente busca los caminos —diversos y no únicos— de su definitiva humanización.

No es una empresa pequeña ni cosmetológica. Se trata, ni más ni menos, de una verdadera revolución en la revolución que se ha puesto en marcha. Es un cambio de mentalidad, el rechazo a toda idea anquilosada, a todo conservadurismo, a la generalidad omnisapiente de «verdades» estereotipadas y también a un lenguaje que tenía mucho de ritual y de retórica altisonante. En no pocos aspectos la cuestión consiste en volver a Marx, a Engels y a Lenin, a la anchurosa originalidad de su pensamiento vivo, superando el formulismo al que lo habían llevado una serie de manuales, y ponerlo en función dialéctica con el intrincado mundo que nos ha tocado vivir a sus seguidores. En lo que al socialismo respecta, los planteamientos y la acción de sus cuadros y organismos dirigentes, de los pueblos que lo construyen, traslucen nítidamente el esfuerzo serio y profundo por liberarlo de trabas que nada tenían que ver con su esencia, para que revele todas sus potencialidades como sociedad en cuya edificación cada ciudadano, cada individuo, tiene arte y parte; para que lo que Lenin llamaba «la democracia más completa» sea el ámbito vital del desarrollo verdaderamente universal y multifacético del hombre nuevo.

Son todas vertientes de un proceso de una superior potenciación del humanismo revolucionario en que nuestros enfoques culturales están llamados a jugar, pues, un rol de primera línea. Más de algo tenía que ver con eso nuestra reunión. Por eso es que en ella se reiteraba tanto la ya señalada advertencia de Engels en cuanto a entender la economía, la política y la cultura como tres planos del movimiento social que deben ser tomados al mismo nivel y con la misma importancia. Sobre todo hoy, cuando fenómenos como la revolución científico-técnica hacen imperioso advertir un proceso de mayor intelectualización del ser humano, en primer término del trabajador. Ello obliga a que nuestros partidos estén a la altura de esa intelectualización. No sólo en el sentido de una correcta relación con los intelectuales dentro y fuera del partido, o de cuestiones tales

como el rechazar la tentación de proclamar doctrinas oficiales en materia estética; sino también en cuanto a diversificar la cultura militante, el horizonte de la cultura partidaria, sobre todo en lo que a los cuadros dirigentes se refiere. Ello irá siempre en beneficio de una visión más amplia y profunda del ser humano, y por tanto, del propio quehacer revolucionario.

El seminario «Los comunistas y la cultura en América Latina», realizado en la sede y bajo los auspicios de *Revista Internacional*, quiso ser una reflexión puesta al servicio de este enorme desafío.



Bar frente a la Penitenciaria. Santiago, 1983



En el país prohibido

VOLODIA TEITELBOIM

Como se sabe, el autor vivió tres meses clandestinamente en Chile hacia fines de 1987. El resultado de esta experiencia es el libro *En el país prohibido*, publicado inicialmente en Santiago en el mes de julio recién pasado en una edición para el país, y luego en España, en una edición de gran tiraje (Ed. Plaza y Janés) de circulación prevista para todo el ámbito de la lengua española (salvo Chile).

La obra tiene una cierta intención totalizadora de la vida chilena en estos años de dictadura; procura mostrar el país en sus más diversos aspectos —políticos, sociales y culturales— en capítulos por lo general breves, y aun muy breves, cuyos temas, vistos a veces como a través de un caleidoscopio de tintas vivas u oscuras —según el caso— conforman un cuadro cuya profundidad está en relación directa con la intensidad de la prolongada y fecunda experiencia vital del autor en tanto dirigente político y social y en tanto escritor.

Los textos que vienen a continuación corresponden a extractos de diversos capítulos de la obra.

* * *

Te delatará la voz

—No vayas. Es una locura. Irás a la muerte —me dice uno de los pocos amigos que están en el secreto del proyecto.

—Iré. Trataré de que no me maten. Observaré todas las reglas de la precaución. Entraré sin que nadie se percate que soy yo.

—Difícil. Eres gordo. Eres calvo. Tienes la cara redonda, inconfundible. Te delatará la voz. Hace muchos años que hablas por radio. La policía te la conoce bien. Tiene la orden de grabar tus programas. Nadie puede disimular ni la voz ni el peso. Y tu voz y tu peso son demasiado característicos, despaciosos, como los de un señor que no tiene apuro. Te reconocerán a la legua. Toma en cuenta que estás hace tiempo en la mira de su fusil.

—Y he sobrevivido catorce años...

—Y seguirás sobreviviendo no sé cuantos más, siempre que no te vayas a meter a la boca del lobo. No desafíes al destino. Recuerda que te la tiene jurada. Y un odio parido. Estás en su lista negra. Ya lo dijo en su *Día decisivo* que tu fuiste uno de los motivos para dar el golpe.

—Pretextos, exageraciones, cucatos. Los motivos fueron otros, por cierto un millón de veces más fuertes y verdaderos.

—Te quitó la casa por constituir un peligro para la «seguridad nacional».

—¡Qué culpa tiene la pobre! Estaba vieja, llovida. Era de adobe triste, como decía don Pablo.

—La culpa no es de la casa. Es tuya. Además tenías en ella un polvorín.

—Sí, mi biblioteca. Era lo único que realmente valía, aparte de un cuadro de Roberto Matta que, sin duda, los horrorizó.

—¿Lo sientes?

—Lo siento.

—¿No sientes más que te quitaran la nacionalidad, otra muestra del aprecio que siente por ti el caballero?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque la nacionalidad no se puede quitar. Lo de ellos es un acto administrativo. No te dan pasaporte. Declaran la ficción de que no eres más chileno, pero yo seguiré siendo chileno hasta la muerte y después de ella.

Datos estrictamente reservados

No diré si cambié o no cambié. Y en la segunda hipótesis, tampoco diré todo lo que hice para cambiar. Si me alargué la cara o me la acorté. Si por arte de magia me transformé en un joven o tal vez en un anciano completamente senil. Quedará todo eso guardado en la memoria como un pequeño misterio que con el tiempo podría cobrar un aire de reminiscencia casi divertida, digna de contarse un día a los nietos.

¿Eres tú? ¿Existe la posibilidad de un segundo rostro? Tiene que

haberla. Hay que hacerlo verosímil, aunque no mires de frente y tengas la expresión ausente y medio ladeada. Tal vez pases por amarillos aprietos. Como es una peregrinación no tan breve, necesitas acostumbrarte al paso del mediofondista o del que corre la maratón a tranco-medido. No te pregunto si te dedicaste al juego de la máscara y si a ratos ella te fatigó. Si en tal caso sufres por no poder contar como te veías, si te cuesta mantener en silencio escenas determinadas, es preferible que no hagas el viaje.

—No, no renunciaré a él por nada del mundo.

En busca del país perdido

Llegué primero a la capital. Después, casi de inmediato me puse a recorrer el país. Sentía una necesidad de reconocimiento urgente. Era algo que había estado retenido o postergado demasiado tiempo, lo cual me producía un dolor casi físico.

De entrada tuve la sensación de que nunca había salido. Eché una mirada circular, panorámica y respiré profundo. Olí el perfume de la tierra húmeda. Estaba en casa con una impresión inicial de haber borrado el exilio.

La naturaleza se me apareció desnuda, como una mujer concreta y hermosa. Le aspiré la fragancia. Me golpeó su belleza. Percibí, admirado, el sentido de sus formas y sus colores, tan diferente al de aquellos paisajes sin montes, con interminables llanuras, donde había pasado largos años de un destierro aún inconcluso.

Tuve además una sensación extraña para una persona que se considera, hasta cierto punto, más interesado en lo que sucede y en lo que viene que en lo que pasó. Pues, en cuanto entré a la ciudad, me asaltó el sentimiento que el mío era un regreso al pasado, a mi pretérito imperfecto. Fue al principio una ráfaga. Luego varias, que se acumularon y encadenaron. Permanecí en silencio, como transportado a otro tiempo. Se desató el trabajo de la memoria dormida que despierta.

La sensación se me repitió después, cada vez que viajaba por el país. Casi todo lo que veía me traía remembranzas, me devolvía pedazos de vida. Como en una serial de cine, la máquina del tiempo se me vino encima, devolviéndome escenas, recuerdos. Renacieron muchas cosas perdidas y lejanas. Sin proponérmelo, noté que estaba dedicado a la faena de recobrar lo vivido.

Sentí, además, la liviana sensación de tener el corazón joven. Fui más lejos. Semanas más tarde, seguramente porque recorrí lugares de mi niñez, la sensación de revivir la infancia se me hizo más fuerte. La rememoración volvía hacia atrás. (Dicen que los viejos reviven más diáfananamente su infancia). Tuve impresiones muy vivas de los viajes a Romeral trepándonos a los árboles en primavera a coger cerezas.

Imágenes olvidadas que suponía borradas y ahora renacían puras y eran redescubiertas con cierto temblor íntimo. Sentí la sensación calurosa y mojada de aquel verano en que aprendí a nadar en el río.

Parecían relámpagos de la memoria, que se encendían cuando atravesábamos el espacio físico en que nacieron, y se apagaban un poco más allá, para ceder la escena a otra asociación, al pasar por el teatro de operaciones correspondientes.

Si alguien dijo que el pasado es un país extranjero, en mi caso era todo lo contrario. Yo volvía del extranjero. Y me salía al encuentro el pasado como para darme la bienvenida y devolverme a la sensación de reintegrarme a la tierra natal.

Era algo más que el redescubrimiento de un viejo archivo fotográfico. La vista del paisaje en que había vivido hasta una edad madura iba haciendo reaparecer, asomar de nuevo, por encima del nivel del agua, la tierra sumergida, que afuera se me volvía más borrosa a medida que transcurrían los años. Ahora la recobraba como un territorio moral, efectivo. Rescataba la historia del sentimiento que posee cada persona por el solo hecho de vivir la mayor parte de su vida en un país determinado. Estaba cargada de secretos, significados ocultos, recados personales, intransferibles, probablemente relacionados con el gran simpático. A ratos se insinuaban antiguas cicatrices de desencantos y penas. Tenía la memoria llena de marcas confusas. Eran los restos del sueño de un niño, las evocaciones del adolescente.

Santiago bifronte

En las pausas del trabajo recorro Santiago.

El declive de cordillera a mar acentúa el corte de clases. La topografía define con involuntario cinismo la diferencia entre pobres y ricos. Para los primeros los barrios bajos. Para los segundos el barrio alto, que se ha lanzado al asalto de nuevos cerros. Con más dinero se vive más cerca del cielo.

El último invierno ha sido de inundaciones y deshielos. Después de mi llegada llueve un día entero y esto basta para que gran parte de la ciudad quede anegada. Varias calles se convierten en avenidas de agua. En verdad con una hora de precipitaciones se forman torrentes. A los pobres el agua suele subírsele a las camas. En las esquinas hay muchachones que se ofrecen para pasar a horcadas hasta la otra vereda a mujeres jóvenes. Algunos lo hacen gratuitamente. También los ciclistas trasbordan niños o señoras.

Pero esa mañana, poco antes de mediodía, el clima mediterráneo ha templado el aire, como para que lo saboree uno que ha vivido años en el reino escarchado del bajo cero.

Respiro como un caballo unos cuantos temporales. El sol reaparece pronto. La lluvia triste para los pobres acaba de limpiar el firma-

mento y despliega su cinerama. Allí están, presidiéndolo todo, los Andes, potencia soberana. La nieve fulgurante dibuja mejor la magnificencia del barrio más alto. Desde lejos la luz no alcanza para los desheredados.

Llegué a vivir a Santiago, con el fin de ingresar a la Universidad, hace poco más de medio siglo, cuando la ciudad tenía 600 mil habitantes. Me pareció conocerla íntegra. Porque la mía fue una adolescencia caminadora, muchas veces sin plata para tranvía, cuya pobreza invitaba a aplanar calles día y noche. Entonces el radio urbano terminaba por el oriente cerca de la Plaza Nuñoa. Ahora todas las aldeas vecinas, los núcleos periféricos se han incorporado a una metrópolis continua. Pinochet da clases de sabiduría estadística a un par de periodistas dispuestas a declararse atónitas. «Somos Chile y Santiago tiene...»

Tiene actualmente más de cuatro millones de habitantes. Se trata de un fenómeno común a muchas capitales de América Latina. Son como pulpos de siete brazos que van absorbiendo cuanto les rodea. En mis tiempos de estudiante la población del país estaba más repartida. Creo que un 16 por 100 vivía en la capital. Hoy, más del doble.

La dictadura acaricia sueños, modelos ideales, por ejemplo: convertir Santiago en una urbe mercantil tipo Hong-Kong o Singapur, empezando por un centro donde todo se comercia, está regido por el sistema financiero y vigilado por el ojo militar. Me llaman la atención tantos bancos, 24 supuestamente nacionales, 22 abiertamente extranjeros. Pero, para disgusto del amo, a su corazón de concreto armado confluye también casi diariamente el desorden.

La ciudad en cualquier momento puede ser teatro de explosiones de rebeldía, escenario de monumentales palizas y de disparos que no siempre se tiran al aire. Atestada 8 trechos de escombros, da la impresión que está siempre en vísperas de su inauguración o al día siguiente de un bombardeo. Por otra parte se insiste que Chile es hoy un país de sobrevivientes.

Un renovador a todo trapo —vivimos la época de las siete modernizaciones— contaba con orgullo que en el centro de Santiago debe haber a lo sumo veinte edificios que tengan más de cincuenta años. La ley es demoler y edificar para volver a demoler.

Me desplazo por autopistas de circunvalación interconectadas, que sirven para ocultar lo que hay tras los grandes telones arquitectónicos. Santiago es una ciudad pública y secreta. La pública está en la guía turística. La secreta esconde sus miserias en las poblaciones marginales.

Hay más de un centro administrativo-financiero del consumismo y del vitrineo, de las ricas tiendas, de la moda femenina y masculina. Comercios exclusivos, caracoles donde usted encontrará todo lo que quiera. Si tiene bastante dinero puede ir a comprar en los Cobres de Vitacura, donde relucen desde pistas de patinaje hasta la sala Lila y

la sala Verde (dos cines de categoría) y más allá negocios de plantas y animales domésticos. O bien Apumanque. Es tan entretenido que si usted no tiene plata lo puede tomar como un paseo.

También asistimos a la apoteosis de la ropa usada. Patronato es el templo de la indumentaria que han dejado de ponerse las bien vestidas del mundo desarrollado.

En todos lados está el vendedor ambulante. Dicha actividad es una máscara que se ponen obreros cesantes que no quieren mendigar.

Santa María de Manquehue, Lo Curro —donde está el palacio no habitado por Pinochet—, La Dehesa son símbolos de la ciudad opulenta. «Más luminarias que París tiene Las Condes», exclama con o sin arrogancia Agustín Krogh, un funcionario de la Municipalidad.

El poeta peruano César Vallejo decía que nadie sabe cuán inmensas cantidades de dinero cuesta ser pobre. Si quieren tener una aproximación, asómense a esa parte del Santiago suntuoso y se darán una idea.

El otro planeta

El otro planeta comienza unas cuantas cuadras más allá. Sus descabrados y revenidos muros de material ligero están a la vista. Pero no los ven. A veces los sienten como un temblor. Los marcianos les producen desasosiego, porque les parece que están incubando algo terrible. Es el mundo de La Victoria, de Lo Hermida, de la Legua, de centenares de poblaciones populares. Son los planetas del polvo, donde la gente no tiene teléfono en su casa.

Vi nacer La Victoria de la nada una noche y en el siguiente amanecer, cuando gente sin hogar y sin suelo decidió tenerlo. La recorri muchas veces como senador por Santiago. Me complacía hacer una comparación que horrorizaría a los historiadores del mundo de la gente linda. Si el siglo XVI fue el de la fundación de ciudades por los conquistadores españoles, el siglo XX es el de la fundación de centenares de poblaciones por los pobres de Chile.

En ellas habitan millones. No tienen nada de lo que dispone la mansión presidencial en Lo Curro. Es el reverso de la vida a lo estrella de Hollywood que algunos llevan. Tratan de deteriorarles la humanidad. Los niños están generalmente desnutridos y los jóvenes ven todas las puertas cerradas. La dictadura agravó esta situación.

El cura francés Pierre Dubois, expulsado de La Victoria, y al cual se prohíbe el reingreso a Chile, viaja casi como un exiliado clandestino, de Dijon a Mendoza. En esa ciudad argentina tiene una cita con los «victorianos». Una mujer susurra: «Somos pura piel.» ¿Qué significa esta expresión? Desde luego hambre, cuerpos reducidos por la inanición. Pero esa piel está también recubierta por cicatrices. Esa piel es la piel del martirio, un poco como la piel de Cristo en las pinturas.

de la crucifixión. Lo peor es la piel semivacia y colgante de los niños. Una encuesta de 1985 arrojó un 27 por 100 de desnutrición entre los de uno a siete años. En dicha edad ello produce un daño, incluso cerebral, difícilmente recuperable. En esa misma población, creo que en todas ellas, Salvador Allende, el del medio litro de leche diario para los niños, no sólo lo repitió muchas veces sino que hizo algo práctico para repararlo. Todo eso se acabó. Los de la Junta se han reído, han hecho irrisión de ese despreciable medio litro de leche.

Las poblaciones son focos de desocupación, de descontento y también de represión. Suelen volar las balas por el aire como si los proyectiles fueran moscas más o menos inofensivas.

Esa conciencia fundadora de la población responde a una suerte de cultura popular, la cultura obrera de que hablaba Luis Emilio Recabarren, y que es muy fuerte. Pinochet ha tratado de borrar todo viso de autoconciencia en lo que llama el «populacho» o la rotada. Ella es la base de una conciencia de liberación, de raíz democrática. Gran parte de los familiares de los detenidos desaparecidos son gente de población. Hasta donde ha sido posible se han defendido por su pensar, por su sentir, por su organización, por su divisa de actuar juntos. Tienen un sentido muy claro de la importancia de la unión. Allí trabajan codo a codo comunistas, socialistas, toda la gente de izquierda, con las comunidades cristianas de base. Y también a menudo con los curas de poblaciones. Cuando, como un número en el programa de celebración de los trece años del golpe, Pinochet expulsó de La Victoria y del país a los sacerdotes Pierre Dubois, Jaime Lancelot y Daniel Caruette, todos los «victorianos» promovieron un movimiento de rechazo.

Existe una comunicación humana fuerte entre los pobladores. Están unidos. Les merecen gran respeto todas las personas que, teniendo concepciones distintas sobre el cielo, la vida en la tierra, padeciendo los golpes de un sistema que los ataca a todos con virulencia fría e inagotable.

En el otro planeta se vive de «milagro». Es el mundo de la economía subterránea y de las mil «estrategias de sobrevivencia».

Una bestia pública muy particular

En Chile Pinochet es el Diablo, pero, como casi Dios, está casi en todas partes. Ya dije que me tropecé con él al poco rato de entrar a Chile. Es decir, me topé con su voz que, por cierto, a fuer de verídico —como decía Don Luis XV y medio— no es la de Caruso ni tampoco de Plácido Domingo. Lo sigo oyendo por radio.

Lo tengo al frente, cara a cara. Me está observando de reojo, porque nunca mira derecho. Me apunta con el dedo también de un modo oblicuo. Para mi fortuna no me ve. Ahí lo tengo en la televisión. Y

lo tendré al menos cada noche lanzando arengas electoreras, porque ahora se dedica sobre todo a hacer su campaña para perpetuarse en el poder a través del plebiscito. Va de pueblo en pueblo, de regimiento en regimiento, imitando a los candidatos a presidente, a senador, a diputado, de aquellos tiempos que él clausuró a cañonazos un mediodía sombrío de septiembre. Alguien opina que como orador no le llega a los talones a un candidato a regidor por Rarínco. Puede ser verdad.

Pero como déspota se las trae. No digamos que es un dictador con toda la barba, sino con todas las garras. Sus ideas son arrancadas a un manual de cuartel. Y su idioma es esa mezcla de ladridos y órdenes terminantes que da el sargento cuando tiene formada la escuadra en el patio de la guarnición. Ahora, con la práctica adquirida de dictador durante quince años, intenta la improvisación. Le sale con gallos, pero es lo mejor de su nula elocuencia. Porque entonces suelta parrafadas estentóreas, que traicionan la trastienda de un personaje acostumbrado al denuedo y al insulto gritado puertas adentro.

Pinochet no es Demóstenes. Ni el León de Tarapacá. Pero es el espécimen más redomado de dictador que registra la historia de Chile. Ocupa un lugar entre los tiranos de América Latina, un subcontinente lleno de tiranos. Y como dijo un hijo orgulloso de su padre, para bien o para mal, mi papá no es un gobernante cualquiera. Es un mandón a nivel internacional, cuya imagen sirve en algunas partes del globo para que las mamás asusten a los niños.

Un semianalfabeto puede meterse en el bolsillo a muchos letrados, y es lo que hace y ha hecho desde el 11 de septiembre de 1973 don Augusto José Ramón Pinochet Ugarte, ese que me está mirando ladeado desde el televisor. No vale el sarcasmo. No salva la ironía. Hay que tomarlo en serio. Tiene cara de tonto pero no es tonto. Tiene cara de pillo y es pillo. En su actuación hay mucho de inhumano. Otros agregarán: No ha dejado crimen por cometer. No es culto. Carece de inteligencia creadora. Es un animal. Sí, un animal astuto, un chacal político, con instinto preciso para el ataque, para saltar como un tigre, sobre el enemigo dormido. Es una bestia muy particular. Arma la trampa y atrapa en ellas a personalidades bien vestidas y bien habladas. Los caza con movimientos sorpresivos y abruptos. Después se oye la risotada de la hiena, ridiculizando su infinito candor. De manera, señores políticos, que el dictador no es un idiota. Alguien ha dicho que tiene cara de «huaso bruto», pero se las trae. Se cuenta que un pariente suyo de Los Angeles, físicamente parecido, comenta con una risita corta: «Con esta cara de huevón que me gasto, me ha ido de lo más bien.» Hasta ahora a su importante primo le ha ido mucho mejor.

Desde luego ningún hombre está solo. Representa una estructura, una institución, los intereses de un grupo, una idea singular del mundo. La persona no es lo más importante del sistema, pero cuenta. Im-

prime su sello. Tampoco es un simple juguete de fuerzas externas. El también decide, pone los acentos. Como hombre de uniforme, manda.

En Paraguay llaman «hurreros» a los que forman la claqué de su hermano mayor o menor, Stroesner. «Hurreros» porque la palabra principal de su vocabulario es «hurra», naturalmente gritada en loor a su ídolo. Pinochet también dispone de sus hurreros. No son sólo los acarreados y pagados para avivarlo y adularlo de manifestación en manifestación sintética. También los ha apostado, con bala en boca, en todo su aparato, partiendo por el generalato y el coronelato.

Sería erróneo menospreciar al hombre, al político, al politiquero Pinochet. Lo mueve un motor muy fuerte: la ambición de poder, la locura autocrática. Maneja el país sobre la base de convertir el principio de autoridad en sinónimo de crueldad. Libra asimismo una lucha por su vida, por asegurarse un espacio en un mundo que fuera del poder no se lo garantizaría. Porque ha cavado bajo sus pies un abismo, el cual ha ido llenando de sangre. ¡Extraña piscina! Sabe que fuera del poder no tiene dónde ir. ¿Sudáfrica? ¿Paraguay? Lo persigue el fantasma de su desdichado colega Tachito Somoza. No le queda entonces otra opción aceptable que morir en la cama del poder, como Franco. De allí su decisión irrevocable de ser un dictador vitalicio.

Admira al Caudillo. Pero le hará una corrección. No es suficiente asegurarse el poder hasta la muerte. El no designará a ningún Adolfo Suárez para que encabece el Ministerio. Después de su muerte no quiere transición, no aceptará Pactos de Moncloa. No amamantará reyes, Juan Carlos I no figura en su agenda. Después de Pinochet tendrá que seguir el pinochetismo. Le gustaría que le levantaran muchas estatuas en todas las plazas de Chile. (No lo representen montando a caballo, porque siempre él fue hombre de Infantería. Representenlo mejor montado en el Poder). Pero hay un monumento que debe eternizar para siempre su obra y su memoria. Más que un monumento ecuestre de mármol indestructible, quiere algo mucho más sólido: un monumento de papel: su constitución de 1980, que establece la dictadura militar perpetua.

Imágenes del camino

Tres niños descalzos, con los brazos extendidos, ofrecen desde la berma huevos, pan y queso, emblemas de bienvenida de los pueblos campesinos. Es su modo precario de ganarse precozmente la vida.

Desmintiendo la égloga modernizante, diviso a un montón de afuerinos —ahora los llaman temporeros— que vagan en busca de trabajo con sus bolsas a la espalda. El capitalismo ha entrado al campo, pero la pobreza del pobre es peor.

Confirmación de un estado de cosas: nos vuelven a detener en un control de carabineros.

■ Cerca de la estación que cobra el peaje a los automovilistas, como en los tiempos bíblicos, circulan unos burros orejones y de tranco moroso, cargadas con árguenas. Viajamos entre Platero, Juan Ramón Jiménez y dos Mercedes Benz. El conductor de una vieja carretela va de pie manejando las riendas. El país se me aparece como una superposición de planos. Diversas épocas. Fortunas diferentes.

■ La soprano ateniense es ahora solista de un coro que repite la palabra «Libertad». No está mal.

■ Cuando paso frente al pueblo de mi niñez, diviso por la carretera arrastrándose resoplante, a duras penas, un folleque Ford, antediluviano, como aquel último modelo que compró mi tío en 1927. Mercedes Soza ha tomado su turno en el cassette: «... cantamos, pedimos, soñamos, esperamos...»

■ De repente un poco de fantasía surrealista: por el pavimento anegado navega un barco, a caballo sobre el lomo del acoplado de un larguísimo camión. Su nombre: «Iberia.»

■ No está lejos la primavera. Lo sabemos porque nos sale al encuentro, como saludándonos, el oro inicial de los aromos.

Reencuentro con lo cotidiano

No puedo hablar con toda la gente que quiero. Sólo converso con las personas que están previstas. Es una limitación, porque siento la necesidad de enterarme de cuanto sucede, de trajinarles el alma a amigos y conocidos. En algunas partes percibo, a despecho de la gran crisis, que no han muerto los viejos mitos. El chileno sigue siendo el de antes, más adolorido y golpeado, es cierto. Pero su capacidad de acogida, los rituales de la amistad, parecen intactos, aunque ahora está más pobre. Otros han perdido la inocencia virginal, pese a que desde arriba se insiste a troche y moche en que el país es el Nuevo Edén.

■ Me muevo desde la nieve al mar, del desierto al sur. Huelo, aspiro sensaciones y noticias. Reveo, al parecer, sin miedo, las ciudades. Entro en los pueblos, innombrado. Me interno en los bosques y allí hacemos un puritano picnic secreto, con yogurt, jugo de naranjas y sandwiches de jamón con queso. A lo lejos veo pasar por el camino los niños que van a la escuela rural, con sus bolsones. Esa zona me continúa dando la sensación de frontera y me evoca las guerras con los indios. Para mí cada detalle, en la situación en que me hallo, es un rasgo que agrego al retrato, y también a la leyenda del Chile que reencuentro. Siento que estoy absorbiendo lo visible y lo invisible, ángeles y demonios por todos los poros; pero repito que no puedo hablar con desconocidos ni con cualquiera que se me cruce en el camino. Debo seleccionar de antemano a mi interlocutor. De repente, en un motel del camino o junto a una bomba de bencina, me parece descubrir pasajeros de un autobús, un camionero y unas mujeres que me miran

y cuchichean entre sí. ¿Alguien me ha reconocido o son alucinaciones? Naturalmente, para salir de dudas no puedo interpelarlos. Más vale seguir viaje sin dar la sensación de una fuga. ¡Qué los Dioses del Camino nos protejan del miedo de la ruta y de los temores imaginarios, del terror pánico y de los delirios de la imaginación!

Me he propuesto ver sus diversos rostros, oír, sentir, compartir mentalmente el país por todos los medios a mi alcance. Converso con trabajadores, que en ese momento están haciendo siembras de primavera. Son obreros del POHJ. No saben que hablan con un subversivo, pero lo que me cuentan es suficiente para echar una mirada a los problemas angustiosos del otro Chile. Voy a diversas casas y veo el retorno del personal doméstico. Ya nadie las denomina, como en los dichosos e inocentes tiempos democráticos, «asesoras del hogar», esa expresión tan rara y burocrática, dudosa filigrana o eufemismo que alguien inventó por el temor chileno de llamar las cosas y las instituciones por su nombre. En el país hay cantidades derechamente innumbrables. Se practica a ratos el lenguaje inasible de los preciosos ridículos. El hecho concreto es que han vuelto por centenares de miles las empleadas que trabajan de lunes a viernes en la casa del llamado patrón o patrona y regresan el fin de semana a la mejora o «empeora» de la población, donde viven con sus familias, que subsisten en buena parte con lo que ellas ganan. Porque, en general, el marido se encuentra cesante y el niño todavía está chico y, aunque quisiera, no tendría trabajo.

Hablo con los jóvenes, muy dispuestos a rechazar las versiones del régimen. Departo con gente de las capas medias y todos los días con mis compañeros. Ando en busca de mi memoria de estos casi quince años transcurridos fuera. Tengo que complacer mi historia interrumpida, leyendo en los rostros y las vidas ajenas, que en el fondo son irremediablemente mías. Oriento las antenas a escuchar rumores y reclamos. Siento la conciencia de que todo lo que observo me está tocando, porque cada detalle, incluso la expresión de una mirada, es la síntesis de una situación. Para mi Chile no es olvido, sino un país recuperable, en el que estoy contenido.

Adioses bajo la buganvilla

—Escribe algo sobre tu viaje a Chile —me dicen los compañeros en la última conversación.

—Lo intentaré —respondo—. ¿Algo que anote cronológicamente todo? ¿Un libro de bitácora? ¿O una colección de estampas, donde le dé gusto al ojo? ¿O prefieren una serial de aventuras, con unos trocitos de confesiones íntimas? ¿O un discurso a los chilenos? ¿Un informe político?

—Estamos pensando en un cuantoai. En un buen cajón de sastre,

con un poco de cada cosa. O en una ensalada y una alcuza. Vivencias con unos granos de sal, unas gotas de aceite y un chorrito de vinagre. Lo que un sociólogo llamaría «una exploración de la realidad».

—O sea, una zambullida en las aguas heladas de Chile.

En las aguas hirvientes... Dos o tres, diez remojones por lo menos.

—Les advierto ahora para que no se hagan ilusiones ni después se sientan decepcionados. Si algún día sale no será exactamente un refrito de *La aventura de Miguel Littin clandestino en Chile*. Respondería a experiencias que, teniendo algo en común, son muy distintas, aparte de otra diferencia fundamental: la intervención de la mano mágica. Aquí no hay ningún Rey Midas, ningún García Márquez que convierta en oro las piedras del camino.

—Haz lo que puedas... Un librito.

—Bueno. Trataré de hacerlo. Ojalá no resulte un libraco.

—No te demores.

Como reina un aire de despedida, miramos al horizonte. Los Andes no nos contemplan. Pero nosotros sí. Tenemos los ojos fijos en la montaña, cuyas cumbres siguen aún nevadas. Ya les estamos diciendo «hasta luego».

En la larga guerra por recuperar la libertad ocupen un sitio sote-rado y silencioso las secretas travesías. Me corresponde rendir testi-monios de esa aventura clandestina. De todo lo vivido puede decirse. Aquí se cuenta lo que no daña al esfuerzo común y la seguridad co-lectiva.

Estoy contento de haber hecho el viaje. No vuelvo al exilio ni ven-cido ni satisfecho por lo visto, sino con un sentido del deber más im-perioso. Hay tantas cosas que cambiar, no sólo el régimen imperante, sino también en la oposición.

Mi retorno me confirmó que la emoción y el sentimiento del país no han envejecido en mí. Por el contrario, son aún más fuertes, cate-góricos y reconcentrados. Esos meses los viví casi siempre con ánimo tranquilo, entreverado por momentos de inquietud e indignación. Nada me apenó más que los crímenes que se sucedían día tras día. Pero no tengo ninguna gana de olvidar a la gente, la tierra que volví a gozar, la hora apacible bajo el follaje morado y amarillo de las buganvillas y su lenta caída sobre la mesa rústica, desparramando colores tenues, garúa de poesía, en medio de la conversión sostenida con amigos del alma.

Era una reunión con adioses.

Otra vez los señores que visten de negro

Si te hubieran pillado allá, desapareces de un zuácate —me dice di-plomáticamente una amiga que viene llegando de Chile.

Días después que Pinochet supiera de mi permanencia en el país,

no por su policía sino por el anuncio público que hizo el Partido de la celebración del Pleno contando con mi asistencia, volvió a decir que no podíamos volver. Fue el 3 de noviembre en un almuerzo electoral, donde repitió su cantinela: «Vamos a arrasar.» Sucedió en Talca, ciudad por donde yo había pasado no hacía mucho, en cuyo liceo, poco después del gran terremoto, hice parte de mis humanidades. Recuerdo su Alameda entonces atestada de casetas de emergencia, con las familias de pobres damnificados, cerca de la estatua cubierta con una sábana del Abate Molina, el día en que todos los alumnos asistimos a su inauguración. Aquella mañana se honraba tardíamente con el monumento al sabio naturalista, tan exiliado como nosotros, que murió desterrado en Bolonia. Pinochet no nos comparó, desde luego, con Juan Ignacio Molina, ese profesor chileno de la Universidad más antigua del mundo. Pero nos auguró la misma suerte final. Su decisión es que muramos en el ostracismo. Condenó con sorna a los actuales colegas del Abate, los clérigos que interceden por el fin del exilio. «Y aquí están —dijo en su discurso— todos los días algunos señores que se visten de negro o de gris y dicen que tienen que entrar todos, Volodia Teitelboim, Corvalán, pero no se dan cuenta que hay cosas que no se pueden aceptar, porque, por ejemplo, hemos tenido datos que en el secuestro del comandante Carreño hubo gente que había ingresado a Chile, para que ustedes sepan.»

El Mercurio al día siguiente, en su información central, encabezando su primera plana reprodujo dichas palabras.

Júpiter nos condena una vez más a exilio perpetuo. Para justificarlo incurre en la inmerecida gentileza de sugerir nuestra participación en un rapto. Nunca he secuestrado a nadie. ¿Y usted, Capitán General?

Meses más tarde, en conocimiento de un viaje a la Argentina, despachan un alerta a todos los puestos fronterizos chilenos, anunciando un nuevo intento mío de ingresar clandestinamente al país. Acompañan la información con una orden terminante: procédase a la captura inmediata.

Señor Pinochet: nuestro viaje demostró que, aunque «en Chile no se mueve una hoja si usted no la mueve», podemos entrar sin su augusto permiso. Y usted sabe que mi caso no es el único.

No diré exactamente la fecha, pero cuando todavía no aclaraba emprendimos la marcha de regreso. No pude decir por donde entré. Ahora no puedo revelar por donde salí ni cómo. Pero todo estuvo bien organizado. Lo que no se puede organizar son los sentimientos ni desvanecer esa invencible melancolía que entraña salir a un segundo exilio. Sólo me consuela saber que habrá un segundo retorno, esta vez —espero— definitivo.

FRANCISCO UMBRAL

Una anotación larga y vibrante

Ha cruzado por Madrid Volodia Teitelboim, un héroe de la libertad de Chile, un hombre que tiene esa calma, esa placidez de los grandes luchadores, esa firmeza tranquila que nos sorprende siempre en los más insistidos personajes de una causa grande o dura.

Volodia (melena blanca y ojos entrecerrados) nos proporciona muchas claves para la comprensión del Chile de ahora mismo. El libro que viene a presentar, su libro, es una anotación larga y vibrante, honda, sobre lo que él llama «el país prohibido». En la portada consta que el libro ha sido escrito y publicado «sin permiso de Pinochet». Volodia me ha hecho el honor de pedirme que le presente yo en Madrid. Y me habla de lo que ha pasado, de lo que está pasando y de lo que va a pasar en Chile.

Pinochet no creía en ningún momento que iba a perder el referéndum, pero estuvo todo el tiempo encerrado en su búnker. Y ahora resulta que nos reservaba a todos la sorpresa de darse a sí mismo un nuevo plazo constitucional, más otro, mucho más largo, que se dará como capitán general o lo que sea. Sin embargo, la energía y la ola generadas por el «No» son algo cuya extensión se abre, inevitablemente, a nuevas extensiones de libertad y democracia. Son conquistas del pueblo, aunque no se me oculta que los Estados Unidos también querrían llegar a una especie de socialdemocracia en Chile, a algo más presentable que este dictador ya quemado.

Uno piensa para sí, aunque no se lo diga a Volodia (quizás él lo sepa mejor que yo), que, entre el allendismo y la socialdemocracia, todavía queda en Chi-

le, a lo mejor más inmediata de lo que parece, una tercera vía que no es sino la guerrilla, una guerrilla a la manera de Daniel Ortega. Es lo que la Historia arroja de modo casi natural en un país que, de doce millones de habitantes, cuenta con cinco millones de pobres. Y cuando Volodia o yo decimos «pobres», queremos decir «pobres». ¿Ustedes saben lo que es un «pobre» chileno? Pablo Neruda lo sabía. Y Allende también.

Allende y Neruda son referencias constantes del pueblo chileno. Yo, como tú sabes, Umbral, fui amigo y biógrafo de Neruda. Como él, puedo hablar de nuestra atria «estrecha y fría». He vivido en la URSS, llevo muchos años sin pasaporte, he entrado en Chile sin papeles, la otra noche me avisaron en casa de que no abriese la puerta a nadie. Hay brigadas nocturnas de la muerte. No creo que el pueblo le permita a ese hombre seguir su reinado «augusto» (Volodia siempre juega con el nombre de Pinochet, que tanto corrobora a quien se sueña emperador).

Y luego de mi presentación, durante la conferencia de Volodia, escribo cosas como éstas: La sociedad, el hombre, tantas cosas, Pinochet en tu vida como un tronco caído, como un árbol de hierro que te corta los pasos. Volodia Teitelboim, hoy repaso tu libro, hoy repaso tus ojos indignados y tristes, hoy, tu nariz de clásico o tus manos violentas. La política canta en tus crónicas vivas, el Frente Popular populariza tu alma, hablemos de los siglos, también de las autoras. **Araucaria de Chile**, esa joya que engastas (es la revista trimestral y prestigiosa que dirige). Hablo trimestralmente, Volodia, buen chileno, hablo de lo que

nos pasa, digo por ti mi verso político y poético. Juventud comunista de Chile tan delgado, donde tú ya entonabas como algo poderoso, donde tú ya estuviste, secuestro de Pisagua. Qué Chile iba viniendo, Valparaíso, Santiagos, generales, senadores de Allende como las gigantas. Ciudadano de URSS, sin la foto de Chile, los hijos del salitre, la semilla en la arena, la guerra interna del setenta y nueve, tu Neruda de fe y cono-

cimiento. Aquel 87 en que volviste a Chile, los niños en la calle, las juntas militares, los yanquis en el fondo, quemando a un dictador. Volodia, hermano, amigo, hoy repaso tu libro, hoy repaso tus pasos y repaso tu vida, hoy repaso tus ojos indignados y duros, hoy repaso tu Chile calcinado de milites y pregunto despacio por la paz y el martillo.

(Diario 16, Madrid, 20-X-88.)

* * *

En el acto de presentación del libro *En el país prohibido* fue leída también la siguiente comunicación:

«Querido Volodia, mi viejo camarada:

Me hubiera gustado estar esta tarde contigo, con Chile, en la presentación de tu libro. Lamentablemente no es posible. Pero no te olvido, no podemos olvidarnos. Te deseo los mayores éxitos como escritor y como político en estos momentos de esperanza, cuando de nuevo empieza en tu país a despuntar el día.

Siempre con Chile en el corazón, te abraza

RAFAEL ALBERTI»



El poeta Jorge Teillier. Taberna de la SECH. Santiago. 1979

La guerra que nos concierne a todos

CARLOS FUENTES

Agradezco profundamente al pueblo y al gobierno de Nicaragua esta pausa amistosa en tiempo de guerra.

La guerra nacional de Nicaragua en defensa de su territorio y de su Revolución es, como tituló Alejo Carpentier uno de sus grandes libros, una guerra del tiempo, una guerra que ha robado tiempo a este gran pueblo, interrumpiendo el trabajo iniciado en 1979, el trabajo inicial:

La primera escuela,
El primer techo,
El primer hospital,
La primera cosecha.

Una guerra con un costo inmenso de esfuerzos aplazados pero, sobre todo, de vidas perdidas y de cuerpos mutilados. La guerra de Nicaragua —la guerra contra Nicaragua— es el punto más álgido de la profunda crisis que se abate sobre toda la América Latina, poniendo en evidencia no sólo la fragilidad de muchas de nuestras estructu-

Carlos Fuentes es el más importante novelista mexicano vivo. Es autor de *La muerte de Artemio Cruz*, *La región más transparente*, *Gringo viejo*, *Terra Nostra* y muchos otros títulos. El texto que publicamos es el discurso pronunciado por el escritor en Managua en el acto en que recibió la Orden de la Independencia Cultural Rubén Darío que otorga el gobierno sandinista.

ras económicas y políticas, sino también la fortaleza y continuidad de nuestra tradición cultural.

Por eso agradezco la pausa pero también la celebro: no es inútil recordar, en estos tiempos de guerra —guerra del tiempo— y tiempos de crisis —peligro y oportunidad— la presencia permanente de la cultura que compartimos los iberoamericanos.

De los mitos cosmogónicos de las civilizaciones indias —el Popol Vuh, el Chilam Balam—, a las crónicas de la invención de América —Bernal Díaz de Castillo, el Inca Garcilaso de la Vega—, a la poesía del barroco que otorga palabras al silencio colonial en la voz de una mujer —Sor Juana Inés de la Cruz—, a las primeras manifestaciones de la independencia literaria —el periodismo del Padre Camilo Henríquez, en Chile; la novela del mestizo conflictivo, Fernández de Lizardi, en México; la crónica fabulosa y atroz de las dos naciones, nación legal y nación real, en el *Facundo* de Sarmiento, en Argentina; la puesta al día de nuestra imaginación fabuladora en las ficciones del brasileño Machado de Assis; la inteligencia de José Martí, al pedirnos que no copiemos modelos de desarrollo extraños, sino que arrojemos luz sobre nuestra propia historia, nuestra población, nuestras necesidades, nuestros recursos, a fin de crear modelos propios de progreso—; hasta las manifestaciones actuales de la poesía y la novela, la literatura de la América Latina da voz a los silencios de la historia, dice lo que de otra manera no se diría, articula la crítica con la identidad, nos confronta con las obligaciones de actualizar nuestra experiencia, seleccionar sin sacrificar, confirmar nuestra identidad policultural y multirracial, para nosotros mismos pero también en nuestra relación con los demás.

José Lezama Lima, el gran escritor cubano, llamó a esta tarea la contraconquista de la América Latina.

Rubén Darío se dio cuenta perfecta de nuestra realidad cultural, de nuestra obligación de conjugar constantemente pasado, presente y futuro como experiencias vivas de la cultura:

«Siento en roca, aceite y vino —escribió— yo mi antigüedad», y su imaginación de lo que él llamó «fragmentos de conciencias de ahora y de ayer», forma parte de la decisión cultural latinoamericana de darle presente al pasado para que el porvenir también sea presente un día: la cultura y la historia —la historia de la cultura— ocurren siempre, hoy, en el mediodía de los hombres y las mujeres incompletos que somos todos los que vivimos, en el presente donde, al recordar, damos vida al pasado, y, al desear, damos vida al porvenir.

Sin embargo, la gran cultura de la América Ibérica, que celebramos hoy en nombre de Rubén Darío y en su patria agredida, es parte de una vasta afirmación de la pluralidad de las culturas del hombre.

José Ortega y Gasset escribió un día que la vida es ante todo un conjunto de problemas a los cuales contestamos con un conjunto de soluciones que llamamos la cultura. El filósofo español añade que,

puesto que muchas soluciones son posibles, es obvio que muchas culturas han existido y existirán. Lo que nunca ha existido es una cultura absoluta, con respuestas fijas y acertadas para cada problema.

Yo añado que como no hay culturas absolutas, tampoco hay políticas absolutas, desligadas de contexto histórico y cultural, válidas para todos en todo momento.

La conciencia cultural a la que me refiero se traduce, en términos jurídicos, en los principios de no intervención y de autodeterminación; en términos interamericanos, en la práctica del respeto al pluralismo de regímenes y filosofías sociales en este hemisferio, sin que nadie tenga derecho a imponerle sus soluciones a los demás; y en términos internacionales más amplios se traduce en el surgimiento de una realidad nueva cultural y política para el siglo XXI: la del mundo multipolar que supere el bipolarismo creado en Yalta al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

La América Latina será una de las presencias protagónicas de la nueva constelación internacional que incluirá a China y Japón, la India, el África Negra, el mundo musulmán y las dos Europas, como realidades políticas y culturales con voz propia, al lado de las dos grandes potencias actuales.

Tenemos mucho que decir, mucho que hacer, mucho que imaginar para que el mundo del siglo XXI sea un mundo humano y no una ruina ecológica, un desastre económico o un suicidio político. Nuestras patrias, patrias de Darío, patrias de la palabra y la acción, paralelas, tienen mucho que decir, mucho que hacer, mucho que imaginar, como parte y al lado de nuestra frágil y maravillosa humanidad incompleta.

Mantengamos en alto estos preciosos valores del pluralismo y la soberanía, la diversidad cultural y la autodeterminación, la identidad nacional y la cooperación internacional.

Son valores que serán puestos a prueba por el ritmo acelerado de la vida moderna:

- 1) El avance científico y tecnológico supera a veces nuestra capacidad política y moral para asimilarlo;
- 2) El carácter instantáneo de la información y su proyección masiva avasalla a menudo nuestro sentimiento de la identidad nacional;
- 3) Y la interdependencia económica pone en tela de juicio nuestra autonomía para tomar decisiones independientes.

Todo ello propone un problema radical: ¿A qué paso va a ingresar la América Latina al siglo XXI y cómo va a confrontar los desafíos inaplazables de la modernidad?

Las respuestas las estamos elaborando todos juntos, ciudadanos, estadistas, escritores; sabemos, por ejemplo, que sólo habrá interdependencia entre naciones independientes, no entre amos y vasallos;

no entre imperios y colonias: sabemos que la interdependencia sólo es un valor entre independientes.

Sabemos que sólo una lúcida conciencia y apropiación de la identidad cultural latinoamericana nos permitirá hacer frente con éxito, dándole la bienvenida, a todos los desafíos de la cultura externa, pues la cultura propia no vive del aislamiento, sino del contacto con lo ajeno, si es consciente de lo propio; sabemos que seremos naciones viables en el siglo XXI en la medida en que respondamos a estos retos insoslayables —interdependencia, desarrollo científico y tecnológico, velocidad de la información—, sabemos también que el tiempo para hacerles frente se acorta, y que los problemas no nos pedirán permiso para tocar en nuestra puerta e instalarse en nuestras casas.

Quizá las naciones más grandes de la América Latina estén mejor preparadas para asimilar estas complejidades. Pero por eso mismo el problema se agudiza dramáticamente en las naciones más pequeñas, porque ellas van a tener menos posibilidades y menos tiempo de prepararse para dominar los acontecimientos, en vez de sufrirlos simplemente.

Por eso mismo resulta tan ejemplar, tan impostergable, tan urgente, la experiencia de Nicaragua.

Un país de tres millones de habitantes que con semejante energía está tratando de superar problemas seculares que antes yacían inertes, para llegar a las puertas del siglo XXI en actitud de sobrevivir con independencia, con identidad propia y con un centro de decisiones nacionales que haga posible la cooperación para la interdependencia.

Nicaragua urgida de alfabetizarse —de curarse, de vivir mejor, de producir más—, de conjugar las fuerzas de su ser antes de que sea demasiado tarde; de llegar al umbral del nuevo milenio con los problemas básicos de la existencia en vías de resolución concreta, local; allí está la primera línea de batalla, la más urgente:

darle figura autónoma,
darle viabilidad nacional,
darle conciencia cultural al país
pobre, al país pequeño, al país digno.

Lo hemos visto estos días, mis acompañantes y yo, entre ellos el gran escritor norteamericano William Styron, lo hemos visto con el comandante Jaime Wheelock, en las zonas de riego y las estaciones agropecuarias; lo hemos visto con el comandante Tomás Borge, en las cooperativas y las plazas de Matagalpa, con los brigadistas internaciones del café; lo hemos visto esta misma mañana en Masaya y Granada, con Sergio Ramírez en discusiones abiertas con trabajadores agrícolas, obreros y artesanos.

Lo hemos visto con la comandante Dora María Téllez, en los hospitales del dolor infantil, de nuestra rabia ante ese dolor, y de la vo-

luntad de vivir de las víctimas: lo hemos visto: Nicaragua, este país agredido, trabaja y produce y vive y ya lo sabemos, aquí nadie se rinde.

Es casi como si Nicaragua, la nación que nace, supiere lo que los artistas y escritores, siempre sabemos:

la muerte es inevitable,
pero la vida es continua.
Y Nicaragua soporta la muerte,
pero afirma, en nombre de todos nosotros, la vida,
la vida básica, urgente, la guerra con el tiempo,
la guerra contra el tiempo, del campo cultivado,
la escuela levantada, el camino desbrozado,
el puente tendido,
para ser,
para tener,
para entrar con dignidad básica al siglo venidero.

Sí, la América Latina posee muy diferentes niveles de desarrollo y las soluciones no son idénticas para México y Brasil, para Argentina y Colombia, para Guatemala y Venezuela.

Lo que sí es cierto es que la guerra del tiempo, la guerra límite, la guerra que nos concierne a todos, la están librando ustedes los nicaragüenses, en nombre de todos.

Porque si a ustedes, un país poblacional y territorialmente pequeño, pero cultural y políticamente inmenso, se le niega el derecho a existir en nombre de pretextos ideológicos y sentimientos de inferioridad imperial, entonces, tarde o temprano, esa misma política, se aplicará en contra de México, Brasil, Argentina, por muy grandes y pobladas que sean esas naciones.

Si se tolera que aquí, en la pequeña Nicaragua, la soberanía nacional y la integridad jurídica sean violadas por la voluntad irritada y ciega del más fuerte, entonces lo mismo ocurrirá otro día en otros países nuestros.

La defensa de Nicaragua es por ello la defensa de toda la América Latina.

Y la defensa de Nicaragua es por ello la oportunidad que tenemos todos de estructurar, sobre bases de igualdad jurídica y respeto mutuo, las dañadas relaciones interamericanas.

Los latinoamericanos podemos ser, sobre esas bases de respeto, amigos de Estados Unidos, pero nunca satélites de Estados Unidos.

Y nuestra amistad la demostraremos constructivamente, ofreciendo fórmulas de negociación y de paz —Contadora, Esquipulas— que eviten a Estados Unidos los descabros de un Vietnam latinoamericano. Una invasión norteamericana de Nicaragua sólo revelaría a la postre, la debilidad de Estados Unidos en América Latina.

La unidad creciente de nuestros países, nuestra clara voluntad política, le dicen al actual gobierno norteamericano: Paz con Dignidad

para todos, hoy, o guerra para todos y humillación para ustedes mañana.

Guerras del tiempo: Nicaragua hoy, México ayer.

Guerras del tiempo: que un ciudadano mexicano conoce y entiende.

* * *

Hace cien años y tres décadas Benito Juárez inició la modernización de México contra los privilegios acumulados durante los siglos coloniales.

La victoria de la revolución de reforma no fue aceptada por la reacción mexicana.

Una delegación de traidores visitaron en 1860 la Corte de Napoleón III para obtener el apoyo militar de Francia en una invasión contra la República juarista y la instauración de un imperio pelele que protegiese los intereses de la clase derrotada.

La larga lucha de Benito Juárez contra Maximiliano, el imperio, la intervención francesa y la contrarrevolución conservadora nos despojó, a los mexicanos, por instantes, de casi todo el territorio nacional, ocupado por los franceses y los *contras* mexicanos.

Pero Benito Juárez pidió entonces sólo un cerro, sólo un cerro pidió, desde donde reconquistar la patria perdida: nunca se exilió. Nunca abandonó el territorio de la república: libró una guerra nacional contra la intervención extranjera. México recobró la patria. Nicaragua nunca la perderá.

Lo digo hoy como portador de la solidaridad de muchísimos mexicanos con una lucha que no sólo evoca la nuestra, sino que la actualiza.

La guerra material contra Nicaragua se viste de pretextos ideológicos.

Se nos dice que es una guerra para restaurar la democracia en Nicaragua, como si se pudiese restaurar lo que nunca antes existió.

¿Van a restaurar, o a crear democracia en Nicaragua, quienes durante un siglo y medio no se preocuparon sino de consolidar sus privilegios?

Y ¿qué restaurarían, si triunfasen, estos grupos, sino esos mismos privilegios, desplazados por la dinámica propia de la Revolución, hoy en Nicaragua, ayer en México?

Y ¿existirían siquiera estos grupos sin el apoyo material y la dirección política de la potencia hegemónica del hemisferio, que tampoco se preocupó durante los 150 años anteriores a la revolución, por el destino de la democracia en Nicaragua?

No es la ideología, o las ideologías, plurales, de la Nicaragua revolucionaria, lo que se combate: lo que se combate es la independencia de Nicaragua.

Esta es la razón de la agresión: por primera vez en siglo y medio, Nicaragua actúa con independencia, y esto es lo que resulta insopor-
table. Por esto se le exige a Nicaragua que sea primero lo que ningun-
na nación de la América Latina puede ser: una democracia a la
norteamericana, cosa que jamás se le pidió a Anastasio Somoza ni
se le pediría a la *contra* en el poder: hemos conocido demasiadas de-
mocracias de papel en la América Latina, donde bastaba declararse
anticomunista, para ser premiado como demócrata:

Nicaragua ha puesto fin a esta farsa. No se le pida, en cambio,
que se convierta en una Suecia instantánea.

Los amigos de este país confiamos en que la experiencia concreta
de construir una nación, los profundos cambios institucionales que
ocurren en Nicaragua, den cabida a todas las formas legítimas de cró-
nica, oposición y disidencia, pero no de traición, porque Nicaragua
ha sido la víctima de traiciones sin fin, de Walker y Moncada a So-
moza y a la *contra*.

Guerra del tiempo: termine la agresión y entonces déjese a Nica-
ragua ser: porque para ser una democracia, hay que ser una nación
independiente, y la Nicaragua revolucionaria conoce bien sus prio-
ridades:

Primero hay que nacer para enseguida ser: la democracia en Nica-
ragua depende de que la nación nazca y de que la independencia sea.

Que venga la paz a Nicaragua: entonces, que dejen en paz a Nica-
ragua y Nicaragua encontrará su camino: una democracia a la nica-
ragüense, de acuerdo con la experiencia histórica y el contexto cultural
de este país y de su pertenencia a la constelación del mundo iberoa-
mericano y de la cultura en lengua española, cuyo máximo poeta, des-
pués del Siglo de Oro español, fue un hijo de esta tierra.

Esta ceremonia actualiza la presencia de Darío y la presea que lle-
va su nombre la acepto con gratitud profunda, como ciudadano de
México, como escritor de la lengua española y como amigo de Nica-
ragua, de su Revolución, de su pueblo en armas y de su voluntad de
nacer y ser con independencia y dignidad.

HORTENSIA MORENO

La editorial «Nueva Nicaragua»

La editorial Nueva Nicaragua se fundó en 1981; desde entonces, su labor ha consistido en publicar los libros que conformarían la cultura de los lectores nicaragüenses; además de la crisis económica, que impide prácticamente la entrada de materiales impresos de otros lugares del mundo y que dificulta enormemente la edición de libros en el país, Nueva Nicaragua se encuentra con un terreno inexplorado y se ve en la necesidad de fundar la tradición del libro en Nicaragua. Su trabajo puede resumirse en un catálogo de 164 títulos (que incluye obras de Juan Ruiz de Alarcón, San Juan y Santa Teresa, Lope de Vega, Tirso de Molina y Calderón de la Barca, Franz Kafka, Bertold Brecht, Tagore, Valle-Inclán, Homero, Clarín, Erasmo, Cortázar, López Velarde, Shakespeare, Virgilio, etcétera, además de dar a conocer a los poetas y escritores nacionales y muchos de la cultura y del pensamiento latinoamericanos actuales) y un esfuerzo por mantener la producción en un país que agota ediciones de más de 10 mil ejemplares.

La siguiente conversación con Roberto Díaz Castillo, director de Nueva Nicaragua, tuvo lugar en las oficinas de la editorial en Managua.

—¿Cuáles son los antecedentes de este trabajo editorial?

—Este es un trabajo realmente nuevo en Nicaragua; cuando digo nuevo lo digo en el sentido de que no tenía precedentes. Aquí hubo esfuerzos editoriales pioneros durante los años anteriores a la revolución, esfuerzos aislados, de muy poca duración, como *El hilo azul* de Ernesto Cardenal o *El pez y la serpiente* de Pablo Antonio Cuadra. Un esfuerzo

editorial que no puedo dejar de mencionarte como precursor es el de una editorial que se llamó Nueva Nicaragua, precisamente, fundada por Carlos Fonseca y otros dirigentes revolucionarios en la semiclandestinidad, que publicó libros de Selser en la década de los sesenta. De ahí viene precisamente el nombre de nuestra editorial ahora. Se llamaba así porque así se denominaba el movimiento en que ellos militaban, precursor del Frente Sandinista de Liberación Nacional. Pero la verdad es que todos estos fueron esfuerzos que finalmente no cuajaron. Las circunstancias políticas del país lo impedían. Y fue hasta después del triunfo, en 1981, que se creó la Editorial Nueva Nicaragua como una corporación de derecho público adscrita al gobierno central de la República.

—¿Cuál era el proyecto original de la editorial?

—Originalmente, en virtud del propio decreto que la crea, el espectro fue muy amplio; se trataba de editar todo tipo de libros: científicos, culturales, artísticos, dentro del marco del proceso revolucionario, sin ninguna limitación, sin ninguna restricción ideológica ni religiosa ni de ningún otro tipo. A fines de 1981 aparecieron los primeros títulos en la que fue también nuestra primera colección: la Biblioteca Popular Sandinista. La idea era incluir ahí todos los títulos sobre temas relacionados con el país y hacer una biblioteca básica para juventud que salía de la campaña de alfabetización y sin duda tenía mucha sed de lectura. Creo que la intención fue correcta y en poco tiempo se logró publicar a la mayor parte, casi la totalidad, de los autores nicaragüenses. Muchos de

ellos, en su gran mayoría, desconocidos en el propio país. Autores que habían publicado fuera, cuyos libros no podían entrar por las circunstancias de todos conocidas. Y por supuesto, muchos libros también sobre Nicaragua; el primero que publicamos de un autor extranjero es un libro testimonial de un escritor vasco, Ramón de Belaustegui-Goitia, que fue el primer corresponsal que entrevistó a Sandino en Nicaragua.

—¿Cuál fue la respuesta de los lectores?

—Cuando lanzamos estos primeros libros, que fueron cinco, tratamos de que fueran representativos de los distintos géneros literarios. Ahí había ensayo, testimonio, poesía, narrativa; hicimos un tiraje realmente improvisado, sin tener ninguna razón fundada para que tuviera ese número de ejemplares. Hicimos 6 mil. Fue un intento caprichoso, no teníamos ninguna experiencia y no había tampoco posibilidad de tenerla, ningún estudio; ni siquiera se llevó a cabo un muestreo de lo que podía ser un consumo de libros en el país. Hicimos los seis mil ejemplares de esos primeros cinco títulos y se agotaron en cosa de tres meses. Eso nos hizo pensar que éramos un poco tímidos y que había que lanzarnos a una cifra mayor. Entonces comenzamos con tirajes de 8 mil y hasta de 10 mil ejemplares. Esta última cifra pasó a convertirse en el tiraje mínimo actual.

—¿El aumento en el tiraje les permitió abaratar el costo de los libros?

—Sí, en particular en aquel tiempo en que el proceso inflacionario no nos había afectado como nos está afectando ahora. Los libros eran extraordinariamente baratos y las posibilidades de venta se ampliaron. Empezamos a abrir nuevas colecciones. Creamos una dedicada a los clásicos de la literatura, la Biblioteca popular de cultura universal, que arranca desde los griegos, latinos, el siglo de oro español, los grandes clásicos de Francia, Inglaterra, Shakespeare, por ejemplo, y llega hasta los clásicos de América Latina, los grandes narradores, los pioneros de la narrativa latinoamericana, como Rómulo Gallegos o José Mármol.

—¿Se ha sostenido la venta de 10 mil ejemplares por título?

—Originalmente hicimos el tiraje de 10 mil ejemplares en forma indiscriminada, así hicimos la *Odisea*, la *Iliada*, en fin, pero nos dimos cuenta de que había que discriminar un poco con relación a determinados títulos, porque sobre ellos hay una demanda también discriminada. Por ejemplo, *Crimen y castigo*, de Dostoievski, cuando lo sacamos, se convirtió en un *best-seller*, se acabó muy pronto y era un tiraje de 10 mil ejemplares. Pero libros como *La Celestina* o el teatro del siglo de oro, se venden menos. Empezamos a hacer los tirajes en razón de determinadas necesidades, por ejemplo, la demanda que pudiera tener en la Universidad, en los centros de enseñanza secundaria o media, y actualmente nuestros tirajes oscilan entre los 5 mil y los 10 mil ejemplares, pero no bajan de ahí.

—¿Nicaragua exporta libros?

—Con los altos fletes que se pagan hoy, tanto aéreos como marítimos, y los mismos costos de producción de los libros, resulta muy encarecedor el libro puesto fuera del país. Entonces hemos optado por un camino que ha sido hasta el más exitoso: el acudir a ferias internacionales, tanto de venta de ejemplares, tales los casos de la Feria Universal de México, la de Buenos Aires y la de Montevideo, la Feria Latinoamericana de Nueva York, como a las grandes ferias internacionales, las de mayor prestigio en el mundo: la de Frankfurt o Leipzig, inclusive la de Moscú, que no son para vender ejemplares sino para vender derechos, y hemos podido colocar nuestros derechos y hacer ediciones en el extranjero. De esta manera hemos logrado, más eficientemente que por la vía de la exportación del libro con la venta de los derechos, ediciones de nuestros títulos en otros países, y obtener también divisas tanto para los autores como para la propia editorial.

—¿Nueva Nicaragua es autosuficiente económicamente?

—La editorial no fue autosuficiente en los primeros cinco años, aunque paulatinamente lo empezó a ser. En la actualidad, sí lo es; inclusive el Estado, con razón, dejó de prestar el subsidio que originalmente le daba y es una empresa totalmente autosuficiente a partir de 1986. En Nicaragua se siguen vendien-

do libros a pesar de que, por el mismo proceso inflacionario, los precios que hoy tenemos han subido. Ya no podemos mantenernos en la misma política que tuvimos al principio de conseguir que los libros se ofrecieran a un precio irrisorio, aunque nuestros precios siguen siendo bajos.

—¿Cómo se producen los libros en Nicaragua?

—Se formó un complejo industrial con los talleres de impresión que ya existían, con maquinaria obsoleta en muchos casos, pero también con alguna maquinaria que todavía podía prestar y presta eficientes servicios. En este complejo no solamente nosotros tenemos posibilidad de ser atendidos, sino también otras empresas editoriales y el mismo gobierno y la iniciativa privada. Utilizamos estos talleres de una manera racional en la actualidad, de manera que cada una de las editoriales estatales tenga una cuota de participación a fin de superar el bajo rendimiento que hay por falta de materiales (materias primas e insumos), por los deficientes servicios que van prestando las máquinas (ya que faltan repuestos y divisas para comprarlos). Hemos logrado entonces concebir un sistema de uso racional de la imprenta que nos permite a todos acudir a solicitar y a que nos preste sus servicios y a sacar una cuota de libros al año, que debiera ser mucho mayor si las cosas funcionaran normalmente. Nosotros hemos publicado antes hasta 49 títulos por año. Ahora debimos reducirnos en mucho porque las limitaciones se dan precisamente en los talleres de impresión.

—¿Y cómo se enfrenta Nueva Nicaragua a la crisis?

—Tratamos de sortearla por la vía de las donaciones, y hemos logrado mucho. Estas no han sido solamente de maquinaria y de materias primas, sino también en especie, como la impresión de ciertos títulos en el exterior. La hemos recibido, fundamentalmente, de la República Federal de Alemania, a través de grupos de apoyo a lo que se llama la Teología de la Liberación, que se han interesado en ayudar a la editorial, y que nos han abierto las puertas de las imprentas de sus comunidades. Así ha sido posible hacer la impresión de libros ilustrados, tanto a colores como en blan-

co y negro. Hay una colección especial que se llama Ediciones Monimbó, nuestra colección de lujo, que lo es en el sentido gráfico, pero siempre con precios bajos, y se imprime en Alemania. Y también hemos acudido al expediente de las coediciones. En México, por ejemplo, hicimos un programa de coediciones que ha tenido mucho éxito con 14 editoriales de América Latina; somos 15 países en total. El programa es auspiciado por la UNESCO y el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina, que tiene su sede en Bogotá, y que nos ha permitido hacer seis volúmenes ilustrados para niños, que tienen la característica de que son textos tomados de la tradición oral de cada país, ilustrados por artistas plásticos también de cada país.

—¿Cuál es la política de la editorial con respecto a la literatura latinoamericana?

—Se creó una colección que se llama Palabra de nuestra América, en donde publicamos a los autores más representativos de la literatura latinoamericana. El primer volumen debió haber sido Martí, pero se nos rezagó por una serie de circunstancias, y en este momento está en prensa. De todas maneras, empezamos a sacar a otros autores, como Cortázar, García Márquez, Galeano, Cardoza y Aragón, y pensamos que paralelamente, junto a los autores de gran nombre, deberían aparecer también los jóvenes. Creímos que era un buen expediente revisar los libros que hubiesen participado en concursos en otros países, por ejemplo, y que no hubiesen sido premiados, pero que hubiesen sido distinguidos con alguna mención. Y así hemos dado a conocer a autores jóvenes latinoamericanos.

—¿Cómo se compone el consejo editorial de Nueva Nicaragua?

—Tenemos un consejo editorial formado por altos funcionarios de la esfera de la cultura; el presidente del consejo editorial es Sergio Ramírez; también forman parte de él Ernesto Cardenal, Fernando Cardenal, y además, en representación de algunos organismos, vienen sus directores, por ejemplo, del Instituto de Estudios del Sandinismo, para hacer propuestas sobre libros que conciernen a la historia del proceso re-

volucionario. La Universidad tiene representación también en el consejo, lo mismo que las organizaciones de masas, la Asociación Sandinista de Trabajadores de la Cultura y los directores de las tres editoriales estatales que existen en este momento, que son, además de ésta, la Ocarina, del Ministerio de Cultura, y Vanguardia, que está adscrita al Frente Sandinista de Liberación Nacional.

—¿Cómo han tratado la literatura nacional?

—Hemos creado una colección dedicada a nuestros autores, a los poetas especialmente, que se llaman Letras de Nicaragua. La consideramos fundamental porque era necesario agrupar ahí lo más representativo de la poesía nicaragüense. Es una colección que también ha tenido éxito. De las grandes figuras (quizá con la excepción de Sergio Ramírez y Ernesto Cardenal, que han producido nuevos libros), de la mayor parte de ellas lo que hemos hecho es publicar obras ya anteriormente publicadas; no hay obras recientes. Muchos de ellos están comprometidos, en fin, y es difícil. Nos ha llamado la atención que se ha generado una corriente de literatura nueva, joven, a la que hemos dado un espacio también con una colección especial. Son escritores todos jóvenes, poetas jóvenes.

—¿Cuáles son las perspectivas que se vislumbran en la editorial?

—Nosotros mismos nos sorprendemos de las posibilidades de desarrollo que esto tiene. Los tirajes de los libros nos han dado una medida insospechada de lo que aquí se puede hacer, por que hemos seguido criterios que, tenemos que confesar, son improvisados, caprichosos si se quiere, en los tirajes. No hemos tenido como elemento de juicio un estudio preliminar sobre el mercado, sobre a dónde puede ir el libro, en fin, nos hemos lanzado a una experiencia, como ocurre siempre en una revolución, en la que vemos cómo van

saliendo las cosas y las vamos ajustando en el camino. Pero con esto de que nuestros tirajes son de 10, 20, 30 y hasta 40 mil ejemplares, no sólo estamos sorprendidos, sino que estamos seguros de que, finalmente, el destino del libro es la lectura, el lector. Los libros se consumen, los libros se agotan. No sabemos cuáles son los mecanismos, cómo se comporta aquello, pero sabemos que el libro se acaba, que hay que hacer una edición posterior. Ya en algunos casos hemos hecho tres ediciones de títulos agotados, y eso nos da la medida de que hay grandes posibilidades de desarrollo del libro en el país. En los mercados, inclusive, en los canastos, ahí, como si fueran verdura, fruta, ahí se venden los libros. Es más, el libro ya participa de los mecanismos del mercado negro, lo cual por supuesto económicamente tiene todo lo negativo del mercado negro, pero por otro lado es una evidencia, es un índice muy elevador de que el libro está figurando dentro de la economía nacional como producto importante de consumo. Habrá quienes lo compren más barato y luego lo venda más caro, como ocurre en el mercado negro en general, pero eso quiere decir que hay población de lectores que inclusive en el mercado negro consigue los libros.

Nosotros tendríamos una producción mucho más grande, mucho más vasta, si no fuera por estas limitaciones por las que estamos pasando. Aun así, yo creo que es posible superar las dificultades que hay, estamos en esa línea de trabajo en este momento. Hay un programa de solicitud de donaciones en el exterior, de maquinaria, etcétera, para resolver el problema de la infraestructura editorial en el país, y creo que si esto se resuelve estaríamos en capacidad de recobrar la normalidad que nos permita sacar casi 50 títulos por año, lo que dentro de nuestras posibilidades ya es bastante.

(De La Jornada)



San Diego. Santiago, 1981

Colombia alucinante

JUAN JORGE FAUNDES

1. Alucinaciones

Alucinación 1

Los ojos de la negra, con las pupilas rodeadas por una gigantesca córnea blanca, son los de un perro rabioso, asustado y acorralado mientras su bebé, como un cachorro cualquiera, succiona la gruesa mama que sobresale de un seno redondo, grande y hermoso. El silencio, absoluto, es roto rítmica y periódicamente por un lamento que recuerda el ulular de sus ancestros cuando los cazadores de esclavos los traían hacia América desde la lejana África: «¡Ay, Dios mío! ¡Qué tristeza tan grande!» Hace escasas horas los paramilitares se llevaron a su marido, a su cuñado y a su primo. Desde la humilde choza, en medio de los platanales, escuchó el cadencioso sonar de los disparos cuando los fusilaban en la desembocadura del río Currulao, en el golfo de Urabá, mar Caribe, extremo noroeste de Colombia.

Los veinticinco secuestrados esa madrugada del lunes 11 de abril de 1988 en la vereda «Los Coquitos» por hombres que —armados de

Juan Jorge Faundes (1946), chileno, periodista y escritor. Corresponsal en Colombia de la agencia EFE y de la revista chilena *Cauce*. Como Federico Melquisedec escribe para *El Independiente* de Madrid y *El Espectador* de Bogotá. Autor de los poemarios *El Apocalipsis de Chile* (Santiago, 1983) y *Melquisedec, una misa pagana* (Santiago, 1986).

machetes y modernos fusiles R-15— vestían como militares, eran miembros de 350 familias que hace cuatro años invadieron («recuperaron», según ellos) mil hectáreas de las haciendas «San Jorge» y «Las Vegas». Distribuida la tierra a razón de dos o tres hectáreas por familia, subsistían dedicados al cultivo del banano, plátano, yuca y otras plantaciones de pan coger. Los «invasores», como les dicen los terratenientes, ya habían logrado echar raíces. Calixto Antonio González Turino, de 30 años, con señora, tres niños y cinco perros —asesinado junto a su hermano Manuel José— había alcanzado a criar una docena de gallinas.

Tres días más tarde, el presidente Virgilio Barco anunció por radio y televisión que debido a la matanza había decretado el estado de emergencia para Urabá y designado al mayor general Fernando Gómez Barros, de 59 años, subjefe del Estado Mayor Conjunto del Comando General de las Fuerzas Militares, como Jefe Militar de esa región compuesta por cuatro municipios y ciento cincuenta mil habitantes; con amplias atribuciones, inclusive de destituir autoridades civiles, como los alcaldes. Su misión: «restablecer el orden público en esa próspera zona». Pero las viviendas eran tan poco prósperas en «Los Coquitos» que, cuando a las 5.30 de la madrugada del lunes 11 llegaron los paramilitares, los labriegos dormían en hamacas amarradas en los postes que sostienen el techo de sus casas. Las viudas relatan que los uniformados cortaban las cuerdas de las hamacas a golpes de machete y que, cuando sus maridos caían, los reducían a patadas y culatazos, los amarraban con cuerdas de nailon y les gritaban: «Te llevamos por robatierras, hijueputa». Después rociaban el lugar con gasolina y les incendiaban los ranchos. Algunas chozas no se quemaron totalmente porque a esa hora caía una lluvia espesa y caliente.

Calixto Antonio recibió el mismo trato cuando lo amarraron delante de su mujer y de sus hijos. A pesar del aguacero tropical su casa quedó convertida en cenizas. A las siete de la mañana, atados en una larga fila india, los secuestrados (negros, blancos, mulatos, zambos y mestizos) fueron conducidos rumbo al mar.

Un testigo que los vio pasar por la carretera, relató: «Me puse a pensar que éstos no eran del Ejército porque nunca nos habían tratado tan mal. Además, llevaban a muchos conocidos míos que yo sé que son gente buena.»

Otros vecinos, mojados de lluvia, calor y miedo, espionaron la masacre por entre las grandes y verdes hojas de los plátanos y bananos. Una chalupa y una panga (bote ancho construido en aluminio) esperaban en la playa. Los uniformados fueron montando en las embarcaciones a los campesinos y después se comenzaron a meter ellos. Pero no cabían todos. Bajaron entonces a los que estaban más cerca: Calixto Antonio, su hermano Manuel José y otros siete, nueve en total, y los fusilaron a la orilla del golfo propinándole a cada uno un tiro en la cabeza. Los otros dieciséis fueron ejecutados en el interior del

mar, a unos quinientos metros de la playa, y sus cuerpos lanzados a los tiburones. «Ya los devolverá el mar», comentaron resignadamente los testigos cuando al día siguiente los entrevistó una radioemisora. El Caribe los comenzó a vomitar el sábado 16, en avanzado estado de descomposición, hinchados, semidevorados y acribillados.

Alucinación 2

Sangre y plumas sobre la arena. Sesenta campesinos —hombres, mujeres y niños— cruzan apuestas, vociferan. Azuzan a los gallos para que se maten. El sol del mediodía del sábado 20 de febrero de 1988 está vertical sobre la gallera de Piñalito, un pueblo de los Llanos Orientales colombianos, trescientos kilómetros al sureste de Bogotá. La atmósfera suda verde sobre la tierra caliente. De pronto, los gallos cesan su pelea. Los ojos de los campesinos se esconden en un repentino silencio. Los ceños se fruncen. Las mujeres se arriman a sus hijos contra las faldas. Veinticinco hombres han entrado en el ruedo. Algunos tienen las caras pintadas; otros se cubren con capuchas. Fusiles, subametralladoras, revólveres y pistolas encañonan al público. Sombreros alones. Machetes que relumbran. Cananas cruzadas sobre el pecho, uno de los gallos vuela impulsado por una bota.

—Quiero en el ruedo a los hijueputas comunistas —ordena el jefe de los recién llegados.

Nadie se mueve.

Uno de los encapuchados comienza a llamarlos por lista. Los nombrados se van levantando de entre el público y entran en el ruedo con paso resignado. Alguien trae en brazos a su hijo. Los nombrados quedan formados en medialuna con los demás campesinos a sus espaldas. Desde un rincón, los gallos observan expectantes.

—Fuego —aúlla el jefe, y hace el primer disparo.

El tronar de las ráfagas apaga los ayes y alaridos, el crujir de las sillas y las mesas, el tumbarse de los cuerpos, el pánico que desbarata la gallera. El plomo no discrimina entre los nombrados y el paredón de espectadores. Unos y otros son alcanzados por las balas. Cuando los atacantes se retiran y desaparecen, diez hombres, una mujer y un niño de seis años yacen muertos sobre la arena. Una quincena de heridos se revuelca entre la sangre propia y ajena. Pasado el susto, los gallos se miran con fiereza, se encrespan, y —en medio de la estampida humana— continúan la pelea. Un «Grupo Juvenil Anticomunista» se responsabiliza de la matanza, la izquierdista Unión Patriótica (UP) denuncia que doce de sus militantes han sido pasados por las armas.

Alucinación 3

Una de la madrugada del viernes 4 de marzo de 1988 en el otro extremo de Colombia: Currulao, Urabá, 500 kilómetros al noroeste de Bogotá. La zona bananera del país, una de las más pobres, donde patronos y obreros viven en conflicto permanente; donde los líderes sindicales son asesinados a diario. En las haciendas «Honduras» y «La Negra» los trabajadores duermen.

Un grupo de encapuchados se introduce en las viviendas. Despierta a los campesinos a patadas y culatazos, y los forma en el patio. Diecisiete de la finca «Honduras» y tres de «La Negra» son llamados por lista, colocados contra un muro y fusilados. ¡Abajo el Frente Popular! ¡Abajo la UP!, gritan los ejecutores. Un tiro de gracia en la cabeza remata a los veinte obreros bananeros. Entre aquel viernes 4 y el día siguiente, otros 16 obreros aparecen ejecutados en fincas adyacentes. El «Movimiento Obrero Estudiantil Nacional-Socialista» (MOENS) se responsabiliza de la nueva matanza. Es el mismo MOENS que en noviembre de 1987 acribilló a cinco jóvenes comunistas en la propia sede de su partido, a plena luz del día, en el centro de Medellín.

La UP manifiesta su extrañeza por la impunidad con que actuaron los autores de la matanza de Piñalito. «Llama la atención que dicha población se encuentra totalmente militarizada desde tiempo atrás», expresa en un comunicado.

La conclusión de la revista *Semana* (liberal), respecto de los hechos de Urabá es similar: «Lo que no queda claro es por qué en Urabá, donde, hoy por hoy, hay una gran concentración de efectivos militares —es la sede de la X brigada con cinco batallones de cerca de mil hombres cada uno— no se ha logrado el control de la zona, y la violencia aumenta día a día. En varias oportunidades, los dirigentes de la UP han denunciado la complicidad de militares con los asesinatos de trabajadores y líderes del movimiento y, aunque nada se ha podido comprobar, lo cierto es que o el ejército es ineficiente para garantizar la vida, honra y bienes de los habitantes de Urabá o se está haciendo la vista gorda.»

Alucinación 4

El cortejo avanza por la Carrera Séptima de Bogotá hacia la Plaza Bolívar, una plaza enclavada en un barrio colonial, flanqueada por la Catedral, las ruinas del Palacio de Justicia, el Capitolio. Faltan algunos minutos para el mediodía del lunes 12 de octubre de 1987, día de la raza. La urna con los restos de Jaime Pardo Leal, fundador y presidente de la Unión Patriótica es cargada por quince mujeres que forcejean, sudorosas, encogidas por el peso. El ataúd está envuelto en las banderas de Colombia y de la UP. Sobre uno de sus extremos

alguien dejó un ramillete de claveles rojos. Un lienzo que cruza de lado a lado la calle encabeza la marcha fúnebre. Lo porta un grupo vociferante de hombres. El lienzo clama por el derecho a la vida. Son unas treinta mil personas las que avanzan. Son centenares los lienzos y pancartas. Las consignas son voceadas y coreadas aquí, allá, adelante, atrás, en uno y otro lugar del desfile, en todo momento.

—¡Compañero Jaime Pardo Leal!

—¡Presente!

—¡Compañero Jaime Pardo Leal!

—¡Presente!

—¡Compañero Jaime Pardo Leal!

—¡Presente! ¡Presente! ¡Presente!

Un hombre joven con ropas de obrero está encaramado sobre una cornisa a tres metros del suelo. Se equilibra con dificultad. Las miradas de la multitud se dirigen hacia él. Con la mano izquierda rasguña el muro intentando sujetarse. Con la derecha esgrime una lata de pintura roja, aerosol, y comienza a escribir en los cristales de una ventana panorámica.

—¡Cuidado, compañero! ¡Baje, hermano, que se va a caer! — gritan algunos desde el desfile que se ha detenido para observarlo.

El hombre encaramado en la cornisa escribe sin escuchar, una bufanda roja le cubre la mitad del rostro. Después de dos o tres minutos eternos su mensaje está listo: «Samudio asesino de Pardo Leal. M-19.»

El hombre salta a la acera, alguien le ayuda a caer. Se pierden corriendo entre la muchedumbre. Los de la marcha aplauden. Samudio es el general Rafael Samudio Molina, ministro de Defensa. El M-19 es el Movimiento 19 de Abril, una de las organizaciones guerrilleras colombianas. Los muros de la Carrera Séptima y de todas las calles por donde pasa el cortejo van quedando escritas de rojo y negro con consignas contra Samudio y los militares. Los acusan del crimen. Firman las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército Popular de Liberación (EPL), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), y la Coordinadora Nacional de Guerrilleros «Simón Bolívar», que unifica a todas las organizaciones guerrilleras. También firman la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) y la Unión Patriótica.

La marcha fúnebre ha recorrido varias decenas de manzanas desde la sede de la Unión Patriótica y ahora hace su ingreso a la plaza Simón Bolívar que se repleta de gente. El féretro, que iba a ser ingresado en el Capitolio, es dejado por decisión de última hora al pie del monumento a Simón Bolívar, al medio de la plaza. Una tienda de campaña roja y blanca hace de techo de la improvisada capilla ardiente. En los brazos de la estatua de Bolívar son colocadas las banderas de Colombia y de la Unión Patriótica. El Libertador participa activamente del funeral. Los miles de acompañantes se ordenan en una larga fila india y comienzan a desfilar por la capilla ardiente para despedir

al líder. Las arengas y gritos no cesan. Centenares de policías y militares, poderosamente armados, pero disimulados en calles laterales y tras el Capitolio, están alertas para intervenir si alguna autoridad así lo ordena. A media tarde una lluvia torrencial cae sobre la plaza. Truenos. Relámpagos. La muchedumbre no se mueve. Es día de paro nacional. Bogotá está paralizada.

Stop the Dirty War

Stop the dirty war —detener la guerra sucia—
solicita un boletín «¡Urgente!» de la Unión Patriótica
un S.O.S. bilingüe

—en español e inglés—
como corresponde
cuando el autor intelectual piensa en inglés

habla en inglés
camina en inglés
entrena en inglés
paga en inglés
dispara en inglés

o en yankee
aunque finalmente los ejecutores hablen en colombiano
trátense de sicarios
o de aventajados alumnos de la Escuela de Las Américas
de Panamá.

Stop the dirty war —detener la guerra sucia—
pero yo, que no sé inglés, necesitaría un diccionario
para decir además algunas otras cosas
frases como:

—Si quieres pelear, gringo, pelea como hombre.

—Si quieres pelear, gringo, da la cara,
ábrete de piernas, con los Colt atados
a los muslos,

como un buen vaquero,
de esos de los western
que hemos visto en el cine o en la TV
desde niños,
y veamos quién es el más rápido,

—pero no le pagues a un sicario para que dispare por
la espalda, gringo

—ni le enseñes a un ejemplar soldado de nuestra Patria
Americana,

de una Banana Republic, ¿así se escribe? o

de una Estaño Republic

Café Republic

Cobre Republic

Samba Republic

Tango Republic

Lo que sea Republic

para que nos «desaparezca» después de
secuestrarnos, torturarnos o sepultarnos
en una cárcel secreta, gringo.

- Eso no está contenido en tu democrática
Constitución, gringo, ni en tu
Declaración de la Independencia ni en tus
western

¿te olvidaste ya de que los malos son los indios,
los sioux, los apaches, los cheyenes,
los que se quedaban con tus cabelleras,
pero no los gringos, gringo?

- ¿Qué dirían, gringo, Buffalo Bill, Roy Rogers,
El Llanero Solitario,
por mencionar sólo a algunos de tus antiguos héroes,
Superman, el Pato Donald, se me olvidaba,
si se enteraran de lo que has enseñado,
pagado,

a los sicarios y a los soldados de nuestras
Subversivo Republic?

- Stop the dirty war*, gringo!

- Antes te gritábamos: «¡Yankee, go home!»,
¿recuerdas? ¿remember, gringo?

pero ahora que

ya no eres un buen vaquero,

que te olvidaste de Hollywood

y de sus happy end

solamente te decimos:

Stop the dirty war —detener la guerra sucia—

Da la cara y pelea como hombre, gringo.

Y, pon atención. Sólo te he dicho gringo y no
Rambo

gringo de mierda

carajo

o hijueputa!

Con un año y seis meses en Colombia, el autor ha aprendido que su poema de agosto de 1987 tenía razón y que las mismas balas que asesinaron a más de tres mil mineros en la Escuela Santa María de Iquique, en el norte de Chile; las mismas que mataron a Ramona Parral, a Federico García Lorca, a Miguel Hernández, a Manuel Rodríguez, a Salvador Allende; las mismas que asesinaron en la Alemania de Hitler, en la Italia de Mussolini, la España de Franco, Vietnam, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, el Chile de Pinochet, son las que ahora matan en Colombia a hombres y mujeres, niños y viejos, profesores y estudiantes, campesinos y obreros, políticos y periodistas, por el imperdonable delito de militar en la Unión Patriótica, en el Frente Popular, o en la defensa de los derechos humanos. Por llamarse

Calixto Antonio o Manuel José y tener ojos que brillan, manos ásperas y palabras analfabetas que se preguntan: ¿Por qué tú comes y yo no? ¿Por qué tú decides y yo no?

II. La hijueputa violencia

Colombia es hoy un signo extremo de la realidad total de América Latina. Aquí ocurre con más intensidad, ahora, lo que ya ha sucedido con fuerza en otros países de nuestro continente, o que está sucediendo en grado menor en los demás. Las cifras son de cruenta elocuencia. Entre 1981 y 1986 los grupos paramilitares de extrema derecha perpetraron 3.536 asesinatos políticos. En 1987, los asesinatos se elevaron a 1.200. En lo que va de 1988 (desde el 1 de enero hasta el 26 de agosto), suman más de 1.500. En un 70 por 100 las víctimas son de izquierda (dirigentes políticos, sindicalistas o campesinos, con una elevada proporción de campesinos). El 30 por 100 restante se desglosa entre liberales o social conservadores progresistas, defensores de los derechos humanos y, también, en policías o funcionarios, empresarios o ganaderos, asesinados aisladamente, y en campesinos acusados de ser colaboradores del Ejército. Con más víctimas de izquierda o progresistas, esta guerra subterránea, en la que se dispara entre las sombras, en medio de la más absoluta impunidad, ha rebasado la capacidad del Estado (Ejecutivo, Justicia, Militares y Policías) para controlarla. Paralelamente, varias organizaciones guerrilleras de izquierda (que según ellas mismas totalizan unos 40.000 combatientes) combaten a diario con las fuerzas armadas del Estado (unos 100.000 militares y unos 50.000 policías militarizados). Las cifras de muertos en combates suman unos 700 hasta agosto de 1988, unos 400 guerrilleros y 300 militares y policías. El Ministro de Defensa, general Rafael Samudio, afirmó el 13 de julio, tras el ataque a una base de contraguerrillas que causó la muerte de quince soldados, que Colombia vive «un estado de guerra». El presidente de la Conferencia Episcopal, monseñor Alfonso López Trujillo, sostuvo el mismo día que la violencia política (asesinatos y combates) revela que en Colombia existe un «vacío de poder».

Determinación económica

Esta guerra es, en pocas palabras, un ejemplo de lucha de clases en su expresión bélica. Pero no una lucha de clases esquemática y simple, sino extremadamente compleja, en la que se entremezclan y superponen diferentes intereses internos y externos. Por un lado están las contradicciones internas entre dos conjuntos de personas: la «cla-

se empresarial» y la «clase asalariada» (uso conscientemente categorías conceptuales diferentes a las habituales, como «burguesía» y «proletariado», porque éstas nos remiten muchas veces a esquemas o concepciones cargadas de ideología, en el sentido de mito, que pueden dificultar un análisis renovado de la realidad). En Colombia, como en otros países capitalistas dependientes, la «clase empresarial» y la «clase asalariada» convergen en el proceso de producción de modo tal, que la «clase empresarial» controla el proceso de distribución del mayor valor generado en conjunto, y se apropia de un alto porcentaje de ese mayor valor, causando pobreza y miseria en la «clase asalariada». Se da así el caso de que en Colombia, según estadísticas oficiales, el 46,5 por 100 de los 30 millones de colombianos, son pobres (carecen de la satisfacción de una o varias de sus necesidades mínimas, tales como alimento, salud, vivienda, educación, vestuario o recreación) y, la mitad de esos pobres, son «pobres absolutos» (carecen prácticamente de todos esos bienes necesarios). Hay zonas rurales donde la pobreza alcanza al 80 y hasta el 99 por 100 de sus habitantes. Según cifras estimativas, un 30 por 100 de la población —que se concentra principalmente en las ciudades— son sectores medios bajos (que con sus salarios alcanzan apenas a satisfacer sus necesidades mínimas), un 20 por 100 son sectores medios acomodados, y menos del 5 por 100 son sectores medios altos o definitivamente ricos. Esta situación ha hecho que el 46,5 por 100 de pobres (obreros y desempleados) y el 30 por 100 de sectores medios bajos (obreros y empleados), aspiren a salir del estado de explotación o de injusticia social en que se encuentran y que, en jerga militar, sean potencialmente «insurgentes» (potencialmente aptos para manifestar su protesta mediante marchas, paros cívicos, huelgas, e, inclusive, los menos, algunos campesinos y jóvenes, para enrolarse en las guerrillas). En el 23,5 por 100 de sectores medios acomodados y ricos se entremezclan profesionales, medianos y grandes empresarios y dueños de fincas, y narcotraficantes, cuyos capitales están en la industria (principalmente construcción, empresas financieras y en el campo, ganadería). En el comercio se entremezclan el comercio legal y el contrabando. Desde 1958, tras un cruento enfrentamiento entre liberales y conservadores, la «clase empresarial» controló la totalidad del poder político en el llamado Frente Nacional, y sólo desde mediados de la década de los 70 el centroizquierdismo y la izquierda comenzaron a tener derechos de participación política. Pero estas fuerzas, en sucesivos actos electorales, no han logrado más de un 10 por 100 de las votaciones.

Determinación geográfica

La explotación económica y la marginación política facilitaron la aparición de las organizaciones guerrilleras, en un país gigantesco

(1.141.748 kilómetros cuadrados), donde la superficie de Panamá cabe quince veces. La superficie de Colombia se arruga en tres cordones de la cordillera de Los Andes (Oriental, Central y Occidental). Pero, al este del cordón oriental, el 60 por 100 de la superficie del país (nueve veces Panamá), ocupada por las cuencas de los ríos Orinoco y Amazonas, son llanos de vegetación herbácea y selvas vírgenes. Gracias al predominio de la cordillera en el 40 por 100 restante, en Colombia hay diversidad de climas (fríos, templados, tórridos), dificultad de comunicaciones, condiciones de vida diferentes, toda una geografía que determina subnacionalidades (costeños, paisas, llaneros, santandereanos, chocoanos, boyacenses, pastusos, bogotanos) y de mezclas raciales (negros, blancos, mulatos, zambos, mestizos, indios). Esta realidad geográfica no sólo ha determinado el caudillismo desde las guerras de la Independencia hasta la variedad de guerrillas actuales, sino los terremotos, los aludes, las erupciones volcánicas, las expediciones de caza, e inclusive los «estados soberanos» que florecieron durante el siglo pasado. Colombia es una fragua geográfico-cultural que ha creado un tipo de hombre machista, a la vez tierno y violento, duro y poeta, adulto y niño, arcaico y moderno, orador y ensimismado, que nace luchando contra naturaleza y hombres hostiles, que no teme morir, siempre presto a desenfundar el machete, el puñal, el revólver o el fusil para luchar por lo que considera suyo, trátese de una hacienda, de un cultivo de coca, de un laboratorio para procesar cocaína, de una zona guerrillera liberada, del honor militar, de la mujer amada, del ideal capitalista o socialista, o por reivindicaciones económicas y sociales.

Determinación histórica

Después de la Guerra de la Independencia sobreviene en Colombia una larga época anárquica (138 años). Guerras civiles y guerrillas entre los caudillos-hacendados y sus ejércitos, primero; guerra entre conservadores y liberales, después. Son contradicciones al interior de la clase dominante que se disputa a sangre y fuego las fuentes de producción y el poder político.

En la década de los 40, con el caudillo liberal de izquierda Jorge Eliécer Gaitán, surge una esperanza popular que amenazaba el poder de los dos partidos tradicionales. Gaitán es asesinado el 9 de abril de 1948. La esperanza popular se transforma en insurrección («El Bogotazo») que es ahogada en sangre y fuego por el Estado. Es el comienzo de la época de «La Violencia». Una guerra entre liberales y conservadores. Esta termina en 1957 —después de 300.000 muertos— cuando esos dos partidos se unen en el Frente Nacional (1958). El pacto liberal-conservador se prolonga por 16 años.

La época de «La Violencia» sirvió de entrenamiento a los campe-

sinos en la lucha guerrillera: ellos eran la «carne de cañón» en la guerra de sus patrones. En el inicio de la década de los 60 son ganados por el Partido Comunista y otras fuerzas de izquierda. Nacen las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), comandadas desde entonces por el legendario Manuel Marulanda Vélez, «Tirofijo». Más tarde, bajo el influjo de la revolución cubana, surge el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Y al calor de la Revolución Cultural de Mao Tse Tung, el Ejército Popular de Liberación (EPL). En la década de los 70 aparecen el Movimiento 19 de abril (M-19), que se declara nacionalista, bolivariano y continuador de la senda del Ché.

En 1988 las FARC predominan en el suroriente; el ELN, en el nororiente; el EPL, en el noroccidente, y el M-19, en el suroccidente. Los «impuestos de guerra» a compañías petroleras transnacionales y a terratenientes, los secuestros y asaltos a bancos, les han permitido financiar unos bien apertrechados 40.000 combatientes y unos sesenta frentes en todo el país. Los combates y tomas de pueblos rurales son diarios. El Estado se defiende con unos 100.000 militares y 50.000 policías.

Entre 1978 y 1982, bajo el gobierno del liberal Julio César Turbay (actual embajador de Colombia en El Vaticano) se institucionaliza la tortura, las desapariciones forzadas y un estilo similar al de las dictaduras militares del Cono Sur. Entre 1982 y 1984, el social conservador Belisario Betancur, humanista cristiano, se esfuerza por terminar con el antagonismo de la lucha de clases y propicia un diálogo nacional. Levanta el estado de sitio (que venía desde los años 40): deroga el Estatuto de Seguridad dictado por Turbay; amnistía a los presos políticos; recibe a los comandantes de las FARC, el EPL y el M-19 en el palacio presidencial, y suscribe —en 1984— una tregua con esas tres organizaciones. Pero los sectores más reaccionarios de las Fuerzas Armadas y de la oligarquía boicotean el proceso: recrudecen los escuadrones de la muerte; los amnistiados o portavoces públicos de las guerrillas son asesinados o sufren atentados. El EPL y el M-19 pierden la paciencia y retornan a la guerra. Betancur restablece el estado de sitio. Las FARC se mantienen en tregua y fundan su expresión política y legal: la Unión Patriótica.

En 1986, asume el liberal Virgilio Barco. Un tecnócrata (es ingeniero) que vacila entre los «duros» y «blandos» del Partido Liberal, que no ha podido ser consistente con la política de paz de Betancur, y que observa hoy, impávido, la peor ola de matanzas políticas de la historia de Colombia desde la época de «La Violencia».

La guerra sucia actual

Los sectores más ultraderechistas del Partido Liberal, en secretas alianzas con el narcotráfico —varios de estos políticos registran en sus ho-

jas de vida un historial de relaciones con la mafia, al margen de que ésta se comenzó a consolidar bajo el gobierno de Turbay—, han propiciado bajo el gobierno de Barco la guerra sucia actual, cuyo blanco principal han sido dirigentes y militantes de la UP (cerca de un millar de muertos), los sindicalistas y campesinos, e inclusive liberales y socialconservadores progresistas o comprometidos en las causas de la reconciliación o de los derechos humanos.

En abril de 1987 se reunió en Bogotá el V Foro de Derechos Humanos patrocinado por el Senado, las universidades Central y Autónoma, la CUT y otras organizaciones sindicales y políticas. Concluyó que en Colombia está en desarrollo «una estrategia de guerra sucia antisubversiva que forma parte de la estrategia de dominación geopolítica de los Estados Unidos hacia América Latina, con el objetivo de preservar sus intereses económicos en el continente». Añadió que los instrumentos de esta estrategia han sido las dictaduras militares, desde 1963, con las primeras desapariciones forzadas en Guatemala, y «los gobiernos civiles militarizados y sus agentes».

Desde el 20 de febrero de 1988 (matanza de Piñalito) se han registrado en Colombia 25 matanzas colectivas que totalizan 250 muertos. La UP ha denunciado que este genocidio es una nueva fase de guerra sucia, que consiste en la aplicación de un modelo inventado en Vietnam: matar a poblaciones enteras para obligar a los campesinos, considerados apoyo social de las guerrillas, a emigrar.

El gobierno de Barco ha reconocido que los responsables de las matanzas colectivas son hacendados ultraderechistas en alianza con narcotraficantes (que ejercen también de ganaderos), que han organizado grupos paramilitares de autodefensa para defenderse del «impuesto de guerra» (boleteo o vacuna en la jerga local) y secuestros de los guerrilleros. La UP ha añadido que el Ejército no es inocente y ha denunciado en el Congreso la existencia de reglamentos de contraguerrilla que contemplan la organización de «juntas de autodefensa», y de «irregulares» al servicio de la contrainsurgencia. En septiembre de 1987, el ministro de Gobierno, César Gaviria, reconoció ante el Congreso la existencia de 147 grupos paramilitares de autodefensa, pero afirmó que por su naturaleza clandestina no era posible desmantelarlos. Casi sin excepción, los crímenes políticos contra la izquierda permanecen en la impunidad. El miércoles 27 de abril, el entonces ministro de Justicia, Enrique Lew, reconoció que «puede ser que sea cierto» que haya militares involucrados en las matanzas. En mayo se publicó un informe del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) que recogió versiones de testigos que señalaban a algunos miembros del Batallón «Voltígeros», del Ejército, como involucrados en las matanzas de «Honduras», «La Negra», y «Coquitos» (Ver «Alucinaciones»). Poco después, la Dirección de Instrucción Criminal, encargada de investigar las matanzas, confirmó que se dictó orden de captura contra un teniente de ese batallón, el que

continúa en libertad. El Ministerio de Defensa ha rechazado todas esas acusaciones, calificándolas de «infames».

Desde el 29 de julio, los partidos políticos, la Iglesia Católica, los sindicalistas y organismos de los derechos humanos, iniciaron un proceso de diálogo nacional para poner término a la violencia política. Los guerrilleros han enviado documentos a las reuniones del proceso de diálogo, afirmando que estarían dispuestos a deponer las armas si se termina la guerra sucia y se realizan reformas políticas y sociales ratificadas por plebiscito. Pero el gobierno de Virgilio Barco ha rehusado incorporarse al diálogo, alegando que primero los guerrilleros deben deponer las armas. Todo hace suponer que la guerra se incrementará en Colombia, y que pese a los esfuerzos de diálogo, la paz no amanece aún por el horizonte colombiano.

Pudor y temor

Todos estos sucesos son alucinaciones (más propios de la fantasía que de la realidad), como la vida de Luis Mariano Rodríguez, alias «Rasputín», de 49 años, a quien se acusa de 200 asesinatos, que ha sido pistolero a sueldo, guerrillero, paramilitar de extrema derecha y narcotraficante, que tiene veinte cicatrices de bala en su cuerpo y ha escapado a diez atentados contra su vida, que ha participado en matanzas colectivas de campesinos izquierdistas, incluidos mujeres y niños, y a quien un jurado de conciencia declaró inocente el pasado 23 de agosto, «por falta de pruebas», o por la mirada que clavó en tímidos jurados de la ciudad de Tunja. Sin duda que sólo de un país así pudo surgir la literatura de Gabriel García Márquez. Sin duda que la futura novela de Colombia, cuya materia prima malamente he sintetizado en estas escasas carillas, porque la realidad es aún mucho más compleja e irreproducible, está aún por escribirse. Pero siento pudor de utilizar como materia prima literaria el dolor de tantas viudas analfabetas, que jamás han leído a García Márquez, y que sólo atinan a exclamar: «¡Ay, Dios mío! ¡Qué tristeza tan grande!» Y siento, además, temor de que la realidad colombiana quede distorsionada, porque toda esta alucinante violencia es cierta, pero también lo es la belleza escalofriante de sus mujeres, de sus paisajes, de sus climas, de sus ballenatos y carrileras. Yo me quedaría a vivir en Colombia. En sus verdes cumbres. En sus cálidas selvas. Traería a este país, del que todos se enamoran, a mis hijos, libros y papeles. Rogaría que cavasen aquí mi tumba, o dispersasen mis cenizas desde la cumbre del Nevado del Ruíz, el de la tragedia de Armero con sus 20.000 muertos. Yo establecería mi domicilio definitivamente en la acogedora Bogotá, con sus filósofos y literatos de café, si no fuera, utilizando una expresión colombiana, por la hijueputa violencia.



Chez Henry, Santiago, 1982

La originalidad del pensamiento de Mariátegui

JAIME MASSARDO

Nos preocupa la naturaleza de la recepción del pensamiento de Marx que está presente en la obra de José Carlos Mariátegui. Esta *nouvelle lumière de l'Amérique*, según la afortunada frase de Barbusse, leyó al autor de *El Capital* «con el filtro del historicismo italiano y de su polémica contra toda visión trascendental, evolucionista y fatalista del desarrollo de las relaciones sociales características del marxismo de la II Internacional»¹ y, lo que quizás sea más importante, lo leyó desde el particular escenario de la lucha de clases de la Italia de la postguerra. Nacido en 1894², de origen humilde, autodidacta y, al igual que Recabarren, tipógrafo desde la adolescencia, Mariátegui, que a partir de 1914 comienza a publicar pequeños artículos con diferentes seudónimos («Juan Croniqueur», «Monsieur de Camomille», «Kundall», «El cronista criollo», etc.), recibe el impacto de la Revolución Rusa en una edad ni tan temprana como para no absorber la tremenda significancia de la primera revolución socialista de la historia, ni tan adulta como para que su influencia no remodelara su esquema interpretativo. Su participación en la fundación del «Comité de Propaganda Socialista» en noviembre de 1918 y sus vínculos con el Partido Socialista Internacional de Argentina se inscriben en este contexto. Sería difícil,

¹ Aricó, José. *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. México, Siglo XXI, 1979.

² Algunos autores ubican la fecha de su nacimiento en 1895.

sin embargo, afirmar que en ese momento Mariátegui tenía una formación marxista: tanto la posibilidad de recepción de la obra de Marx como la ausencia de madurez de las clases peculiares del modo de producción capitalista, cuyo nivel de expresión política «eran indicativos del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas»³, constituían obstáculos reales para esa posibilidad. Así entonces, el José Carlos Mariátegui que en octubre de 1919 se embarca para Europa como producto de la represión del gobierno de Leguía, representa todavía un revolucionario intuitivo y apasionado que, con la fuerza de su pluma y el calor de su fantasía⁴, venía contribuyendo a la conformación de una ideología clasista en el Perú. Será la Italia de los «Consejos», de «L'Ordine Nuovo», del Congreso de Livorno y de la formación del Partido Comunista Italiano (pero también de Mussolini y el ascenso del fascismo), la Italia de la tradición filosófica de un Croce y de un Gobetti que entrelaza con la lectura del Marx de Labriola, la Italia de Gramsci, a quien lo vincula no sólo una pertenencia generacional, sino también, como apunta Aricó, «su formación italiana, sus limitaciones físicas, su muerte prematura y la estirpe de los «rara avis» de los heterodoxos pensadores marxistas»⁵, la que permite, entonces, a Mariátegui la vivencia y el aparato teórico («los dos materiales que forman el canto» —Violeta Parra— de la ciencia social) con que afrontará el análisis de la formación económico-social peruana. Es en ese contexto que realza la afirmación metodológicamente fecunda de Robert Paris en el sentido de que resulta significativo que Mariátegui, al observar el vasto movimiento obrero que involucra el «triángulo industrial» formado por Turín, Milán y Génova, «ubique en ese período y no, por ej. en el asesinato de Rosa Luxemburgo, el fracaso del Ejército Rojo ante Varsovia o la Acción de Marzo en Alemania, la cumbre o incluso el apogeo del ascenso revolucionario de la postguerra europea»⁶. Será este José Carlos Mariátegui, entonces, quien, a través del particular itinerario de la formación intelectual que reseñamos, irá a polemizar, a partir de su regreso al Perú en marzo de 1923, con la caracterización que de América Latina suscriben las Internacionales y quien, buscando «acomodar la acción revolucionaria a una apreciación exacta de la realidad»⁷, preguntará en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana celebrada en Buenos Aires durante el mes de junio de 1929 «hasta qué punto puede asimilarse la situación de las repúblicas latinoamericanas a la de los países semicoloniales», (*ibíd.*, p. 187), pues, si bien «la condición económica de estas repúblicas es semicolonial,

³ Paris, Robert. *La formación ideológica de J. C. M. México*, Siglo XXI, 1979.

⁴ Recordemos por ejemplo, el *affaire norka Rouskaya* (Véase al respecto a Paris, *ob. cit.*, p. 29.)

⁵ Cfr. Aricó, *ob. cit.*

⁶ Cfr. Paris, *ob. cit.*

⁷ Cfr. Mariátegui, Obras, Tomo 2, Casa de las Américas, La Habana, 1975, pág. 188.

las burguesías nacionales, que ven en la cooperación con el imperialismo la mejor fuente de provechos, se sienten lo bastante dueñas del poder político para no preocuparse seriamente del problema nacional» (p. 187); por tanto, «pretender que esta capa social prenda un sentimiento nacionalista revolucionario parecido al que, en condiciones distintas, representan un factor de lucha anticolonialista en los países semicoloniales avasallados por el imperialismo en los últimos decenios en Asia, sería un grave error» (p. 187) pues, en la medida en que «la aristocracia y la burguesía criollas no se sienten solidarias con el pueblo por el lazo de una historia y una cultura comunes, el factor nacionalista no es decisivo ni fundamental en la lucha anticolonialista de nuestro pueblo» (p. 187). Será «este José Carlos Mariátegui», por lo tanto, quien esté recuperando el problema de la dimensión política del comportamiento de las clases sociales latinoamericanas y la idea marxiana de que «la misma base económica, en virtud de incontables diferentes circunstancias empíricas, condiciones naturales, relaciones raciales, influencias históricas operantes desde el exterior, etc., pueda presentar infinitas variaciones y matices en sus manifestaciones, las que sólo resultan comprensibles mediante al análisis de estas circunstancias empíricamente dadas»⁸ insistiendo, en definitiva, en la unidad de la formación económico-social capitalista a escala mundial donde efectivamente el capital constituye «el punto de partida y el punto de llegada»⁹, pero donde la especificidad de la articulación de intereses entre los centros capitalistas y las «burguesías nacionales» condiciona el comportamiento político de estas últimas a diferencia de los pueblos «coloniales» y «semicoloniales» en la medida que no pone en el centro de la disputa el problema nacional; es decir, no se trata de una lucha Colonia-Imperio, sino una lucha donde los depositarios de la idea de «nación» (en el sentido que apuntábamos más arriba) son los trabajadores manuales e intelectuales, cuyos intereses chocan tanto con el imperialismo como con la burguesía nacional¹⁰. «Somos anticolonialistas porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico»¹¹ dirá Mariátegui, disolviendo con ello de una plumada la aplicabilidad de las categorías de «colonia» para el análisis de la América Latina y relevando el papel de lo-político en la reproducción conceptual de la realidad.

Con todo, donde con más fuerza resalta el talento intelectual y político de «este José Carlos Mariátegui», será en su intento por com-

⁸ Cfr. Marx, *El Capital*, Tomo III, México, Siglo XXI, 1981.

⁹ Cfr. Marx. *Introd. Señeras a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 1975.

¹⁰ La relación de intereses entre la «burguesía nacional» y el capital extranjero debe entenderse aquí como la apropiación de una cuota del excedente por vía de impuestos por parte de la primera y condiciones políticas estables (represión) que garantice mano de obra barata.

¹¹ Cfr. Mariátegui, *Obras*, Tomo 2, p. 190.

plejizar la esfera de lo-sobreestructural, transitando con ello hacia la recuperación del planteamiento marxiano, en esa dirección, la idea soreliana del «mito», rescatada en la medida en que «ni la razón ni la ciencia bastan para satisfacer toda la necesidad de infinito que hay en el hombre»¹² contribuye a recuperar la totalidad implícita en el «modelo» mariáteguiano. Si para Sorel «los hombres que participan en los grandes movimientos sociales se representan su próxima acción en forma de batallas de las cuales nacerá el triunfo definitivo de la propia causa»¹³, en Mariátegui esta idea cristaliza en una proposición revolucionaria concreta, porque «el proletariado tiene un mito: la revolución social y hacia ese mito se mueve con una fe vehemente y activa»¹⁴. Así, el «sistema de imágenes» soreliano cobra vida en Mariátegui a través de una propuesta de construcción en la que la *voluntad humana* tiene asignado su papel, pues «la fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia, está en su fe, en su pasión, en su voluntad» (Ibid, p. 415), construcción que revitaliza positivamente el rol de la ideología en la medida en que «la fuerza de los revolucionarios es una fuerza religiosa, mística, espiritual, es la fuerza del mito» (p. 416), como lo escribiera en un artículo sobre Gandhi, «la emoción revolucionaria es una emoción religiosa» (p. 389), o casi parafraseando las tesis sobre Feuerbach «los mitos religiosos se han desplazado del cielo a la tierra» (p. 390), y «no son divinos, son humanos, son sociales» (p. 390). No es ociosa, entonces, la nota de Robert Paris en el sentido que «el mito, el elemento irracional o místico, heredado de Sorel o de Nietzsche aparece aquí como el símbolo y el instrumento de una dialéctica que intenta unir el presente y sus fines y proclamar su unidad como la traducción asimismo de todo cuanto puede haber en el Perú en los años 1920 de problemático y de indemostrable en el proyecto socialista»¹⁵. En este cuadro, el contrapunto economía-voluntad alcanza un clímax en el análisis mariáteguiano de las luchas de la independencia de Hispanoamérica «que no se habrían realizado ciertamente si no hubiese contado con una generación heroica, sensible a la emoción de su época, con capacidad y voluntad para actuar en estos pueblos una verdadera revolución. La independencia bajo este aspecto se presenta como una empresa romántica. Pero esto no contradice la tesis de la trama económica de la revolución emancipadora. Los conductores, los caudillos, los ideólogos de esta revolución no fueron anteriores ni superiores a las premisas y razones económicas de este acontecimiento. El hecho intelectual y sentimental no fue anterior al hecho económico»¹⁶.

¹² Cfr. Mariátegui, Obras, Tomo I, p. 412.

¹³ Sorel, Georges. *Reflexiones sobre la violencia*. Madrid, Alianza, 1975, pág. 77.

¹⁴ Cfr. Mariátegui, Obras, Tomo I, p. 415.

¹⁵ Cfr. Paris, *ob. cit.*, p. 144.

¹⁶ Cfr. Mariátegui. *Siete ensayos...*, Lima, Amauta, 1965.

La totalidad social, captada así en toda la riqueza de su devenir se convierte, a su vez, en premisa conceptual y metodológica del abordaje a la sociedad indígena, chocando violentamente con el economismo de las Internacionales. Para Mariátegui, la experiencia colectiva desarrollada por la sociedad incaica representa un *point d'appui* para el proyecto socialista, pues si bien la conquista y la colonización echaron «sobre las ruinas y los residuos de una economía socialista las bases de una economía feudal» (*Ibíd.*, p. 18), los hábitos comunitarios del socialismo incaico contruidos sobre la base económica de «un modo solidario y orgánico» (p. 18), donde el trabajo se realiza «con el menor desgaste fisiológico y en un ambiente de agradabilidad, emulación y compañerismo» (p. 96), constituyen ese «factor incontestable y concreto que da un carácter peculiar a nuestro problema agrario; la supervivencia de la comunidad y de elementos de socialismo práctico en la agricultura y la vida indígena», de tal forma que «la doctrina socialista puede darle un sentido moderno, constructivo a la causa indígena»¹⁷. Lo-sobreestructural (incluido el «mito» y la «voluntad humana») representa así, al rebasar las condiciones que le dieron vida y proyectarse hacia la historia futura, una cristalización que sugiere los márgenes de autonomía y de especificidad (en la medida en que toda sobreestructura es siempre específica) que están implícitos en el modelo que para José Carlos Mariátegui reproduce conceptualmente la realidad social y que represente, como venimos intentando hacerlo resaltar en estas notas, un rescate del pensamiento más auténticamente marxiano, hasta el momento inédito en América Latina. Este marxismo de Mariátegui podría, entonces, caracterizarse porque:

a) Se trata de un marxismo pensado como la ciencia social de la «formación económico-social» capitalista. Mariátegui entendió, más allá de las necesidades instrumentales de la lucha política, que «la crítica marxista estudia concretamente la sociedad capitalista»¹⁸ y que, por lo tanto, «Marx no tenía porqué crear más que un método de interpretación histórica de la realidad actual», idea con la que, de paso, el revolucionario de Moquegua concurre a la tan necesaria historización del marxismo, contribuyendo en esa dirección, a fracturar ese universo ideologizado de una recepción de la obra de Marx que la constituye en paradigma que valida o nulifica cualquier intento científico. El testimonio de Marx, afortunadamente, corre en ayuda de este esfuerzo mariateguiano. Así por ejemplo, si pensamos «El Capital» como el aspecto más desarrollado de la crítica marxiana a la formación social capitalista (el análisis del MP capitalista), no podemos sino evidenciar cómo la naturaleza perfectamente acotada del objeto se alza en testimonio elocuente del límite histórico que Marx le asigna al texto: «me propongo —dice Marx— el análisis del modo de pro-

¹⁷ Cfr. Mariátegui, 1930, p. 231.

¹⁸ Cfr. Mariátegui, Obras, T. I, p. 139.

ducción capitalista y de las relaciones de producción e intercambio a él correspondientes»¹⁹. Ergo: de ningún otro. Dos consecuencias teóricas que anotamos a vuelo de pluma se desprenden de esta característica del marxismo de Mariátegui. De una parte, la certeza de la *construcción conjunta de teoría y método*, pues, si toda teoría explica el comportamiento de un objeto y el marxismo (pensado como teoría) explica el comportamiento del suyo dando cuenta de la legalidad específica de la formación social capitalista, el método representa, entonces, una forma también específica de aproximación de dicho objeto; de otra manera, representa la forma en que el sujeto cognoscente (el proletariado) organiza la relación con su objeto (la FES capitalista), representa, según la frase tan felizmente reivindicada por Della Volpe «la lógica específica del objeto específico»²⁰. La naturaleza histórica del objeto le asigna, de este modo, su propio carácter al método construido para explicarlo, lo determina otorgándole límites perecederos, contaminándolo con su propio «pecado original» y anunciándole, de este modo, su inevitable muerte conjunta. De otra, la certeza de la *vigencia del marxismo*, de la reafirmación de su vitalidad en el proceso de nuestro propio autoreconocimiento como actores de una sociedad cuyas leyes de desarrollo constituyen el objeto de su discurso, de que «mientras el capitalismo no haya transmontado definitivamente, el cánon de Marx sigue siendo válido»²¹.

b) *Se trata de un marxismo abierto*, con lo que queremos decir que Mariátegui ha integrado a su visión revolucionaria de la sociedad el aporte que vienen entregando a la ciencia social corrientes de pensamiento de origen diverso. Así, por citar sólo algunos, Croce, Gobetti, Rolland; Barbusse, Nitti, Gentile, France, D'Annunzio, Gorki o Sorel aparecen afectuosa y recurrentemente tratados, mientras sus planteamientos ocupan lugares privilegiados en la obra mariateguiana. En esa dirección, sostenemos que *el aspecto más característico de este marxismo abierto del fundador de «Amauta» está constituido por su rescate de la idea soreliana del «mito»*. Motivada por la convicción profunda de su papel como elemento catalizador de representaciones apriorísticas de un hondo potencial revolucionario, situado quizás, como advierte agudamente Paris, «en la realidad ontológica del hombre», o, por lo menos, en la visión del mundo de las clases desposeídas por el desarrollo del capital²², Mariátegui cree que «la teoría de los mitos revolucionarios que aplica al movimiento socialista la experiencia de los movimientos religiosos establece las bases de una filosofía de la revolución profundamente impregnada de realismo psicológico

¹⁹ Cfr. Marx. *Capital*, T. I, p. 7.

²⁰ Véase la selección «*Dialéctica Revolucionaria*», con textos de Luporini y Della Volpe, publicada por la Escuela de Filosofía de la UAP.

²¹ Cfr. Mariátegui, Obras, T. I, p. 139.

²² Cfr. Paris, *ob. cit.*, pág. 143.

y sociológico»²³. El «mito» cobra así el valor de un símbolo, de una andera, de una *utopía posible* porque «la fantasía no tiene valor alguno sino cuando crea algo real»²⁴ y «un gran ideal humano, una gran aspiración humana no brota del cerebro ni emerge de la imaginación de un hombre más o menos genial. Brota de la vida. Emerge de la realidad histórica»²⁵ así, «un ideal caprichoso, una utopía imposible, por bellos que sean no conmueven nunca a las muchedumbres» (p. 287). Junto con Sorel, Mariátegui podría afirmar, entonces, que «hay que juzgar los mitos como medios de actuar sobre el presente»²⁶, pues «es preciso que los socialistas estén convencidos de que la obra a la que se consagran es una obra sublime»²⁷ y, en esa perspectiva, decir de su lado que «el mesiánico milenio no vendrá nunca»²⁸, que «el hombre llega para partir de nuevo» pero que, sin embargo, «no puede prescindir de la creencia de que la nueva jornada será la jornada definitiva» porque «ninguna revolución prevé la revolución que vendrá después, aunque en la entraña porte su germen»... Puesta en el límite, esta comprensión de Mariátegui será la que lo lleve a expresar que «en lo inverosímil hay, a veces, más verdad y más humanidad que en lo verosímil»²⁹, internándose con ello al ámbito de lo irracional, en esa particular sensibilidad que denominará recurrentemente «la emoción de la época» y en la fe como la fuerza de la convicción «porque no tener una fe es no tener una meta» (Ibid, p. 412), porque «marchar sin una fe es *patener sur place*», o dicho con el pretexto de la poesía de Henry Frank «la raison sans Dieu c'est la chambre sans lampe» (t. 1, p. 414).

c) *Se trata de un marxismo pensado como ciencia social unitaria.*

Mariátegui reconstruye una visión del mundo que integra en una perspectiva global los elementos de la economía con las esferas «so-breestructurales» donde «el método marxista busca la causa económica en último análisis» (p. 128), donde «el hecho económico y el hecho político son consustanciales y solidarios» (t. 2, p. 248), donde «la premisa política, intelectual, no es menos indispensable que la premisa económica» (t. 1, p. 171); porque «el socialismo no puede ser la consecuencia automática de una bancarrota», cuestión «que nunca han sabido entender los que reducen arbitrariamente el marxismo a una explicación puramente económica de los fenómenos» (p. 128), «los intelectuales que exageran interesadamente el determinismo de Marx y de su escuela» (p. 156)... Aunque, la verdad sea dicha, esta visión del mundo sería todavía incompleta si Mariátegui hubiera dejado de in-

²³ Cfr. Mariátegui, Obras, T. 1, p. 124.

²⁴ Cfr. Mariátegui, Obras, T. 2, p. 416.

²⁵ Ibid, T. 1, p. 286.

²⁶ Cfr. Sorel, 1906, p. 185.

²⁷ Ibid, p. 199.

²⁸ Cfr. Mariátegui, Obras, T. 1, p. 418.

²⁹ Ibid, T. 2, p. 416.

corporar ese peculiar e irreductible aspecto representado por *la voluntad humana* y su papel transformador en los procesos sociales, por esa energía y esa emoción que emerge sólo de la convicción profunda, porque, al fin «el carácter voluntarista del socialismo no es menos evidente aunque sí menos entendido por la crítica que su fondo determinista»³⁰. Será por ello que Mariátegui en uno de sus textos más polémicos dirigido contra Henry de Man y su interpretación del marxismo³¹ subrayará que este autor «ignora y elude la emoción, el *pathos* revolucionario»³². Mariátegui cree que para valorar el rol de la voluntad «basta seguir el desarrollo del movimiento proletario desde la acción de Marx y Engels en Londres, en los orígenes de la I Internacional, hasta su actualidad dominada por el primer experimento de Estado Socialista: la U.R.S.S.» (p. 159); porque «en este proceso, cada palabra, cada acto del marxismo tiene un acento de fe, de voluntad, de convicción heroica y creadora, cuyo impulso sería absurdo buscar en un mediocre y pasivo sentimiento determinista», porque al fin y al cabo «la historia, en gran proporción, es puro subjetivismo, y en algunos casos, es casi pura poesía» (t. 2, p. 300). La naturaleza sobrecargada de esta argumentación no puede entenderse, por otro lado, sino en una vinculación estrecha con una visión *ética* de la acción revolucionaria y del proyecto socialista en su conjunto; la influencia de Sorel en este caso es explícita: «el mundo espiritual del trabajador —dirá Mariátegui—, su personalidad moral, preocuparon al autor de *«Reflexions sobre la violencia»* tanto como sus reivindicaciones económicas» (t. 1, p. 129); de allí que «la función ética del socialismo debe ser buscada en la creación de una moral de productores por el propio proceso de la lucha anticapitalista» (p. 151)... La ética así pensada tiene un carácter extraordinariamente concreto, nos atreveríamos a decir que bastante más concreto que el «mito»; no representa ese punto de llegada real-imaginario, o sea, concreción de la utopía posible; se trata, esta vez, de un esfuerzo consciente, de una creación colectiva provocada por la propia lucha contra el capital, convicción que no puede dejar de evocarnos la otra imagen más reciente, más palpa-

³⁰ *Ibid.*, p. 159.

Cierto es que esta circunstancia no debe extrañar a quien no pierda de vista la matriz italiana de la formación marxista de Mariátegui donde, posiblemente por la propia conformación de la sociedad, una fuerte tradición de lectura no-económico de Marx encuentre lugar tanto entre autores marxistas como no marxista. 1. Lo verdaderamente relevante del planteo mariateguiano en esta dirección radica en la precocidad de su formulación pues, si bien la influencia de Gramsci y del grupo de L'Ordine Nuovo debe haberse dejado sentir en el momento en que Mariátegui se nutre del pensamiento italiano (1920-22), no es menos cierto que el planteo metodológicamente más desarrollado de Gramsci data de su estadía en la cárcel y más exactamente de los «Cuadernos...» redactados entre 1929 y 1933, en tanto que en Mariátegui la postura que señalamos se expresa con toda nitidez en 1928.

³¹ Nos referimos a *«Defensa del Marxismo»*, Cfr. Mariátegui, Obras.

³² Mariátegui, Obras, T. 1, p. 126.

ble, pero no por ello menos impregnada de esa integridad profunda tan propia de una moral de trabajadores de la que nos habla Mariátegui: la figura de Ernesto Guevara...

d) Se trata *finalmente, de un marxismo latinoamericano*, construido en un esfuerzo por dar cuenta de las particulares condiciones que rigen el desenvolvimiento del problema de la revolución socialista en el Perú, comparable, desde este ángulo, con el carácter de la obra de un Lenin o de un Mao: vale decir, se trata de un trabajo que involucra el instrumental del marxismo para la caracterización de la formación social capitalista con el estudio de objetos históricos concretos transformables desde el punto de vista práctico. En este sentido, como afirma Melis en su excelente artículo, el propósito de Mariátegui es «situar los rasgos específicos de una formación económico-social en un modelo de desarrollo histórico, lo cual es lo único que confiere un valor auténticamente científico al marxismo, más allá de toda interpretación deformara en el sentido del historicismo idealista»³³. Por lo menos cinco descubrimientos importantes (cuyo lugar de estudio naturalmente no es éste) aparecen ligados a esta lectura latinoamericana del marxismo: (*primero*) la caracterización de la burguesía nacional en su incapacidad para conducir las tareas de liberación nacional, vale decir, las tareas antiimperialistas que el desarrollo del Perú requiere, las que, entonces, deben ser llevadas a cabo por otros sectores sociales heterogéneos, dado el grado de desarrollo del capitalismo peruano, pero de entre los cuales, (*segundo*) se vislumbra el papel hegemónico de una clase obrera subsumida en una particular dialéctica etnia-clase que, (*tercero*) en la perspectiva del socialismo podrá desarrollar las tareas de orden democrático burgués que permitirán, (*cuarto*) la realización de la idea de nación, de la construcción misma de la nacionalidad. En esa dirección (*quinto*) la comunidad indígena precolombina puede desempeñar un papel, porque «conserva aún una vitalidad suficiente como para convertirse, gradualmente, en la célula del Estado Socialista Moderno»³⁴; cuestión que ofrece, además, una evidente simetría con el planteo marxista frente a la comuna rural rusa³⁵.

Es justamente en este contexto donde nos interesa destacar que, en todo este esfuerzo por develar la naturaleza de la formación económico-social peruana y cuya cima más evidente se encuentra en los *Siete ensayos...*, el aparato teórico de Mariátegui en ningún momento se constituye como un modelo exterior al análisis de su objeto, que se trata, entonces, de un esfuerzo de reconstitución latinoamericana del marxismo que recupera en toda su cabal dimensión la idea

³³ Melis, Antonio. «Mariátegui, primer marxista de América», en *Crítica Marxista*, núm. 2, Roma, 1967.

³⁴ Cfr. Mariátegui, Obras, T. 2, p. 312.

³⁵ Cfr. Marx 1877. Véase también Franco, Carlos. «El seguimiento del marxismo latinoamericano: Haya de la Torre y Mariátegui», en *Historias*, núm. 2. INA, México, 1982.

que la formación económico-social es un instrumento metodológico que, como tal, constituye sólo un *modelo histórico-abstracto* que debe alcanzar su determinación en el rastreo del devenir *histórico-concreto*... ¿Y, a qué seguir? Abundar sobre este tópico parece ocioso. Reivindicamos en la obra de José Carlos Mariátegui el particular uso de un instrumental teórico-metodológico que, en juego dialéctico hasta el momento inédito en América Latina, abre el camino a la exploración de las formaciones económico-sociales concretas, en las que, por decirlo de una sola vez, base económica, «sobreestructura», voluntad humana, *pathos* revolucionario, «emoción de la época», «mito» socialista, y moral de los trabajadores se engarzan y se determinan mutuamente al interior del modelo de FES en los peculiares ritmos que dispone la lucha de clases y en un proceso donde van cristalizando los distintos pliegues que expresan cada idea, cada aporte del pensamiento de la humanidad leído desde el marxismo.



Gasman y Juanito, bar de la calle Nueva York 11, Santiago, 1982



Bar El Italo. Santiago, 1980

Relaciones Chileno Soviéticas: Un capítulo de su historia

HERNAN SOTO

En la historia de las relaciones de Chile y la Unión Soviética se pueden distinguir, cronológicamente, cinco períodos:

- a) 1917-1944: exploraciones y contactos iniciales;
- b) 1944-1947: relaciones diplomáticas formales en el marco de la inmediata postguerra de la Segunda Guerra Mundial;
- c) 1947-1965: la guerra fría;
- d) 1964-1973: relaciones diplomáticas formales en un mundo que abandonaba la bipolaridad;
- e) 1973 a la fecha: las relaciones durante el fascismo.

Nos referiremos básicamente al segundo período, correspondiente a las relaciones diplomáticas entre los dos Estados durante los años 1944 a 1947. Haremos también una referencia general a la etapa anterior.

Planteamos que el período del que nos ocuparemos fue la culminación de una relación que se inició prácticamente con la Revolución de Octubre que conmovió la conciencia de los trabajadores y sectores progresivos en nuestro país. Las distintas clases pusieron su sello en un sentimiento colectivo que, en definitiva, era una mezcla de fascinación, admiración consciente y rechazo.

Al margen de consideraciones estrictamente políticas, hubo factores histórico-culturales que hicieron que las relaciones de los países

latinoamericanos con Rusia, primero, y luego con la Unión Soviética tuvieran particularidades importantes. Como anotó un ensayista norteamericano: «Durante los primeros años de su existencia, la Unión Soviética tuvo muchas preocupaciones urgentes como para que pudiera pensar demasiado en América Latina. Los mundos ruso y latinoamericano rara vez habían tenido contactos mutuos, aunque algunos emigrantes eslavos se habían establecido, casi en su mayoría, en colonias del Río de la Plata y Brasil; después de la Primera Guerra Mundial llegó otra ola de inmigrantes, especialmente exiliados de la Rusia comunista o de los territorios rusos y ucranianos que forman parte del nuevo Estado polaco; algunos se unieron a los nacientes partidos comunistas en sus países. Pero aunque Rusia, a diferencia de España, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos no tenía nexos antiguos de tipo económico, político o cultural con la región, poseía, en cambio, la ventaja de no pesar sobre ella un historial imperialista.»¹

Antecedentes

En ese contexto es explicable que, al comenzar la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética, que todavía no era la gran potencia que emergió del conflicto, tuviera relaciones solamente con México, por su importancia y tradición revolucionaria; con Argentina y con Uruguay.

De las relaciones en este primer período, mencionaremos algunos episodios.

En febrero de 1916, el gobierno ruso, por intermedio de su legación en Buenos Aires pidió el *agreement* para el plenipotenciario Alejandro Stcherbarskoy, Consejero de la Embajada Rusa en Washington. Contestada favorablemente la solicitud, Stcherbarskoy llegó a Santiago en diciembre de 1917, con credenciales del Gobierno de Kerensky. Dice, al respecto, la Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización de entonces: «Los cambios producidos en el Gobierno de Rusia desde la expedición de tales credenciales y el hecho de no haber sido ellas renovadas en debida forma, impidieron al gobierno recibir oficialmente al señor Stcherbarskoy, que se ausentó poco después del país.»

En 1936, a propósito de la ruptura de relaciones entre Uruguay y la URSS decidida por Uruguay bajo el cargo de una supuesta connivencia entre la embajada soviética y el Partido Comunista de Uruguay, cuando la URSS requirió un pronunciamiento de la Sociedad de las Naciones emplazando a Uruguay a presentar pruebas de sus

¹ J. G. Gregory Oswald, en *La Unión Soviética y América Latina*, compilado por J. Gregory Oswald y Anthony Strover, Ed. Letras S. A., pág. 21, México D. F., 248 págs., 1972.

acusaciones, cosa que en definitiva ese país no hizo alegando que se trataba de un asunto de su competencia, el representante chileno formuló una declaración significativa. El delegado, Fernando García Oldini, envió al presidente del Consejo de la Sociedad de las Naciones una carta fechada el 25 de enero de 1936, acompañando el texto del discurso que no pronunció a petición del representante uruguayo. Decía dicha carta: «Mi gobierno, aunque no ha establecido relaciones diplomáticas con el gobierno soviético, creyó su deber asociarse a otros miembros de la Sociedad de las Naciones y firmó la carta de invitación dirigida a la Unión Soviética para que ingresara a la Sociedad y pudiese, dentro de ella, participar en la obra de paz y colaboración internacional de Ginebra.» Y agregaba: «Mi gobierno ha estimado muy útil este concurso. El cree que la paz debe ser el resultado del esfuerzo común de todos los Estados, sin distinción de raza, de religión o de doctrinas políticas.»²

García Oldini se refería al ingreso de la Unión Soviética a la Sociedad de las Naciones en 1934, después de una invitación expresa suscrita por varios Estados miembros, entre ellos Chile.

En 1932, Alessandri había instruido al canciller Cruchaga para que iniciara conversaciones con la URSS. Pero debido a que dichas negociaciones se orientaron sólo al establecimiento de relaciones económicas, ellas fracasaron «porque el gobierno ruso manifestaba que estas relaciones debían tener un carácter más amplio.»^{3, 4}

En 1939, el Ministro de Relaciones Exteriores del presidente Aguirre Cerda, señor Abraham Ortega, declaró a propósito de una petición de Panamá de protestar como países americanos ante la supuesta agresión de la URSS a Finlandia, que Chile «... no cree conveniente expresar opinión sobre la situación que se ha planteado entre Finlandia y la Unión Soviética.»⁵

Anuncio

El 11 de diciembre de 1944, desde Washington se anunció oficialmente que Chile y Unión Soviética habían acordado establecer relaciones diplomáticas y consulares y lo habían hecho a través de sus emba-

² Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores y Comercio, 1936.

³ *El Mercurio* del 28 de diciembre de 1944 informó acerca de las declaraciones del canciller en la Sesión Secreta del Senado en que se trató el tema de las relaciones con la URSS; en esas declaraciones, el canciller habló de anteriores intentos de establecerlas.

⁴ *La Nación*, 15 de diciembre de 1944, el ex-diplomático Francisco Madrid reveló que entre 1932 y 1938 se había preocupado desde Polonia y Rumanía de acopiar y remitir información sobre la URSS al Ministerio de Relaciones Exteriores y que había planteado varias veces la necesidad de establecer relaciones diplomáticas.

⁵ Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores, 1939.

dores acreditados en la capital norteamericana: Marcial Mora Miranda y Andrei Gromyko.

La nota del 11 de diciembre en que Chile solicitó el establecimiento de relaciones decía: «por esta razón (mantener y aumentar lazos de amistad con Naciones Unidas: N. del A.) y en conocimiento de la buena disposición exteriorizada a este respecto por el gobierno de vuestra Excelencia, mi gobierno estima altamente el establecimiento de relaciones diplomáticas y consulares entre los gobiernos de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y la República de Chile, y el cambio de embajadores extraordinarios y plenipotenciarios.»⁶

En la declaración oficial de la Cancillería chilena en Santiago se aclaraba: «Para dar este paso, el gobierno ha considerado detenidamente los diversos aspectos que pudiera involucrar el establecimiento de relaciones diplomáticas y consulares con el gobierno de la URSS y así después de auscultar la opinión continental lo resolvió favorablemente con el pleno asentimiento del Consejo de Ministros que tuvo la oportunidad de apreciar los diversos matices de la situación internacional.»⁷

Era obvio, en ese texto, que había habido una consulta con el gobierno de Estados Unidos que, en pleno auge de la coalición antifascista, no se oponía al establecimiento de relaciones con la URSS.

Diversos factores explicaban esta decisión del gobierno del Presidente Juan Antonio Ríos:

- primero: el prestigio ganado por la URSS en la guerra contra el fascismo;
- segundo: la alianza, en el marco de la lucha contra el Eje, entre la URSS, Estados Unidos, Gran Bretaña y otros países;
- tercero: la fuerza del movimiento social y político de izquierda y progresista que existía en Chile, que en 1938 había triunfado con el Frente Popular, cuya orientación se proyectaba todavía, aunque con debilidades y distorsiones, en el gobierno de Ríos;
- cuarto: el hecho de que ya siete países latinoamericanos hubiesen establecido relaciones con la URSS y varios otros se aprestaban a hacerlo; y
- quinto: la actuación de las organizaciones populares que reclamaban el establecimiento de relaciones plenas con la Unión Soviética.

La Central de Trabajadores de Chile (CTCH), la Alianza de Intelectuales, la Unión para la Victoria y numerosas organizaciones agrupadas en un amplio Comité pro-Relaciones con la URSS que presidía

⁶ Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores, 1944.

⁷ *El Mercurio*, 12 de diciembre de 1944.

el distinguido hombre público Guillermo del Pedregal⁸ desplegaron una actividad notable. Un Instituto de Relaciones Culturales con la URSS jugó también un importante papel.

Reacciones

La noticia del establecimiento de relaciones produjo inmediata repercusión en el país. La gran mayoría de la población la recibió con alegría, consciente del aporte decisivo de los soviéticos a la lucha contra el nacistismo que se retiraba ya en derrota hacia las fronteras de Alemania.

Con un desfile y una concentración nocturnos, una gran muchedumbre celebró en Santiago la decisión del gobierno, el 12 de diciembre. Fueron convocados por la Unión para la Victoria, la Alianza de Intelectuales, la CTCH y los partidos políticos. El desfile se inició en plaza Italia y culminó en la plaza de la Constitución; allí hablaron frente a la estatua de Portales, entre otros, Guillermo del Pedregal, el diputado falangista Bernardo Leighton y el diputado comunista Ricardo Fonseca.

En contraste con las manifestaciones populares, la derecha protestó con virulencia. El Partido Conservador emitió una «enérgica condenación» a la medida que significaba, según dijo, vincularse a un Estado «donde impera un gobierno que constituye la negación absoluta de los principios fundamentales en que descansa la civilización cristiana y la democracia.» La colectividad derechista responsabilizó «personalmente» al presidente Ríos y al canciller Fernández por «esta desgraciada determinación llamada a incrementar la perniciosa influencia de la sección chilena del Comunismo Internacional...» El otro partido reaccionario, el Liberal, se pronunció en términos parecidos⁹. El diario derechista *El Chileno* tituló a toda página «Traición» para dar cuenta del establecimiento de relaciones y escribió: «Responsabilizados», indicando al Presidente y al Ministro de Relaciones Exteriores¹⁰.

Un áspero debate se produjo en el Congreso. En la Cámara de Diputados, las sesiones fueron agitadas, menudearon los incidentes

⁸ El Instituto de Relaciones Culturales con la URSS fue fundado a comienzos de mayo de 1944. Sus socios fundadores fueron Alejandro Lipschütz, Héctor Orrego Puelma, Jorge Jiles, Francisco José Oyarzún, Javier Lagarrigue y Anatolio Trahtenberg. En 1945 inauguró su sede en calle Almirante Montt; a fines de 1946 tenía 46 alumnos de ruso, incluidos algunos militares. Fue reconocido por la Cooperación Intelectual de la Universidad de Chile. Una activa labor de difusión de la URSS, incluyendo una publicación llamada «Hechos de la URSS», cumplió Boris Orjikh, revolucionario ruso vecindado en nuestro país, que falleció en abril de 1947, de avanzada edad.

⁹ *El Mercurio*, 12 de diciembre de 1944.

¹⁰ A requerimiento del Ministro del Interior, señor Quintana Burgos, la Corte de Apelaciones de Santiago inició proceso contra el diario.

y los gritos. Juan Antonio Coloma, conservador, sostuvo que el Partido Comunista había obtenido «el más grande de los éxitos al obligar al gobierno a tomar una resolución contraria a los intereses del país» y el liberal Eduardo Moore afirmó que la forma «violenta y sorpresiva» con que se habían establecido las relaciones «merecía la crítica de todo buen chileno» (sesión 12.ª Ext. 12 diciembre); el diputado liberal por Coquimbo Raúl Marín Balmaceda lanzó un corrosivo ataque antisoviético. Reclamó que el Presidente no hubiera consultado al Senado y a la Cámara (obligación que constitucionalmente no tenía: *N. del A.*) y que agregara «un nuevo germen eficientísimo y acaudalado de destrucción y división de Chile: la embajada de Rusia que viene a luchar por implantar en Chile principios comunistas...» (sesión 13.ª Ext. 13 diciembre). En la Cámara Alta, mientras el senador liberal señor Rivera consideraba «torpe» la medida, el conservador Walker la calificaba de «inoportuna» (sesión 14.ª Ext. 13 diciembre).

El gobierno defendió su decisión con firmeza. El Ministro de Relaciones Exteriores concurrió al Senado, donde hizo una exposición que causó «excelente impresión» entre los parlamentarios. Los radicales respaldaron al Presidente Ríos. Fue la izquierda, comprensiblemente, la que saludó con mayor entusiasmo el paso dado, que, como dijo el senador y secretario general del Partido Comunista, Carlos Contreras Labarca: «... corresponde plenamente a los intereses presentes y futuros de nuestra nación y es motivo de legítimo orgullo para la democracia chilena. Es por lo tanto una decisión patriótica y justa que está llamada a tener incalculables proyecciones en el desarrollo de nuestra política internacional al lado de las Naciones Unidas...»

En la Cámara de Diputados se distinguieron los diputados Godoy Urrutia (sesiones 12 y 13 de diciembre) y Tomic. En el Senado, los señores Guevara, Alvarez Suárez y Grove (sesión 14.ª, 13 diciembre).

Radomiro Tomic, joven diputado falangista, argumentó brillantemente (sesión 14.ª Ext., 19 diciembre): «Soy partidario de las relaciones con la URSS. Si la Constitución nos permitiera votar este asunto en esta Cámara votaría que sí.» Y a continuación: «... Respecto de los intereses generales del país, creo que podemos esperar fundadamente todas las ventajas propias de mantener un trato oficial y amistoso con una nación cuya voz será determinante en la marcha de los acontecimientos mundiales; cuya gigantesca capacidad de producción, tarde o temprano, será un factor de importancia en nuestra economía, cuya competencia técnica y científica influirá en mayor o menor grado en nuestra propia industrialización, cuya enorme población representará una capacidad de consumo tan grande que, de uno u otro modo, será posible tender entre Chile y Rusia un puente de intercambio de materias primas y manufacturas de productos y riquezas, de bienes y servicios.» Finalizó descartando como «nimiedades» las acusaciones de la derecha y enfatizó: «No, no será la existencia de una

embajada soviética en Santiago la que nos precipitará en el comunismo. Pero no será tampoco la ausencia de una embajada soviética la que nos salve del comunismo.»

Embajadores

Luego de estas escaramuzas parlamentarias, el debate se aquietó. No fueron fáciles los pasos para materializar las relaciones. Transcurrió así todo el año 1945 marcado por las batallas finales de la Segunda Guerra Mundial y en Chile, por la enfermedad del presidente Ríos que fue sucedido, como vicepresidente de la República, por Alfredo Duhalde, radical de derecha, que no parecía entusiasmado con los nuevos lazos diplomáticos. Por último, se designó como embajador en la URSS al embajador ante El Vaticano, Luis David Cruz Ocampo.

La Unión Soviética, por su parte, pidió el beneplácito para Dimitri Alexandrovich Zhukov, joven funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores, donde había sido Director de Asuntos del Lejano Oriente.

Finalmente, el 12 de abril de 1946 llegó a Santiago el embajador Zhukov. Una multitud lo recibió entre Los Cerrillos y el Hotel Carrera, donde se hospedó con su comitiva. Un desfile improvisado puso la nota de entusiasmo extraprotocolar a su llegada.

En el diario *El Siglo*, ese día, un titular desplegado a toda página decía: «Chile lo saluda, bienvenido embajador.» Dos fotografías enmarcadas en azul, una del presidente Ríos y la otra del mariscal Stalin flanqueaban la información de su llegada. Se destacaba también un saludo del profesor Alejandro Lipschütz, presidente del Instituto de Relaciones Culturales con la URSS: «... yo como chileno —decía— soy amigo de la Unión Soviética y anhelo para Chile un acercamiento cultural con aquella poderosa nación. Tienen el mismo anhelo los demás pueblos de este continente, incluso el gran pueblo de los Estados Unidos.» «La llegada del primer embajador soviético a nuestro país es un gran acontecimiento nacional y americano», concluía.

Desde sus primeras declaraciones, Zhukov puso énfasis en la importancia de la paz (ya aparecían los primeros signos de la guerra fría) y en el establecimiento de lazos económicos, técnicos y culturales ¹¹.

¹¹ Véanse sus declaraciones en la prensa de la época.

Claude Bowers, ex-embajador norteamericano en Chile, cuenta que Zhukov le dijo que su «propósito principal era negociar un tratado comercial». Narra, además, que el embajador soviético atribuía las divergencias entre los Ministros de las cinco potencias en París al temor de que Rusia quisiera la guerra y decía: «El pueblo ruso no quiere la guerra. No le gusta pelear, no le agradan las controversias ni entre ellos mismos. Un novelista describió a Rusia como un toco campesino al que un hombre empuja e insulta. El campesino dice que no quiere problemas, pero el otro lo empuja de nuevo. El otro le pega en la mejilla, entonces el campesino le pega a su agresor y lo desmaya

Las relaciones comenzaron en un clima favorable. González Videla, elegido en septiembre de 1946, representaba una coalición de fuerzas de izquierda que se proponía recuperar el impulso del Frente Popular y realizar transformaciones serias; en ella tenían los comunistas un papel importante. Se esperaba que las relaciones con la Unión Soviética ayudaran a la industrialización del país y aliviaran las amarras más duras de la dependencia de Estados Unidos. Así como había esperanzas y propósitos de cambio, el imperialismo trazaba también sus líneas en la guerra fría que comenzaba. Desde el primer momento advirtió el peligro que significaba para su dominación en Chile y el continente una experiencia exitosa de modernización y transformación social.

El acorazado «Wisconsin» y el portaviones «Leyte» llegaron a Valparaíso al mando del almirante Leahy, delegado norteamericano a las ceremonias de transmisión del mando, el 3 de noviembre de 1946. El almirante conversó largamente con González Videla, en una situación que llamó la atención de la prensa. Una escuadrilla de bombarderos de la Real Fuerza Aérea Británica mostró un ejemplo de la alianza antisoviética que se construía con el esfuerzo conjunto de Churchill y Truman. En los meses siguientes llegaron a Chile grandes empresarios y altos funcionarios norteamericanos, entre ellos el empresario del cobre Mr. Stannard y sus expertos Higgins y Robbins. Comenzó a prepararse la Conferencia Interamericana de Río de Janeiro, que se celebró en octubre de 1947 y fue determinante para la conformación de un sistema de seguridad continental para enfrentar una (completamente imaginaria) invasión soviética.

Las presiones se acumularon. El gobierno chileno se mostraba cada vez más remiso a hacer operativas las relaciones. Los vínculos comerciales funcionaban a marcha lenta. Chile no nombraba siquiera un embajador en propiedad en Moscú.

Intercambios auspiciosos

A pesar de estas dificultades, las relaciones mostraban su conveniencia y ventajas para Chile.

La URSS adquirió cáñamo a agricultores chilenos y vendió a industriales una partida de asbesto, material estratégico entonces muy escaso. Hubo negociaciones por compra de lana; la URSS intentó adquirir cobre pero se encontró con la negativa de las compañías norteamericanas, entonces dueñas del metal en Chile, y exploró la posibilidad de colocar maquinarias en nuestro país.

de un golpe. Hitler debería haber leído esta historia.» Ver al respecto, Claude Bowers: *Chile: throughout windows of embassy*, Greenwood Press Publishers, Westport, Conn., 1956, pág. 164.

El comercio tuvo poco volumen, pero mostró clara tendencia a un rápido incremento. Durante 1946, Chile vendió a la URSS productos por US\$ 180.691; en los cinco primeros meses de 1947 había vendido US\$ 210.000. El 23 de julio de 1947 la prensa informó que Chile había vendido artículos por un millón y medio de dólares¹². Antes, el 22 de febrero de 1947, se informó que la URSS había adquirido por intermedio de su embajada en Santiago, 1.500.000 libras de lana, que le fueron vendidas por la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, en un monto aproximado a los US\$ 400.000.

El balance, entretanto, era abrumadoramente favorable a Chile. En los primeros cinco meses de 1947, las ventas soviéticas a Chile no excedieron los US\$ 15.000 (quince mil dólares).

En el plano cultural, las relaciones chileno-soviéticas adquirieron gran relieve. Llegaron libros y películas de notable calidad (como *Iván, el terrible* y *Flores de piedra*). El 7 de noviembre de 1946 se realizó un gran festival en el Parque Forestal con participación de la Orquesta Sinfónica, el Teatro Experimental y la presencia del embajador Zhukov y su esposa, Pablo Neruda y el poeta cubano Nicolás Guillén. Una velada solemne en el Salón de Honor de la Universidad de Chile dio más realce al aniversario de la Revolución. Diversas otras actividades —conferencias, actos públicos, etc.— mostraron el dinamismo que habrían adquirido las relaciones de haber existido similar interés por parte del gobierno chileno.

El embajador que no llegó

González Videla debía nombrar embajador en la URSS y reemplazar allí a Cruz Ocampo. El 26 de enero de 1947, el diputado Angel Faivovich fue designado representante diplomático chileno en la Unión Soviética.

Faivovich viajó primero a Estados Unidos, luego de numerosas manifestaciones de despedida que evidenciaron las expectativas que despertaba su misión. En una de ellas, el ministro del Interior, Luis Alberto Cuevas, despidiendo al novel embajador, dijo: «Enviamos un diplomático de nuevo y firme cuño a un país que pasará a la historia, cuyo experimento político y social es el más grande de los últimos tiempos. El pueblo de Chile ha defendido, defiende y defenderá a la Unión Soviética por sus incontables sacrificios en aras de la humanidad, la justicia y la democracia.»¹³

En Nueva York, Faivovich declaró a la prensa¹⁴ que tenía como

¹² *El Siglo*, 23 julio 1947.

¹³ *El Siglo*, 9 febrero 1947. Informa de una manifestación en la quinta «El Rosedal» con asistencia de no menos de mil personas, entre ellas el ministro del Interior, señor Cuevas, y el ministro de Relaciones Exteriores, señor Juliet.

¹⁴ *El Siglo*, 22 de febrero, cable AFP. Ver tb. *La Nación*, misma fecha.

primera prioridad estudiar una línea de navegación entre Chile y la URSS y comunicó que se había finiquitado un contrato de compra de una importante cantidad de lana chilena.

Pasaban los días, y el embajador en Moscú seguía en Washington; sus declaraciones eran más escasas, luego se produjo el silencio. Una cuestión reglamentaria (la derecha sostenía que Faivovich había perdido su calidad de diputado desde el momento en que el Senado aprobó su designación) vino en su auxilio. El viraje de González Videla se preparaba sigilosamente, cuando Faivovich renunció a su cargo de embajador en la Unión Soviética, el 6 de marzo de 1947. Diez días más tarde estaba de regreso en Santiago. Fue parco, dijo solamente que en sus conversaciones con Gromyko había comprobado que «había ambiente y amplia cordialidad para un perdurable y sólido intercambio comercial.»¹⁵

Aumentar las presiones

En esos días se produjo una situación curiosa. Un afamado comentarista norteamericano, Drew Pearson, informó desde Washington que «un tratado económico sin precedentes con Rusia que abrirá toda la América Latina a la penetración soviética» se preparaba entre la URSS y Chile. Agregaba que una línea naviera con terminal en el Pacífico, en Norteamérica, serviría a este intercambio que había sido diseñado por Faivovich en conversaciones con el embajador soviético en Estados Unidos, Novilov, y el embajador en Naciones Unidas, Gromyko. Decía Pearson: «Rusia exportará tractores y materias primas y obtendrá nitrato y estaño chilenos. Pero el arreglo va más allá. Chile actuaría como centro de venta de productos agrícolas, fabriles y materias primas de América Latina y como agente vendedor de ésta (la URSS) hacia América Latina». Pearson responsabilizó al Departamento de Estado por no facilitar créditos de largo plazo a Chile «luego que ese país se desplazó a la izquierda desde el centro». Chile, terminaba el comentarista norteamericano, compraría estaño en Bolivia y lo reexportaría a la Unión Soviética a la cual también vendería salitre¹⁶.

Esta información provocó el airado rechazo al canciller Raúl Juliet, quien desmintió enérgicamente que hubiera un «tratado comercial con Rusia». Hasta hoy no se sabe si el comentario de Pearson fue «filtrado» desde el Departamento de Estado para presionar al gobierno chileno si éste concertó con el columnista la información a fin de hacer después el desmentido y crear un hecho político que sepultara el tratado comercial (que ciertamente sólo podía tener alcances mucho más modestos).

¹⁵ *La Nación*, 17 de marzo de 1947.

¹⁶ *La Nación*, 20 de marzo de 1947.

Después de este episodio, Chile siguió sin embajador en la Unión Soviética. Extraoficialmente se dijo el 11 de junio que el gobierno había ofrecido el cargo a Héctor Arancibia Laso, entonces embajador en México. Pero a esas alturas el deterioro de la situación conducía inevitablemente a la ruptura.

Las presiones norteamericanas y derechistas quebraron pronto la escasa resistencia de González Videla.

El 18 de junio de 1947, el diario *New Chronicle*, de Londres, publicó la reseña de una entrevista a González Videla, cuyas partes modulares eran las siguientes:

«El presidente González Videla cree que la guerra entre Rusia y EE.UU. comenzará antes de tres meses y que las presentes condiciones internas y externas de Chile se basan sobre esta teoría» (política represiva y provocaciones a los países socialistas: *N. del A.*)... «El presidente indicó que la inminencia de la guerra explica su presente actitud hacia los comunistas chilenos contra los cuales no tiene objeciones específicas». Aseguró: «Chile debe cooperar con su poderoso vecino EE.UU. y cuando la guerra comience, Chile apoyará a los Estados Unidos contra Rusia.»¹⁷

El «vuelco definitivo y militante del gobierno de González Videla hacia el bando liderado por Estados Unidos» se ejemplifica bien con las palabras del delegado chileno a la Conferencia de la OEA de 1948 que llamó a proseguir esfuerzos «para que los demócratas de este hemisferio demuestren que no se arredran ante el terror que puede desencadenar en nuestro continente el totalitarismo rojo.»¹⁸

Relaciones en peligro

El 20 de julio de 1947, el diario *El Siglo* publicó en su página editorial un artículo de Galo González, miembro de la Comisión Política del Partido Comunista, titulado: «Lo que pasa en nuestras relaciones con la URSS.»

Allí se señalaba que la «gran victoria de la clase obrera, del pueblo y de todos los elementos progresistas» que había sido el establecimiento de relaciones con la URSS, estaba en peligro. Pasan los meses y «el gobierno no se decide a cumplir con el elemental deber de enviar a un embajador que represente a Chile en Moscú», lo que es más gra-

¹⁷ Citado por Pablo Neruda en el Senado: 14 de octubre de 1947 y 30 de diciembre de ese mismo año. Citado también en su denuncia «La crisis democrática de Chile es una advertencia dramática para nuestro continente», publicada por *El Nacional* de Caracas el 27 de noviembre de 1947. Incluida dicha denuncia en *Para nacer he nacido*, de Pablo Neruda, ed. preparada por Matilde Urrutia y Miguel Otero, Seix Barral, Barcelona 1978, 451 págs.

¹⁸ Heraldo Muñoz, *Las relaciones exteriores del gobierno militar chileno*, Ed. del Ornitorrinco, Prospel-Cerc, 1986, págs. 86 y 87.

ve porque «está en esa capital un notorio detractor del país socialista, el señor Cruz Ocampo».

Denunciaba Galo González que el imperialismo estaba empeñado en «llegar a obtener la ruptura de Chile con la URSS o al menos hacer ineficaces sus relaciones...» Hablaba de «sabotaje deliberado»; si los soviéticos quieren comprar cobre en Chile —denunciaba— se les dice que tienen que tratar con Braden y Anaconda, empresas que se niegan a venderles. Denunciaba también que el National City Bank y el Banco de Londres rehusaban abrir créditos para hacer operables las exportaciones.

La orientación derechista de González Videla produjo vivo descontento popular. El Partido Comunista respaldó las demandas reivindicativas. Grandes huelgas en el transporte, salitre y carbón provocaron la dictación de una ley de facultades extraordinarias y la aplicación de censura de prensa y radio; se abrió el campo de concentración de Pisagua y hubo cientos de relegaciones, mientras se tramitaba la Ley de Defensa de la Democracia. Al mismo tiempo el gobierno se orientó decididamente hacia la política norteamericana que exigía el alineamiento continental bajo su égida en el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca.

La ruptura

El 9 de octubre fueron expulsados súbitamente dos diplomáticos yugoslavos acusados de «fomentar la agitación obrera». El gobierno denunció luego la existencia de un plan «paneslávico» (?) diseñado, según sostuvo, con toda seriedad, el año anterior durante la visita a Chile del representante de Tito ¹⁹.

Ante estas provocaciones, Yugoslavia rompió relaciones con el gobierno de González Videla, el 11 de octubre de 1947.

El 10 de octubre, en la madrugada, fue ametrallada por desconocidos la embajada soviética, en calle Biarritz, cerca de Los Leones, en Santiago.

La URSS tomó a su cargo los asuntos yugoslavos, conforme a las prácticas diplomáticas. El gobierno chileno la acusó de romper las normas de cortesía internacional y de atropellar su autoridad.

El embajador Bowers narra en sus memorias: «Un día me dijeron

¹⁹ Ante la magnitud de la provocación y la inverosimilitud de los cargos, Pablo Neruda, por encargo del Partido Comunista, propuso en el Senado la constitución de una Comisión del más alto nivel que investigara, con plenas atribuciones, la verdad de las acusaciones formuladas por el gobierno. Deberían integrarla, de acuerdo a su proposición, Arturo Alessandri Palma, Eduardo Cruz Coke, Gustavo Jirón, Salvador Allende, Eduardo Frei y el propio Neruda. (Sesión 3.ª, del 14 de octubre de 1947.) Esta proposición fue reiterada enérgicamente el 10 de diciembre de 1947, por Neruda en el Senado reclamando que se hiciera extensiva al examen de los hechos que supuestamente habían provocado la ruptura con la URSS.

que (González Videla) estaba en un acceso de furor y amenazaba romper relaciones con Rusia y alguno de sus consejeros trataba de calmarlo. En la tarde me citaron a La Moneda y el ministro de Relaciones Exteriores me informó que Chile rompía con la URSS y Checoslovaquia.»²⁰

El 21 de octubre, el gobierno chileno anunció su ruptura con la Unión Soviética. Ese mismo día, también lo hizo la dictadura de Dutra, en Brasil.

En dieciocho meses, contados desde la llegada del embajador Zhukov, las relaciones no dejaban resultados escasos. Sobre todo, porque pusieron de manifiesto las posibilidades de intercambio entre los dos países y su mutua conveniencia, que son precisamente las bases para una relación fructífera.

Ante la ruptura, de inmediato, el Partido Conservador expresó «su satisfacción por esta actitud» y el Partido Liberal tributó a González Videla su «aplausos por haber interpretado fielmente el sentir del país».

El gobierno, entretanto, prohibió la salida del embajador Zhukov, su familia y todo el personal de la embajada, más de 40 personas, mientras Cruz Ocampo no abandonara Moscú en compañía de su nuera, de nacionalidad soviética, que conforme a las leyes de la URSS requería autorización especial. Durante diez meses estuvieron los soviéticos en virtual calidad de rehenes en Santiago. El 27 de agosto de 1948 pudieron abandonar Chile y llegaron a Buenos Aires escoltados por un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores chileno y miembros de la embajada argentina, que tomó a su cargo los negocios soviéticos²¹. En ese año, 1948, culminó la ofensiva norteamericana contra las relaciones soviético-latinoamericanas, con la ruptura de relaciones por parte de Colombia. Este hecho —ha escrito un experto norteamericano— «marcó el comienzo de una declinación de la estrella diplomática del Kremlin en América Latina, donde los soviéticos tuvieron poco ascendiente durante los años de guerra fría en el decenio del 50 y las misiones diplomáticas de la URSS que operaban en el continente se redujeron a las de México, Argentina y Uruguay»²².

Epílogo

La ruptura de relaciones con la Unión Soviética, Yugoslavia y Checoslovaquia marcó la dimensión exterior de una etapa duramente re-

²⁰ Claude Bowers, *op. cit.*, pág. 169.

²¹ El embajador Dimitri A. Zhukov llegó a ser Jefe del Departamento de América Latina del Ministerio de Asuntos Extranjeros de la URSS; después fue embajador en Brasil. Zhukov, en representación del Ministerio, fue uno de los cinco plenipotenciarios soviéticos que asistió a la toma de posesión del presidente Allende. Información tomada de Pedro Vera Castillo en *La política exterior chilena durante el gobierno del Presidente Salvador Allende*, págs. 243 y 247.

²² J. Gregory Oswald, *op. cit.*, pág. 242.

presiva, institucionalizada a través de una Ley de Facultades Extraordinarias y de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, que ilegalizó al Partido Comunista durante diez años. En América Latina, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y los Pactos de Asistencia Militar (PAM) alinearon a las fuerzas armadas en el dispositivo militar de Estados Unidos, facilitaron su dominación ideológica y abrieron el camino a la Seguridad Nacional. La derechización del régimen de González Videla marcó el fin de las alianzas populares controladas por la pequeña burguesía; las sucederían coaliciones de izquierda, donde tendría el papel principal la clase obrera. Durante muchos años, Chile estuvo formalmente aislado del mundo socialista y la URSS, cuyos procesos sociales se consolidaron y desarrollaron de modo inimaginado. Fue la fuerza de este hecho expresado también en la lucha del pueblo, la que impuso la reanudación de relaciones con la URSS y otros países socialistas.

En 1947, el diputado y nuevo Secretario General del Partido Comunista, Ricardo Fonseca, dijo pocos días después de la ruptura: «No está lejano el día en que un gobierno auténtico y leal al pueblo de Chile barra la infamia de esta ruptura de relaciones y las restablezcan amplia, firme, leal y consecuentemente.»²³

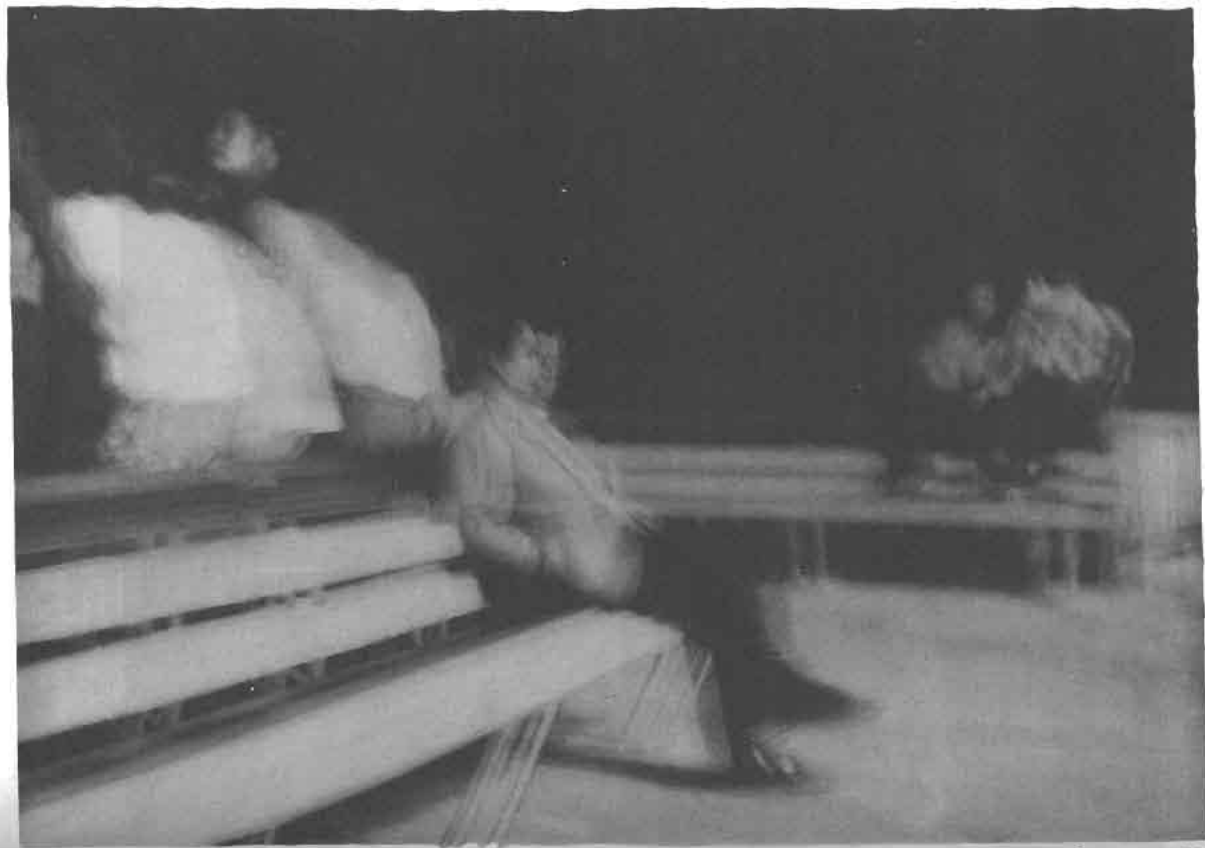
Ese día estaba más lejos de lo que imaginó Fonseca. Llegó dieciocho años más tarde y a través de un gobierno demócratacristiano, en 1965. En los ocho años siguientes, en especial durante los tres del gobierno del presidente Allende, los chilenos pudieron apreciar las inmensas posibilidades de intercambio y cooperación que se abrían para Chile y el mundo socialista.

Esa etapa de relaciones plenas se cerró abruptamente en septiembre de 1973. Fue seguida por otra, que se prolonga hasta ahora, en que se cortaron los vínculos con la dictadura pero se estrecharon, en cambio, los lazos entre ambos pueblos, recibiendo los chilenos la solidaridad y ayuda fraternal de los soviéticos y su gobierno. Pero eso, como se dice, es otra historia.

²³ Sesión de 18 de noviembre de 1947, Cámara de Diputados.



«Capitán Nemo», bar La Ermita. Santiago, 1980



Cartagena, 1980

César Vallejo

cincuenta años después

1. *Heraldo de su propia muerte*

ALFREDO PEREZ ALENCART

*Me moriré en París con aguacero
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París —y no me corro—
Tal vez un jueves, como es hoy, de otoño.*

El 15 de abril de 1938, a las nueve y veinte de la mañana, murió César Abraham Vallejo Mendoza. El hecho ocurrió en la clínica Arago de París, en donde fue hospitalizado un mes antes, y se produjo casi fielmente a como él «recordaba» su muerte en el soneto *Piedra negra sobre piedra blanca*. En él relata los últimos instantes de su vida, o dicho con mayor propiedad y de acuerdo con su sentir, que relata los momentos finales de su muerte, de esa muerte que fue su constante vivir.

No estuvo errado al fijar su muerte en París, hecho del cual no se «corrió», más bien la esperó serenamente; a pesar de que no fue un jueves ni en otoño como claman sus versos, sí se produjo el día Viernes Santo, el día más simbólicamente otoñal que puede encontrarse en toda la primavera.

Sobre las últimas palabras que pronunció Vallejo existe cierta polémica. Por un lado, su esposa Georgette Philippart afirma que el 29

de marzo le dictó el siguiente texto: «Cualquiera que sea la causa que tenga que defender ante Dios más allá de la muerte, tengo un defensor: Dios.» Otros investigadores, como los peruanos Ernesto More y Luis Alberto Sánchez señalan lo contrario. Así, entienden que Vallejo dijo: «España, me voy a España» (More), o «Allí... pronto... navajas... me voy a España» (Sánchez).

Sean unos u otros, lo cierto es que Vallejo sufrió lo indecible ante los hechos que estaban ocurriendo en España. El inicio de la fratricida Guerra Civil española en 1936 sacó de la postración en que Vallejo se encontraba sumido, sobre todo desde el año 1935, uno de los más duros de su vida y donde el ciclo de la vida del gran poeta comienza a cerrarse.

La agonía de España supone para Vallejo un fuerte golpe que le deja sin base sólida como hombre. No en cuanto a comunista militante, sino más bien en cuanto hombre. El resquebrajamiento de España significaba para él su propia inmersión en el abismo insondable de la tragedia. Por ello, en el lapso de tres meses escribe *España, aparta de mí este cáliz*, que constituye el legado de Vallejo para todos los españoles, y que es una plegaria, en ruego y desesperación, a España misma, tomándola como imagen de la supervivencia del Perú y de todo el mundo. Mediante la agonía de Vallejo se expresan las agonías de miles de españoles que luchan en este entonces, y por ellos, la agonía de toda la humanidad. Estos versos también sirven como símbolo para su propia supervivencia a través de la supervivencia de la palabra.

* * *

La poesía de Vallejo se circunscribe a cinco libros, tres de ellos publicados posteriormente a su muerte. Así, tenemos a los siguientes: *Los heraldos negros* (1919), *Trilce* (1922), *Poema en prosa* (1939), *Poemas humanos* (1939) y *España, aparta de mí este cáliz* (1939). Daré algunas notas características de los más importantes.

Los heraldos negros. Publicado en 1919. En este primer libro de Vallejo ritmos, imágenes y léxico rubeniano conjugan en todos los tiempos del verbo poético el sentimiento propio del modernismo. No falta la mención directa y laudatoria a la musa de Rubén Darío (*Retablo*). Pero es un Darío de «lira enlutada», visceralmente melancólico, entrañadamente apesadumbrado. Al mismo tiempo, sobrenadando por esas aguas modernistas se interfieren —numerosos— ritmos ásperezos y arritmias conscientes, imágenes acres y temáticas insólitas que señalan hacia una nueva poética.

Sobre este libro escribe José Carlos Mariátegui en sus *Siete ensayos de la interpretación de la realidad peruana*, diciendo:

«*Los heraldos negros* podía haber sido su única obra. No por eso Vallejo habría dejado de inaugurar en el proceso de nuestra literatura una

nueva época. En estos versos del pórtico de los *Heraldos negros* principia acaso la poesía peruana (peruana, en el sentido indígena)»... «Vallejo en su poesía, es siempre un alma ávida de infinito, sedienta de verdad. La creación en él es, al mismo tiempo, inefablemente dolorosa y exultante.»

Trilce. Representa la obra fundamental de la poética vallejiana. No tiene la aceptación de la crítica, ya que la misma no comprende que Vallejo, desde una posición revolucionaria, pone en crisis el orden poético establecido. Vallejo escribe a su amigo Antenor Orrego luego de la publicación de *Trilce* y le dice:

«El libro ha nacido en el mayor vacío. Soy responsable de él. Asumo toda la responsabilidad de su estética. Hoy y más que nunca quizás, siento gravitar sobre mí, una hasta ahora desconocida obligación sacratísima, de hombre y de artista: ¡la de ser libre! Si no he de ser hoy libre no lo seré jamás. Siento que gana el arco de mi frente su más imperativa heroicidad. Me doy en la forma más libre que puedo y ésta es mi mayor cosecha artística. ¡Dios sabe hasta dónde es cierta y verdadera mi libertad! ¡Dios sabe cuánto he sufrido para que el ritmo no traspasara esa libertad y cayera en libertinaje! ¡Dios sabe hasta qué bordes espeluznantes me he asomado, colmado de miedo, temeroso de que todo se vaya a morir a fondo para que mi pobre ánima viva!»

Es cierto que el pensamiento de Vallejo incurrió en oscilaciones o discordias, pero, como bien lo hizo notar José Miguel Oviedo, se armonizaron para enriquecer y singularizar la extrañeza de su poesía. Esta, con el jadear desvelado en las dudas y los interrogantes, da testimonio de la absoluta unidad de su persona poética. Una intensa experiencia intelectual se alió, esperanzada, al dolor de su experiencia humana. Desde sus días peruanos hasta los más amargos del exilio europeo supo, con belleza y verdad justas, practicar su antigua persuasión de escribir no más que aquello que pudiese tocar el corazón del hombre. Ideas que pugnaban fieramente entre sí le fueron alternativa y sinceramente objeto de adhesión o de rechazo. Pero el debate interior que ellas produjeron se plasmaron en sus poemas despojados de cualquier ropaje, hasta existir sólo como emoción desnuda.

* * *

Mientras Vallejo vivía, en los ámbitos políticos-culturales no le tomaban en cuenta en demasía. Al tomar conocimiento de su muerte, muchos se rasgan las vestiduras y montan grotescos espectáculos. Todos tiran del cuerpo yacente de Vallejo, que en su soledad sin vida, es incapaz de resistirse ante el embate de pertinaces carroñeros. Así, de esta manera, vuelven a cumplirse los presentimientos que ya años

atrás había tenido y que se plasman en los siguientes versos del ya citado soneto *Piedra negra sobre piedra blanca*:

*César Vallejo ha muerto, le pegaban
todos sin que él les haga nada;
le daban duro con un palo y duro
también con una soga; son testigos
los días jueves y los huesos húmeros,
la soledad, la lluvia, los caminos...*

2. La casa callada de Vallejo

JOSE ANTONIO BRAVO

César Vallejo (1892-1938) nació en Santiago de Chuco, una villa a ciento treinticinco kilómetros de Trujillo, en la sierra alta del norte del Perú, a 3.115 metros sobre el nivel del mar.

Para llegar a Trujillo, Vallejo debió realizar una travesía de cuatro días a caballo, allá por 1910, para seguir estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad. Había dejado atrás ese universo callado y de sombras, cargado de religiosidad serena en el que transcurría su pueblo y que aún ahora se percibe. Eran épocas de candil, de nocturnidad, de grillos y de soledades.

César Abraham Vallejo Mendoza fue el último de doce hermanos a quienes se les apelaba, por orden de edad, «los viejos»: María Jesús, Víctor Clemente, Francisco Cleofé y Manuel María; «los mayores»: Augusto José, María Encarnación, Manuel Natividad y Néstor María; y «los pequeños»: Agueda María, Natividad Victoria, Miguel Ambrosio y él mismo.

Sí, allí están los versos de *Trilce* (III), en donde la oscuridad callada del silencio y de la noche se preñan de miedo y de nostalgia para volverse poesía: «Madre dijo que no demoraría, / Aguedita, Nativa, Miguel, / cuidado con ir por ahí, por donde / acaban de pasar gangueando sus memorias / dobladoras penas, / hacia el silencioso corral, / y por donde las gallinas que se están acostando todavía, / se han espantado tanto. / Mejor estemos aquí nomás.»

Universo que se rescata aún en la atmósfera transparente a pesar del tiempo, en la casa de Vallejo, del niño César Vallejo quien, desde entonces, sembraba para el pasado de su memoria el temor y la duda, el espanto de quedarse solo: «Aguedita, Nativa, Miguel? / llamo, busco al tanteo en la oscuridad. / No me vayan a haber dejado solo, y el único recluso sea yo.»

José Antonio Bravo es peruano, poeta y narrador. El presente artículo fue publicado originalmente en la revista *Visión Peruana*.

Casa callada aún ahora, batimón construido de adobe y paredes altas y pintadas con cal, cubierta con una techería de tejas en donde a pesar del tiempo se respira a Vallejo. Allí está el corredor cubierto que va de la entrada al patio; a la izquierda una galería de columnas altas que conduce a un cuarto que lleva a la puerta falsa. Al fondo del patio la cocina con su terraza acolumnada, a la derecha el corral que también fue la huerta; y más acá, en esquina, el espacio destinado al horno y en el centro del patio: el capulí. Y al final del corredor que conduce de la calle al zaguán: el poyo en donde se sentaban los hermanos a jugar, como se lee en «A mi hermano Miguel *In memoriam*»: «Hermano, estoy en el poyo de la casa, / donde nos haces una falta sin fondo! / Me acuerdo que jugábamos a esta hora, y que mamá / nos acariciaba: “Pero, hijos...” / Ahora, yo me escondo; / como antes, todas estas oraciones / vespertinas, y espero que tú no des conmigo. / Por la sala, el zaguán, los corredores.»

Desde el poyo y mirando hacia la tapia se ve el cerro en donde se encuentra el cementerio al cual hay que llegar pasando la quebrada; el poeta en *Enereida* dice: «Mi padre apenas / en la mañana pajarina, pone / sus setentiocho años, sus setentiocho / ramos de invierno a solear. / El cementerio de Santiago, untado / en alegre año nuevo, está a la vista. / Cuántas veces sus pasos cortaron hacia él, / y tornaron de algún entierro humilde.»

Ahora, la casa de César Vallejo está en ruinas. Sólo la sala se encuentra en pie, los techos de la cocina y del horno se han medio caído. El espíritu de Vallejo y de su casa sólo lo sostienen los niños de las escuelas y los maestros con un empeño que tiene más de heroicidad que de recurso material. Ya la casa ha sido adquirida por el Concejo Provincial de Santiago de Chuco. El mejor homenaje que se le puede brindar a Vallejo es construyendo la carretera que conduce a Santiago de Chuco.

Es inconcebible que para recorrer algo más de ciento treinta kilómetros se emplean de seis a siete horas en una carretera que en su gran extensión es apenas de una sola vía y además sin asfaltar, con un enlaminado que da pena.

Viajar a Santiago y ver la casa de Vallejo, bien vale la pena, para entender al hombre y comprender mejor su obra.

3. Ceremonia en Montparnasse

RAFAEL ARENAS

«El día del 50.º aniversario se juntó en el cementerio una gran cantidad de latinoamericanos. Llegaron muchos poetas y escritores, y también un grupo im-

ponente de músicos que, cada uno con su instrumento, formaron una gigantesca orquesta popular. Entraron en el cementerio y tocaron, mientras otros recitaban poemas. Al final, la improvisada banda acompañó a la multitud hasta la salida. Fue emocionante ver tan unidos a tantos latinoamericanos de París.»

(Extracto de la carta de un lector chileno-parisino a la redacción de nuestra revista)

*Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... Yo no sé!*

*Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas,
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.*

*Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.*

*Y el hombre... Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada.*

Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!

Pausadamente, sin noción real del accionar maquinal de los pasos que van buscando la puerta del cementerio, la mente comienza a rememorar aquellos versos que el dolor hiciera brotar en el aún desconocido vate residente por entonces de ignoradas regiones andinas, allí donde a veces hasta Dios olvida su papel, obligándole a él a decir: «Dios mío, si tú hubieras sido hombre, hoy supieras ser Dios.»

Revienta el embarazo de los árboles, sus criaturas se cuelgan de las ramas, se abren los capullos. La primavera parisina pone su firma en el firmamento brillante de estrellas diurnas que el sol inventa radiante allá arriba. Todo lo veo inmenso, mis ojos enfermos de distancias apenas se posan en los brotes que estallan en las ramas de los gigantes árboles. Es que, anonadado, vanamente trato de detectar el insondable misterio que recién unos instantes atrás me dejara el espacio de terreno privado que corresponde a la tumba donde yace César Vallejo desde hace cincuenta años en este cementerio de Montparnasse. Yo sé que existen tumbas abiertas, tumbas que se alargan más allá de los dos metros por uno de su territorio físico. Y sé

también de los muertos que escapan, atraviesan árboles con hijos brotados y se esparcen por doquier más allá de la mirada.

Pareciera que la eternidad del tiempo hiciera relevo de guardia a nuestros ojos tan sólo cuando se cambian los soles por las lluvias, o viceversa. Son ellos —sólo ellos— quienes se empecinan dentro de la naturaleza en marcar día a día el fragor de nuestra vida y de nuestra muerte. La mañana luminosa de hoy transcurría cincuenta años atrás con torrentes mojados enviados por el cielo de las nubes, lluvia fortísima y primaveral que convertía en realidad la mágica profecía. Porque César Vallejo la vislumbró desde siempre, la vio antes en su espejo y quiso decirla, confesarla para abortar su angustia existencial: «Me moriré en París con aguacero / un día del cual tengo ya el recuerdo.»

La tumba de mi propio cuerpo, esa tumba que aún sabe caminar y abrir los ojos, de pronto también se siente estrecha, quiere abrirse y arrojar hacia fuera la emoción que le brindó el acto en homenaje a los cincuenta años que lleva César Vallejo caminando vivo por los senderos del verso. Es, al fin, la música de zampoñas y quenás que cincuenta músicos nos traen de los macizos andinos y que se va desgranando por las callejuelas mortuorias, la que logra romper el dique y hacer explotar lo que guarda el país encerrado entre las fronteras irreductibles de mis pellejos: saltan unas lágrimas, ellas perforan la tumba de mi cuerpo caminante y salen al mundo exterior, pero muy luego, se alejan, se alejan llevadas por los brazos de la brisa al secarlas.

Vuelvo la vista hacia atrás; ahí, muy cerca, viene la banda y viene el concierto, vienen los sonos, y también la danza, todos bailan ahora mientras avanzan hasta la salida del cementerio. Hay algo o mucho de cadencia, de alegría que desborda. Ya la lágrima gruesa se fue por ignorados parajes y entonces, sonrisa en labios, me integro al grupo. Estrecho las manos de Jorge Miñano que, con su cálida voz, supiera entrelazar magistralmente el acto entre sus palabras recordando al genial poeta y los versos que recitaran otros, aquellos poetas jóvenes que testimoniaran recién su amor al gran vate desaparecido antes de la década de los cuarenta. Acto seguido estrecho con los ojos al poeta peruano Elqui Burgos, le tiendo las manos, lo abrazo y, desde la distancia y desde sus ojos, también me devuelve el saludo. «Emocionante todo esto», murmura alguien. «Sí, emocionante», respondo, y le observo. Es Luis del Río, poeta chileno, había participado en la romería hablando a nombre de la gente de nuestra tierra.

«Gracias por la música», le digo, alejándome del recinto, a uno de los cincuenta. Hace un gesto de humildad, sonríe. «No, hermano, no me dé las gracias. Yo sólo puse los dedos y la boca», y me señala la quena. «La música la puso otro, ese que usted conoce...»

*Hermano, hoy estoy en el poyo de la casa,
donde nos haces una falta sin fondo!*

*Me acuerdo que jugábamos esta hora, y que mamá
nos acariciaba: «Pero, hijos...»*

*Ahora yo me escondo;
como antes, todas estas oraciones
vespertinas, y espero que tú no des conmigo.
Por la sala, el zaguán, los corredores.
Después te ocultas tú, y yo no doy contigo.
Me acuerdo que nos hacíamos llorar,
hermano, en aquel juego.*

*Oye, hermano, no tardes
en salir. Bueno? Puede inquietarse mamá.*



Santiago, 1982



«Actas»: entre la memoria y el sueño

Conversación con Patricio Manns

JUAN ARMANDO EPPLE

—*Entremos en la materia de las Actas de Muerteputa, la novela que parece consolidar tu ciclo indigenista, iniciado con Actas de Marusia y proseguido con Actas del Alto Bío-Bío. El eje estructural de la obra es la oposición entre el mundo cordillerano y el del llano, no sólo como espacios geográficos, sino como «espacios-depósitos» de dos concepciones sociales y culturales, dos modos de vivir la historia, dispuestos en posiciones antagónicas. Esta oposición puede evocar inicialmente el mundo de José María Arguedas, pero el escritor peruano partía de una indagación etnológica regional.*

—Antes que ninguna otra cosa, quiero precisar que, para mí, *Actas de Muerteputa* no es una novela indigenista, en el mismo sentido en que no lo es *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo. No es suficiente que la acción de una novela se sitúe en el contexto particular de determinados pueblos o etnias para que ella se identifique con la historia a las experiencias vivenciales de aquellos pueblos o de aquellas etnias. En mis libros recientes, la geografía, e incluso los hombres que pululan en ella, son un pretexto: los personajes verdaderos de estos libros

Juan Armando Epple, ensayista y crítico, es profesor en la Universidad de Oregón, Estados Unidos. Ha publicado numerosos libros, y en la actualidad prepara un libro sobre Patricio Manns basado en una extensa entrevista sostenida con el escritor. El texto que publicamos es un extracto del capítulo dedicado a la novela *Actas de Muerteputa*, que apareció este año en Santiago, Chile.

están encarnados por ideas-fuerza, por diversas líneas ideológicas que se tocan, se entrecruzan como los cables eléctricos después de un huracán que ha derribado los postes de alta tensión inaugurando chispas. *Actas de Muerteputa* puede, por tales motivos, ser definida como una novela resuelta a través de una temática de acumulación. Es una novela sobre el tiempo, sobre la eternidad, sobre los mitos, sobre la violencia, sobre ciertos gajos desprendidos del árbol sangrante que es la historia. En otro plano, es también una novela acerca de la muerte como oficio de vida y de la vida como una concesión de la muerte. Y todavía, una novela sobre el miedo, la inseguridad, el resentimiento, las carencias, la coerción, los deberes consecuentes, los abominables, la traición, el crimen, el castigo. Sólo la ternura está excluida del libro.

—¿Por qué?

—Porque en lo mítico, lo cuasi-épico y lo arquetípico, la ternura no existe. Muerteputa, la aldea, encarna, sin embargo, una eternidad activa. Esta actividad es lúcida y se desplaza y opera al interior de esa supuesta eternidad —pues se trata de una eternidad de límites posibles—, apoyándose en hitos particulares muy precisos, de una muy vasta historia general, que no sólo concierne al pasado de sus habitantes. Cuando ellos evocan tales hitos, y esta evocación es una parte importante del libro, proceden siempre a partir de una «summa histórica», en cuyo significante se relacionan sin cuento ni término, la sombra de los mitos milenarios de la aldea —la aldea por sí sola encarna un pueblo, una raza, un país—, y múltiples sombras históricas extranjeras a Muerteputa, comúnmente agresivas, que no son contemporáneas entre sí, pero que han sido absorbidas, adoptadas por los motivos de la aldea hasta originar un solo cuerpo que opere en la conciencia de los hombres por recurrencia episódica. Tales sombras extranjeras, en razón de la violencia de sus intromisiones en la historia de Muerteputa, pueden ser asimiladas a determinadas formas de conquista, conquistas nunca consumadas al menos en el caso de Muerteputa. Caxicóndor sostiene que jamás han cedido a los conquistadores. Una operación de conquista, empero, es una operación de interferencia antes que ninguna otra cosa, y esta interferencia puede destruir, distorsionar, absorber o transmutar la cultura interferida. A partir de la derrota de la cultura de un pueblo es posible derrotar a un pueblo. Esto es lo que hace tan importante la defensa de una cultura nacional. Pero, aun tratándose de conquistas fallidas, el nombre de la aldea —Muerteputa—, el del principal monumento creado por los habitantes del lugar —el Aguila que Sueña—, el nombre del cementerio que acoge los huesos de los que suben en plan de conquista —el Almacabra de los Enemigos—, etc., son o representan atisbos de una derrota cultural puesto que tales lugares se designan en la lengua de los conquistadores (por el momento) fallidos. Desde este punto de vista toda derrota es sólo una cuestión de tiempo. Entonces, un segundo

elemento del libro corresponde a una relación de conquistas, de guerras, de batallas, desplegadas al interior de un tiempo histórico, prehistórico, y aun, ahistórico. Algunos de estos empeños conquistantes parecen venir desde el espacio, como ocurre con los relatos de ciertas culturas precolombinas de América, y también de pueblos situados en las antípodas de América; otros —los más recientes— del llano, de las tierras bajas, de la costa, o como dicen ellos, de las «parameras del delta»; y otros, todavía, de allende de los mares. En tal sentido, el llano tiene una fisonomía imprecisa: el llano es otro mundo, es el mundo mal construido de los otros. Se relaciona con la historia de Muerteputa, y de algún modo se entronca con ella en determinados períodos, por la exclusiva fricción de las armas y de los guerreros de ambos bandos, esto es, por «la continuidad de los guerreros». Es así que la historia de Muerteputa nada tiene que ver con la historia de un pueblo-tipo de América, sino con la de un pueblo prototipo, una comunidad arquetípica que atesora en su seno diversos componentes culturales, sociales, políticos a históricos. De una enigmática cultura muerta por cuyas venas corrió probablemente —¡arbitrios de la escritura!— la sangre de los Olmecas, la sangre de los Mayas, la sangre de los pobladores de Chan Chan, pero también, y casi por encima de todo, otras dos sangres misteriosas y de cauces muy distantes entre sí en relación con el tiempo y el espacio: la sangre de los secretos constructores de Tiahuanaco, y la sangre de los no menos enigmáticos pobladores de la aldea paleolítica de Monteverde, en Chiloé Continental, al sur austral de Chile. En tal sentido, *este es un libro de ficción pura*. No se apoya sino tangencialmente en veneros históricos. Cuando ello ocurre, la memoria colectiva y la relación oral predominan sobre los archivos y la relación escrita. Así que es menos indigenista de lo que pudiera creerse pues las etnias que lo habitan no son identificables. Si bien se nutre de cierto pasado nebuloso, apócrifo o real, de los «hombres de la altura», pastores y labriegos y guerreros de una «puna sonambularia, cataléptica y onírica», también fomenta las acciones de las sombras de múltiples intentos de conquista. Tales sombras están concebidas como la *oposición fundadora* del mítico legado histórico de Muerteputa. No tienen raza ni religión ni país en el libro, pero sí semejanzas.

—En *Actas de Muerteputa el narrador es una representación colectiva*, una voz plural que habla desde la perspectiva de la comunidad. Esto nos lleva a discutir un problema de perspectiva en la configuración del mundo narrado que no siempre se ha resuelto bien en la narrativa hispanoamericana: una relación dialéctica entre lo histórico y lo mítico. ¿Fue éste un problema que tenías presente en la configuración de un verosímil narrado para esta novela?

—El libro, breve como lo ves, me ha tomado cinco años de trabajo. Porque justamente el hallazgo de una técnica narrativa ideal para contar esta historia —esta reflexión sobre la historia, la eternidad, el

mito—, resultaba una considerable piedra de tope. Es por ello que resolví situar la narración en un punto de convergencia posible entre el cuasi-épico, lo mítico y lo histórico, sumando el realismo onírico del final. Esto presentaba problemas técnicos de otro orden: un solo narrador, en primera o tercera persona del singular, no podía afrontar tres instancias narrativas tan disímiles, tres tonalidades contiguas, pero diferenciadas. Fue así como nacieron los «coros». Salvo contados pasajes, el libro está narrado desde la perspectiva de *la primera persona del plural*. En tal contexto, los «coros» son designados grupalmente como «*Los de arriba*», «*Los de ambos costados*», «*Los del centro*» y «*Los de abajo*»: cinco coros narrativos en acción alternada.

—¿Cómo operan los Coros frente a las diferentes instancias narrativas?

—Los diferentes grupos de narradores se alternan a lo largo de todo el relato. Entre este fragor de numerosas memorias, de numerosas gargantas que se empeñan en narrar como si en ello se les fuera la vida —y en verdad se les está yendo— un hecho tan sumamente trivial, tan insignificante cual es la anécdota utilizada como pretexto para decir las otras cosas, surge de repente, aquí y allá, como otra temerosa llama mortecina y atormentada, el soliloquio del Desertor. Estas son todas las voces que intervienen en el relato, añadiendo, naturalmente, la voz de Caxicóndor, y en un pasaje particular, la voz cantante del Rapazuelo que narra el encuentro con el Desertor. Ahora bien: atendiendo a los sonidos que emanan del libro, este es *coral y canónico*: está construido como un cánon *con tres solistas y cinco coros diferentes*, cada uno de los cuales desempeña una función específica. Pero como puedes percibir, la música es siempre grave, densa, amenazante, puesto que nos conduce a la muerte, puesto que brota en la antesala de la muerte. Pensaba a menudo en las *Bachianas brasileiras* N.º 2, (Segundo movimiento), de Villalobos, ejecutadas en violoncelo, cuando estas páginas estaban naciendo. Porque para mí la escritura alberga una totalidad, y esta totalidad tiene que ver con los componentes ideológicos, descriptivos, analíticos del texto, pero también con el sonido de las palabras, la forma y la sucesión de las cadencias y las cadencias rotas que danzan en la sintaxis. Quiero decir que escribo con todos los naipes en la mano y arrojo las cartas de acuerdo a intuiciones o a reflejos instintivos. Esto acontece en relación directa con la emoción particular que puede provocarme éste o aquel fragmento de mi imaginario en acción corruptora. La música de las palabras me creó momentos engorrosos: por ejemplo, cuando procuro dar una impresión de la música que ejecutan los intérpretes y bailarines de Muerteputa en el curso del «*Carnababel*» (contracción de «*Carnaval*» y «*Babel*»), y afirmo que ella es ingenua, colorida y simple. Lo curioso es que esa música, que es la música real del libro, no se oye: se oye la otra, la que procede del lenguaje metafórico de su estructura literaria, de ciertos procedimientos de adjetivación intem-

pesta, de las voces de los solistas y coros, que no están cantando, pero que dicen cosas que cantan en sí mismas: hechos, giros, frases con música interior. Hay además otras músicas que traigo a colación: la música del arroyo en el verano, la música del arroyo (el torrente) en el invierno, la música del viento en los picachos o entre los matorrales achaparrados, la música de los sollozos del Desertor, la música de la risa de las doñas, la música del sexo en el enmarañado corazón del bosquecillo próximo, en el curso de los carnavales. A propósito, el uso de las máscaras, la pintura de los rostros, funde el Carnaval de Muerteputa, a la vez con el Carnaval que presiden «Las Diabladas de Oruro», en Bolivia, y con el Carnaval que preside la sombra de Casanova en Venecia. Yo estoy seguro de que todos los Carnavales son el mismo Carnaval.

—¿Qué es lo que designa exactamente el llano?

—Recapacitemos. El «llano» es «lo otro», el otro mundo, un mundo adversario, enemigo a ratos. En el llano la vida es veloz, su substancia es frívola; en Muerteputa, la vida es lenta, su substancia es solemne. Quiero recordarte que en *Acta del Alto Bío-Bío* existe también el llano, pero allí están asentados los enemigos triunfantes, los que ganaron la batalla de la tierra, los que prosiguen su avance destructor en contra de las comunidades de la altura. En Muerteputa el llano tiene un poder inferior, nunca ha triunfado (todavía). O no triunfará nunca: los que en definitiva triunfarán serán otros, que vendrán por el aire o cruzarán océanos. También hay grandes diferencias entre la cualidad de la memoria de los habitantes del Alto Bío-Bío y la memoria de Muerteputa. En la primera, en lugar de elaborar el relato empleando distintos planos narrativos que se sucedan y se intercalen de un modo que yo percibo como una *estructura narrativa horizontal*, utilizo y despliego varias memorias en profundidad, en dirección del tiempo, pero en dirección del tiempo muerto. Por ejemplo, en el caso de Bío-Bío, existe un hombre en Ginebra, que soy yo (la primera memoria). Recuerdo que hace diez años (son los instantes de ese libro), en 1972, realicé un reportaje en los contrafuertes cordilleranos del Alto Bío-Bío. Ese «yo» de diez años antes, es una segunda memoria. Ese memoria se topa, en curso de reportaje, con Anima Luz Borroa y Angol Mamalcahuello, que encarnan la tercera y la cuarta memoria, siempre disponiéndose hacia el pasado (hacia el origen de la historia). Y ambos relatan los últimos años de vida de José Segundo Leyva Tapia, que se constituye en la quinta y última memoria, pues, al ser citado *textualmente* por los testigos, se transforma también en un testigo. Y aun cuando este testigo está muerto, testimonia desde el mismísimo fondo de su muerte, ocurrida al menos cuarenta años antes del presente de este libro. En Muerteputa, las memorias describen un hecho menor en relación a los hechos narrados en Alto Bío-Bío. El asunto es que para narrar este hecho recurren a la historia, los mitos, los sueños [«Soñar (en Muerteputa) es considerado un tra-

bajo de prestigio»]; emplean fórmulas de distorsión del tiempo, disfrazan y transforman los espacios, recrean cosas que no existieron nunca, olvidan cosas que todavía están ahí. Puedes constatar, Juan, que son dos instancias contrapuestas, dos mundos muy diferentes, aun cuando ambos mundos están situados en «las cordilleras antropófagas» y aun cuando ambos mundos tengan a sus pies un llano. No hay ningún punto de contacto entre ambas experiencias narrativas. Por lo demás, en el Alto Bío-Bío el agresor ha triunfado y finalmente aplastará a los hombres *de esa altura*. En Muerteputa, el llano tiene también carácter agresor, pero no puede triunfar de ninguna manera, puesto que, como lo afirma el categórico Caxicóndor, el pasado, la historia de un pueblo es intangible: se puede derrotar el presente de un pueblo, hipotecar su futuro, pero no se puede revocar el pasado de un pueblo. Este es el respectivo punto de partida de cada uno de estos libros.

—*En Actas del Alto Bío-Bío toda la conjunción de las memorias, el tiempo narrativo gastado en el relato, suma un día y medio, algo así como 36 horas. Esto representa 53 años narrados en 36 horas. ¿Por qué?*

—Porque se integra en el marco de un reportaje particular, en una única visita, que no puede prolongarse más allá de ese tiempo.

—*¿Es un reportaje apócrifo?*

—No. Es un reportaje real. Sucede, sin embargo, que ni Ango Mamalcahuello ni Anima Luz Boroa existen: lo que existe es un grupo de viejos, mujeres y hombres sobrevivientes. De cada uno de ellos tomé un rasgo distintivo, y estos rasgos fueron atribuidos a Angol y a su compañera: en suma, el tratamiento arquetípico que me atrae.

—*Veo Actas del Alto Bío-Bío como una historia de rebelión, y percibo Actas de Muerteputa como una historia de autodefensa (de una cultura, de un legado, de una tradición). ¿Me equivoco?*

—En absoluto. Sucede, precisamente, que en *Actas del Alto Bío-Bío* se encarna de algún modo muy explícito la Guerra de Arauco, aun si ello tiene como soporte el sueño: guerra de movimientos, guerra de emboscadas, de ataques sorpresivos y fulgurantes, de ajusticiamientos sumarios. Allí tomé como referencia los textos clásicos que la describen, en especial el libro de Diego de Rosales. Los araucanos no construyeron ciudades, y por lo tanto, no defendían templos ni metrópolis sagradas y secretas. Es (o fue) una raza nómade, trashumante: su guerra estaba consagrada a defender *el territorio*, no *la ciudad*. En este sentido, Muerteputa se acerca más a la historia de los pueblos constructores, y por tanto, sedentarios, *que defendieron la ciudad con prioridad sobre el territorio*. Protegían sus templos, sus monumentos, sus sistemas de regadío, sus túmulos funerarios, sus riquezas arquitectónicas, y un concepto de sociedad sedentaria incapacitada para la guerra de movimiento, y que, paradójicamente, está impedida al mismo tiempo de llevar a cabo una guerra de posiciones.

Es exactamente un caso de historias paralelas, *pero antónimas*. En Alto Bío-Bío, el ejército campesino, pergeñado con medios indescribibles, sale a campo abierto a buscar enemigos; en Muerteputa, el ejército (cuya existencia no está probada, por lo que puede tratarse de un ejército contituido por toda la comunidad), espera la llegada del enemigo para aniquilarlo.

—¿En ambos textos la cordillera es esencial?

—Sí, pero en Bío-Bío está descrita con un buen despliegue de medios narrativos. Por el contrario, en Muerteputa es apenas una referencia, una sombra: se habla de vagos picachos incendiados por los últimos rayos del sol, de farellones, de alturas, de cóndores. No hay descripción importante: es una cordillera antropófaga, sí, sobre todo porque devora al enemigo que sube, pero ageográfica. Es la Cordillera de los Andes el modelo, pero la Cordillera de los Andes tiene más de quince mil kilómetros. Muerteputa es un drama americano; sin duda, el drama americano como lo percibe el que habla.

—El personaje del Desertor, ¿cómo encaja exactamente en la historia? Sabemos lo que hace pero no conocemos las motivaciones que te llevaron a crear un personaje semejante, sobre todo porque su ambigüedad contrasta con toda la panoplia de tus otros personajes.

—El Desertor encarna varios tipos de hombres, y al mismo tiempo, carga diversos significantes. Te insistiré siempre que yo trabajo sobre arquetipos y que esto hace de casi todos mis libros, textos experimentales. El lector deberá leerme (si lo hace) sin buscar comparaciones, pues son justamente formas e historias en ruptura con las modas y los hábitos literarios lo que me ocupa. El Desertor es ante todo un «*contra*», tal como entendemos el término hoy día en relación con la agresión que se comete contra Nicaragua. Lo afirma él mismo en dos o tres pasajes, naturalmente sin utilizar el concepto. Pero no sólo es un «*contra*»: el Desertor encarna al hombre-lacayo de Indoamérica al servicio de causas y ejércitos y empresas trasnacionales; encarna al yanacona moderno, que combate por el agresor y en contra del agredido (*el agredido es su propio pueblo*). Encarna el intento de «americanizar» Nuestra América por todos los medios, empleando todos los recursos, sobornando el mayor número de hombres posibles, corrompiendo conciencias, pero también matando.

He querido evitar la construcción maniquea de los personajes (blanco-negro, bueno-malo), para hacer comprender que el Desertor es un efecto, no una causa en sí. Está hasta tal punto corrompido que su capacidad de reinserción es nula. Está hasta tal punto maltrecho de conciencia, que es incapaz de asimilar las proposiciones que le formule la comunidad por boca de Caxicóndor. Trasgrede las reglas del Códice, asalta las costumbres por el reverso, provoca de un modo visceral. Su provocación alcanza límites extremos, como cuando declina la opción de relacionarse sexualmente con las «doñas» de Muerteputa, para, en cambio, «yacer con una oveja». No sólo odio puede des-

pertar una piltrafa semejante, sino compasión, un atisbo de piedad, puesto que se trata de un hombre.

—*La valoración del orden ancestral, un orden ligado al ciclo de la naturaleza y de la utilización de los recursos naturales, en oposición al egoísmo individualista y la degradación de las relaciones sociales que vienen a conquistar el territorio desde afuera, pone en tensión otra oposición que ha tenido una atención destacada en la novela hispanoamericana. Qué les dirías a los críticos que lean esta novela como una «idealización utópica» de la sociedad andina.*

—Es verdad que de alguna manera idealizo la forma de sociedad que preconiza Muerteputa. Sin embargo, es una sociedad próxima de la organización que se dieron ciertos pueblos paradigmáticos. Es verdad, también, que por oposición al *socialismo incásico*, que varios investigadores han revelado en la sociedad cuzqueña, otros han opuesto el concepto de dictadura. Es el caso de las reflexiones que inspiran sociedades como la azteca, la maya, para citar sólo dos. Pero en Muerteputa, esta idealización —si en verdad existe— es secundaria, está al servicio del texto y de las ideas que promueve: las motivaciones profundas que conforman el substrato real de la narración son mucho más importantes. El libro no puede tener una vocación sociológica, antropológica, etnológica; ni siquiera histórica. Su materia está más cerca del material del sueño que del material de la vigilia.



Santa Rosa con Franklin. Santiago, 1982



Las Palmeras, Santiago, 1983

«Azul...», Darío en Chile

FERNANDO ALEGRIA

Siempre me pareció interesante el relato que Rubén Darío hizo de su llegada a Santiago y del patético encuentro con quien debía ser uno de sus mecenas chilenos. No por el tono de folletín que le dio sagazmente Darío, sino por un aspecto del episodio que a él le pasó inadvertido y que hoy ayuda a caracterizar una época literaria en Chile: me refiero al hecho de que en los últimos decenios del siglo XIX todo poeta importante ocupaba un sitio dirigente en la historia política y social del país. ¿Qué de extraño tenía, entonces, que el señor C. A., envuelto en pieles como una magnate, buscando a la eminencia centroamericana por los andenes de la Estación Mapocho, sufriera tal desilusión al verse cara a cara con Darío?

«Ruido de tren que llega —cuenta el poeta—, agitación de familias, abrazos y saluciones, mozos, empleados de hotel, todo el trajín de una estación metropolitana. Pero a todo esto las gentes se van, los coches de los hoteles se llenan y desfilan y la estación va quedando desierta. Mi valijita y yo quedamos a un lado, y ya no había nadie casi en aquel largo recinto, cuando diviso dos cosas: un carruaje espléndido con dos soberbios caballos, cochero estirado y valet, y un señor todo envuelto en pieles, tipo de financiero o de diplomático,

Fernando Alegria, escritor y profesor de literatura en la Universidad de Stanford, es autor de numerosos libros: ensayos, historia y crítica literaria, novelas, poemarios. Este año celebra los cincuenta años de su primer título publicado: *Recabarren*. Vive en California, Estados Unidos.

que andaba por la estación buscando algo. Yo, a mi vez, buscaba. De pronto, como ya no había nada que buscar, nos dirigimos el personaje a mí y yo al personaje. Con un tono entre dudoso, asombrado y despectivo me preguntó: "¿Sería usted acaso el señor Rubén Darío?" Con un tono entre asombrado, miedo y esperanzado pregunté: "¿Sería usted acaso el señor C. A.?" Entonces vi desplomarse toda una Jericó de ilusiones. Me envolvió en una mirada. En aquella mirada abarcaba mi pobre cuerpo de muchacho flaco, mi cabellera larga, mis ojeras, mi jacquecito de Nicaragua, unos pantalones estrechos que yo creía elegantísimos, mis problemáticos zapatos, y sobre todo mi valija. Una valija indescriptible actualmente, en donde, por no sé qué prodigio de comprensión, habían dos o tres camisas, otro pantalón, otras cuantas cosas de indumentaria, muy pocas, y una cantidad inimaginable de rollos de papel, periódicos, que luchaban apretados por caber en aquel reducidísimo espacio. El personaje miró hacia su coche. Había allí un secretario. Lo llamó. Se dirigió a mí. "Tengo —me dijo— mucho placer en conocerle. Le había hecho preparar habitación en un hotel de que le hablé a su amigo Poirier. No le conviene".»

«Y en un instante aquella equivocación tomó ante mí el aspecto de la fatalidad y ya no existía, por los justos y tristes detalles de la vida práctica, la ilusión que aquel político opulento tenía respecto al poeta que llegaba de Centroamérica. Y no había, en resumidas cuentas, más que el inexperto adolescente que se encontraba allí a caza de sueños y sintiendo los rumores de las abejas de esperanza que se prendían a su larga cabellera.»

¿Fue orgullo, vanidad social, lo que movió a ese señor C. A. a despachar a Darío con una fría mirada de alto abajo? Algo de eso hubo, qué duda cabe, pero hay más. Los poetas chilenos de entonces, desde la administración de Manuel Montt hasta la de Balmaceda, pasando por las de José Joaquín Pérez, Federico Errázuriz, Aníbal Pinto y Domingo Santa María, eran tribunos de alta alcurnia, caballeros de romántica prestancia, defensores de la libertad y del progreso, combatientes de elocuente y, a veces, heroica devoción a la patria. Eran, en una palabra, poetas-próceres. El señor C. A., que fue en busca de un bardo y se encontró con un joven bohemio, retrocedió sorprendido y receloso. ¿Cómo podía el modesto viajero codearse de igual a igual con los leones del liberalismo romántico chileno? Recordemos que Eusebio Lillo fue Ministro del Interior del primer gabinete de Balmaceda, y que Guillermo Matta fue Intendente, senador y diplomático en Alemania, Argentina y Uruguay; y Guillermo Blest Gana, Intendente de Aconcagua, Tarapacá y Linares; y que junto a ellos otros poetas desempeñaron cargos de igual distinción: Domingo Arteaga Alemparte fue Subsecretario de Relaciones Exteriores y diputado; Luis Rodríguez Velasco, Ministro de Justicia y Educación Pública; J. A.

Soffia, Subsecretario del Interior, Ministro en Colombia... Estos eran los poetas del momento, los que acompañaron el despertar revolucionario de 1851 y la mejor época de reformas liberales balmacedistas y cuyo arte, con algunas excepciones, era un *arte mayor* fundido en los moldes de la tradición neoclásica y romántica. Cantando, como cantaban, con voz de trueno a la libertad, al progreso industrial y científico, o doliéndose de nostalgia por la patria en el destierro, o especulando con candor filosófico de base positivista, no fueron, claro está, sino nombres ilustres para el joven Darío, luminarias que dejó pasar respetuosamente a la distancia.

El academismo neoclásico chileno coincidió con el proceso de estructuración social que caracteriza al régimen portaliano. No puede darse una equivalencia más justa que esa voluntad distintiva de Portales de regular la conducta de una nación y esa devoción por la gramática, la retórica y la jurisprudencia que distinguió a don Andrés Bello. A la levita negra, cuello duro y rostro meticulosamente rasurado de Portales, corresponden igual levita, cuello y falta de patillas en Bello y sus discípulos. Por el contrario, los poetas tribunicios del régimen liberal encuentran su imagen y modelo en la figura melenudamente romántica del presidente Balmaceda. ¡Cuánto pelo hay en la poesía del romanticismo chileno! ¡Y qué lampiña la poesía de Camilo Henríquez, Vera y Pintado y Mora! ¡Qué bigotes los de Lillo, de la Barra, Matta y Blest Gana! ¡Qué melenas y qué barbas las que vendrán unos pocos años después! Poesía lampiña la de los portalianos, poesía barbuda la de los balmacedistas, unos cuentan sílabas, otros brindan con la redondilla en la mano. Unos escriben, otros disparan.

Para quien estudia la historia de la poesía chilena sigue siendo un problema determinar con precisión qué trajo Darío desde Centro América de naturaleza esencial para el Modernismo y qué obtuvo, directa o indirectamente, en su trato con los poetas chilenos de fin de siglo. Dos son los testimonios que generalmente usan los críticos para dilucidar este asunto: un artículo de Samuel Ossa Borne¹ y la obra del nicaragüense Diego Manuel Sequeira, *Rubén Darío criollo*². Ambos dejan en claro que Darío, gracias a las enseñanzas del poeta salvadoreño Francisco Gavidia y a sus abundantes lecturas mientras sirviera un cargo en la Biblioteca Nacional de Managua, llegó a conocer bastante bien el francés y a familiarizarse con la obra de Víctor Hugo. Erwin K. Mapes ha probado que Darío, a la edad de 14 años, colaboró con Gavidia en la adaptación del alejandrino terciario de Hugo a la poesía hispana³. Según Sequeira, en la Biblioteca de Managua Darío tuvo a mano y leyó las obras de Mendès, Gautier, de los Goncourt y otros escritores franceses, ingleses, alemanes e italianos.

¹ «A la manera de Hein», *Revista chilena*, t. 1, 1917.

² Buenos Aires, 1945.

³ *L'influence française dans l'oeuvre de R. D.*, París, 1925.

En mi opinión, sin embargo, una revisión imparcial de los documentos que, por lo general, se aducen con respecto a los orígenes literarios de la renovación modernista deja en claro dos hechos: el primero, que lo escrito por el nicaragüense antes de venir a Chile no guarda un vínculo esencial con lo que va a ser el movimiento modernista; y el segundo, que Darío descubre en Chile, particularmente a través de Balmaceda Toro y Rodríguez Mendoza, aspectos de la llamada poesía decadente europea que serán determinantes en la estética del modernismo.

Raúl Silva Castro, aficionado a decir las cosas rotundamente, dijo simplemente que «Rubén Darío había encontrado en este país, por primera vez, algunos modos de decir y asociaciones de ideas y de imágenes que le iban a servir, años más tarde, para componer sus poesías modernistas. En suma, dicho en otra forma, quedó establecido que el modernismo había nacido en Chile.»⁴ Dicho sea de paso, el investigador guatemalteco Eduardo Torres concuerda con Silva Castro (*La dramática vida de R. D.*, Guatemala, 1952, p. 103).

Es obvio que Darío, el poeta niño, romántico, sentimental, precozmente retórico en sus epístolas, juguetero y nostálgico en sus *Abrojos* y *Otoñales*, grandilocuente en su *Canto épico a las glorias de Chile*, descubre en nuestro país un deslumbrante remedo de la decadencia francesa, afina su nuevo instrumento y lo perfecciona en *Azul...* (1888).

Este despertar se produce en el ámbito de una amistad que, a todas luces, debe parecernos rara. Me imagino a Darío —no hay más que leer su *Autobiografía*— con sus magros veinte años a cuesta, su morena altivez, su ocio sensual, su recatada pobreza, paseando por la avenida del Ejército o por los senderos del parque Cousiño, del brazo de Pedro Balmaceda Toro, joven y elegante jorobado, de frente lúcida, de noble y hermosa mirada, de innato refinamiento, herido ya por una enfermedad incurable. He ahí dos extraños iluminados, uno el aristocrático hijo del presidente de la República, el otro nacido en provincianas miserias indianas. Ninguno de los dos había viajado a Europa, pero hablan, sueñan y escriben en la más pura tradición parnasiana y simbolista. Darío parece seguir a su amigo, hay en su actitud cierta silenciosa ternura e instintivo respeto; pero guarda sus sentimientos: aparenta hablar, reír, de igual a igual; secretamente, va enterrando sus melenas, sus dolores, sus abrojos, sus rimas y sus himnos —todo aquello que trajo en la valija desfondada— a los pies de Balmaceda. Dice Darío:

«Al hojear un día los diarios de la tarde, encontré en *Los debates* un artículo firmado con un seudónimo que no recuerdo, artículo cuyo estilo nada tenía de común con el de todos los escritores de entonces.»⁵

⁴ *Rubén Darío a los veinte años*, Madrid, 1956.

⁵ En A. de Gilbert, *Obras Completas*, Madrid, 1950, t. II, p. 152.

¿De qué estaba hecho ese estilo? Agrega Darío:

«... él era lleno de poesía, de forma, de color, de don melódico. Su inspiración primaveral soltaba al aire bandadas de pájaros alegres y de libélulas irisadas. Hay frases suyas que son búcaros de violetas, jarras de lilas nuevas. Poseía cristalizaciones lapidarias que hacían temblar al sol; y en una comparación burilaba un camafeo. A las veces, un centauro joven iba al campo florido a coronarse de rosas bajo el follaje de los laureles. Entonces veis en el período del cuento una gallardía de expresión, un modo de decir las cosas gentilmente peregrino en nuestra lengua.»

Refiriéndose a *Estudios y rasgos literarios*, la obra póstuma de Balmaceda Toro, afirma:

«El libro es como una caja de cristal llena de pequeños bibelots de bronce, de joyas de oro, de alabastros, de camafeos, copas florentinas, medallas, esmaltes, y en mármol se ve la huella del cincel de acero.»

Es decir, en páginas tempranas de Balmaceda descubre Darío, como en un aparador de fragancia picante, la china, la plata, el oropel y el ajuar exótico de la ornamentación modernista. Balmaceda juega con los temas malditos que Darío va a manejar muy pronto en *Los raros*:

«Hay ciertos libros que no se pueden leer sin vino embriagador. Para Poe el aguardiente. Para Musset, el ajeno. Para Bécquer, el Jerez de la Frontera. Para Heine..., no encuentro un vino apropiado... (será el néctar de los dioses). Y para ti, yo desearía uno de esos vinos tristes, melancólicos, que ruedan lentamente por los bordes del cristal de Bohemia..., poemas rojos, saturados de sangre hirviendo y del perfume de las viñas.»

Hay algo de bella monstruosidad en la imagen de ese par de jóvenes enguantados, el uno alto y mestizo, el otro contrahecho y pálido, que van por las calles de Santiago creyendo ver carrozas de Dumont, *panneaux* antiguos, desnudos de Reni, modas de Buckingham y perfiles de duquesas, mientras los vecinos se mueren de peste viruela, arrastran los pies por callejuelas de piedra y lodo, se desvanecen en la luz mortecina del gas y se apartan a saltos para no morir arrollados por los salvajes caballos del carro de bomberos. Junto al habla cortita y parca de los santiaguinos, este par revolotea por la Alameda de las Delicias dejando a su paso seductoras voces de Francia.

Es el Modernismo que camina por la Alameda. A la sombra de Balmaceda Toro y un poco, no tanto, de la de Rodríguez Mendoza, Darío liquida su negocio romántico, deja bien enterrado a Zorrilla, Campoamor, Espronceda y Bécquer, y da forma a su recién asimilado parnaso: no es otra cosa *Azul*...! La historia de este libro, el papel que en su edición jugaron Poirier, Rodríguez, Balmaceda y otros, la

influencia directa que Balmaceda ejerció sobre Darío durante su composición, así como en uno de los cuentos añadidos a la segunda edición, ha sido examinada con lujo de detalles por críticos de América y de España. (Cf. la *Breve historia del Modernismo*, México, 1954, de Max Henríquez Ureña.)

Sabido es que la primera edición de *Azul...!* llevaba un prólogo de Eduardo de la Barra. Tal hecho fue, en realidad, accidental: no sólo por la muerte de Lastarria, a quien se le había encomendado tal tarea, sino porque De la Barra sólo por «accidente» podía haber comprendido el milagro poético que llegaba, así, de sorpresa, a sus manos. En un plano literario, De la Barra se esfuerza por emparentar a Darío con Hugo y Méndes, por razones obvias, y con Paul de St. Víctor, D'Amicis, Daudet y Jorge Isaacs, por razones misteriosas, incomprensibles. Le critica una excesiva preocupación por la forma y una marcada tendencia a la ornamentación, clama contra los decadentes y, al enumerar los peligros con que ellos tientan al joven poeta, quiebra, sin darse cuenta, la imagen misma de la poesía que ya consagra Darío.

La alianza de Darío y De la Barra en la primera edición de *Azul...!* debe pasar a la historia como una anécdota curiosa. A decir verdad, meses antes de publicar *Azul...!* Darío había publicado un artículo que es, sin lugar a dudas, el verdadero manifiesto inicial del Modernismo. En ese artículo Darío parece responder, palabra por palabra, a los cargos que De la Barra le iba a hacer más tarde. Dice:

«Juntar la grandeza o los esplendores de una idea en el cerco burilado de una buena combinación de letras; lograr no escribir como los papagayos hablan, sino hablar como las águilas callan; tener luz y color en un engarce, aprisionar el secreto de la música en la trampa de plata de la retórica, hacer rosas artificiales que huelen a primavera, he ahí el misterio. Y para eso, nada de burgueses literarios, ni de frases de cartón.»

Recordando a sus amigos, exclama:

«¡He aquí a Riquelme, a Gilbert (Balmaceda Toro) en Chile! Se necesita que el ingenio saque del joyero antiguo el buen metal y la rica pedrería, para fundir, montar y pulir a su capricho, volando al porvenir, dando novedad a la producción, con un decir flamante, rápido, eléctrico, nunca usado, por cuanto nunca se han tenido a la mano, como ahora, todos los elementos de la naturaleza y todas las grandezas del espíritu.»⁶

Hablando de otro, Darío habló de sí mismo. Defendiendo a los decadentes, afirmó su propia urgencia de experimentar por los ámbitos de la sinestesia, de crear su discurso poético al margen de las aca-

⁶ Citado por Saavedra Molina y Mapes en *Obras escogidas de R. D. publicadas en Chile*, t. I, Santiago, 1939.

demias pero cuidando celosamente las raíces castizas. El culto por la belleza parnasiana de la forma, tanto en la prosa como en la poesía, el valor de la sugerencia sobre el concepto como instrumento poético, de la imagen rara sobre la manida metáfora, el redescubrimiento de la belleza lírica escondida en la poesía medieval y clásica españolas, el valor estético de aquello que en esos momentos pasa por decoración exótica —orientalismo, en general—, la oposición del espíritu rebelde contra el «establecimiento burgués», comercial, académico, en otras palabras; la exaltación de los raros contra los vulgares, la experimentación con los elementos básicos de la prosodia, todo eso, en suma, que los preceptistas convertirán en la estética del Modernismo, lo deja anunciado Darío en *Azul...!* y en su manifiesto publicado en *La libertad electoral*.

Estos son sus históricos legados al desarrollo de la poesía moderna en Chile. Sus *Abrojos* habrán conmovido el ambiente de los salones santiaguinos, su *Canto épico* la sobremesa del presidente de Chile, sus rimas la faena de los jueces del certamen Varela, pero es en *Azul...!* y en su artículo «Catulle Méndez; parnasianos y decadentes» que los poetas chilenos de fin de siglo ven pasar el cometa del Modernismo.

A través de los años, *Azul...!* —como un tapiz descrito por el mismo Darío— muestra sorpresas a los lectores desprevenidos: a veces cobra resplandores escondidos, a veces se marchita y desvanece en tiempos duros, a veces, como el Dorian Gray de Wilde, revela el entretreído, revés y remates de la vejez. Pero el pequeño y misterioso libro revive en cada primavera.

Entre las sorpresas se da el curioso efecto de sus cuentos mal llamados «realistas»: «El rey burgués», «El fardo», «La canción del oro» y, por qué no, «El velo de la reina Mab» y hasta «El pájaro azul».

Darío deja de ser «escapista» en estos cuentos. Se duele en uno, solloza en otro, escandaliza en «La canción del oro» e ironiza en «El velo de la reina Mab» y «El pájaro azul». «El fardo» es, para usar el lenguaje de su época, su aguafuerte más directa y gráfica. Naturalista, habría dicho Raúl Silva Castro. Y uno piensa qué Darío fue ése que escribió estas críticas furibundas a la sociedad burguesa, a la desigualdad de clases, a la arrogancia y desvergüenza de los poderosos, a su desprecio por el arte. Dan ganas de decir que Darío, joven y empobrecido poeta nica, en medio de la riqueza salitrera y minera de una minoría prepotente, lanza sus puntapiés al «orden establecido» y saca sangre. Se rebela, se indigna, protesta y, en tal ánimo, escribe sus diatribas para *La Epoca*.

La sociedad chilena lee esos cuentos y dice: «cosas de poeta». Insisten en ver solamente el resplendente, fastuoso y espléndido discurso poético de Darío. La verdad es que, al acusar y protestar, Rubén Darío abre una veta de poesía y prosa social que en Chile dará poderosos frutos en la obra de Pezoa Véliz y Baldomero Lillo. Esta es la moraleja de los cuentos «realistas» del nicaragüense.

Nadie, por supuesto, querrá escoger jamás entre la poesía y la prosa de *Azul...*! Naturalmente, sí podrá el lector quedarse más tiempo en unas páginas que en otras. Personalmente, suelo quedarme en «El año lírico» y, con preferencia, en «Los medallones». Pero siempre vuelvo a «El fardo» porque me gusta pensar en este hombre que, escribiendo con piedras preciosas en la pluma, pudo también sentir, vivir y comprender la miseria de los estibadores porteños, desde su propio cuartucho de suche aduanero en Valparaíso.

Quiero decir que Rubén Darío dejó en Chile su huevo de oro y la mariposa modernista emprendió el vuelo.



Santiago, 1980

CARLOS ORELLANA

Lihn

Un mes después de su muerte, me sorprendí soñando un diálogo fantasmal con Enrique Lihn. Parece que yo me había propuesto una tarea tan extravagante como imposible: ordenar en el sueño las ideas que tuve a propósito de una entrevista frustrada que intentamos en el otoño de 1963. Enrique acababa de publicar *La pieza oscura*, y las preguntas que aquella vez no fui capaz de formularle descubrí que tampoco podría hacerlas ahora. Al cabo de veinticinco años, presentí que algunos enigmas de entonces me interesaban menos y otros ya no tenían la misma sobrecarga de misterio; paralelamente, habían surgido nuevos interrogantes, porque el universo del poeta se había hecho más vasto y profundo. Como quiera que sea, el todo sólo tenía la consistencia de la imagen de un pensamiento que se agazapa, mientras soñamos, en un rincón recóndito del espejo.

Pero lo que quiero contar es que cuando debí salir al destierro, atenuado entre la incertidumbre y el apremio (y la angustia) de aquellos meses finales del 73, sólo atiné a separar un libro a la hora de tener que armar el sumarísimo equipaje: fue justamente *La pieza oscura*. Este volumen de poemas y el cuento «Huacho y Pochocha» (en su versión primigenia, pero también bajo la insospechada forma de guión cinematográfico) agregarían en el exilio a las muchas razones que ya tenía para amarlos como textos literarios, nuevos motivos de aproximación, nacidos de una misteriosa comunión afectiva pactada entre dos seres en una época en que no podían siquiera presentir su encuentro ulterior, años después, ya en el destierro. Intentaríamos entonces recuperar esa memoria del futuro, buscando en las estaciones

ferroviarias de los pueblos de España el muro donde Huacho y Pochocha habían escrito o terminarían por escribir sus nombres entrelazados. Entretanto, en los dilatados espacios para la reflexión que suele hallar el exiliado maduraba una lectura nueva de los monólogos que Lihn hizo sostener al Viejo con la Muerte y al Padre con su Hijo de meses.

«Huacho y Pochocha» fue una de mis primeras experiencias excitantes como editor. Sentí, leyéndola, que me enfrentaba a una de las novelas cortas —o «nouvelle», o como quiera llamársela— fundamentales de la literatura chilena (como me había ocurrido, años antes, con la lectura de *La última niebla* de María Luisa Bombal, o con *De repente* de Diego Muñoz). Fue un acto de revelación instantánea, casi mágica, que me llevó a incluir el texto en la antología *El nuevo cuento realista chileno* y a proponer a Enrique la edición inmediata de un volumen con relatos suyos. Fue así como se publicó su primer libro en prosa, *Agua de Arroz*, que contenía el cuento del mismo nombre, el ya mencionado «Huacho y Pochocha», más «Estudio» y «Retrato de un poeta popular», joyita este último en que los entresijos del habla popular chilena están cogidos con una sabiduría que sólo han mostrado antes —creo— Manuel Rojas en sus novelas o José Miguel Varas en cuentos como «La denuncia».

La publicación de *Agua de arroz* es uno de los capítulos más estimulantes de mi peripecia en el campo de la edición. Ya olvidé el peregrinaje vivido antes de poder rescatar la única copia mecanografiada de «Huacho y Pochocha» (hallado sólo después de terca insistencia, en una carpeta que recogía el material *excluido* del tomo en que se publi-

caron los trabajos elaborados en un Taller universitario de Escritores). Olvidé también —o debería haberlo olvidado— las pullas recibidas por el impresor (mutado con los años de editor, incluso de otros títulos del propio Lihn) a causa de mis dificultades para completar el pago de los costos de elaboración del libro. Lo que vale en mi memoria es la convicción de que hiciste lo que sientes que deberías haber hecho. Como con *El relato de la pampa salitrera* o con *Porai* en la misma serie de Ediciones del Litoral, o como con tantos otros textos publicados muchos años después en *Araucaria*, el libro de Enrique logró gratificarme en aquello que es la razón y ser de la pasión del verdadero editor: sentir que no se es tanto un padrino como un descubridor.

El escritor no fue para mí ni mejor ni más importante que la persona, que el amigo. Como en muchos otros grandes artistas, en Enrique Lihn el hombre está virtualmente íntegro en su obra y no es fácil saber siempre si el interés por el personaje está inducido por el shock intelectual y emocional que la obra pueda habernos producido, o si la atracción de ésta radica (también) en la luz que proyecta sobre la intimidad y entraña del autor. No siento necesidad en este caso de dilucidar qué vino primero; lo que cuenta es la síntesis: una obra que proporciona la aventura estética deseada, y un autor que trasunta como hombre una necesidad furiosa de comprender y comprenderse, de descubrir, sin conseguirlo, la clave de la relación reposada y estable. De allí la máscara colérica, pero también el huracán de violenta y la-cerada sinceridad.

Con Enrique fueron más intensos que frecuentes nuestros encuentros personales. Tuvieron cierta continuidad en los años sesenta, en una época en que todavía muchos escritores chilenos de nuestra generación (y ciertos marxólogos, más algunos «politólogos» entonces apenas en ciernes) saltaban sin mucha coherencia del escepticismo de jóvenes «universitarios» un tanto europeizantes, a una suerte de izquierdismo tercermundista imprecatorio y más o menos delirante. Hacia la segunda mitad de la década insistían en hacernos sentir que nuestra coloración exterior

—sólo levemente escarlata, decían— apenas disimulaba el blanco culpable de nuestro fuero interior. Antes de esto, coincidimos en no pocas experiencias compartidas. Las aventuras de la antología de cuentos y de su libro; las veladas con Yerko Moretic y los demás compañeros del inolvidable grupo «del Litoral»; las jornadas de los viernes en el emblemático club social Balmaceda; su tránsito con Sibila, vivido como en puntillas; sus visitas a nuestra casa de Puente Alto, donde mis hijos convirtieron en leyenda de una primavera el paso fugaz entre sus juegos de un duendecillo bullicioso y a ratos huraño que ellos bautizaron como «Andrealín».

Después del golpe sólo lo vi ya unas pocas veces. En París, el 75. Una discusión con acentos más bien lúgubres. Los años de la Unidad Popular no lo habían tratado del todo bien; un mediocre burócrata radical (del Partido Radical, quiero decir) hizo en la Corfo, donde Enrique había hallado trabajo, todo lo posible por demostrarle lo inferior y humillable que puede ser un poeta sometido a la férula de quien detenta el pequeño (y eventualmente mortífero) poder de una jefatura administrativa. No logramos hallar un lenguaje común. Tampoco el 86 en Chile, a pesar de la sobrecarga afectiva del encuentro.

(En el verano de 1978 en Sitges, cerca de Barcelona, nos tocó hacer una ardorosa defensa suya. El director de un conocido conjunto musical chileno se escandalizaba de que pudiéramos amar el trabajo de alguien a quien él calificaba despectivamente de poeta «pequeño-burgués» y «anticomunista». Digamos de paso que un par de años después, el músico —que parece que también es filósofo— protagonizaría una espectacular voltereta de ciento ochenta grados en sus pasiones —que no posiciones— político-ideológicas. No era la primera, según se sabe, y probablemente tampoco será la última.)

Nuestra cita final fue en Madrid, el 87. El asistía al «Chile-Crea», y de su participación recuerdo sobre todo su lectura en el Círculo de Bellas Artes. Allí conocimos sus soberbios poemas en que con fondo de Paseo Ahumada, Lihn hace un retrato cortado a fuego del clima moral y emocional de Chile en los años

más tenebrosos de la dictadura. Leyó también «La pieza oscura», la composición que da nombre al libro, retrayéndonos al paraíso perdido de nuestra década prodigiosa secreta a los dos únicos auditores que en esa velada podían —creo— sentirlo así, hasta el punto de tener que esconder alguna lágrima furtiva.

Después ya sólo fueron noticias premonitorias del fin inminente. El poeta se extinguía poco a poco mientras esperaba la muerte anunciada, y sus amigos, anticipándose a la crónica necrológica, en que de los elogios y protestas de admiración y amistad de todos modos el difunto ya no se enterará, decidieron escribir, homenajeándolo, mientras él estaba todavía en condiciones de hacerse eco del mensaje. Yo no tuve esa oportunidad, o quizás ni siquiera se me ocurrió. No es menor por ello ni el afecto por el hombre ni el fervor por su obra literaria.

* * *

La necrología empieza a ser, para quienes escribimos, tarea más o menos frecuente cuando uno ha pasado ya, hace rato, la raya de los cincuenta años.

De aquellos cuentistas amigos y afines que Moretic y yo agrupamos en 1962 en la antología del *Nuevo cuento realista chileno*, no sólo perdimos este año a Enrique Lihn. También se ha ido Armando Cassigoli. No disponemos aquí de espacio para recordar todas las his-

torias vividas en común, asociadas al cúmulo de peripecias políticas y culturales que conmovieron a nuestra generación. Sólo evoco al chileno de presencia italiana exultante, su risa, el ímpetu, el frenesí vehemente de un niño que perdió su inocencia pero se negó a crecer y buscó desasossegado amparo en el regazo de cien amantes-madres.

También Juan Lenin Araya, hermano entrañable, auténtico «gran señor» (no como el personaje de su cuento), de la estirpe de un Señorío conforme lo entendemos en un tiempo en que los antiguos Señores han empezado a dejar de serlo. No puedo decir nada, esta vez, sobre el amigo y compañero magnífico, escritor voluntariamente inédito y activista sin fatiga y perspicaz de la literatura y de la política; intérprete inimitable de «Churrasquita» y «Rubias de New York» y depositario de un doble legado familiar: *Selva Lirica* y el don del humor satírico sabio y contagioso. Le debo algo más que unas líneas volanderas. A él y al grupo (Luis Bozaz, Jorge Soza, Carlos Ossa y, desde luego, Franklin Quevedo y Yerko Moretic) que en la década de los 60, desde sus comienzos, intentaba configurar *avant la lettre* el cuadro de una «nueva mentalidad» posible, sembrando las semillas, sin saberlo, de los códigos de estilo, comprensión y conducta que desarrollaría muchos años después la revista *Araucaria*. Pero todo esto, como suele decirse, forma parte de otra historia.



Bar La Red, Horcones, 1987

Los «Cantos...» darianos como conjunto poético

JAIME CONCHA

¿Volver a Darío, hoy? El gesto tiene, sin duda, algo de extemporáneo. Y esto, por razones que atañen tanto a la investigación literaria sobre materias hispanoamericanas como a la coyuntura histórica que viven actualmente Nicaragua y el conjunto de países de la América Central.

En estos años, el signo de los estudios literarios es una creciente absorción por las manifestaciones más recientes de la novela y del relato latinoamericanos, absorción excluyente y unilateral muchas veces, que tiende más y más a producir un desequilibrio en la comprensión del panorama cultural del continente. Para este orden de cosas, que a menudo desconoce lisa y llanamente el vasto horizonte abierto por los grandes poetas de este siglo, Darío permanece a la sombra, como un fundador desde luego, pero decididamente en la hornacina de antaño.

Por otra parte, ¿qué tiene que ver este poeta, fallecido antes de la lucha de Sandino contra la intervención norteamericana, antes de la guerra popular contra la dictadura de Somoza, mucho antes del triunfo de la revolución sandinista y ya muy lejos de la actual defensa del pueblo contra el asedio imperialista?

¿Qué representa, para el conjunto de nuestra tradición cultural his-

Jaime Concha, ensayista y crítico, es profesor en la Universidad de California, La Jolla. Es autor de numerosos libros de crítica y análisis literarios.

panoamericana, este poeta desaparecido en 1916, al promediar la Primera Guerra Mundial?

Es casi seguro que es más fácil plantearse estas preguntas que intentar responderlas, siquiera sea en un nivel elemental. Creador increíble de formas, maestro de los ritmos y de los secretos de la lengua, todo eso lo fue Darío, se lo sabe desde hace tiempo y nadie osaría, hoy, ponerlo en duda. «Catarata de oro del idioma», dijo de él y de su poesía Pablo Neruda ¹.

No tengo una contestación terminante y tajante a las cuestiones que acabo de formular. Me gustaría, sí, indicar de modo positivo que esa renovación de los recursos del idioma no es cosa desdeñable y que, si algún sentido tiene la palabra «revolución», entendida, no con su fundamental valor histórico y político-social, sino en el campo interno y técnico de las transformaciones literarias, sin duda que la renovación dariana fue una revolución, una profunda y radical revolución en la historia de nuestra lengua poética. En el castellano, hay antes y después de Darío. Terminar con la prosodia y la gesticulación ochocentistas no es un triunfo menor; instaurar, a este lado del Atlántico, nuevos ademanes líricos, otro oído y sensibilidad para la lengua, es algo que con justicia, como el mismo poeta lo percibiera, está en la base de un gran «movimiento de libertad» que él originó en la cultura hispanoamericana ².

Mi trabajo va encaminado a mostrar un aspecto de esta maestría que todavía nos dura, la de sus formas de organizar como libro la decisiva publicación de los *Cantos de vida y esperanza* (1905). Antes de este libro, el primero en sentido propio en la producción de Darío, sus otros volúmenes —*Azul...* (1888, 1900, 1905), *Prosas profanas* (1896, 1901)— eran formaciones variables, que cambiaban y sufrían metamorfosis en sus distintas versiones, regidos como estaban por una norma aditiva-norma mecánica que será larga y habitualmente empleada hasta muy entrado el presente siglo. Antes de los *Cantos...* darianos hay muy pocos libros de poesía en lengua castellana durante el período moderno, si por «libro» vamos entendiendo lo que será el supuesto de esta exposición: la unidad rigurosa de lo múltiple, un conjunto que organiza y arquitectura, de acuerdo a factores que habrá que determinar, la disposición, sucesión e integración de los poemas. Apenas si, en el marco de la poesía moderna, es posible individualizar las *Rimas* (1871) becquerianas (que todavía tienen mucho de serie), el notable *Ismaelillo* (1882) martiano y uno que otro conjunto romántico, regido por la ley del «estado del alma»: atmósfera o cli-

¹ En «R. D.», poema de *La barcarola*, escribirá: «¡Oh clara! ¡Oh delgada sonata! ¡Oh cascada de clan cristalino! / Surgió del idioma volando una ráfaga de alas de oro» (*Ob. Comp.*, Buenos Aires, Losada, 3.ª ed., 1968, t. II, pág. 821). V. tb. *Confieso que he vivido*, Barcelona, Seix-Barral, 1974, pág. 363.

² «Prefacio» a los *CVE*. (Ed. Méndez Plancarte, Madrid, Aguilar, 1954, pág. 703).

ma sentimental que, a la postre, no alcanza aún el grado complejo de integración que intentaré exponer.

Un aspecto lateral de lo que voy a explicar tiene que ver con la distinción que la crítica prevaleciente sobre Darío ha establecido y mantiene entre los *Cantos...* y la poesía anterior. Es muy posible que esta óptica derive, en último término, de la autoridad de Pedro Salinas, cuyo influyente estudio, *La poesía de Rubén Darío*, sigue siendo, en muchos ámbitos universitarios, criterio y guía en la consideración de Darío³. De esa obra fluyen tres pares de conceptos que aspiran a dar cuenta con claridad del tránsito de *Prosas profanas* a los *Cantos de vida y esperanza*: de lo pagano a lo cristiano, de lo francés a lo hispánico y de lo superficial a lo auténtico, o a la final «sinceridad» conquistada por Darío. Sin duda que, detrás de este último concepto, está el famoso «hombre que siente», reivindicado por el mismo poeta⁴. Esta contraposición tripartita, que en mayor o menor medida persiste en la actualidad, siempre me ha resultado sumamente discutible. La primera dicotomía es completamente inexacta. Ya la he analizado en otra oportunidad y no es ésta la ocasión para volver a ella⁵. Baste recordar que, cualquiera sea la forma de creencia que adoptara el último Darío (no es esto de lo que se trata, por cierto, aunque tampoco hay constancia de que el hombre Darío se limitara en definitiva a un catolicismo tradicional, él que exploró tantas formas de sensibilidad espiritual: masonería, espiritismo y teosofía, sincretismo a la manera de E. Schuré, etc.), lo básico es que ese «hacia Belén» con que termina el primer poema del libro no representa una conversión al cristianismo, sino que constituye en lo esencial una consigna estética. Como el mismo Darío lo hace explícito a lo largo del poema, su Oriente es la región del Arte, de «su» arte en particular. En el fondo y en subs-

³ Y es bueno que así sea, pues sigue siendo uno de los mejores estudios que se han escrito sobre la poesía de Darío. (Buenos Aires, Losada, 1.ª ed., 1948; 2.ª, 1957.)

En realidad, las fórmulas provienen del mismo poeta, quien en su «Historia de mis libros» habla de «mi fé en el renacimiento de la vieja Hispania», de «una gran sinceridad», etc. (v. R. D., *Ob. Comp.*, Madrid, A. Aguado, 1950, I, págs. 216 y 223.)

Salinas es cauto y, en general, tiene aguda conciencia de las complejidades de la cronología (v. cit., 2.ª ed., pág. 141). Se equivoca de plano, sin embargo, en relación con lo que constituye el centro de este trabajo, cuando afirma: «Y no tengo duda de que esa heterogeneidad de procedencia de sus poemas, con la secuela de que sus libros sean todos —acaso con la sola excepción de *Prosas Profanas*— poemas coleccionados, suma de poesías sueltas, que se juntan y publican cuando se cree que ya hay número suficiente para el volumen...» (cit., pág. 21). Como intentaré mostrar, ni *Prosas profanas* es la «excepción», ni mucho menos los *Cantos* representan una «suma de poesías sueltas».

⁴ «Mas por primera vez se ve lo que Rodó no encontró en "Pr. Profanas", el hombre que siente» (Carta de Darío a J. R. Jiménez, desde París, del 24 de diciembre de 1904, in: *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, Managua, núm. 125, febrero de 1971, pág. 16).

⁵ Cf. mi estudio «Rubén Darío, ... huérfano esquife, árbol insigne, oscuro niño...» (in *Darío*, Santiago, Universidad de Chile, 1968, págs. 42-66, esp. págs. 42-45).

tancia, los *Cantos* significarían una estetización de elementos litúrgicos y rituales del catolicismo, una trasposición del culto católico en una cantera y tesoro de imágenes artísticas. Esta función secularizadora, este paso de la religión a la lírica, es desde luego bien difícil de evaluar y es algo no resuelto por la crítica que se ha ocupado de Darío. En cuanto al segundo y tercer pares conceptuales, los tocaré de pasada en el curso de las páginas que siguen.

* * *

Es posible partir de una primera evidencia de detalle: los *Cantos de vida y esperanza* finalizan y se cierran con el poema «Lo fatal», pieza magistral de entre las producidas por la poesía hispanoamericana. Obviamente, el signo de «lo fatal» resulta en todo contrapuesto a los valores de «vida» y «esperanza» anunciados en el título del poemario.

Esta simple percatación, que sitúa título y desenlace como polos antitéticos del libro, se ve duplicada cuando se observa que el segundo poema, el tan traído y llevado «Salutación del optimista», aparece prácticamente refutado, en su exaltación de la hispanidad, en la antepenúltima composición, las «Letanías de Nuestro Señor don Quijote». El optimismo de allá da paso ahora a lo letal, a signos de pompa y decadencia, a una visión —para decir lo menos— marcadamente negativa de lo castizo. «Lo fatal» carcome también, entonces, al «optimista» hispanófilo y determina que el libro, en sus cuasi-extremos o en sus límites interiores, dé lugar a una variante de la contradicción ya mencionada. Es legítimo, por lo tanto, sacar una conclusión que puede, desde ahora, funcionar como hipótesis provisional: estamos ante un libro plenamente arquitecturado, en que la sucesión de las partes y de sus poemas ha sido bien meditada y que, además, contiene un movimiento interior, una movilización del sentido poético que impide aislar los poemas, exigiendo reconstituir su totalidad significativa. Entre el título pleno de «vida y de esperanza» y este colofón de «lo fatal»; entre la optimista «Salutación» del inicio y las «Letanías» del otro extremo, ocurre una aventura del pensamiento y de la imaginación que es necesario definir, describiendo los factores que la han hecho posible. Tales factores constituyen lo que podemos llamar nexos de organización o procedimientos de unificación.

Aquí se impone aclarar un punto y delimitar mi cometido con mayor precisión. Como se sabe, Ernesto Mejía Sánchez ha explicado en varias ocasiones, pero sobre todo en las excelentes notas que agregó a la edición venezolana de *Poesía*, la intervención de Juan Ramón Jiménez en el cuidado y preparación de los *Cantos*... cuando éstos se imprimieron por primera vez⁶. Hay, allí, un ejemplo como pocos de

⁶ Ver Rubén Darío, *Poesía*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, págs. LXIII-LXXIV; además, el número de la *Revista Centroamericana*... recién citado (v. *supra*, núm. 4).

colaboración artística y de máxima generosidad por parte del joven poeta español. Sin embargo, una lectura atenta de las cartas enviadas por Darío muestra a las claras que es el nicaragüense quien va orientando la ordenación del libro; cosa natural, por lo demás, que debió culminar con la pasada de Darío por Madrid poco antes de la impresión de los poemas y de lo cual, obviamente, la correspondencia entre los poetas no da cuenta⁷. A pesar de su título parcialmente engañoso, remanente de una vieja norma de adición en que la serie predomina: *Cantos de vida y esperanza*, *Los cisnes y otros poemas*, el libro responde a una concepción y a un pensamiento poéticos hondamente interiorizados por su autor, que presiden y configuran su estructura tal como hoy podemos conocerla.

Aclarado esto, quiero subrayar que se trata en este caso de un análisis sincrónico, no genético, aunque reconozco de inmediato la importancia decisiva que podrían tener las consideraciones cronológicas para corroborar o refutar lo que postulo. En efecto, el libro se va creando en varias capas que conforman una estratigrafía muy compleja, desde 1892 y 1893 («Tarde del Trópico», «Ofrenda») hasta los poemas de 1905 —la «Salutación» y las «Letanías», piezas terminales como se ve, que se dispondrán como pilares casi simétricos en el conjunto sincrónicamente distribuido. En esta sucesión, cobran especial relieve los poemas de la primera onda hispanizante, de 1899, y la nueva oleada de 1904. Habría que justificar, sobre todo, el criterio de preferencias y exclusiones que lleva a Darío a incorporar nuevo material en la segunda edición de *Prosas profanas* (1901) y a destinar otros poemas, ya escritos, para el libro futuro. Este hecho habla por sí mismo y es un indicio positivo de que existía en el poeta una idea diferencial de su obra⁸.

Por otra parte, hay dos conexiones genéticas más que son de gran significación para mi tema. Me refiero al itinerario europeo de Darío, entre 1898 y 1905, y -en estricta correlación con él— a las crónicas de viaje que publica por esos años. Su recorrido geográfico se transforma en una experiencia cultural que se proyectará en la articulación ideológica de los poemas. Y sus crónicas, desde *España contemporánea* (1901) hasta *Opiniones* (1906) inclusive, mantienen un diálogo constante con sus poemas, como cualquier lector de Darío puede fácilmente advertir. Repito, no haré hincapié en ellas, salvo en dos o tres ocasiones para confirmar mi comentario o para iluminar de modo distinto uno que otro pasaje de sus poesías.

* * *

⁷ Cf. Antonio Oliver Belmás, *Este otro Rubén Darío*, Barcelona, Editorial Aedos, 1960, págs. 96, 177, *passim*. Darío está con seguridad en Madrid a fines de marzo y en abril de 1905; la edición va a aparecer en junio del mismo año.

⁸ Un registro inicial de las fechas de los poemas puede hallarse en Darío, *Poesías completas*, ed. Méndez Plancarte, cit., págs. 1332-37. Deben agregarse los datos que aporta Mejía Sánchez (v. arriba, núm. 6).

En el comienzo, siempre memorable, del poema que abre el libro:

Yo soy aquél que ayer no más decía...

vemos no sólo un tono familiar, muy distante del preciosista y suntuoso que caracterizaba a *Prosas profanas*, sino algo que, creo, pocas veces se recalca por quienes se ocupan de Darío: la búsqueda de monosílabo, de un monosílabo fonéticamente diamantino y, a la vez, débil desde un punto de vista semántico. Intenso camino que es posible entrever a lo largo de los *Cantos*, en pos de los núcleos del idioma, de esos átomos imperceptibles con los cuales se amasa la sintaxis del castellano y nuestro decir más corriente⁹. En los goznes de «A Roosevelt» —ya lo hizo notar Salinas con brillante observación¹⁰— hay dos rotundos monosílabos, el *No* a los Estados Unidos y una máxima y definitiva afirmación, la de *Dios*, con que concluye el poema. De modo casi simbólico, estamos allí ante el adverbio más breve y más fuerte y ante un semantema absoluto. Y en una amplia curva que aquí no describiré pero que es fácil de verificar, todo el libro resulta una reivindicación de las partículas mínimas e invariables del idioma —el repertorio de preposiciones, conjunciones, adverbios, etc. que están en la base del boato del nombre y del verbo. Desde este respecto y a diferencia de sus *Prosas...*, en estos *Cantos* predomina una actitud de valoración de lo elemental en el habla, las unidades invisibles e infraconscientes del discurso. (En relación con esto, adquiere más sentido en el plano de las sonoridades el tic fonético de la diéresis, a que tanto se entrega el poeta¹¹, como un intento de explorar la liquidez vocálica de las palabras; ¿estamos, acaso, en el comienzo de los experimentos ulteriores de *Altazor*, 1931?). Y, arquetipo de lo elemental, partícula ubicua de la voz, el *ser* y sus variaciones son objeto de una persistente meditación en el transcurso de la obra, desde el «Yo soy...» inaugural hasta el *ser* semi-hamletiano que se conjuga en «Lo faltal». En este mismo poema, el arte del monosílabo se incrusta en pleno título, en ese neutro algo opacado por el peso semántico del

⁹ En un libro ya antiguo, J. Vendryès establecía la diferencia entre morfemas y semantemas de la lengua, en un sentido muy cercano —no idéntico— al que aquí uso (*Le langage*, París, A. Michel, 1921, págs. 85 y ss.).

¹⁰ Op. cit., págs. 236-37. Vale la pena leer, también las excelentes páginas que al poema dedica Keith Ellis en *Critical Approaches to Rubén Darío* (University of Toronto Press, 1974, págs. 96-101).

¹¹ Aunque hay variaciones entre los autógrafos de Darío y otras ediciones, la de Méndez Plancarte —que es la que manejo— anota los siguientes casos de diéresis: *riente* en la «Salutación», *ruído* en «Helios» (al comienzo e *in fine*), *Dioscuros* en «Los Cisnes, IV», *süaves* en «La dulzura...», *armoniosa* en «Carne, celeste carne...», *diana* en «Programa matinal», *ruído* en el «Nocturno, XXXII», etc. Es posible que el signo lo haya puesto el editor, por prurito metricista; pero, con signo o sin signo, la diéresis está allí, en los versos de Darío, como licencia métrica muy suya, de alguien que se formó en la retórica de los jesuitas.

adjetivo, pero que funciona más bien como una notación musical. Así como existen piezas en do menor, hay que leer este poema —nos lo sugiere el poeta— en clave de *lo*... Composición en «lo fatal», habría que glosar.

Siempre he creído que el primer poema de los *Cantos* habría sido uno de los más perfectos del castellano —por su arranque, por sus estrofas iniciales, por su admirable desenlace— si el poeta no se hubiera descarriado en una floresta abigarrada de símbolos. Por el momento, me interesa destacar que en él se mencionan ya, desde muy pronto, el giro del día (*noche-mañana*) y una dualidad de tonos que queda doblemente representada en el par *Hugo-Verlaine* y en el contraste instrumental de la *lira* y la *flauta*.

Los matices del día. Desde la *alondra* matutina hasta el *ruiseñor* nocturno, podemos contemplar una constante gama en el día solar. Valores cromáticos y pictóricos, a menudo subrayados por la crítica formalista, que oscila entre la intensidad radiante del mediodía y la vaguedad de ciertas atmósferas lunares; o —tal vez menos tomado en cuenta— significaciones que subliman el dispositivo de la retórica liberal del siglo pasado: *albas* promisorias, *auroras* que anuncian el porvenir, etc. Para lo que ahora importa, es interesante observar que, a partir de esta gama cambiante, se originan pequeños ciclos, que incluyen, por ejemplo, «La dulzura del Angelus» y uno de los varios «Nocturnos», dejando en medio «Tarde del Trópico», a la que habré de volver. Arco perfecto que introduce, en el interior del libro, un determinado subciclo.

Estos subciclos son producto de una serie todavía corpuscular y derivan de fases anteriores de la poesía dariana, pero aquí, en los *Cantos*, se subordinan a una unidad de mayor alcance, decididamente global. Para verificarlo rápidamente, basta comparar la «Canción de otoño en primavera» con la tetralogía «El año lírico», de *Azul...*, donde las estaciones de ningún modo se interpenetraban. En otros casos, se producen grupos como el de «Los cisnes», en que el autor ahonda la significación simbólica de su blasón; o como «Trébol», en que se entrelazan poetas y pintores del Siglo de Oro español. Son exiguos aposentos, que no trizan la arquitectura general del libro, pues constituyen una especie de estancias interiores, preludiando ya una disposición muy frecuente del poemario posmodernista (por ejemplo, *Desolación* (1922), de Gabriela Mistral y *Crepusculario* (1923), de Neruda; no, curiosamente, *Fervor de Buenos Aires* (1923), de J. L. Borges).

En uno de sus aspectos más ostensibles, el modernismo (y, especialmente, la poesía de Darío) es una meditación sostenida, a veces intensa, de los climas del día. A través de esta experiencia del tiempo y de la naturaleza —la más decantadamente lírica a que pueda entregarse un poeta— se va constituyendo un germen de conciencia transindividual, en que el poeta es sólo transmisor de percepciones o senti-

mientos que son mudos o infraconscientes para la mayoría de sus contemporáneos o de sus connacionales. Sensible receptor que expresa su experiencia, el poeta llega a modelar un sujeto de radio colectivo. Es probable que los «Nocturnos», piezas estupendas entre los *Cantos*, tengan mucho todavía de la angustia personal del poeta; pero en «La dulzura del Angelus», que casi se le yuxtapone, adivinamos un *tempo* provincial y aldeano, un aire casi agreste donde todo lleva el sello de una vida rural. En la suave indolencia de las campanas, antes de la medición tecnológica del tiempo, percibimos una sociabilidad anacrónica, de cuño pasatista.

Así, Darío ha podido legar las líneas de una meditación que, al irse diferenciando con el avance del siglo, ha dado origen a manifestaciones de un temple específicamente hispanoamericano. Casi todos los «crepusculares», el de Neruda y también los de otros, brotan sin duda de la estela dariana; y cuando el poeta chileno, en plena *Residencia en la tierra*, pronuncie este verso espléndido:

— Mi corazón, es tarde y sin orillas,

sospechamos que no se trata de un puro sentimiento personal, sino que toda una experiencia histórico-social de colonialismo, dependencia y subdesarrollo ha venido a coagular en este aforismo de impotencia colectiva.

Dualidad de tonos. Leemos:

con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo...
bruma y tono menor —¡toda la flauta!,
y Aurora, hija del Sol —¡toda la lira!

He aquí los dos registros en el teclado poético de Darío: tono fuerte y potente, hálito profético, que se atribuyen a Hugo (se lo menciona de nuevo en la oda «A Roosevelt»); tono ambiguo, evanescente, bajo la advocación de Verlaine. Montaña y ecos: ambos son necesarios para la instauración del canto. Y simétricamente, casi: clave solar y brillante, marcial también, representada por el instrumento de Apolo; tono menor y melancólico, identificado en el timbre quejumbroso de la flauta. Bajo este doble módulo, habrá en los *Cantos* una lengua exaltada y épica, a veces simplemente retórica y grandilocuente, y el arte íntimo de la canción, hecha con el decir más sutil.

Como se sabe y he recordado, los *Cantos* están divididos en tres segmentos, aparentemente yuxtapuestos: los *Cantos de vida y esperanza* propiamente tales, el ciclo de «Los cisnes» ya mencionado y una multiplicidad de «Otros poemas». En lo que atañe al primer subconjunto, es bien visible que predomina la voz del himno y de la oda. «Helios», con todo su acompañamiento solar y marcial, es un buen ejemplo de aquello; la oda «A Roosevelt» materializa lo segundo. En

la mayor parte de estos poemas el verso es amplio, con andadura solemne, y el tono, siempre elevado. Al final de la serie, surge —¡hélas!— la «Marcha triunfal»; la rima se justifica aquí más que en otros casos cuando, en el extremo del libro, como un eco en antítesis, oigamos sonar «Lo fatal».

En el territorio de «Otros poemas» tiende a dominar el tono personal, eminentemente lírico, de los «Nocturnos» y el de esta «Tarde del Trópico» que, por poco estudiada, la incluyo a continuación:

Es la tarde gris y triste.
Viste el mar de terciopelo
y el cielo profundo viste
de duelo.

Del abismo se levanta
la queja amarga y sonora.
La onda, cuando el viento canta,
llora.

Los violines de la bruma
saludan al sol que muere.
Salmodia la blanca espuma:
¡Miserere!

La armonía el cielo inunda,
y la brisa va a llevar
la canción triste y profunda
del mar.

Del clarín del horizonte
brota sinfonía rara,
como si la voz del monte
vibrara.

Cual si fuese lo invisible...
Cual si fuese el rudo son
que diese al viento un terrible
león.

Situado entre el «Angelus» y un «Nocturno», empezando por un nítido y cristalino «Es», el poema está hecho de estrofitas extremadamente concentradas, como si lo mínimo fuera el paradigma al que se aspirara. Arte de intensa miniatura, en que varias veces triunfó Darío; casi, casi, se trata de una versión en arte menor de la estrofa sáfico-adónica que, con esa gracia métrica que poseía Darío, sale renovada y luciente en esta composición. Sensibilidad verlainiana, por supuesto, pues las asociaciones con la poesía del francés se hacen explícitas y evidentes. Y todo: rimas interiores, aliteraciones, ecos y rebotes, configuran un espacio íntimo en que la tarde marina y tropical está como refractada en la conciencia del poeta.

Sin embargo, a partir de las dos últimas estrofillas, algo cambia, débilmente en un principio. La gama instrumental no es la misma: los violines dan paso al clarín, un tono más poderoso se insinúa y se perfila. De la lírica quietud anterior pareciera querer surgir el «rudo són» de la tempestad. Monte y viento traen y anuncian otra dimensión de la voz.

Darío conocía el juego de estas claves y lo había empleado ya en el centro de *Prosas profanas*, al contraponer el sonetillo «Mía», que dice una cosa, con «Dice Mía», que afirma otra, estrictamente complementaria¹². Ahora, en *Cantos*, no hay dos poemas yuxtapuestos, sino uno solo, cuyo movimiento nos permite ver el proceso mismo

¹² Cf. mi libro *Rubén Darío*, Madrid, Ediciones Júcar, 1975, págs. 84-87.

por el cual el poeta aúna sus dos tonos, imbricándolos como si uno fuera el embrión genético del otro. De la canción verlainiana en tono menor Darío deduce —deriva— la posibilidad de lo fuerte y lo potente, el «són» a lo Hugo. Utopía, sin duda, ésta de Darío, de pasar del eco a la montaña. En todo caso, el poeta nos ha dejado aquí, sin disputa, una síntesis activa de las dos modalidades expresivas que conforman su libro.

Latinidad. Poemas como la «Salutación del optimista», «Salutación a Leonardo» y el mismo «A Roosevelt» definen claramente una articulación ideológica subyacente en los *Cantos*, el área de la latinidad. Lo español, lo italiano, lo francés y lo hispanoamericano delimitan, en esta poesía, un espacio cultural que se opone sistemáticamente al principio del norte, el ámbito distinto y distante de lo sajón —sea ello lo alemán, lo inglés o lo mero norteamericano. Es deplorable que no exista hasta la fecha ninguna monografía que dé cuenta de los orígenes y circunstancias de este importante capítulo de ideología, que tanta gravitación ha tenido sobre nosotros, hasta el punto de contribuir a bautizarnos como bloque étnico. Hasta donde conozco, las mejores páginas sobre la materia —por lo vívidas y vitales— siguen siendo las estupendas que aparecen al comienzo de *El recurso del método* (1974), de Alejo Carpentier. Para lo que aquí interesa, baste recordar a Rodó, a quien está dedicado el primer poema de los *Cantos* y cuyo *Ariel* (1900) tiene, por cierto, directa incidencia en la contraposición mencionada¹³.

En algunos casos —desde luego, en «A Roosevelt»— esta polaridad se manifiesta de modo absoluto: no hay conciliación posible entre principios enteramente opuestos. En otros —en «Al Rey Oscar», por ejemplo —asistimos a una cierta coexistencia entre ambos. El rey nórdico pisa el suelo de España, y la saluda. El frío del polo se junta y rinde homenaje al sol y a las luces del sur. Este poema, al par que el casi colindante «Cyrano en España», muestra bien lo inexacta que

¹³ La relación entre Darío y Rodó es más estrecha y complicada de lo que se ha supuesto. Es interesante, por ejemplo, seguir el significado que tiene «fatal» en *Ariel* (1900). Sólo un pasaje: «Con ellos se estará en las fronteras de la *zoocracia* de que habló Baudelaire. La Titania de Shakespeare, poniendo un beso en la cabeza asinina, podría ser el emblema de la Libertad que otorga su amor a los mediocres. Jamás, por medio de una conquista más fecunda, podrá llegarse a un resultado más fatal» (Buenos Aires, Col. Austral, 3.^a ed., 1963, pág. 80). La oscilación recuerda de inmediato el pensamiento de Darío, que comentaré enseguida. Pero debe aclararse que, pese al aristocratismo intelectual que comparte con Rodó, Darío es más sensible al lado progresista de la marcha democrática, como revelan sus crónicas sobre Barcelona, es decir, no sobre la España castiza, sino sobre la moderna, signada a la vez por un dinamismo económico y por la cuestión social que la convulsiona (v. más abajo, núm. 16).

La latinidad es una noción ideológica que cubre un espectro político muy amplio, incluyendo tanto a Renan, uno de sus más visibles propagandistas, como al benemérito don Marcelino... También, con claros orígenes hegelianos, el concepto se halla en Taine, cuya *Filosofía del Arte* Darío está releando por esos años (v. Edelberto Torres, *La dramática vida de R. D.*, Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1982, pág. 231).

es la caracterización de que partimos ¹⁴. «Al Rey Oscar» lleva un epígrafe en francés y presenta al soberano en el acto de cruzar los Pirineos; su saludo es «Vive l'Espagne». «Cyrano...», como el mismo poema lo indica y como un artículo periodístico lo corrobora, fue escrito para celebrar la puesta en escena en Madrid de la traducción de la pieza de Rostand ¹⁵. Pirineos, traducción: no hay muralla ni monte separador dentro del ámbito de la latinidad. La fusión resulta clara. No hay desplazamiento de lo francés a lo español, como quiere una cierta imagen de la evolución poética de Darío; hay más bien traducción, un ir y venir transpirenaico, pues lo galo y lo hispánico se subordinan al principio más abarcador de la latinidad, única *ecumene* étnico-cultural que los *Cantos* propugnan. Si 1904 es la fecha que en general se acepta para el cambio de designación de Hispano-América a América Latina, hay perfecto sincronismo con estos poemas que se escriben en el último año del siglo y que se publican en un libro de 1905.

Coda de esta oposición: dos figuras emergen, que además de ser símbolos respectivos de cada una de las regiones culturales, inscribirán la voz poética de los *Cantos* en una tradición dramática paneuropea:

Si Segismundo siente pesar, Hamlet se inquieta...

Lo fatal. Amén de los tres factores de unificación que he descrito (los matices del día, la dualidad de tonos, la matriz latina), hay una red de motivos recurrentes que coadyuva a estructurar la obra y a enlazar y mantener en tensión la sucesión de poemas. Me referiré a uno en particular, tal vez el principal: el motivo de «lo fatal».

En medio de la «Salutación del optimista», escribe Darío:

Siéntense sordos impulsos en las entrañas del mundo,
la inminencia de algo fatal hoy conmueve la tierra;
fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,

¹⁴ «Pero en *Cantos de vida y esperanza* es donde la gran experiencia histórica española se hace suya, y la siente tan por dentro que de ella sale la poesía al rey Oscar» (Salinas, cit., pág. 221). El aserto resulta matizado, no obstante, si se pone en correspondencia con lo que Salinas escribe en torno a la latinidad (págs. 42-44). Allí se concibe la latinidad como patria geográfica y cultural, no como una noción ideológica, producto de una elaboración por lo menos secular y potenciada por la coyuntura histórica que viven Europa y América. Ver, en relación con esto, la descripción de «Gibraltar» (*Tierras solares*, 1904; *Ob. Comp.*, cit., III, págs. 929-45). Es una crónica importantísima, que ayuda mucho a entender la contradictoria captación dariana de lo sajón, y en que la apología de lo hispánico se ve muy debilitada. Entre la avasallante energía inglesa y la pobre condición española, la mente del poeta vacila. Pero, sin lugar a dudas, Gibraltar es para él otro Panamá, un Panamá europeo.

¹⁵ Cf. «Notas teatrales» y «Cyrano en casa de Lope» (*España contemporánea*, 1901; *Ob. Comp.*, cit., III, págs. 53-73). El poema mismo finaliza: «para beber por Francia y en un cristal de España», en dos hemistiquios perfectamente complementarios.

y algo se inicia como vasto social cataclismo sobre la faz del orbe¹⁶.

Naturalmente, el pasaje es una isla en medio de un clima predominantemente pasatista, en que el elogio de la casta hispánica es apenas el anacronismo menor. Sin embargo, el poeta parece poseer aquí una exacta comprensión de lo que está ocurriendo en nuestra área continental. En una glosa que aspira a ser literal, la idea es la siguiente: hay un cambio que es «algo fatal», pues se produce entre «colosos que caen» (con toda seguridad, España) y el desbande de «bicéfalas águilas» (*no comment*). El cambio tiene toda la fuerza de un nacimiento cósmico («entrañas del mundo»), pero a la vez y sobre todo un lado destructor («vasto social cataclismo»). ¿Qué es posible inferir de esto? Que la fatalidad que ya corroe el optimismo inicial del libro es algo de sello colectivo, ligado al hecho de que la unión de los dos principios opuestos (que ya no conviven simplemente, como en «Al Rey Oscar», ni sólo contrastan como en «A Roosevelt») implica una dialéctica del cambio mundial en que el nacimiento de lo nuevo se revela como más destructor que el mismo pasado. (Trato, debido a la importancia del problema, de transmitir con fidelidad el pensamiento de Darío.)

Dos pequeñísimas observaciones: la mención del fenómeno es de tipo deíctico, mostrativo como diría Karl Bühler («algo...»), en perfecta correspondencia con el balbuceo del poema final ante el misterio del más allá («lo...»); y el que el péndulo de la fatalidad pueda oscilar sin solución de continuidad entre lo colectivo y lo personal está plenamente justificado en «Helios», donde se dice:

El hombre, la nación, el continente, el mundo...

Círculos de una onda en expansión, que coinciden término a término con los dominios del cántico dariano, con lo que realiza en sus *Cantos de vida y... fatalidad*.

En efecto, su visión de la vida humana y del destino personal tiene idéntico carácter. Sólo dos pasajes, profundamente reveladores, a mi modo de ver, del sentir del poeta:

¹⁶ Un poco antes, en el mismo poema, ha hablado de «desconfianzas fatales», marcando el choque entre lo *fatal* y la substancia teológica de la *esperanza* y de la *fe*. En su crónica «En Barcelona», fechada el 1 de enero de 1899, escribe: «y que el desniel causante de la *sorda amenaza* que hoy va por el corazón de la tierra formando el *terremoto de mañana*, haya aquí provocado... la unidad de las clases laboriosas que comprenden la aproximación de un *universal cambio*, no es sino hecho que se impone por su ley lógica» (*España contemporánea*, 1901; *Ob. Comp.*, cit., III, pág. 28). He subrayado las expresiones que hacen de este texto el equivalente más cercano y significativo de los versos, arriba transcritos, de la «Salutación del optimista». Muestran bien lo que Darío tenía en mente al escribirlas.

Phocás, el campesino, hijo mío, que tienes
en apenas escasos meses de vida, tantos
dolores en tus ojos que esperan tantos llantos
por el fatal pensar que revelan tus sienas...

Escribe esto a su primer hijo con Francisca Sánchez, el que morirá muy pronto. Y poco más abajo, en el mismo poema, continúa:

Sueña, hijo mío, y todavía cuando crezcas
perdóname el fatal don de darte la vida...

En esta visión honda y radical del nacer humano, la vida y la misma esperanza quedan carcomidas de fatalidad (*vida, esperan* —ha dicho). El engendrar y el hecho de nacer son algo fatal; y también lo es el *pensar*, el privilegio máspreciado del hombre. Segismundo ya se insinúa —mejor, vuelve a entrar en escena— con el motivo del sueño¹⁷. El poema, que anuncia decididamente la ontología y el desenlace de «Lo fatal», repite acentuadamente, isócronamente, el terrible «don» de la vida:

perdóname el fatal *don* de *darte* la vida

Pues bien, en el poema final donde todo el arte dariano de los *Cantos* llega a suprema culminación, Segismundo y Hamlet se hallarán perdidos en el laberinto del nacer y del pensar («Ser, y no saber nada»); y en el extraño trozo mutilado en que el poema se trunca y se quiebra, al oír:

y no saber *adónde* vamos
ni de *dónde* venimos!...

percibimos, como en un redoble de campanas, ese mismo «don» de la vida y la esperanza, amagado ya desde el instante de venir a luz. Prodigiosa desamentización, en que el «don» queda convertido en puro sonido, en la clave fatal del poema¹⁸. En realidad, al fundir Hamlet

¹⁷ Cotéjense estos versos del principal «Nocturno», que lo sintetizan todo: «el pensar que un instante pude no haber nacido, / y el sueño que es mi vida desde que yo nací!».

¹⁸ En el manuscrito original de Darío, la sílaba no está acentuada, como tampoco en «A Phocás el campesino». Hay que reconocer, sin embargo, que ambos poemas salen gananciosos con la tilde.

En la útil bibliografía de Hensley C. Woodbridge, publicada en 1975, se mencionan seis artículos sobre «Lo fatal» (v. *Rubén Darío. A Selective Classified and Annotated Bibliography*, The Saarecrow Press, Metuchen, N. J., págs. 84-85). De ellos, ya hay consenso que el religiosamente citado de A. Alonso no da pie con bola en la identificación de fuentes; el de Benítez es preciso y convincente en su referencia a Schopenhauer; y el mejor, a mi modo de ver, es el fino e inteligente análisis estilístico de Michael P. Predmore. Por su parte, el crítico argentino Emilio Carilla tiene el mérito de haber ligado el poema con «A Phocás...». Su valioso aporte, enmarcado todavía en la búsqueda de fuentes, toma otra dirección, sin embargo.

y Segismundo en su breve y densa composición, Darío enlaza los dos principios de su antítesis ideológica en una común angustia humana: la inquietud metafísica del danés-inglés y la conciencia católica del polaco-español, revelando al mismo tiempo los diversos horizontes filosóficos que constituyen el trasfondo espiritual del poema. Soliloquio que une dos voces soterradas, sumergiendo la substancia dramática en una atmósfera de lírico nocturno. Monólogos hechos nocturno: tal es la plural imbricación genérica que es posible palpar en el poema. El nocturno absorbe y musicaliza los textos dramáticos, los monólogos resuenan en el entramado lírico y le dan un relieve de poema *dicho*, si no recitado, por lo menos musitado y pronunciado en voz alta. En fin, la hondura imperiosa del poema resalta más si se piensa en los contenidos que han entrado en juego: la posibilidad amenazante del suicidio y la interrogación dolorosa por el origen¹⁹. Hay, aquí, una ecuación de fondo entre el nacer y el suicidarse; tal es el grado y la marca de la fatalidad que Darío poetiza. Es como si, por un raro azar del idioma, en «Lo fatal» vinieran a anidar y a yacer los adjetivos extremos de la existencia, lo *natal* y lo *mortal*²⁰.

Junto a la exclamación de estupor ante el misterio, el último signo gráfico de «Lo fatal» son tres puntos suspensivos. En ellos: ... parece dilatarse el eco funerario de los versos finales; y todo parece, allí, comprimirse. En efecto, ¿hay mayor testimonio que este mínimo signo de lo que ha cambiado la poesía de Darío? Contrástense el *Azul...* inicial de Darío y estos tres puntos que el poeta ha venido graduando y dosificando a través de sus *Cantos*²¹, y podrá comprobarse el camino recorrido. En su obra de Valparaíso esos tres puntos apuntaban al cielo; significaban alturas, expansión, el llamado del Ideal. Toda

¹⁹ Si se considera que los «Nocturnos» constituyen un subciclo que recorre intermitentemente el libro y que son hermanos de «Lo fatal», cobra mayor sentido el que uno de ellos, «Melancolía», fuera dedicado a un joven escritor suicida, el venezolano Domingo Bolívar (v. «Historia de mis libros», *Ob. Comp.*, cit., I, pág. 221).

²⁰ Tengo mi sospecha de que por ahí debió andar la ópera. Según Alejandro Sux, Darío compuso su «Marcha triunfal» luego de asistir a *Aida* y de haberse entusiasmado con el vencedor retorno de Radamés (cf. E. Anderson Imbert, *La originalidad de Rubén Darío*, Buenos Aires, Cedral, 1967, pág. 117). La leyenda, *se non è vera, è ben trovata*. Ahora bien, en el célebre coro del exilio de *Nabuco* (1843), la asociación entre *natal* y *fatal* pudo recorrer teatros europeos y latinoamericanos durante toda la segunda mitad del siglo XIX y a comienzos del presente: «*L'aure dolci del suolo natal!* —termina el primer cuarteto; y el siguiente concluye: *Oh, membraanza si cara e fatal!*» (*Parte terza, scena seconda*). *Se non è vero*, esto es sugestivo, porque permitiría vislumbrar, tras la angustiada voz personal, una resonancia de coro operático. Otra dualidad de tonos, tan poderosa que llega, acaso, a ser imperceptible.

²¹ Ver, en la ed. cit., págs. 705, 706 (*bis*), 709, 718, 729, 732, 741, 742, etc. El signo aparece a menudo en posición significativa. Por ejemplo, de modo casi arquitectural, figura hacia el fin de «Los cisnes, I», entre «un caduco león... / ... Y un Cisne negro»; un poco antes, se ha pronunciado también la expresión «su fatal destino» con referencia al mundo hispánico. El signo hace de gozne, entonces, entre la vibración impresionista y la confrontación del Misterio, entre una hispanidad que decae y un progreso que se advierte y que se asume como fatal.

una ruta por seguir, para un poeta adolescente que se iniciaba en la exploración de su propio mundo. Ahora y acá, son la confrontación con la tumba, con el más allá, con el misterio de la vida. El signo ha descendido, lenta y súbitamente, del cielo a la tierra.

Y es que, como espero haber sugerido, los cambios de un poeta o los goznes de su poesía no se expresan tanto en grandes parejas conceptuales o en categorías definidas, cuanto en detalles imperceptibles o en el *switch* renovado de lo mismo. Entre el título de su volumen fundador y la estela de su máximo libro, los tres puntos en cuestión graban la diferencia. El élan juvenil se ha tornado balbuceo, estremecimiento acaso, ante el Límite y su sombra. Y ello permite también, en la parábola mayor del libro, entender mejor lo que Martí escribiera al fin de «Nuestra América» (1891):

«Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente...»²²

Martí discute allí la interpretación de los conflictos continentales en términos de razas. Por ello, como es posible comprobarlo, la noción de «fatal» se vincula también con una oposición ideológica, que él tiende, no obstante, a deshacer. (¿Tal vez porque en las líneas finales de su artículo surge la visión de la «América trabajadora» como fuerza social capaz de vencer toda eventual fatalidad?) Lo cierto, sin embargo, es que tanto él como Darío han podido sorprender, a la vuelta del siglo, una misma combinación histórica de progreso y fatalidad. Lo que es progreso para uno, es fatal para la vida de otros pueblos del continente.

²² J. Martí, *Obras Completas*, vol. 6, La Habana, Edit. de Ciencias Sociales, 1975, pág. 22.



Bar frente a la Penitenciaría. Santiago, 1983.

Los años de la esperanza

En torno a una conversación con *Inti-Illimani*

LUIS CIFUENTES

A ojo de pájaro

Los años 60 fueron uno de esos escasos períodos en la historia en los que las ideas de la cultura progresista se transforman en dominantes. Fueron años de grandes esperanzas, optimismo y movilización. Creo que hubo tres factores fundamentales que determinaron estas características. En primer lugar, en los años 60 se vieron los frutos del proceso de reconstrucción y readecuación de las economías dominantes en la postguerra, del 45 en adelante. Se produjo como consecuencia una activación extraordinaria de la economía mundial que tuvo como resultado, en los países desarrollados, una baja considerable en los niveles de desempleo, la producción masiva de bienes de consumo y un gran aumento en el nivel de vida. Como resultado de la necesidad de estos países de exportar bienes y capitales e importar materias primas, se produjo también una activación de muchas economías en el Tercer Mundo. Aun cuando este proceso no resolvió los problemas

Luis Cifuentes tiene hoy el grado de Doctor en Ingeniería Química, y en los años en que estudiaba la especialidad en la Universidad Técnica del Estado era dirigente estudiantil y animador destacado del frente cultural. Vive en Inglaterra (Swanington, Leicester) desde hace más de diez años, y en este exilio ha escrito un libro —*Implacable optimismo. Inti-Illimani y la generación de los sesenta*— del cual el texto que publicamos es apenas un extracto. O mejor, la reelaboración de uno de sus capítulos, que en su versión original es una entrevista sostenida con Horacio Salinas, Horacio Durán, José Seves, Max Berrú y Jorge Coulón.

sociales ni políticos del mundo y apenas si tocó los problemas de la extrema pobreza, generó grandes aspiraciones.

Por otra parte, hubo un clima político de progreso con la liberación de muchas ex-colonias en Asia y Africa. La revolución cubana rompió el fatalismo geográfico latinoamericano y la izquierda creció a nivel mundial. Autores marxistas tales como Marcuse y Althusser se convirtieron en best sellers y hasta una extracción proletaria se transformó en factor de prestigio en muchos círculos intelectuales.

Por último, hubo un gran avance tecnológico, con el surgimiento de la carrera espacial: el primer sputnik en 1957, el primer hombre en el espacio, Gagarin en 1961, el primer descenso en la Luna en 1969. Las aplicaciones de la nueva tecnología electrónica pusieron medios de comunicación al alcance de cientos de millones de personas. La radio a transistores realmente convirtió al planeta en «la aldea mundial» y con ello, mitos milenarios comenzaron a ser destrozados. Todo esto contribuyó al clima de esperanza y optimismo que en Chile alguien llamó «la revolución de las aspiraciones».

Rock y fútbol

Para mí, los sesenta comenzaron a principios del 57, cuando, por primera vez, recuerdo haber escuchado «Don't be cruel» de Elvis Presley. Esa música, esas guitarras con eco, ese ritmo señalaron entonces y ahora el umbral de una nueva época. La música norteamericana tendió a desplazar a la latinoamericana tradicional, la «música de los viejos», el tango, el vals. La nueva era fácil, sin gran complejidad. El rock tuvo el carácter de un nuevo lenguaje universal en manos de la juventud. Los jóvenes del mundo entero parecían vibrar al unísono con esa ola de energía y sonoridad.

Por supuesto, la música «antigua» siguió prestando alguna utilidad, ya que la considerábamos acaso la única oportunidad de apretar a la rubiecita de al lado en alguno de esos bailes sabatinos. Sin embargo, las fiestas eran de y para los adolescentes «grandes» y no para esos mocosos de mierda que parecían descolgarse del cielo. Claro, a mí no me echaban, seguro por mi aspecto inofensivo. Lejos estaban de imaginar que tras la máscara de inocencia se escondía un notorio urdemales, siempre tramando dos o más planes levemente diabólicos, algunos de los cuales llegaron a concretarse mientras que otros aún esperan su turno. La continuidad de la infancia es, en muchos de nosotros, hartó más importante que lo que el mundo está dispuesto a admitir.

La coronación de ese proceso fueron Los Beatles. José Seves me recuerda cómo el rock original podía interpretarse casi en su totalidad sabiendo cuatro posturas en guitarra. Los Beatles rompen esa simplicidad y ensayan armonías más complejas. Con el tiempo, uno se

da cuenta de que ellos correspondieron a un nuevo nivel del desarrollo tecnológico musical y de organización de las multinacionales del disco. Grabaciones de mayor calidad, mejor publicidad, etc. Con una sonrisa, Pepe confiesa haber estado en un grupo que hacía mímica de las canciones del grupo de Liverpool. Max Berrú añora sus temas más románticos, la dulzura de esa música, sus arreglos vocales. Fueron, dice, un trasfondo de mis propios amores. No cabe duda de que la música popular no volvió a ser la misma después de la irrupción de estos innovadores.

El año 1962, un acontecimiento nacional vino a agregar una nueva dimensión a la década: el Campeonato Mundial de Fútbol pareció colocar a Chile en el mapa. Se veía a los grupos extranjeros filmando en las calles y esto forzó a muchos jóvenes a pensar en el resto del mundo. Max se apresura a afirmar que el campeonato cambió su vida, ya que él era muy aficionado a ese deporte y por eso viajó de su Ecuador natal a Chile en 1962. Una vez allá decidió quedarse a estudiar y entró en un mundo nuevo. «Si no hubiera sido por el Mundial, yo no habría llegado a Inti-Illimani.»

El movimiento estudiantil y la Reforma Universitaria

Para nosotros, la columna vertebral de las experiencias de los 60 fue el movimiento estudiantil. Algunos comenzamos a participar en la enseñanza media. Fuimos así testigos del proceso de radicalización que se dio en los 60. Hasta el 73 los que estábamos metidos en la izquierda no sabíamos lo que era perder, ya que crecimos y ganamos influencia permanentemente en todo ese período. Se formó así una generación de dirigentes jóvenes, con grandes expectativas y que no conocían la derrota. Existía la convicción de que teníamos las armas de la razón más absoluta.

El año 65 la izquierda conquistó la dirección de la Federación de Estudiantes de la Universidad Técnica del Estado, U.T.E., (FEUT), con lo que el movimiento por la reforma universitaria cobró una gran fuerza. Este movimiento había comenzado años antes y en 1961 había tenido su primera gran manifestación en la toma de la sede de Copiapó.

Una de las experiencias más ricas de las que me tocó participar fueron las escuelas de dirigentes de la FEUT. Bajo la batuta de Alejandro Yáñez, entonces presidente de la Federación, se efectuaron cursos breves de dos o tres días en los que los más altos dirigentes del movimiento estudiantil hacían clases y dirigían discusiones acerca de la Universidad, el movimiento estudiantil y la reforma. Asistían grupos de no más de 10 ó 15 dirigentes intermedios. Estas escuelas eran amplias, sin exclusión de sector político alguno y se transformaron después en escuelas nacionales, a las que asistían jóvenes dirigentes

de las sedes desde Antofagasta a Punta Arenas, es decir, ¡separadas geográficamente por 3.500 Km!

Los cursos llegaron a darse en la sala del Consejo Superior, y culminaron el año 73 en una escuela internacional de dirigentes auspiciada por la Unión Internacional de Estudiantes a la que asistieron jóvenes de toda América Latina y el Caribe, y los profesores fueron Alejandro Lipschutz, Clodomiro Almeyda, Volodia Teitelboim, es decir, personalidades de la vida nacional.

Jorge Coulón recuerda cómo se establecieron vínculos entre el movimiento estudiantil universitario y el secundario, que llegaron a materializarse en escuelas de verano de preparación para el ingreso a la Universidad, íntegramente organizadas y administradas por la FEUT y a la que asistían anualmente dos mil o más jóvenes. Jorge, Horacio Durán y yo hicimos de profesores en esas jornadas educativas masivas. Sólo después me he venido a dar cuenta del enorme esfuerzo que significaba distribuir las salas de clases, los horarios, conseguir que tanto los alumnos como los «profesores» supieran el lugar correcto al que dirigirse, etc.

Y no olvidemos que simultáneamente se organizaban los Trabajos de Verano, que consistían en construcción de escuelas, clínicas, etc., en las regiones rurales y más atrasadas del país. Estos fueron financiados por el gobierno de Frei y luego el de Allende. Los trabajos de verano fueron una fuente extraordinaria de experiencias sociales, políticas y culturales.

El «secreto» del éxito del movimiento estudiantil era lo atractivo de las ideas generadas, que capturaban un entusiasmo masivo, y a que parecíamos tener un plan maestro de cambio y avance multifacético de la sociedad chilena, en el cual cabían todas las tareas individuales. Queríamos colocar a la Universidad en consonancia con la voluntad de la gran mayoría de los chilenos. Nunca se pudo decir, por el tremendo apoyo que estas ideas tenían, que ellas fueran de tipo proselitista o estrecho.

La reforma universitaria tuvo sus defectos y sus virtudes. Creo que el principal logro fue la reestructuración total de los mecanismos de toma de decisiones. Entre 1967, cuando los estudiantes apoyados por varios consejos de profesores consiguen la renuncia del rector Aravena y 1969, cuando don Enrique Kirberg es reelegido rector de la UTE, después de haber sido elegido por un año en agosto de 1968, la UTE cambió por completo en términos de estructuras de poder. Se produjo una democratización dramática de la vida universitaria, y de aquí que un dirigente estudiantil llamara a la Universidad «nuestra madre e hija».

Entre los defectos, sin embargo, hay que señalar que la reforma fue un proceso pensado, impulsado y llevado a la práctica por los estudiantes, con poca participación efectiva del estamento docente, y hubo muchas áreas, especialmente aquellas de carácter funcional, don-

de los estudiantes no estábamos en condiciones de llevar la batuta. En estas áreas hubo fracasos. Creo que muchos profesores, al ver el enorme entusiasmo de los jóvenes, limitaron su participación a una de apoyo. Entre los pocos que se integraron activamente, con ideas críticas, la gran mayoría eran jóvenes que habían sido estudiantes hasta poco antes de unirse al plantel docente. Lamentablemente, su falta de experiencia los colocaba a la par con los estudiantes.

Jorge señala, con razón, que el movimiento fue demasiado autosuficiente. Hubo poco aporte desde afuera y esto sin duda fue una limitación. Habría sido conveniente estudiar otras experiencias. A pesar de que hubo contactos entre las organizaciones estudiantiles, se hizo poco por intercambiar opiniones estudiantiles, se hizo poco por intercambiar opiniones en todos los terrenos. En algunos casos hubo un alto grado de ignorancia respecto de lo que sucedía en otras universidades. A aquellos que afirman que la reforma universitaria habría comenzado en 1967, sería conveniente recordarles que, en la UTE, el primer logro tangible se dio a fines del 66, cuando se consiguió representación estudiantil limitada ante el Consejo Universitario. En otras universidades también hubo actividad reformista antes del año 1967.

Un aspecto que a muchos nos ha llamado la atención es la idea de alguna parte de que estos grandes procesos sociales eran manejados por los partidos políticos. La verdad fue que todos ellos, incluido el movimiento estudiantil, tenían su dinámica propia, las cosas encajaban espontáneamente. Comunistas, socialistas, etc., seguían al movimiento estudiantil. Por otra parte, era tal la velocidad de incorporación de gente a estas actividades que no había ninguna posibilidad de adoctrinar ni manipular. En definitiva todo dependía de pasiones individuales, de las que el movimiento total era la resultante. Ni siquiera era posible predecir la dirección de los acontecimientos de año en año.

Horacio recuerda que en 1966 él encabezó una lista del MUI (Movimiento Universitario de Izquierda) en el Departamento de Química de la que luego se llamaría la Facultad de Ingeniería de la UTE, y fue elegido presidente, pero lo cierto es que la actividad musical lo absorbió por completo y estima que su gestión recayó en otros compañeros. «Mi colaboración se dio en los marcos de la peña y luego del conjunto. Yo participé de todas las actividades, pero como un soldado más. Eramos número fijo en todas las actividades de la FEUT, en la huelga por el presupuesto universitario el 66, y luego en la ocupación de todas las dependencias universitarias el 67, que terminó en la renuncia del Rector y la formación de la Comisión de Reforma.»

Hubo un episodio ligeramente dramático que nos tocó protagonizar a los dos cuando éramos miembros de la directiva del centro de alumnos de ingeniería química. En esos años hablábamos de una «reforma de derecho», que consistía en modificar la ley orgánica de la

Universidad, y una «reforma de hecho», que consistía en modificar las prácticas universitarias, sin necesidad de cambiar la ley.

Uno de los objetivos de la reforma de hecho era conseguir la creación de departamentos independientes de las antiguas y autocráticas escuelas. El director de nuestro departamento había estado peleando por lo mismo, en forma individual, desde hacía varios años y algo había conseguido. Pues bien, el año 66 hubo un pronunciamiento de las más altas autoridades que en la práctica dejaba sin validez lo poco que el departamento había conseguido en términos de independencia. El centro de alumnos, con apoyo de la FEUT, inmediatamente se puso en movimiento en respaldo al director y contra las autoridades superiores. Más de 300 estudiantes —la casi totalidad del departamento— fuimos a protestar a la Casa Central de la UTE y también a la Escuela de Artes y Oficios, de la cual aún dependíamos.

A los pocos días, fuimos conminados a asistir a la oficina del Secretario General de la UTE, quien se sintió tocado por una declaración firmada por nosotros en la que condenábamos la actitud de las autoridades. El Secretario, indignado, nos increpó muy enérgicamente, pero el resultado fue cero, ya que le contestamos que creíamos que lo que estábamos haciendo era justo.

Esto fue en alguna medida un signo de los tiempos, ya que había en Chile una atmósfera de democracia, de libre expresión de ideas. Sin duda hoy, en Chile o en muchos otros países, habría represalias contra los dirigentes de un movimiento reivindicativo similar, pero en aquellos años todo parecía posible. Poco después se desencadenó el movimiento que llevó a la renuncia del Rector y al comienzo del proceso que transformaría a la UTE.

Pero Horacio tuvo un papel más trascendente en mi vida: él fue quien me introdujo al mundo maravilloso de los lomitos de «La Fuente Alemana» (tal como Miriam Campos me inició en la comida china). Sólo por eso, nuestro eximio charanguista debería ocupar un lugar de honor en mi autobiografía. Mis intentos por devolverle el favor y llevarlo al Bar Restaurante «Las Tejas», en calle Nataniel, donde se tomaba chicha en manguera y se comía los mejores perniles del mundo, naufragaron por angas o por mangas. Espero que otra persona haya cumplido con ese deber sagrado.

Cabe señalar que el Director Musical de Inti-Illimani, el nunca bien ponderado Loro Salinas, también fue estudiante de la UTE por un período breve, pero tenía una relación anterior con la universidad. Yo aún lo recuerdo llegando a la UTE con su uniforme de estudiante secundario y su mágica guitarra, amén de alguna de sus numerosas y encantadoras hermanas, a tocar melodías de Falú. A veces tomaba el bombo y nos dejaba boquiabiertos con su precisión casi malévola en la interpretación de un bailecito, un taquirari, una chacarera. Al mismo tiempo, estudiaba guitarra en el Conservatorio. Su principal recuerdo de la Universidad es la diversidad e intensidad de activida-

des que se veían en ella. En los casinos, los jardines, las aulas. Era una Universidad extremadamente interesante para vivir los años formativos. No había semana en que no se hiciera alguna actividad artística o de otra índole. La reforma universitaria fue una verdadera epopeya del afán libertario que nos animaba. «Recuerdo con satisfacción», dice, «las numerosas actuaciones que hicimos con Horacio en 1968, durante la campaña eleccionaria que llevó a la rectoría a Kirberg. Cuando nos encontramos con él en los Estados Unidos siempre comentamos esos días».

Con Jorge Coulón estudiábamos el teorema del valor medio, practicábamos la integración por partes y tratábamos, sin hacer cálculo alguno, de deducir el gráfico de la primera y segunda derivadas de una función. Resolviendo problemas de planos inclinados y poleas absorbíamos los principios de la mecánica newtoniana, beatamente ignorantes de la mecánica cuántica con la que, poco después, chocaríamos de frente. Luego nos sacábamos un seis en la prueba, como casi siempre que estudiábamos.

Ambos terminaríamos nuestros estudios en el plazo normal, pero las cosas más importantes no las aprendimos en el terreno de la ingeniería. En la marcha diaria de las organizaciones estudiantiles, en las mil actividades políticas y culturales en las que participábamos u organizábamos, en conversaciones de traspase, en los siempre sorprendentes viajes a dedo o los más prosaicos en tren o bus a Concepción, Valdivia, La Serena, etc., llevando y trayendo información a y de las federaciones estudiantiles provinciales, fuimos construyendo una comprensión de Chile, de sus instituciones, de sus habitantes, de nosotros mismos, del mundo.

Recuerdo una noche, durante una toma de la Escuela de Artes y Oficios, en que un compañero dio una disertación improvisada de más de dos horas acerca de la revolución china. Después, esto se convertiría en una norma; siempre había alguien con interés en un tema específico dispuesto a dar charlas sobre política internacional, autores, libros, etc. Destripábamos a Garaudy y a Althusser; los más aventureros se atrevían con Lukacs. Mirando hacia atrás, resulta sorprendente que nadie de la UTE, en aquellos días, se interesara mucho en Gramsci, que, para mí, es el tata de todo lo bueno que pueda estar ocurriendo en la izquierda contemporánea. ¿Onisión casual o consecuencia de una corriente subterránea pero poderosísima de dogmatismo disfrazado, del que no éramos conscientes?

El 67 fue, sin duda, a nivel continental, un «año emblemático»: el asesinato del Che, el suicidio de Violeta, la aparición de *Cien años de soledad*, el Primer Festival del Nuevo Cine Latinoamericano...¹ Pero para nosotros el 67 fue el año de la gran victoria, cuando forza-

¹ V. Jacqueline Mouesca. *Plano secuencia de la memoria de Chile, 25 años de cine chileno (1960-1985)*. Santiago, 1988, págs. 27-33.

mos la renuncia del rector y la formación de la Comisión de Reforma, que abriría las compuertas del cambio en la UTE. Durante la toma de la Casa Central, escuchábamos todo el día los discos de Violeta, hablábamos de política y literatura, jugábamos ajedrez y pimpón y unos cuantos vivían sus primeras experiencias eróticas trascendentes en los vericuetos de ese edificio grande.

Y, por supuesto, estaba la militancia, la izquierda ofrecía varias alternativas. Para los que llegamos a la Jota, ésta se convirtió en el canal de nuestro vértigo; nos sentíamos parte de una ola universal, históricamente imparable. Nuestro optimismo sólo se veía, fugazmente, ensombrecido por el temor juguetón de ser "sentados en el cajón con vidrios" en algún cuarto oscuro de Matta o Marcoleta. Aún para aquellos que, algunos años después, abandonamos las pistas militantes, la memoria de esa pasión inmensa, de esa sensación de victoria inevitable, de comunión indisoluble, quedó grabada a fuego en algún rinconcito de nuestro núcleo más íntimo, allí donde se guarda lo que no queremos olvidar, lo que no podemos racionalizar, lo que nadie puede tocar, en definitiva, lo que de alguna manera nos va a sobrevivir.

Las peñas

Experiencia seminal de los años 60 fue la creación y desarrollo de las peñas folklóricas. Horacio recuerda que él era alumno de la Universidad Santa María cuando supo de la formación de la Peña de la Universidad de Chile de Valparaíso, el 20 de agosto de 1965. Fue designado por la federación de la Santa María para participar en ella. Esta Peña agarró un vuelo tremendo. De ahí salieron Payo Grondona, el Gitano Rodríguez y una serie de otros intérpretes que después alcanzaron cierta notoriedad. Violeta Parra actuó en la Peña, con un éxito inmenso. Hubo cinco actuaciones a local lleno y la gente hacía cola por cuadras.

«Allí escuché tocar charango por primera vez, y me enamoré del instrumento. Al año siguiente me fui a la UTE a Santiago y me integré de inmediato a la Peña de la FEUT. Por ese tiempo llegó a mis manos el primer charango y un compañero de la Universidad me enseñó las primeras cuatro posturas y luego aprendí de los discos de Jaime Torres, el charanguista argentino. Yo nací en Antofagasta y estudié en la escuela República de Bolivia, de manera que desde pequeño estuve escuchando música altiplánica. En Antofagasta hay festividades folklóricas de origen indígena y este tipo de música se escucha con frecuencia», recuerda Horacio.

La otra Peña fundamental, fundada en abril del 65, fue la de calle Carmen 340, «La Peña de los Parra» en Santiago. La de Valparaíso debe haber sido la segunda. Nunca hubo una Peña estable de la Universidad de Chile, aunque se hacían en forma ocasional en todas las

escuelas. La Peña «Chile ríe y canta» fue fundada por René Largo Fariás en 1967. La nuestra, la de la FEUT, había sido fundada en abril de 1966.

En las sedes provinciales de la UTE se formaron también peñas estables, especialmente en Valdivia y Antofagasta. Ambas tuvieron una existencia regular y muy exitosa por varios años. La Peña de la UTE de Valdivia tuvo trascendencia en todo el sur de Chile. Todas tendieron a imitar a la de los Parra, que entregó la estructura básica, y en la cual hicieron sus primeras armas artistas de la categoría de Víctor Jara, Pato Manns, Rolando Alarcón y otros.

En la Peña de la FEUT había artistas permanentes, tales como Jorge Coulón, Claudio Sapiaín y otros estudiantes de la UTE. Los Quilapayún iban a menudo y nunca fallaron en las grandes ocasiones; allí comenzó su asociación con la UTE, la que luego resultaría en la integración de Hernán Gómez, Willy Oddó y Rodolfo Parada, todos ellos estudiantes de Ingeniería. Y cabe señalar que Willy había formado parte de un conjunto con Jorge y Max poco tiempo antes de formarse Inti-Illimani.

Las peñas, señala Max, tuvieron un papel importante en la difusión de la música folklórica y de aquella que reflejaba la problemática de los 60, lo que posteriormente se llamó Nueva Canción Chilena. Sirvieron de trampolín para la profesionalización y desarrollo de varios conjuntos y solistas. En ellas se estrenaban las canciones nuevas.

José tuvo una muy buena escuela en la «Peña estudiantil» de Santiago, donde, a diferencia de otras, se cantaba de todo, no sólo folclore. Casi todos los artistas eran estudiantes secundarios. En aquellos años preuniversitarios, José llegaba al departamento de mi madre en la Villa Olímpica y torturábamos al vecindario cantando, desde el balcón, una mezcla ecléctica de canciones de los Beatles y zambas argentinas. Su carrera, sin embargo, estaba lanzada y llegó a grabar dos singles cantando baladas antes de cumplir los dieciocho años. Pero cuando estaba solo, como Josie Bliss, se despojaba de su imagen pública y entonaba profundas canciones de Pato Manns, Angel Parra y Jacques Brel.

Cuando en 1968 ingresó a la UTE de Valdivia, se enteró de inmediato que había allí una Peña funcionando, con local, un equipo directivo y todo. Comenzó a cantar y se metió de lleno en la organización. Hernán Bravo, un estudiante de la Universidad era el principal organizador, con un entusiasmo contagioso. La Peña tenía una gran vitalidad. Había siempre bastantes números, conjuntos, dúos, cómicos, grupos de teatro, de danza, lectura de poesía. Sus integrantes participaban también en las Escuelas de Temporada de la UTE, dando clases de guitarra y danza. Así fueron al extremo Sur de Chile, a Aysén y Magallanes. La Universidad siempre los integró a sus actividades extramurales, con lo que también demostraba una valoración por su trabajo. Se les dio acceso a programas en la radio de la UTE

de Valdivia y organizaron, además, encuentros con grupos musicales provenientes de Santiago, donde intercambiaban experiencias de todo tipo. Así fue como José llegó a entrar en contacto con Inti-Illimani, que visitó Valdivia cuatro o cinco veces en el período en que fue estudiante.

La gente de la peña tenía un gran entusiasmo. Estaban aprendiendo a ser adultos y llevaban una vida bien bohemia. José y Jorge Negrón, otro de los artistas y organizadores, se iban a un bar, pedían dos cervezas y se ponían a cantar. Luego llegaban más cervezas y luego platos de comida, etc., gentileza del dueño o de los parroquianos. «Conversábamos mucho; era la época de nuestro despertar intelectual. Discutíamos libros, nos contábamos cosas interesantes, dignas de aprenderse. Muchas experiencias nuevas. Algunas noches nos íbamos a cantar a un prostíbulo...»

Y José continúa: «Había un gran despliegue de energía bondadosa, cosas que nos llenaban de esperanza en el género humano. Gente que ayudaba a otros sin ningún interés personal y con una generosidad increíble. Un año después que llegué a Valdivia conocí a Anita Pradenas. Ella había tenido, en la escuela secundaria, un conjunto femenino que cantaba canciones de los Beatles. Como solista, cantaba canciones folklóricas. Ahí formamos el dúo "Anita y José", con el que nos hicimos conocidos en todo el Sur y llegamos a ser invitados a Santiago, donde después grabaríamos un LP acompañados por varios miembros del Inti. Cantábamos música latinoamericana, zambas, huaynos, joropos.»

Yo escuché una historia muy ilustrativa de los tiempos respecto de la Peña de Valdivia. Se dice que una noche actuó allí un conjunto local de baile. Alguien preguntó por qué no mostraban bailes valdivianos. El director del grupo respondió que no había tal cosa; se armó una intensa discusión que terminó en una apuesta: un grupo de alumnos de la UTE se comprometió a recorrer la zona montañosa de la provincia buscando bailes locales. Tengo entendido que esto se hizo, subieron a los pueblitos cordilleranos con grabadoras y cámaras fotográficas. Tuvieron que ir a caballo y el viaje mismo estuvo lleno de experiencias nuevas. Pues bien, había bailes valdivianos y claramente de origen colonial, ya que las canciones hablaban de castillos, princesas, etc. José no participó en esa expedición, pero vivió experiencias similares siguiendo contactos que miembros de la peña hacían en un bar que frecuentaban los remeros que transportaban leña por el Calle-Calle.

Esa peña, como otras, fue extraordinariamente exitosa. Cuando se presentaban en el Estadio Municipal asistían cuatro o cinco mil personas. Ese respaldo daba a sus integrantes una gran seguridad en su propio juicio. Creo que a muchos miembros de nuestra generación les pasó lo mismo. Y hablando de ésta, es bien difícil definir qué es

y quiénes pertenecen a una generación. Creo que no hay parámetros objetivos. A fin de cuentas, pertenecen a una generación todos aquellos que se sienten miembros de ella, independientemente de la edad.

Viet Nam y la Patria Joven

Entre los grandes sucesos de los 60 estuvo sin duda la guerra de Viet Nam, que despertó interés en todo el mundo. Cuando se habla de los 60 en Europa, por lo general se mencionan las grandes protestas contra la guerra de Viet Nam, el movimiento hippy, los Beatles y los sucesos de rebelión estudiantil del año 68. Existe incluso la creencia de que los 60 fueron un fenómeno exclusivamente europeo y norteamericano, y se insinúa que los sucesos en otros países fueron, de alguna manera, copias o reflejos de lo que sucedió en los países desarrollados.

El Loro Salinas sostiene que esa afirmación es problemática, ya que una condición necesaria para una copia es que ocurra después que el original y una gran parte de la actividad estudiantil fundamental en Chile se desarrolló antes del 68, que para algunos parece tener una importancia extrema. Hubo grandes batallas estudiantiles el año 66 y en la segunda mitad del 67 se desencadenó la etapa más dramática de la reforma universitaria. Y no sólo en Chile, sino que también en Argentina, Brasil, México, Venezuela, etc.

La guerra de Viet Nam tuvo un gran impacto, sobre todo por la brutalidad e ilegitimidad de la agresión norteamericana. La educación chilena tenía en esos años un fuerte carácter anticolonialista e independentista, y esto facilitó nuestra toma de posiciones. Ya en mi infancia se hablaba de Indochina como una nación combatiente. En la prensa chilena se siguió con atención la batalla de Dien Vien Phu, que marcó la derrota final del colonialismo francés en el sudeste asiático.

Muchos jóvenes daban sangre para el Viet Nam regularmente y miles participaron también en la Marcha por el Viet Nam entre Valparaíso y Santiago. Había quienes, especialmente en las filas de la izquierda, atesoraban peinetas y otros objetos fabricados con el material de aviones yanquis derribados sobre Viet Nam. Fue un símbolo de lucha por la dignidad.

Pero los 60 fueron una especie de edad de oro, ya que la economía mundial pasó por un período de crecimiento. Como resultado, muchos gobiernos de ese período se ven ahora como buenos. Fue la época de Kennedy en los Estados Unidos, de Jruschov en la Unión Soviética, de Juan XXIII en el Vaticano y de Frei en Chile.

El gobierno de Frei fue el primero en tocar los intereses de la entonces todopoderosa oligarquía terrateniente, con una reforma agraria que posteriormente Allende continuó. Esto no lo habían conseguido ni siquiera gobiernos que contaron con el apoyo, si bien no con el liderazgo, de la izquierda. Este proceso incluso tuvo mártires. La iz-

quierda no debería mirar con ningún complejo los logros de ese gobierno, ya que la Democracia Cristiana actuó sobre una realidad social objetiva y por ello tomó algunas de nuestras banderas y muchos sentimos esas transformaciones como nuestras.

Como resultado de la «Promoción Popular», nombre dado a la campaña contra la marginidad, se produjo una masiva sindicalización campesina y una incorporación de sectores, hasta entonces excluidos, a la vida política. Se rompió así un problema que la izquierda había venido tratando de resolver por más de 30 años, con resultados muy limitados.

El conjunto de los aspectos más progresistas del gobierno de Frei generó lo que se llamó «la revolución de las aspiraciones» y pienso que el gobierno de Allende habría sido inconcebible sin ese proceso previo. Y esto se dio en medio de una gran mística, sobre todo en los sectores juveniles. Es bueno recordar que nosotros pertenecemos a uno de los dos polos culturales de nuestra generación. El otro fue el que surgió en torno a las ideas más progresistas del PDC. Aunque a nosotros nos haya dejado fríos, la «Marcha de la Patria Joven», en 1964, conmovió al país y atrajo un respaldo masivo en la juventud. La DC llegó a dominar sin contrapeso en el movimiento estudiantil. Nosotros fuimos los primeros en romper ese dominio cuando conquistamos la dirección de la FEUT en 1965.

Los hippies y el Poder Joven

Aún cuando nuestra generación se asocia con ideas progresistas, hubo muchos protagonistas de aquellos años que en décadas posteriores han llegado a tomar posiciones doctrinaria o prácticamente derechistas. Esto, sin embargo, no les excluye de la generación. Hubo además quienes se identificaron con aspectos particulares, como el movimiento hippy, el rock, el pop-art. No sé hasta qué punto ellos nos ven a nosotros como algo extraño. En medio de cualquier gran movimiento de masas siempre surgen santones, gurúes de todo tipo, se da una búsqueda institucionalizada y comercializada de soluciones existenciales. Algo de eso tuvo el movimiento hippy. El Mayo francés del 68 fue también visto entre nosotros como algo exótico, ya que por esos días estábamos embarcados en la campaña de elección de rector en la UTE, es decir, estábamos viendo ya los resultados de nuestra lucha de varios años.

Esto establece una cierta barrera entre nosotros y nuestros coetáneos europeos, ya que para ellos el 68 fue un momento cúspide, mientras que para nosotros fue un momento de continuidad en lo que fue el proceso de cambios de los 60 y comienzos de los 70. El movimiento hippy y el 68 tuvieron para nosotros menor trascendencia.

Los hippies, aunque dejaron una secuela en Chile, parecieron ser

un reflejo de sucesos foráneos. A mi modo de entender, ellos son un resultado perfectamente explicable de sociedades superafluentes y continuamente envueltas en conflictos bélicos. Se produce así un rechazo a los bienes materiales, esencialmente porque las necesidades básicas están satisfechas, y una insistencia en la paz porque la juventud se ve directamente amenazada por la conscripción y la guerra. Chile carecía de ambas características. Pero muchos jóvenes llegaron a militar en las filas de la izquierda después de haberse iniciado en el movimiento hippy.

Creo que el movimiento estudiantil y progresista había incorporado algunos procesos que, de otra manera, habrían sido banderas de los hippies. En la izquierda se dio en forma natural, por ejemplo, un proceso de liberación en lo sexual. Esto fue extraordinariamente evidente. El machismo, además, fue intensamente criticado y creo que también hubo un proceso de liberación en ese sentido. Dentro del movimiento estudiantil me atreva a decir que no conocí a nadie que planteara una supuesta, aunque inexistente, superioridad masculina. Había muchachas dirigentes a todo nivel.

En Europa en esos años se habló mucho del «poder joven» afirmando que la clase obrera se había «aburguesado» y había pasado a convertirse en un puntal del sistema. Se decía que la juventud, y en especial los estudiantes se habían transformado en la nueva vanguardia revolucionaria. Mi respeto por el proletariado no es de carácter religioso, y creo que hay oportunidades en los que otros sectores han tomado, y volverán a tomar, posiciones de vanguardia. Pero no cabe duda de que en la intensa relación que hubo en esos años entre el movimiento estudiantil y el movimiento obrero, nosotros fuimos siempre los aprendices. Recibimos lecciones de unidad, de organización, de movilización, de tradición histórica.

Yo aprendí de «los viejos», como los llamábamos, y especialmente de Lucho Figueroa, entonces presidente de la Central Unica de Trabajadores de Chile (CUT), la importancia que tiene la acumulación de experiencia en un grupo humano, y la comprensión de los desarrollos históricos. Figueroa y otros dirigentes obreros siempre hablaban en términos históricos, acudiendo a experiencias anteriores del movimiento obrero tanto en Chile como en otros países. Y esto yo lo encontraba a todo nivel, no sólo en las cúpulas dirigentes. Yo nunca pude ser paternalista respecto del movimiento obrero, simplemente porque siempre los miré hacia arriba.

Jorge afirma que los Inti hicieron una buena parte de su trabajo con el movimiento sindical. Para muchos, el descubrimiento de la clase obrera, de su historia, de sus tradiciones, fue algo fulgurante. Cambió su punto de vista y su escala de valores. En la clase obrera encontramos una posición totalmente digna, sin servilismo alguno, que no aceptaba simplemente abusos patronales. «Había un orgullo de clase

y un sentido de la dignidad humana muy superior al que tiene la burguesía; esto es importante en muchos terrenos.»

De este examen de los numerosos procesos de los 60, me queda el sabor de que los que participamos en uno o más de los grandes movimientos de esos años, tales como la Patria Joven de Frei, el movimiento estudiantil y la reforma universitaria, la izquierda, la Nueva Canción u otras formas artísticas agitadas por los vendavales del cambio, fuimos los actores de esos años, actores que íbamos escribiendo nuestro propio libreto sobre la marcha y sin saber adónde íbamos a llegar. Posiblemente, después de la brutal interrupción que sufrió el curso de nuestras vidas, hemos ocupado y ocuparemos nuestros días en reescribir esos libretos. Tal vez el mejor deseo para mi generación sea que la última versión de nuestro palimpsesto no lleve un mensaje de autojustificación, sino que uno de esperanza.

IVAN LJUBETIC

Caerse dos veces

Eulogio Suárez, el Locho como le decíamos entonces, me cayó bien desde que lo vi por primera vez. Debe haber sido allá por comienzos de los años 60, en una aldea llamada Nueva Imperial, a 35 kilómetros de Temuco. Me gustó su alegría, su generosidad, esa forma de reírse, su manera de hablar gesticulando mucho, su optimismo. Hicimos buenas migas a pesar de que políticamente estábamos en distintas trincheras: él era dirigente de la Juventud Radical; yo, de la Juventud Comunista (la «Jota»).

Junto con Luis Omar Lara hicimos pronto un trío; nos juntábamos a menudo a conversar de lo humano y de lo divino. Por entonces, Lara era alumno del liceo en que yo trabajaba; también de la Jota. Lo recuerdo flaco, con sus eternos y atormentados amores de estu-

diente, con sus primeras poesías y su cara de niño bueno un poco taimado.

Mi cargo de Inspector General del Liceo me dejaba cierto tiempo libre (se trataba de un pequeño establecimiento con unos 500 alumnos). Naturalmente, lo aprovechaba bien. A veces, conversando con el Locho, que venía a visitarme en horas de atención. Nos paseábamos por el patio y, si llovía — cosa no extraña por esas tierras —, nos encerrábamos a conversar en mi oficina. Hablábamos de política y también de poesía, tema que apasionaba a mi amigo, pero del cual yo no entendía mucho. Fue así, como casi sin darnos cuenta, el Locho se metió a la Jota.

Debe haber sido un día de otoño cuando, paseándonos por el patio algo húmedo por las lluvias de la noche anterior,

Iván Ljubetic es profesor de Historia. Dirige la revista *Don Reca*, que se publica en la República Federal Alemana, país donde vive en el exilio.

vino hacia nosotros Luis Omar Lara. Cumpliendo con mi papel de Inspector General, le pregunté muy serio qué hacía a esa hora fuera de su sala de clases. Me explicó que estando en clase de matemáticas no aguantó más y debió pedir permiso para ir a las «casitas».

Pero la verdad era otra. Estaba ansioso de leernos su más reciente creación poética. Así lo confesó. Nos vio pasearnos por el patio desde su puesto en la sala y no resistió la tentación.

Semanas después apareció en el suplemento dominical del periódico del Partido Comunista un elogioso comentario firmado por Hernán Loyola, entonces responsable de la sección literaria, donde se hablaba de un joven y valioso poeta de Nueva Imperial. Se publicaban algunos de sus poemas.

Creo que con el Locho le dimos muchas veces en el clavo. Una evidente excepción a ello fueron los juicios vertidos en esa mañana de otoño, paseándonos por el patio del Liceo de Hombres de Nueva Imperial. Los hechos mostraron que Hernán Loyola no se había equivocado al valorar a nuestro criticado Luis Omar Lara.

Meses después todavía nos acordábamos con Locho de ese hecho. Recuerdo que una noche de invierno nos dirigíamos a una reunión del Partido, a la cual habíamos sido invitados en representación de la Juventud. Caminábamos por una de esas calles de Nueva Imperial, que no sólo no tenían alumbrado público, sino que además estaban ya por meses llenas de hondas zanjas abiertas para instalar cañerías del alcantarillado que nunca llegaba. Conversábamos animadamente. El tema era el poeta Lara, nuestra apreciación y la opinión de *El Siglo*.

Nos sentíamos profundamente auto-críticos.

—Tenemos que reconocer que nos caímos —dije.

—Es verdad, perdimos la brújula —agregó mi amigo. Tendré más cuidado en el futuro. Prometo no volver a caerme...

La verdad es que lo último no se lo escuché muy bien. Cerca de nosotros un gran camión a petróleo, con las luces apagadas, atronaba en la noche imperialina.

De pronto me percaté que el autocrítico no caminaba a mi lado. Me detuve. Miré hacia atrás y, entre el ruido del camión, oí algo como gritos. Me devolví. Entonces descubrí que quien gritaba era Locho y desde el fondo de una zanja. No veía nada, pero sí ahora lo escuché con claridad:

—Oye huevón, ven a ayudarme, que me caí en este hoyo maricón...

Después de no pocos esfuerzos, pues la zanja era profunda y estaba todo muy resbaloso, logró salir. Estaba hecho una furia. Lanzó garabatos contra el régimen reaccionario de Jorge Alessandri y el desgraciado del Alcalde (responsables de la falta de luz y de que se demorara tanto la instalación del alcantarillado), contra el camión de mierda, los amigos poco solidarios. Caminamos hasta la otra calle, donde una débil ampolla era como un faro en aquella noche oscura. Entonces lo ví. Estaba embarrado y mojado, parecía un pollo entumido y flaco (hablo de muchos kilos atrás). Tuve que hacer duros esfuerzos para no reírme. Entonces él, muy serio comentó:

—Puchas lo que son las cosas. Pensar que venía diciendo que no me volvería a caer...

Ahí no aguanté más. Me vino un ataque de risa, a la que pronto se unió el Locho. Nos reímos hasta que nos dolió la guata. Tuvimos que sentarnos en el suelo.

No sé cuanto rato estuvimos en eso. De pronto miramos el reloj y nos dimos cuenta que íbamos a llegar atrasados. Cesó la risa y comenzó la carrera en dirección a la casa del maestro Salas.

Cuando entramos al taller de carpintería la reunión ya se había iniciado. Allí sentado alrededor del banco de carpintero —en medio de la viruta y el aserrín, entre serruchos, garlopas, cepillos y metros—, estaban los nobles camaradas: el «huacho» Muñoz, maestro zapatero; Samuel Salas, el dueño de casa; Villagrán, otro mueblista; el compañero Palma, que fabricaba toneles; su esposa; dos profesores... Como todas las semanas, aunque hubiera truenos y relámpagos, cumplían con su deber de reunirse.

Apenas aparecimos todos se volvieron hacia nosotros. Estaban sorprendidos de nuestro desacostumbrado atraso.

Pero de inmediato otra cosa les llamó la atención. Fue la facha de mi acompañante. Este, muy serio, comenzó una larga explicación. A medida que hablaba noté que en las caras de los compañeros la seriedad y la solemnidad iban dejando paso a la risa. Cuando el relato llegó a la parte de la caída, estalló ésta. Una risa sana y alegre llenó el taller por algunos minutos. En el intertanto le dieron a Locho una toalla y un vaso con

aguardiente: para secarse por fuera y calentarse por dentro.

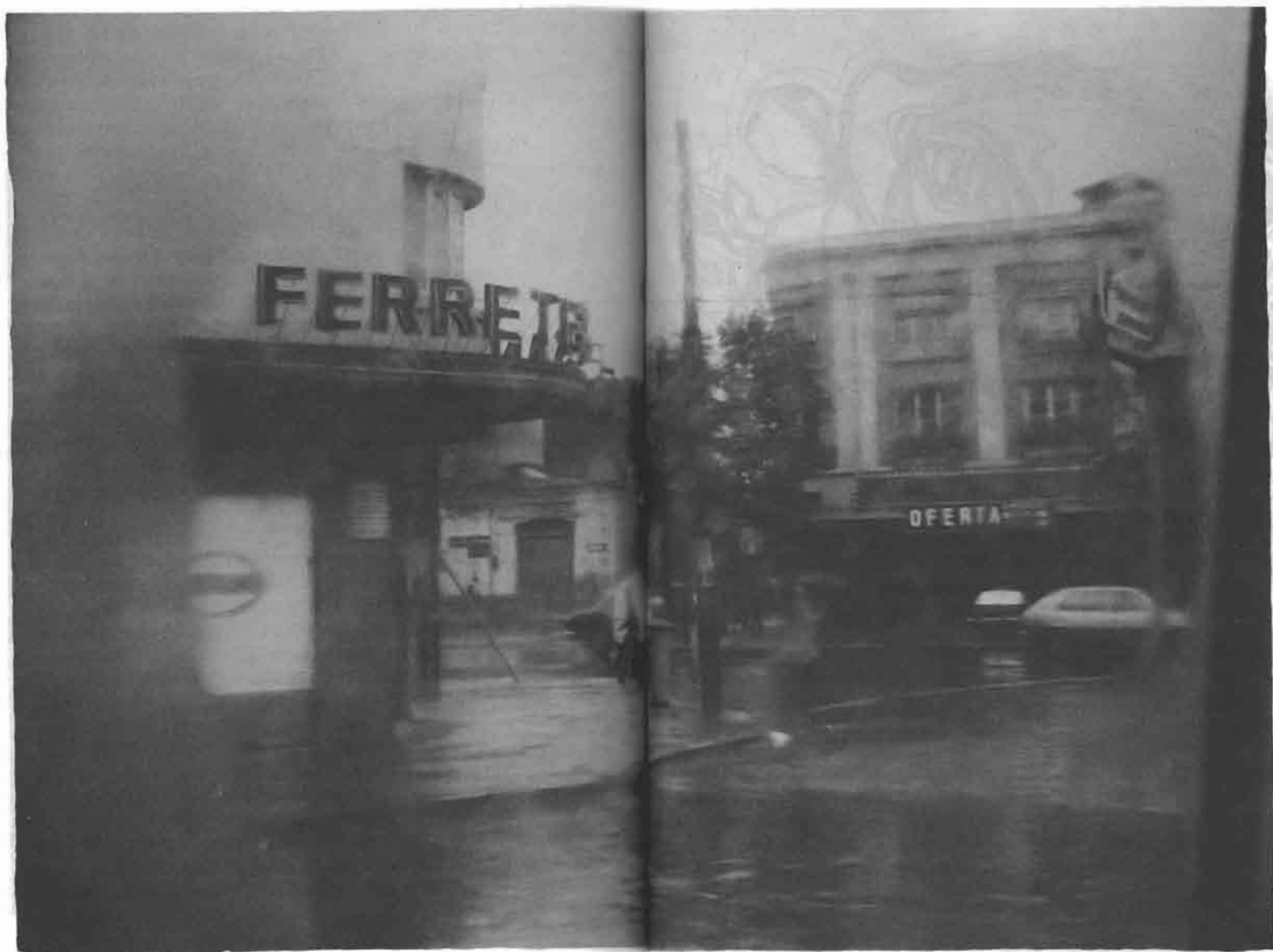
El camarada Villagrán, fabricante de ataúdes, que las agarraba todas al vuelo, no perdió esa oportunidad:

—Ahora el compañero Locho se va a caer seguidito en una zanja para que le conviden su vasito de aguardiente.

Pasados unos minutos, el «huacho» Muñoz, que presidía la reunión, la dio por reanudada:



Café Los Angelitos. Santiago, 1979



Santiago, 1982



P. SIMONE

Marta

RAFAEL ARENAS

1

«Compañeros, propongo que se quede una brigada de buena voluntad para tratar con las fuerzas militares.»

«Me ofrezco, compañeros», grité.

«No, compañero, usted no pertenece a Vulco», señaló Jiménez.

«¿Qué hizo, entonces, papá», pregunta Lidia, interrumpiendo la narración.

Cuando iba a decir que regresaba a casa alcancé a retenerme, era un hecho que la muchacha no esperaba tal confesión. Seguramente aguardaba alguna hazaña, aunque fuese pequeña, de su instigador ideológico.

Cómo confesarle a Lidia de que todo era mentira, no estuve en Vulco ni en el Liceo. Tan sólo recorrí San Bernardo al regresar a casa desde la Cisterna, casi arrancando. Y no asistí a ningún combate ni resistencia, vibré mucho, es cierto, absorbido completamente por la gente, todos peleaban por comprar la mercadería que yo vendía. Se calculaba que vendría una escasez de alimentos, pero no se sabía has-

Rafael Arenas, 57 años, es obrero y nunca había pensado que pudiera ser escritor hasta que no salió al exilio. En la actualidad vive en Romainville, Francia. Los textos que publicamos son extractos de la novela *Marta*, que obtuvo el Primer Premio en el Concurso literario convocado este año por el Gobierno Autónomo de la Comunidad de Castilla-La Mancha, España.

ta cuándo. Circulaba dinero y entonces mi combate se centraba en a quién atender, cada uno pretendía que lo despachara cuanto antes. Y cada media hora subía los precios, consideraba una torpeza no ganar más. Total, todos seguían disputándose el derecho a ser atendidos en primera instancia.

Que alguien me diga que sobró mercadería y ahí mismo lo pateo por mentiroso. En cambio los bolsillos quedaron llenos de billetes, transformándose en mi vergonzante victoria el día 11 de septiembre del año 1973...

* * *

Cierta noche encuentra a una patrulla militar, con ellos mantiene una especie de diálogo.

«Apúrate, huevón, falta poco para las diez, te pescará el toque. ¿Vai lejos?»

«No.»

«¿Cerca, entonces?»

«No.»

«¿Estai hueveando?»

«No, voy hasta donde llegue...»

Lo agarraron, depositándolo de un viaje dentro del camión. Huevos y pulmón de aluminio aterrizaron con estrépito, es el segundo que cae en la redada, antes le tocó a un individuo que pareciera ocupar todo el vehículo debido a sus enormes pies. Fui apresado antes de que comenzara el toque de queda, faltaban quince minutos para las diez de la noche cuando me abordó el militar. Tenía las diez y cinco en su reloj y convencerlo del error habría sido tarea sobrehumana. Y yo jamás pasé la barrera que marca lo humano.

Al completar su carga con sacos de papas que desgraciadamente éramos mujeres y hombres, el camión enfiló por diversas calles hasta que, finalmente, se detuvo.

«¡Bajar!»

Se deshizo el racimo humano. A los de abajo nos costó articular otra vez la respiración. Subimos al segundo piso de un edificio, a una gran sala con aspecto de ex sede comunitaria. A cada momento llegaban numerosos grupos de personas cogidos por infringir la ley del toque de queda. Nos ordenan formar pegados a la muralla y vueltos hacia el centro de la sala. El lote comprendía a hombres y mujeres, jóvenes y viejos.

«¡Carnet de identidad!»

Quien es requerido lo muestra, al devolvérselo le propinan golpes y puntapiés. Fueron muy gentiles, eximen del puñetazo y la patada a una joven embarazada. Le obsequian, en cambio, miradas fulminantes y palabras marginadas del diccionario. Hernán Ramos Valde-

benito, hombre de poco peso, al primer golpe le estrellaron rudamente ambos pulmones —el bueno y el malo— contra el muro.

«¡Afirmate...!»

Termina la inspección, entonces el jefe grita:

«¡A la derré!»

Una mayoría giró a la derecha, una minoría a la izquierda. Otros permanecieron inmóviles, pero luego, a golpes, todos estábamos vueltos hacia la derecha.

2

Marta, tú sabes que nos encontramos cualquier día, sí, claro, tendría que alquilar una casa, estoy cierto que desearías una casa con corredores y un balcón. Ah, y por supuesto, también un jardín... Podríamos plantar claveles plomos, de aquéllos que nos hablaba Mariana, ¿recuerdas? Marta, déjame plantar claveles plomos... ¿No quieres? Comprendo... Es mejor olvidar. Sí, pero a condición de que en el patio haya naranjos, qué bien huele una casa cuando allí florecen los naranjos. Este tipo parece mirarme con un solo ojo. ¿Qué pretenderá descubrir en mí con una sola mirada? ¡Ja, ja, ja! Aunque abra bien las dos pepas igual no me traspasará, cómo va a saber que pienso en Marta, y aunque lo sepa, total no la conoce, digamos no la conoció, no, mejor sale eso de que no la conoce porque Marta no ha muerto, yo sé que no ha muerto.

De pronto nuevamente Marta se instala en las calles y avenidas que atravieso, está en las tiendas y sus escaparates, transeúnte que pasa simula ser ella... Quieto en mi asiento escucho aullar al tren en su afán trepidante de avanzar devorando a la noche que, al salirle a su encuentro, choca con las fauces que lleva la locomotora en su trompa. Estupefacto abro más los ojos desde el fondo de los párpados caídos al darme cuenta que Marta es un pasajero más, va de pie en el pasillo. Al descubrir que la observo con cierta incredulidad, sonrío...

Sin despegar los párpados en mis ojos cerrados levanto los brazos y maquinalmente ordeno a las manos frotar las sienes en un intento de borrar las imágenes. De súbito todo aquello se extinguió para darle paso a la cantimplora, y, entonces, nervioso, las manos trémulas, la desabroché de su sitio, amarrada al cinturón, muy clandestina, pasajera sin boleto, un doble que viajaba junto a mí casi entre las verijas. Y bebí largamente su líquido, un vino espeso, paré un poco para darle tiempo a la respiración, y, enseguida otra vez, bebí, bebí...

3

Marta cogió unos pequeños ahorros y parte con Lidia a Valdivia para eludir cualquier posibilidad de arresto. Matías se había ido a la par-

cela de don José, en Romeral, y Ramón se marchó a Chillán dispuesto a capear el temporal. En casa quedé con los dos niños, más Chancay y Pedrito.

Perro y loro se mostraban una abierta antipatía. Al ladrido de Chancay, Pedrito respondía con unos terribles picotazos que el perro elude con presteza. Se reconciliaban al avistar el enemigo común comenzando simultáneamente a ladrar y a gritar ante el carro y la patrulla militar que aparecen de vez en cuando.

En esos instantes yo condenaba a muerte al hocicón. Luego, pasado el peligro, cedía a las peticiones de indulto que extendían los dos hijos menores.

Una tarde llaman a la puerta. Asomaron unos militares.

«Nos dimos cuenta de que su loro grita cosas prohibidas. Guárdelo, por favor.»

Fue así como Pedrito llegó a ser un preso político. Se fuga una tarde en que los vigilantes no eran, a su vez, vigilados. Justo cuando gritaba «¡Arriba el Chillo Allende!» pasa una patrulla de modales más rústicos que la anterior. Bajaron del camión buscando al osado, metralleta en ristre. Ven que un loro emprende vuelo mientras grita «¡Mílicos desgraciados!».

4

Rinaldo levanta un dedo como pidiendo tiempo para él.

«Perdóname, te dejaré un momento para ir a mear», explica. «No paras de hablar, y yo, por mi parte, ya estoy goteando.»

«Oh, Rinaldo, secuestraron mi lengua por tanto tiempo que, si hay oportunidad de explayarse, la pobre se libera automáticamente y entonces abusa con quien puede escuchar.»

Parte a las letrinas.

Recién poso la vista en la taza con un café que se extinguió hace mucho rato. Pido una botella de vino. Afuera pasa un grupo de paseantes cantando alegremente. Me vuelvo por intuición al presentir de que alguien se mueve a mi lado. De pie junto a mí hay una muchacha alta, bien formada. Al darse cuenta de que la observo tuerce la vista sin apartarse un ápice del lugar. Por su posición, o no sé por qué detalle, comprendí de inmediato que se trataba de una prostituta. Tal vez una principiante, su aspecto era demasiado rozagante. Además no usaba cosméticos en el rostro, tan necesarios en las prostitutas curtidas.

«¿Te sirves?», le digo, ofreciéndole la copa con vino que reemplazaba desde unos instantes atrás el café inicial. Acepta con un movimiento de cabeza mientras le aflora una leve sonrisa. Bebe, o simuló hacerlo, apenas posó sus labios en la copa.

«Siéntate», la convido, colocándole la silla que dejara Rinaldo.

Accede. En tanto me mira desde el fondo de unos bellos ojos. «Caramba, es buenamoza», me confieso.

«¿Cómo te llamas?»

La joven sonríe. «Marta», me dice casi en un susurro.

5

Bahía Blanca es golpeada por un viento fortísimo. En las esquinas el huracán duda por donde seguir. Da volteretas y, de repente, siente la revelación del sendero elegido y entonces embiste con furia inusitada. Cuando esto sucede las personas afirman huesos y carne contra el pavimento, temerosas de incrementar el volumen del torbellino. Después, centellas, truenos y relámpagos trizan el espacio. El diálogo, arriba, se da entre sordos. Los oídos extranjeros, no acostumbrados a tal estruendo, están alertas, cada grito celestial se introduce hasta el fondo del ser, remeciéndolo, concordando con los estremecimientos de la naturaleza.

Tercer capítulo, la lluvia.

Si el viento es el preludio de truenos y relámpagos, éstos, entre tenebrosos gritos, abortan la lluvia. Tales condimentos constituyen una tormenta. Los ríos aéreos se desbordan, el agua cae feroz, implacable. ¿Treinta minutos, una hora? ¿Dos? Sí, pero por lo general no son prolongadas, el apuro por descargarlas fue demasiado intenso y los ríos colgantes se secan.

Sobreviene la calma.

Esa calma húmeda, fría. La estridencia de las bocinas en los vehículos son de una sonoridad especial, tal vez derivado del sonido al penetrar y vencer en la atmósfera pesada y densa. La tarde invernal, muy corta, ya saluda a la señora de negro instándola a tomar posesión de la ciudad.

* * *

Con dos raídas valijas me dirijo a la estación del ferrocarril, y realmente no sé si parto o es que vuelvo. Porque nunca lo supe no me atrevo a decir que abandono mi ciudad, no se pierde ni deja lo que no se poseyó. Además, fue ahí donde llegó hasta mí la brutal noticia del asesinato de Marta.

Adiós le digo a Bahía Blanca.

Los pasos van muy lentos, como si fueran el lápiz que describe mi estado de ánimo. Casi a la rastra llevo las dos maletas, representan el equipaje que esconde el saldo de mi existencia. Son libros que alguna vez leí dejándome la sensación de no haberlos estrujado. Todavía conservan el zumo vibrante y siempre pensé gustarlos otra vez.

No va ropa, tampoco una barra de oro. Y dentro de mí, como si fuera un libro más, mil pensamientos se cruzan, a veces chocando entre sí. El tren devorará las distancias y sé que en el transcurso de su fuga surgirá el amanecer en algún lugar dándome la sensación de que fue el convoy quien corrió a su encuentro.

Ahora, taciturno, permanezco ahí a la espera del tren. Me pareciera ser una parte del andén. Regreso a Buenos Aires donde me reuniré con Rinaldo. El tren fugitivo retarda la cita que concertó conmigo. Escudriño en el contorno y recién constato que las sombras devoraron totalmente el crepúsculo que me acompañó en el trayecto hacia la estación.

Mucho más tarde, cuando ya el tren hubo depositado su carga humana en la capital bonaerense, me doy a la tarea de atravesar calles una y otra vez. Suelo ir sorteando los vehículos y, sobretudo, el mayor tiempo a los propios peatones. Trato de esquivarme a mí mismo, imposible, el individuo me acosa, usa sus palabras en un lenguaje que yo conozco hasta la saciedad, entonces le escucho porque habla con mi voz y se dirige a alguien que no está lejos...

«Yo te recuerdo, Marta, como eras en esos días que te conocí, delantal amarrado a la cintura, una cinta roja en el cabello, la sonrisa en los labios, y una incitación que ardía en los ojos, ven, poséeme, quiero ser tuya porque yo deseo que tú seas mío. Ahora no sé donde pudiera encontrarte, no tengo idea qué tumba te cobija y qué tierra convirtió en tierra lo que me perteneció antes. E ignoro, también, a qué morada se fue aquella parte de tu ser que no era carne. Cierro mis puños sin que logre aprisionar nada en ellos, ni tus labios ni tus cabellos, ni el aire que conformaba aquel espíritu. Sin embargo, abro y cierro los ojos interminablemente y ahí estás tú, siempre, como si te hubieses empeñado en buscar tumba dentro de mí, y cielo en el estrecho cielo que cobija mi alma compartiéndolo contigo en la justa dimensión que sabe proporcionar la equidad cuando existe el amor.

6

«Rinaldo, me pediste que te hablara de los pormenores que antecedieron mi partida desde Bahía Blanca. Pero..., ¿cómo podrías escucharme si permanezco solo y lo único que hago es divagar conmigo mismo? Este departamento que me cobija no se parece al cuarto estrecho de Buenos Aires, aquí hay más amplitud, las claridades que recubren sus muros se me antojan unas alegres sonrisas. Sin embargo, tú continuaste a mi lado sin cortar el diálogo y, al final, no atino a comprender el por qué me puede suceder algo tan descabellado.»

Me levanté del asiento, dirigiéndome al espejo. Limpio su vidrio empañado, y, entonces, a medida que elimino la humedad, aparece ante mis ojos la imagen de Rinaldo. Veo su rostro moreno, enjuto,

y en él aquellos ojos negros, muy grandes y ahuecados burlándose siempre de algo. Y ahora voy descubriendo sus cabellos y vuelvo a repetir que jamás he conocido otras ondulaciones que sean más hermosas que la suya. Me quedo pensativo, al cabo balbucí muy quedamente:

«Rinaldo, no recuerdo, sé que llegué a Francia y que este departamento es suelo francés. Pero ignoro si viniste o no conmigo...»

Nadie responde.

«Rinaldo, necesito que me digas todo aquello que yo no logro descifrar.»

Levanté con brusquedad mi rostro tratando de buscar el suyo en el espejo. Recién se dibujaba ahí. Efectivamente... Siempre su piel oscura, las mejillas hundidas y el cabello y las ondulaciones... En forma inusitada descubro en este instante que sus ojos negros y ahuecados no se burlan, me observan muy fijos, tan inquisidoramente como tal vez yo a él, con una mirada enfermiza de fiebre. Y, poco a poco su rostro que está en el espejo, o detrás —quizá dentro—, comienza a transformarse, cambia los matices, va surgiendo el mío con unos ojos grandes de sorpresa a fuerza de no comprender.

Rinaldo se esfuma del vidrio, lo busco en el resto de la pieza sin encontrarlo, el abandono es mi compañero. Froto las sienes con un trapo húmedo y frío. De pronto me devuelvo al recordar algo, entonces de la maleta extraigo un recorte de diario. Leo:

«En la ruta próxima al aeropuerto de Ezeiza fueron encontrados ocho cadáveres en un espacio no mayor a los cien metros. Ellos corresponden a...»

Ahí, en tercer lugar, figura Rinaldo Ríos, chileno, veintiocho años, soltero...

Suerte perra, amigo Rinaldo, quedar botado en cualquier camino del mundo. Sin embargo yo continué contigo y no sé, realmente, cuántas de nuestras conversaciones interminables fueron auténticas y cuántas producto de mi mente afiebrada. Pese a todo, con fiebre o sin ella, proseguirán por siempre, se hace indispensable ese estado de coloquio para el hombre, escuchar y escucharse, aunque al final todo sea un monólogo, nuestras propias voces lanzadas desde diferentes ángulos. Porque, consciente o inconscientemente, el diálogo se efectúa consigo mismo, por lo general aceptamos al interlocutor que es nuestro doble y usa la misma voz. En el fondo no pasa de ser nada más que la propia resonancia.

El mío, entonces, se enrielló con alguien a quien asestaron un golpe mortal, asesinandolo, y que, por paradoja, permanece enteramente vivo, mucho más que antes. No es de aquellos muertos que fueron seres vivientes sin caminar, exentos de huellas. Rinaldo fue el amigo de puertas abiertas que llevaba la cuenta interminable de mis sueños sin que tratase de coartar el vuelo o desprenderme las alas. El amigo que siempre mostró comprensión hacia mis ideas locas, el que supo

escuchar, sin espantarse, el grito de la selva. Porque, en verdad, él se internó en mí hasta la parte más densa, allí donde moraba el hombre primitivo, salvaje, incapaz a veces de comprender a los civilizados. Como Rinaldo pertenece a aquella categoría de muertos que se niegan a morir y por lo tanto los arrastramos a la fuerza —o ellos a nosotros— me permitiré enterrarlo en la selva, en esa selva tan mía, impenetrable, donde, en ocasiones, yo mismo encuentro dificultades para seguir avanzando.

7

Los niños duermen.

Marta tiene a su lado a Roberto. Los restantes, Ramón, Mauricio y Lidia, yacen en otra cama mezclados sus cuerpos en un indescifrable jeroglífico. Mientras, Matías duerme sobre un entablado crujiendo que siempre amenaza con desplomarse. Para llevar a cabo nuestras relaciones sexuales la dotación de la cama-colectivo aumenta a cuatro. Roberto hace el raid en mis brazos hasta la cama vecina.

No es fácil.

De partida, por supuesto, cuesta encontrarle un hueco donde acomodarlo. Sin embargo, el cuidado mayor consiste en no despertarlo. A Ramón y Mauricio les levanto y doblo una pierna o un brazo, cualquier operación que efectúe en ellos no significa problema alguno. Lidia, en cambio, rezonga de inmediato y lanza un largo «sipooooo» que al final tampoco acarrea peligro. El viajero es otra cosa. Pobre de nosotros si despierta, muy factible en su vuelo o con el sipooooo de Lidia. Entonces le devolvemos a la cama de origen y Marta le ofrece los pechos para acallar su excelente oratoria.

Yo, atribulado y con deseos, espero. Tanto, que a veces me duermo... Generalmente el encuentro se realiza tras la segunda, tercera y hasta cuarta tentativa. Cuánta tiranía ejerce Roberto contra nosotros.

«Ñato, ¿cuándo podremos comprar una cama?», suele preguntarme Marta.

La cama ha quedado como nuestro primer proyecto de adquisición en un álbum que guarda muchos otros.

* * *

Hablemos de Roberto.

Con seguridad en esas horas se adueña del papel protagónico. Especialmente porque mama embistiendo con la ferocidad de un hombre que ya cumplió el año. Si el pecho no responde a la producción de sus requerimientos clava los incipientes dientes y produce un grito en su láctea mamá. Si fuese a mí, sin más le quito el pecho. Marta

persiste con resignación. A veces no tiene leche, no le baja, qué griterío se arma entonces.

La pieza se hace estrecha, las camas insuficientes. La bacinica, pequeña. Es un artefacto que cumple su simpático papel desde los tiempos solteros de mi señora. Por supuesto lo compró sin visión, a ella le bastaba. Ahora no y la bacinica lo comunica cada vez que se rebalsa. Cuando sucede, Marta me propina un puntapié por entre las sábanas, o dos, y a veces hasta tres y cuatro, según el lugar adonde me arrastró Morfeo. Escucho, «ya, Nato, la bacinica está llena. ¡Yaaaaa...!»

Las varias vueltas que me doy quejándome o bostezando mientras lanzo imprecaciones son, nada más, que el preludio de la inevitable levantada. Botar los meados en la pileta del patio me pertenece exclusivamente. En calzoncillos y camisa, mi típica vestimenta nocturna, me levanto aún mareado por el sueño. La necesidad de equilibrar el líquido me obliga a despertar del todo. Salgo a las sombras y a la atmósfera helada, casi por instinto comienzo a buscar el camino que va a la pileta, zigzagueo, pierdo equilibrio, y el chorro de meados cae en las manos y sobre los pies. Nunca hay excepción. Por fortuna son de Marta, de los hijos y míos, y, entonces, no me producen asco: constituye mi consuelo.

En épocas de invierno, cuando llueve, soporto el meado, la lluvia y el barro. Casi siempre me resbalo, la bacinica cae... En ese momento reflexiono que mejor resultado lo proporciona una bacinica parecida a la que poseen los vecinos Pucho en la Guata, provista de un pequeño agujero que permite poco a poco al líquido escurrirse de su encierro. El artefacto suena pomposamente en su típica función cuando lo requieren el Pucho, la Pucha y los Puchitos. Al rato, sin embargo, no queda nada del líquido espumoso, pero el suelo se transforma en una gran mancha negra que pareciera ser la sombra delatora de la bacinica.

Ella está sindicada como el segundo proyecto de compra. En algunos momentos, sobretodo cuando salgo a vaciarla, se adelanta. Después, al serenarme y hacer un examen objetivo e imparcial, catre y cama vuelven al lugar de privilegio relegándola a su puesto habitual. En tercer lugar se ubica una cómoda que sirva para guardar el lote de tiras, siempre volando dentro de la pieza como si fueran unas blancas palomas. Más allá una media docena de tazas y sus respectivas cucharas, enseguida un ropero y, para cerrar la fila imaginaria, un terreno donde meter todo eso, incluida Marta y los cinco chiquillos. Cuando pienso en las posibles compras y trato de ordenarlas en una cola se me forma un embrollo debido a los artículos minúsculos mezclados entre los grandes. Total, prefiero colocarlos por orden de estatura y así evito problemas mayores.

Al casarme, mi aporte fue el amor. Marta, además, arrió sus pertenencias: cama, dos valijas, lámpara, un hermoso y rígido paisa-

je que lo metieron en un cuadro, y la mencionada bacinica. Hoy no existen lámpara ni cuadro, destrozados por los niños.

En cambio aumentamos en una cama y cinco hijos...

Verdad: los nombrados bienes materiales que poseemos no abastecen nuestras necesidades. Sin embargo, es demasiado para las dimensiones de la estrecha pieza. Por paradoja el cuartito se las ingenia para dar cabida a otros seres que se arrimaron a nosotros y usufructúan de nuestras escasas riquezas. A las baratas, visitas inoportunas no cotidianas, habría que agregar las hormigas, las pulgas, ratas, moscas, arañas, zancudos y polillas.

A las baratas las toleramos porque nunca incursionan en serie. Al compararlas con otras especies les dispensamos una especie de amistad. Las hormigas no hacen notar su presencia y las pulgas son puestas fuera de combate con un refregón, aunque por cierto instante. Después, otro... Las arañas se encargan de las moscas, el gato, de las ratas. Y, las pulgas, en alguna manera del gato...

Piojos, no.

Nunca hemos sido piojentos. «Ni Dios lo quiera», dice Marta. Lidia atrapó uno en sus correrías por el barrio. La terrible investigación a fondo que se realizó dio con el culpable. No hubo proceso ni abogado defensor. ¡Zas!, Marta lo ejecutó en la horca. ¡Piojos, no!

Zancudos, sí. Emigran en los atardeceres hasta las habitaciones desde su cuna de origen, la acequia cercana. Durante la noche les damos con rabia, es cierto, pero sin el sentido vergonzoso que nos dejó el piojo. El zancudo, o mosquito como se le llama en otras latitudes, pertenece a una escala social superior y por mucho daño que produzca no nos sentimos horrorizados. ¡Run, run, run!, comienza con su murmullo tenebroso cuando vuela por sobre las inocentes cabezas dormidas de los niños. Nos crisa los nervios, bien sabemos que con su picada certera los hijos llegan a brincar quedándoles una mancha roja en su cara, brazos o anatomía que ofrezcan de blanco. Marta se baja con decisión de la cama dispuesta a enfrentar al enemigo, usando en el ataque un típico sable de cuero y suela, un zapato mío...

La noche transcurre paso a paso, interminable. El gato se cansa de despertar a cada momento instado por las pulgas. Resuelve salir. Bota estrepitosamente algo en el salto que da hacia el único hoyo disponible. Tiembla el techo, sin duda de que arriba hay competencia atlética entre gatas y gatos, algún campeonato inter-barrios. Como pareciera que precisamente en nuestra pieza está la meta sucede de que la algarabía es salvaje cuando unos celebran al vencedor mientras el resto se queja de la derrota.

8

Es terrible encamarse con un hombre cuando no se tiene ganas ni de ser tocadas. Cuando, de mil amores, quisiéramos estar solas, cami-

nar, meterse en un cine, o —como decía Mariana— sentarse bajo los árboles en un banco de la plaza para ver cómo duermen los pajaritos. Porque una se siente mal, pero el dinero es indispensable, y vuelta otra vez a lo mismo dirigiendo los pasos hacia la calle y buscar al hombre que no conocemos, que no se quiere, ni gusta. Ahí la cuestión radica en poner la cabeza en blanco y que el tipo termine lo más pronto posible para sacárselo de encima porque da asco. De no acontecer así viene la reacción, en algunos casos diciéndole bueno, viejo, acaba, soy mujer y no vaca. Está el que se levanta asustado o el que insulta... Por eso, enseguida de que el cliente se va cortado, nos bañamos lo más posible, urge desprenderse tanto del hombre como de la suciedad, propia y ajena.

El oficio de prostituta es más terrible de lo que todo el mundo cree, y muy distinto a cuanto dicen la policía y los jueces. Ellos sostienen que la mujer se encarga de incitar y eso no es cierto, no se precisa. Basta con ser mujer, decente, pseudo-decente o puta para que el hombre pretenda dormir con ella.

En este trabajo todo se termina pronto, y sin juventud o un poco de belleza nadie las mira. La prostituta tiene que retirarse del oficio, como lo hice yo al reunir toda mi voluntad, o el cielo y la tierra caen encima con más fuerza que nunca sobre su pobre cabeza.

El silencio habló enseguida.

Imágenes y voces salían y volvían a entrar por la puerta de mi pensamiento. En cuanto a la confesión, parecía que llegaba a su término. Marta extendió su mirada sobre la reducida pieza. Los hijos dormían desparramados sobre la cama y Matías cambió de posición en el catre de cajones produciendo la típica música que acompañaba cada una de sus volteretas. Marta les observó con cariño por entre las tenues claridades que ya esparcía la naciente aurora.

«Nato, mi fortuna está en los hijos y en el hogar. Te conté lo que nunca creí confesar, tú me obligaste. A veces me condeno, en otras me absuelvo. Ahora necesito tu perdón.»

* * *

«Oh, Marta, por ahí voy descubriéndote en cada mujer que intenta poner su grano de arena en el afán de elevar el nivel comunitario en que nos desenvolvimos. Te voy descubriendo, también, en cada mujer que con su hermosura me arranca un suspiro y hace que los ojos, cómplices de la operación, transporten enseguida la pasión y el deseo carnal a todo mi cuerpo, arrollándome, usando las vías de la sangre. Y sin saber por qué extraños mecanismos en ese mismo instante comienzo a mirarte a ti, y deseando a otra es igualmente a ti a quien deseo con todas las fuerzas que da el frenesí y el delirio. Noches atrás me sorprendí hablándote en la oscuridad, ya acostado, Marta, aun-

que sea en espíritu ven a acostarte conmigo, hacemos el amor y después te marchas dejándome una sonrisa que se impregnará en mis labios. Hazlo, Marta, hazlo esta noche, que —tú lo sabes muy bien— el plazo de quererte aún no se vence y entre nosotros dos todavía hay un romance por delante y una historia inconclusa por llenar...

Y, cuando en el Más Allá te vean llegar alegre y dicharachera, díles no más, que estuviste conmigo y que nos acostamos e hicimos el amor. Que te sientes inmensamente feliz y no eres un espíritu amargado y frustrado. No les mientas, Marta, tampoco lo ocultes, quizá recién ellos —todos los demás— te enviden al descubrir que un ser espiritual también puede atraer hacia sí la felicidad y la alegría. Díles que aun siendo nada más que un espíritu posees en la tierra un enamorado que te ama más allá de todas las fronteras posibles que marcan la vida y la muerte.

9

Evaristo Contreras. Abogado.

Buscaba a un escritor y la placa certificaba la existencia de un hombre versado en las letras de las leyes. «¿Estará el que pertenece al Centro Literario de San Bernardo?», me pregunto atribulado.

Yo también soy escritor, aunque serias dudas no me permiten ejercer. Tenía la impresión de que mis escuálidos escritos se asemejaban a los frutos que produce el huerto ubicado en una lejana aldea enferma de sequía. A veces, al regreso del trabajo, descendía del microbús antes de lo habitual dirigiéndome al local del Centro Literario, donde atisbaba por la ventana entreabierta o la cerradura abierta la reunión que se efectuaba ahí. Quería saber cómo eran los intelectuales, tal vez deseaba verme retratado en alguno de ellos. Partía con decepción, yo no figuraba en el lote. Muchas cosas encontraba allí, pero no la carretilla en la que transportaba a pulso el concreto por un andamio hasta el segundo y tercer piso de la construcción mientras sudaba a mares, ni el grito del cuarteador «¡vamos, mierda!» cuando veía que yo flaqueaba, haciéndome reaccionar con esas palabrotas tal como un caballo después de recibir el latigazo.

Desde luego que no, un salón no se asemejará jamás a un gran edificio en construcción, a lo sumo puede tener como adorno algunos cuadros que cuelgan de sus paredes donde el artista pinceló músculos y sudores en el fondo de una mina o de un socavón.

Sentí amargura. «¡Qué voy a ser escritor!», me decía al observar la olla proletaria envuelta en papeles, transportadora diaria de la porción de charquicán, arroz o porotos, para el almuerzo en el trabajo. Traje, aspecto y olores de mi propiedad no tenían la más remota afinidad con el de los señores presentes.

«¡Qué voy a ser escritor!», repetía el eco en las distancias profun-

das del espíritu, hiriendo mis sentimientos. Tal experiencia dejó en el exilio al presunto escritor. Continué usando la plancha de costumbre, «Alamiro Moya, Peón Jornalero».

* * *

Tan sólo una vez en la vida había recibido una opinión ajena sobre aquellas contadas hojas manuscritas. Fue cuando se las pasé a Tejos, compañero de faenas, en quien reconocía una inteligencia extraordinaria. A los días después me las devuelve. «¿Qué tal?», le pregunto ansioso. «Muy bueno», confiesa, «escribes con una letra lindísima».

10

Desperté. Realmente no sé con exactitud si los percances del pasado los rememoré durmiendo o sucedió que durante la noche permanecí desvelado trayendo a la memoria aquellos recuerdos. Pongo atención, escucho que afuera llueve torrencialmente, me froto los ojos, podría ser alguna lluvia que tan sólo cae en mi cerebro. Pero no, es auténtica, entonces reflexiono buscando la fórmula de cómo detener el nuevo golpeteo que comenzó sobre mis sienes después de aquel lapso de bonanza, cuando decidiera recorrer el parque. «No debí de haberme levantado y salir», me reprocho ahora.

Abro bien los ojos, no logró darme cuenta en qué situación me encuentro, si estoy despierto o no. Tal vez fueron los estremecimientos con que me sacude la fiebre los que hicieron incorporarme en forma brusca, despertando. Siento que mi cabeza va a estallar, y ahí, como si no tuviera otra alternativa que no fuera dormir, delirar y despertar, permanezco una vez más sentado en la casa con ambas manos en la cabeza en un intento por sujetar las vibraciones que vienen desde las sienes.

De repente recuerdo que dentro del armario guardo unas botellas de vino. Prestamente voy allá, descorcho una, y, antes que recupere el don del razonamiento, ya casi la he vaciado por completo. Al cabo de algún tiempo embisto la segunda botella, instalándome en la mesa junto a una copa y colocando otra enfrente de mí.

«Salud, comadre», brindé, entonces. El sentido de soledad que sufría me hizo crear una compañera, que, inconscientemente después de la segunda copa, se transformó en mi propia vida; con ella empecé a dialogar para llenar el gran vacío. Con plena conciencia de que me infligía un autoengaño la traté superficialmente en principio, y, en algunos instantes, con cierta burla. Pero, a medida que las copas se vaciaban y volvían a llenarse, se fue transformando en auténtica acompañante que alternaba conmigo no sólo para consumir el vino.

«Cuando conocí a Marta, ¿qué aspecto me atrajo primeramente en ella, qué resorte movió para envolverme?»

«Nunguno especial, bastaron su cuerpo, las piernas, los senos...»

«Cierto, no podría negarlo. Antes que nada funcionó en mí el apetito sexual. ¿Y después?»

«Pero usted consulta demasiado y en el asunto trago no pasa nada...»

«Comadre, perdone mi falta de cariño. Acerque la copa, ¡salud!»

«¡Salud, compadre!»

«Al seco, comadre...»

«Compadre, yo respondo todo lo que usted quiera preguntar siempre que no eche al olvido los ofrecimientos. ¿Recuerda que a los varios días después de haberla conocido, y por lo demás sin concretar aún ninguna relación íntima de alcoba, dentro del cino al que asistieron para ver una película cualquiera que nunca llegaron a conocerle el nombre y a la cual le ignoraron completamente el tema, de pronto descubrió que además de piernas y senos Marta tenía algo que usted no supo definir en ese instante pero que le gustó?»

«A ver, a ver, ¿qué ocurrió ahí?»

«¿Marta, no sería mejor buscar hotel una vez que salgamos del cine?»

Escuché, muy levemente, que empezaba a sollozar. Inquirí con ternura qué pasaba. «Alamiro, contigo he forjado tantas ilusiones que tu propuesta me hace sufrir, confiaba en que tu amor sobrepasaba lo meramente carnal.»

«¿Recuerda, compadre, que el tercer dardo de conquista que le clavó Marta se dio a través del estómago y también su cariñosa preocupación por coser el infaltable botón de la camisa y plancharle la ropa, quehaceres que usted —para qué decirlo— pasaba por alto?»

«Sí, sí, caramba, cocinaba tan bien... Y lo del botoncito y lo otro no es mentira, tampoco.»

«A esas alturas no sólo era ya la mujer que sirve para la cama, el asunto llegaba más lejos, ella se transformó en su madre, una madre que, suele suceder, hace nacer el complejo de Edipo. He ahí que la madre por siempre tan añorada la encontró en Marta, con el ingrediente que sabía excitarle los deseos carnales en su grado máximo. ¿Escuché decirle salud?»

«No lo dije, pero estuve a punto. Con usted, comadre, uno no puede retrasarse en pronunciar tan dulces palabras.»

«Mejor así. Salud, compadre.»

«De veras. ¿Qué le hace el agua al pescado? A pesar de que resta tanta noche todavía, y vino tan poco...»

«Bueno, llene las copas, no finja que se quedará dormido.»

«Comadre, ha llegado el momento de aclarar muchas cosas... Y vamos no más al grano. ¿Hasta qué punto agradezco y hasta qué punto despotrico que usted me acompañara a todas partes, de uno a otro

confín, por siempre, incluso ahora para tomar un trago? Tú no supiste —y a estas alturas abandonemos el simulacro de tratarnos de usted y de compadres— darme el mundo que soñé en mis tiempos de muchacho, me defraudaste. Más aún, algunas veces concluyo en que me engañaste. Antes era feliz contigo, asumías el papel de una compañera ideal, tu curiosidad pasaba a ser la mía, asimismo aquel deslumbramiento que experimentabas al descubrir el mundo me pertenecía también en la misma medida. Compartíamos el dolor y la dicha, y frente a los acontecimientos reaccionábamos de igual modo. Y es ahí, justamente, donde comenzó nuestra discrepancia. En un mundo de hechos, la muerte se transforma en uno más. Por fortuna cada hecho genera una respuesta, no existe aquél que se declare huérfano de explicación y por ende desprovisto de una contrapartida que se oponga por principio a él. De ahí nace, y después crece en mí, la convicción de que la muerte no se presenta como un círculo cerrado y definitivo, incapaz de abrir un cauce por donde se estaría deslizándose la respuesta frente a ese hecho implacable y brutal que la aborta. Y la respuesta al hecho que configura la muerte no es otra que la resurrección carnal, una vuelta a la vida formando entre ambas —vida y muerte— un verdadero círculo, con la salvedad de que este círculo puede abrirse y cerrarse alternativamente.

Yo sabía que Marta vendría en el transcurso de la noche. Lo sabía desde siempre y por lo mismo la aguardaba. Muchas veces, escondida ella en las sombras, la había escuchado repetir «espérame en el mañana». Ese mañana se convertía en hoy, precisamente esta noche. De ahí mi conocimiento cabal de que ella aparecería de un momento a otro. Me alisé el cabello usando los dedos a manera de peineta, fui al lavatorio, me cepillé los dientes y me lavé la cara.

Retorné al cuarto y a la mesa.

Allí el reloj, más que marcar, golpea el tic tac de sus minutos golpeando de paso el tic tac que modula mi corazón. «¿Cuál reloj?», me pregunto de pronto, intrigado, no ignorando que normalmente dentro de mi cuarto no es el reloj quien señala la marcha del tiempo. Allí el tiempo tiende a marcarse por sí mismo con las luces y las sombras que vienen de afuera. Lo busco con la mirada a través de las murallas, estaba cierto que era uno de esos enormes relojes que cuelgan en los muros, la fuerza del tintineo lo demostraba. No lo encontré, «debe ser un nuevo fantasma, más jovial que los anteriores, se empeña en mostrarse como un reloj mural», sentencio dando término a la investigación pese a que el tic tac continuaba inalterable. Vuelvo la cabeza hacia las ventanas. En la búsqueda del reloj me cercioré que por los vidrios, en la parte exterior, se deslizaban una tras otra numerosas gotas de lluvia que iban a parar al madero del ventanal fundiéndose con él. «Pobrecitas», exclamé con ternura. «¿Y si Marta anduviera por ahí buscándome bajo la lluvia, muerta de frío y a ciegas como esas gotas?», me pregunto de improviso sintiendo un esca-

lofrío. «¿Cuánto falta para que llegue?», agregó con ansiedad. Una vez más trato de ubicar el misterioso reloj, ya olvidé por completo mis conclusiones de que se trataba de un fantasma. La mirada gira alucinada en un vano intento por descubrirlo. «Bueno, no importa, con reloj o sin él, ahora mismo o un poco más tarde, igual no más irrumpirá Marta. No hay motivo para alterarse. ¡Pero, cresta, ya debía de aparecer!», exclamó nervioso. «Tanto tiempo esperándola, y hoy, justo hoy, es el día de su reaparición. Si no fuera porque sé que estoy despierto creería que es un sueño... Para calmar los nervios voy a tomar un trago. Ah, no, porque cuando la bese encontrará el olor a vino y ahí sí que no me libro de su reproche. Iré a echarme otra cepillada de dientes, presiento que todavía queda algún resto de sabor huachaca en mi boca.»

En el sopor del sueño yo me levantaba y partía al baño, en la realidad mi cuerpo tiene que haberse movido en un vago intento por obedecer la orden cerebral, lo suficiente como para hacerme perder el equilibrio desde la posición en que permanecía, sentado, apoyada la cabeza sobre la mesa, y caer entonces estrepitosamente al piso.

Mucho más rápido que en cualquier oportunidad normal me puse de pie, y con los puños apretados, muy en guardia, esperé a que el enemigo atacara de nuevo. Es verdad que al primer golpe me lanzó de culo a tierra, pero fue a traición, ahora no podría repetirlo. «Yo calculaba que Marta no llegaría así no más de rompe y rasga, primeramente tengo que vencer a unos cuantos demonios. Pero no crean los huevones que si me botaron a la maleta cantarán victoria de buenas a primeras. Vengan, vengan, a ver si se la pueden conmigo... ¡Desgraciados! ¿Cachan? No aparecen, arrancaron los infelices. Han dejado el camino abierto y libre para que penetre Marta...»

Sentí un pequeño ruido afuera. O me pareció. En el apresuramiento por llegar cuanto antes a abrir la puerta tropecé cayendo de bruces, golpeándome boca y narices, y, en el rebote, las sienes. El choque fue brutal.

Quedé aturdido, o casi. La sangre comenzó a verterse sin interrupción sobre el piso. Las sombras de afuera, en ese instante, al penetrar por las ventanas desprovistas de cortinas hacían extraños juegos de figuras dentro de la habitación, y tuve la impresión de que me contemplaban con burlón mirar. Eran interminables caravanas que se desplazaban de uno a otro confín a través de saltos y contorsiones. Personajes deformes avanzaban y luego se detenían repentinamente, otros caían sobre ellos y les clavaban un puñal, luego se retiraban para dar paso a gigantescas aves de rapiña que al completar la faena emprendían el vuelo, y yo, atontado, las veía circular dentro del cuarto abriendo y cerrando las alas. Para donde giraban ellas giraba también mi vista, buscándolas. La sangre, en tanto, aún caía del rostro aunque ya atenuada su violencia de los primeros minutos. Justo en ese momento siento el repiqueteo de unos pasos...

«¡Marta!», grité con tantas ansias que me pareció romper el dique de contención que pone la piel en el cuerpo, al reventar salieron mis pellejos disparados en cualquier dirección impulsados por la bomba del grito que estalló en el interior.

«Marta...», repetí, ya sin aliento, consumidas todas las fuerzas.

11

Desde una nube vaporosa surge Rinaldo, baja y se instala a mi lado, «¿cómo estás?», pregunta, «¿qué tema te absorbe tanto? Pareces meditar en profundidad».

«Pensaba que en cuanto habite una casa me preocuparé de arreglar el jardín. Plantaré flores preciosas y las cuidaré con amor porque sé que más tarde o temprano por ahí aparecerá Marta. Todo, todo, lo prepararé para el momento en que ella llegue, a veces me intriga saber qué reacción experimentaré al verla, si acaso contendré las lágrimas y las risas, y cuál será el tono de mi voz, tal vez en ese instante ni pueda hablar quedando mudo de emoción. Y me cuestiono cómo surgirá ella, aunque prima la idea de verla aparecer radiante de alegría, hola, Nato, me dirá con naturalidad a manera de saludo como si la hubiese dejado de ver nada más que el día anterior.

Soy feliz de tan sólo pensar en el encuentro de ambos después de tanto tiempo. Y, créeme, es más factible este encuentro de ahora que el anterior cuando nos conocimos por primera vez porque en aquella oportunidad ambos tuvimos más escollos que sortear para que el destino nos pusiera uno al lado del otro, si incluso no nos conocíamos. En cambio actualmente ella sabe quién soy yo, por mi parte conozco su cuerpo y su alma más allá de mi propio cuerpo y alma. Sé que la quiero por sobre todas las cosas, y la certeza de que ella me adora es absoluta. ¿En esas condiciones, si los dos lo deseamos ardientemente, qué obstáculo habría que no fuese superable? Ni siquiera la muerte al dictar su fría sentencia dejando a mi Marta inerte por algún tiempo es capaz de imponerse a nosotros. No, el amor es más fuerte que cualquier dictamen, ella resucitará un día, muy pronto, y, venciendo al olvido, emergerá de la tierra sana y salva de la podredumbre y de cuanto termina por aniquilar al ser humano, y entonces vendrá hacia mí, sonriente.»

12

Por la Gran Avenida avanza una masa humana...

Un sol hermoso camina en los ojos brillantes de los peatones.

Allí, ahora, se forja el nacimiento de un mundo nuevo para nuevos seres, extraídos del mundo viejo con viejos seres.

Las gotas del sol, del viento, de la lluvia y de los hombres ya dejaron de caer sobre el anterior cántaro hecho de rostros adoloridos. Como en todas las cosas expuestas a sufrir vaivenes y que culminan en un final, cualquiera que fuese, también lo tuvo el cántaro: se quebró.

A partir de ese día, entonces, se comenzó a confeccionar un nuevo modelado con otra arcilla. En él cabrá tu alegría, la mía y la de tus hermanos, que son los míos porque en cierta época todos padecemos la sed. Y cuando rías estaré pensando tan tiernamente en ti que lo harás dentro de mí. Y tus hermanos se reirán tan alegremente que seré yo quien ría pensando en ellos.

Mientras, caminamos cantando y bailando en un corso que va desde Santiago hasta San Bernardo, por la Gran Avenida. El sol centellea posándose en las perlas cuando ellas se desbordan de los ojos empujadas por el llanto emotivo que produce la felicidad. Todo cambió, el pueblo no avanza agobiado por los acontecimientos, ahora allí se da la alegría, una alegría que nace espontánea de la vida misma y no del dolor ajeno como aquella que experimentaron quienes celebraron el triunfo de los golpistas.

Las guapas mujeres prenden claveles y rosas en su cabellera, y convierten sus labios en una excitante fuente que invita a beber.

Cantan y bailan...

¿Sabes dónde termina la ronda? ¿Acaso no ignoras dónde comienza?

Pasan vehículos y desde arriba arrojan chayas y serpentinas. También el sol del atardecer las reparte al fundirlas en sus tenues colores.

Antes que mi mirada cayera sobre tus cabellos, en ellos ya habían descendido las chayas, la serpentina y el sol.

Y, de pronto, entre las danzarinas surge Marta, luminosa, envuelta en un aura de felicidad.





Bar Chile

CARLOS DECAP

El poema no es nada más que la lectura que de él se hace: narración, descripción, puesta en escena.

C. Metz

El Nuria de Concepción

De nuevo en la ciudad lila
y en el Nuria de tantas películas.
Pero ya sin la bohemia penquista.
—Dónde los vinos de ayer
o estarán en el Por Chile
de Los Prisioneros?
Llueve sobre los vidrios del Nuria
y sobre el desolado paseo peatonal.
Después saldré a estas calles de Nadie.
A caminar la ciudad de mis poemas.
Afuera un vagabundo se trajina los bolsillos
y saca miserables monedas.

Carlos Decap Fernández es poeta, nacido en Mulchén (1958). Es profesor de Castellano, aunque no ejerce la profesión. Poemas suyos han aparecido en diversas revistas de Chile.

Uno siempre llega donde mismo
—me digo—, siempre queda algo
por decir que se olvida.
El vagabundo desaparece de mi vista.
Ya no conozco a nadie.
Me trajino los bolsillos
y me pierdo en la noche lila:
soy el fantasma que recorre
una ciudad fantasma.

El Cecil Bar

A Tomás Harris

Estoy en el Bar Florida,
es decir, en mi casa.
Escucho a Ella Fitzgerald
cantando a Cole Porter.
La soledad no es nada con ella,
como en el tiempo del Cecil
y Ella cantando y Louis tocando
la trompeta por allá por el 50 y tantos
cuando nosotros recién éramos un par
de espermatozoides que coleaban
en algún sueño de entonces.
Cuando Ella cantaba Tiernamente
o No puedes quitarme eso
que estoy sintiendo
en este Claro en Barmont,
donde Ella me recuerda
los fantasmas que somos
hablando de los malos vientos,
amándose desde el más allá
de caminar por la estación,
mirando desconocidos que se van
con alguno de nuestros sueños
junto a ese tren que sentimos partir
desde aquí donde se escribe,
corresponsal de guerra,
la historia que se hace todos los días.

Bar poesía

Estoy en Ningún Lugar
y voy a Ninguna Parte.
Escucho una vieja canción
de The Police mientras escribo
y miro unas tablas lustrosas
de negro como nuestro futuro.
Estoy esperando que suceda algo
como hace casi quince años.
Estoy perdiendo la Batalla del Ebr(i)o.
Este es el momento culminante.
Me fumo el último cigarro,
bebo la última copa.
Luego volveré a ser el anónimo
ciudadano de la locura.
Estoy en lo mismo de siempre:
escribo mientras afuera
la ciudad ensordece.

El Berri

Qué cambiado está París
canta Aznavour
mientras yo lo escucho
—en el Nuevo vasco
en Santiago de Chile—
recordando lo viejo
que está todo aquí.
Con el mismo antiguo
teléfono del Berri
sonando para nadie
y el reloj de pared
preguntando
a quién le interesa la hora.
Ya sin los amigos de entonces
—cuántos aviones y trenes
en la memoria— ni la rubia
ante ventana lluviosa.
O(h)Berritiago piano bar.
Se apaga la luz/ y el sol
de la juventud ya se ha ido.

America(n) Bar

En el America(n) Bar
la tierra rodaba por mi cabeza
mientras afuera
era el frío en el país de la poesía.
Los Andes se encrespaban de nieve.
(¿Soñé que la nieve ardía?).
Las nieves eternas que dijo el Papa
y a las que nunca llegó.
Para calentarme escribía.
Escribía en el América Bar.
América no es Estados Unidos.
Es una mujer chilena
a la que le desaparecieron un hijo
y los otros están en México.
América es un poema de Ginsberg.
Un lugar que está en mi imaginación
donde hago el amor con una geisha.
Para calentarme escribía.
Afuera, el Gran Frío, las Tinieblas.
La tierra rodando por mi cabeza
en el America(n) Bar.

Roland Bar

Hace dos noches que no duermo,
dos noches que no como.
Dice la Voz Gangosa
de cigarro y alcohol
como tango porteño.
En los muros hay banderas
de barcos de todo el mundo
y promesas escritas
que nunca se cumplirán.
Volveré. From, Miguel, Canadá, 85.
Se escucha un viejo rock del viejo Elvis.
Marinos yanquis bailan desafortadamente,
mientras beben wiskis arreglados.
Todo esto a las tres de la tarde
como si fuera madrugada
en el país de la poesía.

Al otro día de tu partida

A Mauro

Las calles están mojadas.
Una lluvia primaveral
se ha dejado caer
sobre Santiago de Chile.
Estoy de nuevo en El Solitario
—más solo que nunca—
y te imagino mirando
en otras ventanas
el mismo vacío.
Tu partida fue triste
—toda despedida lo es.
Tal vez la misma de muchos
aeropuertos del mundo.
Una fotografía para recordar
cuando de nuevo estemos juntos.

El solitario

Un último poema ilumina las cosas del ojo.
Todavía en El Solitario.
Mirando una mujer sentada
en un banco del parque.
Imaginando sueños eróticos.
No sé si en realidad era bella
pero sus ojos eran tan azules
como Nemesio imaginó
las aguas del Mapocho.
Mañana sí. Ahora está la tevé
y sus uniformados héroes.
Pasan autos, motos pasan
y cuesta mirarla.
Los semáforos cambian
sucesivamente de colores.
Dejo de escribir.
Ya no está sola.

Todavía en El Solitario.
Descubro mi rostro en la ventana.
Fuma, mira y escribe.
Ya no sabe si la mujer está sola.
Aunque en la ventana su rostro
cruza la calle y llega hasta el Mapocho.
Los semáforos cambian
sucesivamente de colores.
Se acabaron las noticias de la tevé
y ahora, como no, la carta sinóptica.
En Temuco mi clandestino hermano
tuvo un tibia luna roja
y como corresponde nubes grises.
Aquí sólo Nemesio y yo
imaginamos azul las aguas del Mapocho.
Pasan micros vacías.
Los semáforos ya pestañean sólo el rojo.

Todavía en El Solitario.
La mujer ha desaparecido de mi vista.
Ahora sólo las luces de los autos
y el rojo de los semáforos.
Todos pasan hacia alguna parte
tras mi rostro en la ventana,
mientras fuma, mira y escribe.
El banco del parque está vacío.
Entran nuevos parroquianos al bar,
mientras monumentales pin up
nos miran desde sus muros.
Como mi rostro hacia el Mapocho
imaginando con Nemesio
sus aguas azules,
mientras escribe el último poema
del Asunto de ojos.

Poemas

GUIDO DECAP

Luz nocturna de enero en los cerros de Ibiza

La luz de enero se fue al naufragio definitivamente,
 piedras, artefactos, guijarros,
 en una noche con una luna de apenas,
 luz de velas temblando,
 los ladridos, el viento frío,
 un rumor como del fin del mundo,
 y mucha tristeza desmadejada en los entresijos del alma;
 subo con el perro negro la falda del cerro,
 los matorrales, las piedras desteñidas de tanto tiempo
 y lluvia y yo sin saber qué camino cruzar.
 Hay senderos ininteligibles
 que reptan insinuándose;
 cuánto cansancio,
 cuánto sueño como para no despertar
 y dormir parado, como los caballos
 extenuados de pie durmiendo el olvido,

Guido Decap Carrasco (1951), nació en Los Angeles, Chile. Es médico y poeta, y vive en la actualidad en Madrid, España. Los textos que publicamos pertenecen al libro *Paisaje con fiordos*, que debe aparecer en Santiago a fines del presente año.

la luz de enero
desbridando en hilachas nocturnas
toda la ausencia
el peso de la noche
la tibieza del paso apretado
cerro arriba subiendo los pies y su ascenso
entre los pedruscos secos, volúmenes de roca
el jadeo de mi respiración,
cómo late el pecho
no quiero corazón ninguno que palpite en esta noche,
en esta luz de enero que apenas
que es nada, apenas
dos o tres briznas
de estela de polvo
un poco de hierba que agoniza sosteniéndose líquen
entremedio de las grietas,
un sueño profundo,
el pasto seco, las piedras ocre,
el pasto húmedo, los arbustos
la sequedad y la humedad en su contradicción, juntas
la luz de pena,
esta pálida luz de enero que apenas alumbra
la palidez de mis dedos y el latido porfiado.
El perro negro husmea
se agita mientras corre olfateando entre los matorrales
confundiéndose con la noche
sin emitir sonido más que el de su sombra
y de pronto gime
y grita su silueta frotada en la flora
salta piedras y zumba un espectro
y emerge una sombra que se vuelve a perder
en el bosque, en la luz pétrea y pálida
luz de enero
luz que apenas es luz
sin chispas
sin destellos ni relámpagos ni lumbre
una luz miserable que detesto
y que ni siquiera alumbra mis mejillas,
ni mis dedos húmedos
enero y su luz inexistente, entre los matorrales
y los pinos mediterráneos,
los espinos que ni detienen erosión
ni ocultan piedras
ni anidan ninguna luz
entre los cerros de Ibiza
el rumor del mar lejos, tragándose la noche etrusca

y la luz de enero, miserable
despojo de otros planetas
y de otros tiempos
visigóticos, griegos, fenicios.
El perro negro vuelve a la carga
corre agitado y sereno al mismo tiempo,
levanta una excitación acorde con la calma
y al unísono alerta,
entre las piedras
perdido y yo perdido,
al miedo lo reprimo, pero estoy perdido,
con esta sequedad de alma,
y esta opacidad de espíritu
mi mente perturbada y la inteligencia bailando
enloquecida como la espiral rota de la cuerda de acero
de un juguete muerto
sin responder,
porque no hay ni un rayito de luz,
y porque la luna ha desaparecido
tras la nube negra
ni una rayita de luz en esta sombra enera.
Tampoco hay esperanza:
sin luz no hay esperanza,
sólo espera
una sola larga espera.
Por suerte tengo al perro negro
que sube y baja acarreando rumores y espíritus,
va y viene trayendo vestigios de noche,
puñados de tiempo
hebras de espuma diurna
en un trajín incesante,
miedo y resolución de movimientos
los músculos vivos,
el perro negro conquistando la noche
trayéndome hilachas de almas que penan por el bosque
almas muertas y relucientes de humedad y limpieza,
el perro negro resuella vidas
y de pronto gime, lanza un aullido
llora al viento oscuro
la imperdonable ausencia
de la luz de enero.

La Fiesta

A Charly García

Uno:

Hoy es domingo, apenas puedo escribir, la locura está desatada en esta madrugada bruja en donde es duro sobrevivir, porque el tiempo ya nos ha vuelto desconfiados y todo tiene que reinventarse y los antiguos trópicos volver a expandir su fruta de madres extenuadas.

Aquí viene llegando la lujuria, ha podido por fin rendirse la brújula, los puntos cardinales desencontrados, desperdigados, última calaña, arañazos totales cruza rostros tapa rastros, anteriores tiempos mezcalínicos, mesalinas, magos, diáspora agridulce, sabia, savia, geometrías.

Hay una agua indistinguible, una frontera indescifrable, se acabó para siempre la distinción que separa el día de la noche. Ya está amaneciendo y sin embargo de eso hace ya mucho tiempo. Están cantando los pájaros, la fiesta desbordada repleta de naufragios estelares, de huellas nocturnas, lo inextricable, el inencontrable lugar del amor perdido, cómo explicarte mi vida si de pronto no entiendes por qué te recitan esos versos rescatados de una memoria inexpugnable y recóndita, si lo único que sostiene alguna certeza en la ausencia es esta escritura, maravilla melancólica que apenas puede nacer.

La brujería hace todo aún más intrincado, pero las jóvenes siguen llevando boinas y blusas transparentes declamando un delirio de tibios pezones color esperanza.

Dos:

El viernes ya ni me acuerdo qué sucedió, sólo sé que caía del cielo agua de celestes y llovían luciérnagas del tiempo al tiempo de una alucinación, era un vuelo en donde no supe distinguir la música de la luz. Oí una voz de registro bajo anunciando: el mezcal será volcado hasta el amanecer.

Me apena la escritura, es un ejercicio tremendamente agotador y fugaz que vuelve a desembocar en la contradicción, penetrando lo íntimo, desvelando el secreto que me tienes rodeado de ti, la lapicera negra, tu perfume vacío de armani, no bombardeen

Buenos Aires, quiero sentirme bien, pero tengo hambre mientras los obreros construyen cualquier barrio norte y yo navego entre la mezcalina de tibieza sirena. No bombardeen Buenos Aires ni trastoquen más su geometría, por favor.

Las luciérnagas suspendieron su lluvia fina, es la hora del encierro, sobre el pasto verde entre los árboles de la avenida la banda pasa callada, la soledad irrumpió y tú también estabas verde y puedo morir haciéndote el amor, pero me voy al mezcal del origen, a la alborada y amanecer rosa, la cicatriz del alma, amanecer alucinado con la lapicera negra entre los dedos, la pluma dorada apuntando al papel blanco, viene el encierro galopando los pobres toros futuros muertos sangrantes sobre la arena, y tu salvajez cautivada en el templo de Luxor, tu latido primordial colgando exhausto en los jardines de Babilonia, tu corazón de musa atravesado allí, donde los leones perdieron absolutamente toda su hermosura y la belleza devino repentinamente locura y amanecida delirante, porque la alegría no son sólo las ideas, sino que viaja envuelta en un manto y corre en zapatillas blancas sobre los adoquines y escapa a las cornadas limpias lanzadas por los toros a tu espalda y que solamente razgan la atmósfera transparente de la mañana, sin alcanzarte y sólo queda el brillo de la piedra, el callejón de luz, el destello de las tejas húmedas.

Sueño

Un ruido me despertó y me levanté durmiendo. Todo estaba en calma menos un sonido, un murmullo casi con textura de humedad de ojos perplejos, ojos perdidos.

Allí estaban Benjamín, sentado en el suelo, sobre una alfombra vieja que cubría el pasillo, iluminado tibiamente por una luz débil colgada del techo, una lámpara que derramaba un círculo amarillo demarcado por una pantalla.

Allí estaba, sentado en el suelo comiéndose su propia carne. Sí, tal como lo lees: estaba sentado en el suelo comiéndose su propia propia carne.

Tenía un aire ausente, una mirada de dolor perdida en las paredes y una actitud resignada como la de un hombre ya maduro, un gesto estoico ante lo inevitable mientras masticaba, con los ojos húmedos, la carne de su propia pierna.

—Pero qué haces Benjamín, le pregunté, entre aterrado y aterido; y continué por el pasillo, pasando junto a él que me miraba con sus ojos sabios, mientras comía de su pierna.

Me dirigí hacia el baño, consternado, asombrado, enmudecido de terror y de tristeza. Debe ser un sueño, me dije para autotranquilizarme, un mal sueño, una pesadilla. Bebí un poco de agua que me hizo vomitar; pero el vómito y la náusea me aliviaron. Me miré al espejo y el pequeño espejo me habló de imágenes horribles: párpados hinchados, mejillas horadadas por la duda, arruguitas en la frente y unos incalculables ojos que taladraban inútilmente el vacío. Reconocí en esa mirada la misma tristeza infinita de unos ojos de perro, lagunas que miran como de caballo que contempla atónito la muerte, y los ojos me aterrizaron de pronto hacia mi visión delirante del pasillo.

—Benjamín, ¡oh! mi Benjamín..., musité bajito, susurré amorosamente, casi con dolor y miré por el hueco de la puerta hacia lo oscuro.

Prescindí de mi cara en el espejo y deshice los nocturnos pasos, sigilosamente hacia el pasillo, y allí estaba otra vez la luz tenue, amarilla y débil; claridad opaca y frágil y sin embargo condescendiente con toda la pobreza que en ese lugar había. No podría haber habido otro tipo de alumbrado en esa casa con paredes de madera y piso cubierto por una alfombra desteñida. Todo emanaba el cansancio de lo próximo a la muerte; el silencio, esa luz, la hora insólita de esa noche.

Avancé, crucé una habitación a oscuras, desemboqué en el vestíbulo y allí, al otro lado de la puerta abierta, otra vez ese pasillo con su tapiz raído y la pantalla un poco sucia colgando del techo desparramando esa claridad de ensueño.

Evidentemente no era un sueño. Tampoco se trataba de una imagen afiebrada, porque ahí continuaba Benjamín sentado en el suelo, bajo el círculo de la luz color de calabaza, una pierna amputada en la rodilla, los ojos cansadísimos de perro hundido, el rostro delicado sometido a un largo viaje, el tronco erguido, la cabeza girada tenuemente, mirándome sin verme; como si nada ni nadie pudiera ya cambiar nada. La decisión irrevocable como un destino sin remedio, una decisión de miedo, de fatalidad.

Ahora se abría delicadamente el vientre, sin dolor, sólo con cansancio. Sus manos pequeñas y rosadas, los dedos nuevos, las uñas duras, cortas y brillantes buscaban vísceras dentro del abdomen. Un líquido sanguíneo manaba desde el centro de la

herida abierta, pero sin afectar al gesto, ni la lucidez, ni el desengaño. Sacó delicadamente un trozo de hígado y comenzó a comer, sin deseo, pero con determinación y ganas de olvido.

Me paralizó de horror y de dolor la escena. Se me contrajo el alma y venciendo la piedra en la garganta sólo atiné a musitar: —Pero, Benjamín, ¿qué haces, Benjamín? ¿Por qué lo haces?

Me miró profundamente pero con ausencia. El vientre abierto, la sangre manando mansamente, los ojos tan tristes; un pedazo de su hígado en la mano y otro trozo colgando de su boca.

Era como estar cayendo por un precipicio eternamente. Un despeñarse por el miedo, por la angustia, por el terror de la existencia y sin tocar jamás el fondo. No podía resistirlo y Benjamín tan lejos y a mi lado comiéndose a sí mismo.

—¡Oh! mi Benjamín, susurré en un sollozo. Debe ser un sueño. Y continué mis pasos hacia el otro lado del pasillo. Al fondo, el dormitorio. Ahí estabas tú, durmiendo. Afortunada tú que atravesabas la noche descansando, sin saber que Benjamín, en ese instante, estaba devorándose a sí mismo. Contemplé tu rostro sumergido en la almohada, la silueta de tu cuerpo cubierto por las sábanas, tu inocencia de sueño y desengaño. Respirabas acompasadamente; el reposo profundo te protegía.

Tiene que ser una horrible e inhumana pesadilla. Esto es espantoso. Demasiado horror para ser verdad. ¡Oh! Benjamín, por qué te destrozas y luego te desgarras comiéndote a ti mismo. No puede ser cierto; esto es un mal sueño, un error. Una venganza de Dios, una trampa odiosa del destino. Nadie puede devorarse a sí mismo. Ningún padre puede soñar con su propio hijo masticándose, comiéndose a sí mismo..., sollocé con un dolor de muerte.

Di unos pasos por la habitación a oscuras; miré el reloj sobre el velador; recogí algo del suelo; me acaricié el rostro y respiré profundo... afuera el silencio trabajaba incansablemente hasta agotarse y dentro de la casa ese murmullo líquido, ese manar de la tristeza, de la carne, de la sangre, esas heridas abiertas, el inexorable masticar de las mandíbulas triturándome la vida. Benjamín, bajo la luz amarilla de la lámpara, sentado en el pasillo estaba envejeciendo.

Ese murmullo de arroyo, ese rumor de rumiante me desmentía el sueño. —No puede ser, dije calladamente volviendo hacia el

pasillo. Quería desmentir la pesadilla, despertar del horror y sumergirme en fuego.

Pero Benjamín estaba allí, las vísceras desparramadas por el suelo, la piel confundida con la luz, la palidez de la muerte enredada en sus cabellos, la claridad de sus ojos dirigida hacia su pecho mientras sus pequeñas manos fracturaban suavemente los huesos, separando las costillas y ahora horadándose cansadamente el tórax. Apareció el corazón latiendo, el rosado pálido de los pulmones mientras la sangre manaba tibiamente.

Sintió los pasos y me miró infinitamente.

—Ya casi no me queda nada, me dijo en un susurro...

—Vete, cuando me coma el corazón, entonces moriré. ¡Y no creas que me muero porque me he comido, porque me he autodesangrado! Muero de tristeza, de pena, me muero de amor y lejanía.





18. 10. 1908

MARCELO MENDOZA

Retrato hablado de un sabueso

Es frío de sangre y piel.

Tranquilo. Cuidadoso de sus palabras. Muchos sostienen que es un analista de Inteligencia, que ha recibido cursos y que está cabalmente preparado en esa dirección.

Mira a la cara fijo.

Aseguran que se dice a sí mismo católico, que es un buen conocedor de materias de Iglesia. Se viste de gris, también usa tonos azules, es más bien feo, bajo, un tanto gordo, pelo castaño, pera corta. Los anteojos intenta no sacárselos nunca.

«Da la impresión de que no le gustara nada más que aquello que hace, aunque yo pienso que es una persona culta», dijo alguien que lo conoce bien. «Es un fanático», dicen otros. Le gusta que le digan «mi coronel» —el año pasado lo ascendieron y se rumorea que el próximo año será brigadier general—, en su defecto, «Su señoría». Otros lo nombran «El sabueso».

Dicen que no es un tipo agradable, que es despectivo, que se siente seguro y consciente de su poder: «Es que debe ser una de las personas que hoy tiene más poder en el país. Sus atribuciones son ilimitadas para investigar los procesos más importantes que se llevan por la Ley Antiterrorista. Es el investigador del atentado al presidente, el que persigue al Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR). Yo creo que hoy tiene tanto poder como la CNI, Dinacos y el procurador de la República. Se les compara». Eso dijo el abogado defensor de un reo en uno de sus procesos.

Anda con cinco guardaespaldas para arriba y para abajo.

El fiscal estudió abogacía en la Universidad de Chile desde fines de los 50 hasta 1965, aproximadamente, pero sólo se tituló el 27 de mayo de 1974. Su memoria versó sobre, cómo no, *La jerarquía militar*. Al día siguiente de su titulación, Juan Fernando Torres Silva se inscribió en el Colegio de Abogados, pero —como constató explícitamente en «Observaciones»— solicitó «que para todos los efectos se me otorguen certificados por el nombre de Fernando Torres Silva». Así desechó el Juan, que hoy nadie conoce.

Se sabe que ya en tiempos de la Unidad popular —antes de hacer su memoria— trabajaba en la Justicia Militar. Después del golpe, integró los Consejos de Guerra. De ahí entró a trabajar directamente en el gobierno: como asesor presidencial y como jefe de la Secretaría de Legislación del Diego Portales. Hoy todavía, según se dice, llega a las 7 de la mañana a su oficina del piso 10 de ese edificio. A La Moneda va por lo menos una vez a la semana.

Su mejor amigo, en lo profesional, es el auditor general del Ejército, el comandante Enrique Ibarra. Su equipo profesional es vasto: afirman que la infraestructura que montó en la fiscalía no se compara con la de ningún otro tribunal del país. Se trajo abogados de otras dependencias militares y sus subalternos son hartos. Su equipo directo lo conforman el mayor Francisco Bagghetti —para el caso atentado—, el

capitán Ricardo Latorre —para el caso Vicaría y arsenales— y el capitán Carlos Troncoso —caso secuestro—, que lo subrogó para la luna de miel de Torres y esposa.

Le encanta la música relajada, clásica (oye las radios Beethoven, Universidad de Chile y Andrés Bello), gusta de comer bien y practicar el tenis. Su oficina no se compadece con el resto de las dependencias de fiscalía: no es lúgubre (a pesar de que en la puerta hay carteles que señalan «Área restringida» y «Prohibida la entrada»).

El 15 de octubre pasado, ante una petición de ciertos informes que le hacía la Corte de San Miguel, el coronel Torres, tras responder lo que la Corte le precisaba, introdujo en el último párrafo de su contestación un ingrediente inédito en este tipo de escritos: «Sin perjuicio de lo anterior», anotó, «se hace presente a Usía Ilustrísima que los fiscales militares, al igual que el resto de los magistrados de los tribunales del país, merecen el tratamiento de *señorías*, según dispone el artículo 92 del Código de Justicia Militar».

Cierto. A Torres la Corte de San Miguel sólo lo había tratado de «fiscal». Y esto era un trato muy desigual.

Desde que Su Señoría Fernando Torres Silva comenzó a aparecer majaderamente todos los días en los noticiarios televisivos —es decir, desde que en mayo del año pasado se le nombró fiscal militar ad-hoc para el caso del asalto de la panadería Lautaro—, *El sabueso* se ha perfilado como poderoso. El no lo oculta. Lo dice a cada rato: siempre se está ubicando a importantes individuos, las diligencias siempre dan en el clavo.

Extraño perfil el del fiscal. Seguramente la impresión mayoritaria que de él se tiene no es la de un perfil flácido, plácido, asequible, simpático, menos hermoso. Más bien la impresión es la de un tipo grave, muy serio, frío, poderoso, un perfil absolutamente dispuesto a acabar con todo lo que haya que acabar.

Así ha hecho con el secuestrado coronel Carlos Carreño: todavía lo tiene en el Hospital Militar, lo ha interrogado ya tres veces (cada interrogatorio ha sobrepasado las tres horas) y cuando un periodista le preguntó si lo seguiría interrogando, el fiscal no dudó en decir:

«Creo que por una cuarta, una quinta y hasta una vigésima vez.» Así ha hecho con Karin Eitel (procesada por el mismo caso secuestro, a quien mantuvo veinte días incomunicada y luego la aisló del resto de las reas), de la que, al insistírsele sobre versiones que indicaban que tenía lesiones de mediana gravedad, no se inmutó en señalar: «Doña Karin Eitel está mejor que ustedes y que yo.» Tiempo después, Karin Eitel apareció en Televisión Nacional, para todo Chile, en un vídeo de un interrogatorio que le practicó la CNI: su cara era patética, su voz tenue, sus ojos (pintados para la ocasión) constataban sufrimiento.

El trabajo del coronel Torres ha sido ineludible. Su objetivo es y será el FPMR. Uno de sus reos (por el proceso *atentado*) es el médico Vasily Carrillo. Este le declaró a un periodista: «Llegué a la Cárcel Pública el 14 de noviembre por orden del fiscal Torres. Debido a que aún no podía caminar, me ingresaron a la enfermería en calidad de incomunicado. Allí permanecí unos quince días sin poder caminar. Durante ese período el fiscal militar negó mi situación: no me permitió que me visitaran funcionarios de la Cruz Roja y del Instituto Médico Legal. Luego me llevaron a una celda donde cumplí treinta y dos días incomunicado. Después fui aislado sin derecho a tomar aire fresco. Hasta hoy día permanezco en esas condiciones. No se me permiten visitas de abogados que no sean los míos. Permanezco todo el día absolutamente solo, encerrado en una galería. En la Fiscalía Militar dicen que es cosa de la Gendarmería y acá dicen que esto se debe a órdenes del fiscal militar.»

Carrillo, según dicen, ha sido un reo difícil para Torres. En los interrogatorios, increpa al fiscal y se niega a responderle. Cuando el coronel ad hoc le dice que se siente, Carrillo no lo hace, y, por el contrario, vocifera palabras gruesas.

Pocas veces se lo ha visto sin anteojos a Torres. «El fiscal sin lentes es otra persona, no parece ser lo que es», comentó un funcionario que ha tratado reiteradas veces con él. De su vida privada, *El sabueso* se ha preocupado de no dejar que la información se filtre. Se debe que nació un día 3 de julio, pero se ignora dónde y en qué año. Incluso dos personas, que aseguraron

conocerlo relativamente bien, dijeron cosas distintas. Uno indicó que su edad precisa es de 46 años, y el otro señaló que «con certeza no tiene menos de 51». Un ex compañero de universidad dice que «apenas lo recuerdo, pero sé que estuvo conmigo en varios cursos. Allí pasó sin pena ni gloria. Era un estudiante del montón. Sé que era muy amigo de otro compañero: Guillermo Sanhueza, que hoy trabaja en Gendarmería. Incluso después fueron compañeros. Sanhueza era simpatizante de la Democracia Cristiana. Torres no sé. Era bastante comecuras, creo que radical de derecha. No hablaba bien de la Iglesia, creía en la educación laica. Yo lo recordé sólo ahora, desde que empezó a aparecer. Incluso así me costó acordarme; es que, creo, era de esas figuras que pasan y nadie se da cuenta que pasaron». Otro ex compañero de curso del fiscal no sabía siquiera que lo había sido. Cuando se le señala que sí, que su nombre figura como uno de los ex, trata de recordar pero no. No lo recuerda.

Se sabe que Fernando Torres contrajo vínculos recientemente. Pero también se sabe que ésta es la segunda vez. Con su primera esposa anularon. Su actual mujer se llama Mariela Castillo; el caso rio se efectuó el 30 de octubre pasado y en el mismo Club Militar de sus amores. La novia lució un rimbombante sombrero para el evento y, luego del hecho, la consabida luna de miel se llevó a cabo en la sureña localidad de Pucón.

No es fácil perfilar al fiscal. Un abogado que ha conversado largo con él — «claro que solamente por razones profesionales» — dice que Torres «tiene la formación de oficial de Inteligencia. Es un interrogador exhaustivo y tiene un método de trabajo propio de un uniformado de Inteligencia: va relacionando toda la información. Hace muy bien su trabajo. Su principal característica es que se sabe mover muy bien: es capaz de desdoblarse en diferentes personalidades. Puede pasar por un caballero, finísimo, juna dama!, y a los dos minutos puede ser bastante más rústico con otra persona. En todo caso, conmigo ha sido cordial. Es obsesivo con el trabajo: puede hacerlo sábado, domingo, hasta las dos de la mañana. Entre abogado y militar, no cabe duda, es mucho más

militar que abogado. Ahora, como abogado sabe lo suficiente como para poder buscar resquicios».

Otro colega, que participó durante gran tiempo en puestos importantes del gobierno actual, cree que él ya no busca resquicios, sino que «se acomoda al cauce legal para excederlo». Señala: «Cuando yo lo conocí en el edificio Diego Portales era otra persona, o parecía serlo. Era muy serio, estudioso, tranquilo, muy respetuoso. Pero de repente dejó de serlo. Cuando lo nombraron fiscal ad hoc y lo empezamos a ver como figura pública, cosa que nunca lo había sido, yo pensé: "A éste lo cambiaron". Si me hubieran preguntado antes, yo hubiera dicho que era un excelente tipo, muy acucioso.»

— ¿Y qué hacía en él Diego Portales?

— Trabajaba tan modestamente que no tengo idea qué hizo en concreto. Sí sé que la Secretaría de Legislación quedó a su cargo. Y todas las leyes del país pasaban por él, lo que hacía con mucha modestia. Creo que hoy se maneja inteligentemente dentro de sus facultades y por eso está produciendo un clima de inseguridad a nivel nacional que aterra. El otro día lo vi: iba en tenida deportiva, sonriente, a jugar tenis. No recuerdo qué había pasado en la mañana, pero era algo terrible relacionado con alguno de sus casos, y por eso su sonrisa y su tenis me parecieron lapidarios. Este ex funcionario gubernamental — que por razones obvias pidió no ser identificado — asegura que Torres tiene una relación inmediata con Pinochet: «El tiene una estrecha relación con el general, pero sobre todo con su esposa Lucía. Pinochet lo admira mucho y, por otra parte, el fiscal se declara antes que nada incondicional pinochetista.»

Otro abogado, que además es académico y que ha tenido contacto (ahora) con el fiscal, reiteró: «Pinochet le tiene una gran admiración. Es que es el único militar realmente victorioso del régimen». La impresión que tiene de Torres no difiere de otras: «Es un tipo con la sangre fría. Y es tremendamente irónico. La típica persona que si fuera pimonista a uno le gustaría enfrentar. Es capaz, astuto. Debe ser un excelente jugador de póker».

(De Apsi)

ORLANDO MILLAS

El «abogado del Partido Comunista»

En su casa de la avenida Seminario 244 se realizaron entrevistas clandestinas determinantes de un viraje profundo en la política chilena. Estaba en vigencia la Ley Maldita y seguía siendo presidente González Videla. Al comienzo de la ola represiva, en 1949, esa casa había sido allanada y Jorge Jiles Pizarro fue detenido y relegado a Chaitén. Cuando las luchas del pueblo llegaron a debilitar el imperio de las normas persecutorias, sin tardanza comenzó la reconstrucción de la izquierda chilena. Y en ese proceso el hogar de Jorge Jiles y Elena Caffarena prestó su alero. Sobre el cauce nuevo que trabajosa y decididamente fue siendo abierto se proyectaban las luchas de masas que hicieron cerrar el campo de concentración de Pisagua, las movilizaciones callejeras de Santiago contra el alza de tarifas de las micros y las huelgas que en oleadas derribaron el gabinete de «concentración nacional». El Partido Comunista de Chile trazó la línea que iría conduciendo a la Unidad Popular. Los primeros pasos de la aplicación de esta política se dieron en distintos lugares y revistieron diversas formas; pero, aquello que implicaba la intervención personal del propio secretario general del Partido, Galo González, era en esos momentos sumamente delicado y se optó por realizarlo en colaboración con Jiles.

Este hecho es uno de los tantos, de los tantísimos, que en el curso de medio siglo tuvieron lugar, un gran número de ellos públicos y notorios y muchos más que se desarrollaron delibera-

mente sin ostentación, sobre todo en los años de prueba del Partido Comunista de Chile, que atestiguan de qué manera Jorge Jiles Pizarro fue figura muy singular de su época y hombre que a sus muchas cualidades agregaba la de contar con una confianza a toda prueba de sus compañeros de partido. Quedaron atrás episodios amargos de momentánea incompreensión.

Recuerdo tantas entrevistas en que acompañé a Galo, desarrolladas en aquella hospitalaria residencia de la avenida Seminario. Allí estuvieron Luis Bossay y otros prohombres radicales que no lograban asimilar la nueva situación política derivada de la traición de González Videla pero con los cuales se concertaron acuerdos coyunturales importantes. Sin embargo, las que más abundaron fueron entrevistas con socialistas. Raúl Ampuero era reticente y no vencía determinados prejuicios, a pesar de lo cual se estableció con él una relación amistosa al abordar grandes asuntos de la vida nacional. Salvador Allende ya tenía muy clara la película, con una orientación de principios. Habitualmente cambiábamos ideas en la mañana los dirigentes comunistas y él o los aliados que habíamos invitado. A medio día llegaban los dueños de casa y el almuerzo, con su participación, permitía ver desde un nuevo ángulo las cuestiones que discutíamos. Doña Elena no fue nunca militante, siempre prefirió dedicarse por entero a dos grandes esferas: la de los asuntos jurídicos en relación a los derechos individuales y sociales, y

Orlando Millas es dirigente del Partido Comunista de Chile. Publicó recientemente el libro *De O'Higgins a Allende (Páginas de la Historia de Chile)*.

la de la emancipación femenina, y precisamente siempre ilustraba con apreciaciones certeras lo que incidía en tales preocupaciones. Jorge Jiles, con un señorío basado en la cultura y la calidad humana, daba argumentos de peso. Nunca nos concertábamos con ellos de antemano. Las conversaciones de esos almuerzos eran absolutamente espontáneas y en estas condiciones desempeñaron siempre un papel fundamental debido, lisa y llanamente, a la penetración muy profunda de Jorge y doña Elena con la perspectiva que el Partido estaba proponiendo para Chile.

Otro lugar en que muchos alternamos con él fue su oficina de abogado, para llegar a la cual había que tomar el ascensor a la entrada en la esquina de Ahumada y Huérfanos de los pasajes que cortan interiormente esa manzana cercana a la plaza de Armas. En la mampara al pasillo figuraban los nombres de los abogados: Elena Caffarena, Jorge Jiles y, desde determinado momento, ascendió a figurar también Alejandro Pérez Arancibia, que inicialmente comenzó como su procurador cuando estudiaba Leyes. El conjunto de ese estudio forense abarcaba tres oficinas y un hall, con sus paredes cubiertas en gran parte por los estantes con libros. Naturalmente, llegaban allí numerosos clientes, los cuales estaban interesados en asuntos prosaicos de carácter patrimonial o personal. Ello no obstaba para que siempre, sin excepción, a toda hora, abundásemos también los comunistas que recibíamos atención absolutamente gratuita para superar uno u otro proceso promovido por los gobiernos de turno. En algunas ocasiones, cuando se trataba de un problema de magnitud, se hacía una reunión de consulta a la que venían también otros abogados. Sólo en los dos o tres años anteriores a la muerte de Jorge se distribuyó el trabajo orgánicamente por la Comisión de Abogados comunistas y se descargó un poco el peso abrumador que siempre se resignaron con alegría a soportar Jorge Jiles y Elena Caffarena. A pesar de todo, continuó recayendo sobre ellos demasiado quehacer y jamás se rechazó a alguno de los miles de compañeros que al sufrir un percance acudían para que se les protegiese.

Cuando era notorio que la audiencia se convertía en casi multitudinaria, Jorge nunca lo tomaba a mal y se limitaba a comentar, sonriente y trasluciendo satisfacción: —Bueno, esto de ser considerado, por los compañeros y también como opinión general, «el abogado del Partido Comunista», no sólo es un gran honor...

La distribución del trabajo funcionaba armónicamente y cada cual tomaba su tarea en esa oficina de abogados. Los engorrosos trámites procesales en los juzgados civiles y del crimen, el ajeteo más agotador y la disposición oportuna para esgrimir de inmediato el recurso de defensa que salvaba la situación, estaban a cargo de Alejandro Pérez. La preparación de los enjundiosos escritos con argumentaciones de fondo generalmente corría por cuenta de doña Elena. En cuanto a Jorge, era el estratega, el que dirigía las operaciones, no dejando de atender también mucho trabajo práctico. Cada tarde iba a lo que denominaba sus «canchas», o sea, el Palacio de los Tribunales, al que entraba normalmente por el acceso de calle Bandera.

El inmenso patio interior o hall de los Tribunales, con sus dos alas de más de cuarenta metros de extensión cada una, tuvo por varios decenios a Jorge Jiles como uno de sus personajes característicos. Se le respetaba por tirios y troyanos. Todos intercambiaban impresiones con él. Parecía no apresurarse, pero se desplazaba rápidamente de la sala de abogados a las oficinas de los receptores y al examen de los paneles en que la secretaría de cada una de las salas de la Corte de Apelaciones anunciaba sus asuntos en tabla. Estudiaba expedientes, efectuaba diligencias, se entrevistaba con ministros sumariantes y con actuarios y en el momento oportuno entraba a alegar determinadas causas. Se decía que los ministros estaban muy despiertos cuando el abogado que tenían ante sí era Jorge Jiles, expositor concreto, ilustrado, de una versación jurídica muy amplia y de extraordinario poder de convicción. Su estilo era ajeno a la retórica ampulosa, prefiriendo una lógica empleada con sumo rigor.

Estuvo en eso durante toda su vida profesional. De verdad, comenzó ya antes, cuando era estudiante. Entonces,

Luis Emilio Recabarren recabó y obtuvo que la F.E.CH. estableciera una oficina denominada de Defensa Jurídica de los Obreros. Sus fundadores fueron Carlos Contreras Labarca y Jorge Jiles Pizarro. Tomaron parte en acciones judiciales memorables en favor de campesinos de la comuna de Catemu, en la provincia de Aconcagua, y de otras zonas, y en gran cantidad de juicios en que se reclamaba la atención de reivindicaciones de los trabajadores y se oponían al desalojo de arrendatarios de cités y conventillos. El contacto con Recabarren influyó poderosamente en sus vidas y a poco andar ingresaron ambos al Partido Comunista. También en esa oficina de la F.E.CH. conocieron a las estudiantes, que colaboraban en la defensa de los obreros y campesinos, las futuras abogadas Claudina Acuña y Elena Caffarena, que fueron sus esposas.

Jorge Jiles enseñó al Partido Comunista de Chile a apreciar el valor de las *normas jurídicas*. Constantemente advertía contra cualquier amago de «legalismo», o sea, de atribución fetichista a una disposición legal de un protagonismo social por sobre las relaciones humanas concretas, o igualmente contra el «leguleyismo», al cual lo entendía expresado en los asomos de suplantar la vida por mal entendidas fórmulas inconsistentes de Derecho. Pero valorizaba altamente, considerándola inseparable de la lucha por la democracia y de su conquista, la obtención de la vigencia de mecanismos, recursos y disposiciones legales. Como comunista consecuente, era una demócrata acendrado y un amante del progreso jurídico. Lo que alegaba ante los Tribunales tenía la fuerza y la solidez de obedecer a convicciones muy profundas. Recuerdo una hermosa charla que desarrolló en el local de su Comité Local, el de la Séptima Comuna de Santiago, en la calle Cuevas, precisamente sobre el tema de la dialéctica de la democracia y la juricidad, en que mostró ambos valores insuflados de contenidos de clase, los desmitificó, pero a la vez los presentó como objetivos humanos históricos que en nuestro siglo se impregnan de un contenido de liberación nacional y social.

Este enfoque marxista lo inducía a es-

tar muy alerta contra toda arbitrariedad, en especial contra las prevaricaciones y con mucha decisión contra lo que afectase los derechos conquistados por la clase obrera y por el pueblo. Su vida limpia, nítida y combativa es una contraposición en toda la línea a lo que representa la barbarie fascista entronizada a sangre y fuego el 11 de septiembre de 1973.

Ya antes de ese putsch sangriento, las fuerzas reaccionarias y algunos demócratas inconsecuentes propiciaron o aceptaron determinadas conductas e incluso normas que abrían paso a la arbitrariedad y pudieran ser estimadas predecesoras del despotismo fascista. Lo más conocido al respecto fue la Ley de Defensa de la Democracia, conocida como Ley Maldita; pero hay mucho más y Jorge Jiles estuvo constantemente denunciándolo en forma concreta, así como igualmente Elena Caffarena. Por ejemplo, ella, con gran lucidez escribió hace un cuarto de siglo un estudio sobre el contrabando antidemocrático que se escondía tras el establecimiento en la legislación chilena de los Estados de Emergencia y de las funciones que atribuían a las Fuerzas Armadas.

Cuando se escriba la historia del Partido Comunista de Chile se deberán registrar numerosos aportes de Jorge Jiles. En los años 30, dos sucesivos Congresos del Partido lo designaron miembro de su Comité Central. A continuación, pasó a ser invariablemente integrante de otro organismo diferente, que generalmente presidió, la Comisión Revisora de Cuentas, cuyos informes se entregaban directamente a los Congresos y al Comité Central. Recibió la Medalla Luis Emilio Recabarren.

Era muy conocida su generosidad con el Partido, que siempre se empeñaba en que pasara desapercibida. Pero descolló como figura en la vida nacional representando dignamente a su colectividad. Fue el impulsor del Socorro Rojo Internacional en nuestro país, de la admirable Sociedad de Amigos de la Unión Soviética y del Instituto de Cultura Chileno-Soviético. En 1965 se le designó candidato a senador por la agrupación de Atacama y Coquimbo. En su calidad de vicepresidente de la Asociación Internacional de Juristas Democrá-

ticos bregó en defensa de los presos políticos españoles perseguidos por la tiranía de Franco. Otro capítulo importante de su vida estuvo dedicada a la prensa revolucionaria. Fue director del antiguo diario *Bandera Roja*, director fundador de la revista teórica *Principios*, director del destacado diario vespertino *Frente Popular* y uno de los organizadores de la empresa editorial que dio nacimiento a *El Siglo*. Sólo una vez desempeñó una función pública, por algunos meses: la presidencia de la Caja de Amortización.

Se han cumplido recientemente veinte años de su muerte. Para entender el desarrollo democrático de nuestro país desde las luchas de cuando en Chile repercutía la revolución soviética hasta la Unidad Popular, es indispensable profundizar en la acción sin tregua de revolucionarios eminentes como él. Hay mucho que aprender de este hombre, «abogado del Partido Comunista», como se le designaba con afecto, militante de la célula «Gerardo Seguel» de la Séptima Comuna de Santiago.

Una multitud acompañó sus restos al cementerio y esos funerales se caracterizaron porque todo lo que se dijo ante su tumba salió de los marcos rutinarios y correspondió a los méritos del chileno desaparecido. Hablaron esa tarde, ante ministros de Estado, parlamentarios, abogados y miles de obreros,

Volodia Teitelboim por la Comisión Política del Partido Comunista, Francisco Barros Robínson por los abogados de izquierda, René Frías Ojeda por los abogados comunistas, Lautaro Ojeda por el Partido Democrático, Alfredo Harrington por el Comité Local comunista de la Séptima Comuna, Francisco Coloane por el Instituto Chileno-Soviético, y el presidente del Senado, Salvador Allende, cuya alocución final tuvo un gran eco al reconocer en Jiles a uno de los forjadores de la unidad socialista-comunista, decirse su discípulo y realzar la proyección de su pensamiento en lo que sería el programa del futuro gobierno.

Fue un avance duro, difícil, tormentoso el de las fuerzas populares de Chile en el medio siglo en que Jorge Jiles, desde que conoció a Recabarren y fue enrolado por él, se entregó con pasión a la lucha revolucionaria por la democracia y por el socialismo. Es un medio siglo fundamental en nuestra historia nacional. El fascismo ha tratado de aplastar su impulso, sin conseguirlo. Reviste importancia que las nuevas generaciones sepan de gente como Jorge Jiles Pizarro. En un país que, entre otras desgracias, ha sufrido la de contar con muchas rúbulas y otros tantos tinterillos, Jiles reivindicó los valores del Derecho con un humanismo de buena ley, su sentido histórico de la juricidad y su militancia comunista.

Varia intención

EL AUTOR PREFERIDO DE REAGAN

Pocos conocen al autor más leído de los Estados Unidos: Louis L'Amour, que falleció el pasado 10 de junio a los 80 años. Hasta ese momento llevaba publicados 101 libros, con doscientos millones de ejemplares vendidos. Ha sido traducido a doscientos idiomas.

En 1983, Ronald Reagan lo recono-

ció públicamente como su autor preferido, y dijo en un reportaje que nunca se iba a dormir sin leer antes algunas páginas de L'Amour, quien desde entonces le envió siempre el primer ejemplar —firmado— de cada nuevo libro. En 1983 el presidente de los Estados Unidos lo condecoró con la *Medalla Presidencial de la Libertad*, y en 1984 se convirtió en el primer escritor que reci-

bió la *Medalla de Honor del Congreso*, una condecoración antes otorgada a Thomas Alva Edison, Charles Lindbergh, Jonas Salk, Robert Frost y John Wayne.

Para Louis Dearborn L'Amour, Norteamérica era su casa (*America is my home*), y para Norteamérica Louis L'Amour fue su escritor.

Lo excepcional de su obra es que todos sus libros siempre se consiguen: los 101 títulos se reeditan constantemente. Ninguno dejó de venderse. Pese a esto, L'Amour es un desconocido en el medio literario.

«Somos un país muy particular en algunos sentidos. Los críticos aman las categorías. Ellos creen que si no se puede clasificar a alguien, no vale la pena ocuparse de él. Yo soy un escritor de *westerns*, y el *western* ha sido siempre considerado como una literatura de tercera o cuarta clase.» A principios de los años 80, las bibliotecas de los Estados Unidos discutían si incluir o no entre sus acervos libros publicados como «ediciones de bolsillo» (*paperbacks*). En 1984, después de las condecoraciones, el diario de la prestigiosa y centenaria *American Libray Association* (Asociación de Bibliotecarios Norteamericanos), le dedicó la portada y un amplio reportaje. L'Amour, cuyos libros aparecen siempre en edición *paperback* con un tiraje inicial de un millón de ejemplares, explicó: «No hay razón para que un *western* no sea buena literatura, así como tampoco hay razones para que un *paperback* no sea un buen libro.»

Louis L'Amour nació en una típica familia norteamericana y a los 15 años dejó el hogar para recorrer el mundo, cosa que hizo casi hasta los 30, sobreviviendo con los más variados oficios. Cuando regresó a casa, comenzó uno nuevo: escribir cuentos. Los hacía de misterio, de deportes, de aventuras, del oeste. Los enviaba a las revistas, y tuvo suerte: consiguió publicar en las mejores. Sus historias aparecían en *Harper's*, *The Atlantic Review*, *The American Mercury*. Llegó la segunda guerra, que lo ocupó durante cuatro años, al cabo de los cuales recomenzó. Un cuento del lejano oeste, *Hondo Lane*, fue publicado en *Collier's* y el editor lo convenció para que lo estirara un poco, y lo publicara como libro en una colección de

paperbacks de gran tiraje. El cine y la televisión habían puesto en crisis a las revistas literarias, y los editores ensayaban con el libro de bolsillo como un nuevo producto de masas. *Hondo* tuvo mucho éxito, y entre los lectores estuvo un joven actor que buscaba un buen libro para protagonizar. El actor se llamaba John Wayne, y con el éxito de *Hondo* comienza la gran historia del escritor más leído de los Estados Unidos de América. Ronald Reagan, en campaña para la reelección, sabía lo que hacía cuando lo daba como su libro de cabecera.

Los libros de Louis L'Amour dejan siempre alguna enseñanza. Todos tienen moraleja; L'Amour tiene una ética invariable. Los buenos (cowboys) siempre triunfan sobre los malos (piel rojas). El orden y el progreso del país que será su *home*, todo lo justifica. La Ley siempre triunfa sobre la ilegalidad, el orden sobre el caos. «Una de las cosas que más cuido en mis libros, es que la gente siempre trata de superarse a sí misma. Chicos que bajaron de las montañas de Tennessee logran leer y escribir, estudiando de noche.»

Treinta de sus novelas llegaron al cine, protagonizadas por Sean Connery, Yul Brynner, Alan Ladd, Sophia Loren y John Wayne.

L'Amour escribió hasta poco antes de su muerte, y siempre se mantuvo fiel a sus principios. Ninguna moda literaria lo pudo influenciar. A un crítico del *New York Times* le explicó: «No entiendo qué pasa hoy que ponen tanto énfasis en el sexo, cuando Dostoievski, Tolstoi, Balzac en sus mejores novelas, Anthony Trollope, Charles Dickens — todos los grandes novelistas —, no escribieron sobre sexo. Estos *cowboys* trabajaban 14 a 18 horas por día, entonces cuando llegaban a la cama, estaban muertos.»

Guillermo Schavelzon

ARAUCARIA ARAUCANA

Su nombre autóctono es PEHUEN o piñonero. Originaria del cono Sur de América, crece en la cordillera de los Andes, entre los 800 y los 2.000 metros de altitud, en la región de la Araucanía. Su

fruto constituyó el alimento primigenio de los pueblos primitivos de esa zona, que en mapuche se llaman pehuenches, hombres del piñón.

Es la especie más notable de la flora chilena. Es una conífera y, como tal, una de las plantas más grandes y a la vez más antiguas del mundo.

Las coníferas fueron contemporáneas de los grandes reptiles, que desaparecieron junto a otras especies vegetales y animales, en los grandes cataclismos. La *Araucaria araucana* sobrevivió. Se la considera una suerte de fósil viviente. Algo así como la porfía de la vida frente a la muerte.

Para fructificar, la polinización ocurre a través del viento. El fruto se agrupa en un cono o cabeza, estrechamente apretados unos contra otros, obra con que la naturaleza lo protege de los grandes temporales hasta que está en sazón.

El pehuén o piñón, bien conocido de los chilenos, llega a todo el territorio, pero es particularmente apreciado y útil para los habitantes de la zona misma, quienes suelen quedar aislados en los malos tiempos del Invierno.

La cosecha del piñón se hace al comenzar el Otoño y, para realizarla suelen organizarse expediciones a sitios lejanos.

Sin embargo, en muchos casos no podría lograrse el preciado fruto sin ayuda de los choroyes que, precisamente al comienzo del Otoño, vuelan en bandadas sobre los bosques de *Araucaria araucana*, que llegan a alcanzar 70 u 80 metros de altura, para picotear sus conos. Y basta un picotón para que la cabeza se derrame en sabrosa cascada de piñones.

La *Araucaria araucana* también ha emigrado a otras tierras y ha fructificado. En 1976, Sir Archibald Menzies llevó los primeros ejemplares a Inglaterra, luego de una expedición frente a las costas de Chile. Uno de ellos llegó a los Reales Jardines Botánicos en Kew y actualmente existen muchísimos ejemplares en parques, jardines y casas particulares.

Integra la familia Araucariaceae, que consta del género *Araucaria*. Y ésta, a su vez, incluye por lo menos quince especies de árboles, todos de hoja perenne y originarios del hemisferio Sur. La

especie chilena es la más antigua de todas. Ha sobrevivido a todos los cataclismos.

Texto que acompañaba las invitaciones repartidas a propósito del acto de homenaje a la revista *Araucaria* realizado en Santiago.

CUMPLIO ORDENES

Con la agilidad de los veinte años, un oficial israelí bajó sobrecorriendo de un jeep militar y tocándome el hombro me lanzó a la figura: te deseo un buen reportaje antisemita. Y sin darme tiempo a réplica alguna, corrió hacia el vehículo donde lo esperaban tres soldados armados con sus ametralladoras apuntando hacia un grupo de jóvenes palestinos de un campo de refugiados de Gaza, territorio ocupado por Israel desde hace veinte años.

Enviado de TF-1 (televisión francesa) a realizar un reportaje sobre el problema palestino, confieso haber quedado perplejo. Era la segunda vez, en menos de una hora, que me acusaban de antisemita por el simple hecho de estar cubriendo una manifestación contra el gobierno de Israel en una ciudad cuyos habitantes son todos palestinos. Minutos antes, un sargento de claro acento uruguayo, había justificado su presencia en Gaza, remitiéndose a una frase «familiar» en la boca de un militar: «cumplio órdenes». Cuando le recordé que los nazis esgrimían el mismo argumento para excusar sus crímenes durante la segunda guerra mundial, me miró fijo y sin pestañear, me contestó: antisemita.

Esa mañana los estudiantes de la Universidad Islámica de Gaza habían protestado contra la ocupación israelí, obteniendo como respuesta descargas de metrallera que dejaron un saldo de cinco heridos. A medio día, los heridos por bala continuaban afluyendo al Hospital Shifa, donde jóvenes palestinos los acogían con consignas libertarias. Uno de ellos declaró ante la cámara: «sí el mundo persiste en ignorar el drama de mi pueblo, nos veremos obligados a abandonar el ramo de olivo y cambiarlo por un arma de la cual nos serviremos hasta alcanzar la libertad».

Tarea difícil, pero no imposible, pensé con egoísmo, viendo en ese manifiesto el rostro de un joven chileno de «La Victoria», decidido a utilizar cualquier medio de lucha por sacudirse del ejército de ocupación pinochetista. Porque al fin y al cabo, cualquier semejanza entre los enfrentamientos de Santiago o de Gaza no es una simple coincidencia. Quizás la única diferencia reside en saber si los chilenos conocen en detalle la lucha del pueblo de Arafat como los palestinos las peripecias de la del de Allende.

Entre tanto, ambos utilizan especialmente el arma más temida por toda fuerza de ocupación: permanecer en su tierra combatiendo con su presencia al intruso. A esta regla de base agregan —cuando las circunstancias lo permiten— las manifestaciones callejeras, las bombas molotov y de vez en cuando, acciones armadas que hacen reflexionar a aquellos que en el simple relato de tales sucesos ven en Israel la marca del antisemitismo y en Chile la del comunismo.

Peligroso ejercicio mental descrito con maestría por Stanley Kubrick en su última película «Full Metal Jacket», cuando denuncia que los soldados norteamericanos en Vietnam carecían de base ideológica para justificar su presencia en un territorio extranjero, porque sólo los entrenaron para cumplir una orden precisa: MATAR.

José Maldavsky

MAURICIO ELECTORAT: «UN BUEY SOBRE MI LENGUA»

Al fin uno de los jóvenes poetas chilenos más seleccionados con antologías y publicado en revistas entrega su libro. Ediciones GrilloM (Joinville Le Pont, París, Francia) edita este cuidado volumen de 60 páginas con versión en francés de Cristóbal Santa Cruz y Waldo Rojas y una miniatura original de Luis Hermosilla para cada ejemplar. Es el octavo título de la Colección de Poesía de esta perseverante casa editora, a cargo de Gustavo Mujica. Si de los jóvenes poetas chilenos, tan prestos a editar, hubo un libro esperado, este era «Un buey so-

bre mi lengua». Electorat no se prodiga en textos. Si no todos, la mayor parte de los 18 poemas que contiene el libro no son inéditos. En este caso es virtud de Ediciones GrilloM el reunirlos en un solo volumen.

Electorat es un riguroso poeta tensionado entre la gigantesca y ruinosa urbe del subdesarrollo latinoamericano (Lima, Santiago, Sao Paulo) y el tiempo virginal y brutal de la conquista. Así nos habla de un matadero de reses, de una playa que recibe toda la basura contemporánea (neumáticos, corchos, botellas vacías) mientras imagina las visiones de Colón al «descubrir» América. Con frecuencia recae en callejones, puentes, perros, humo por las paredes, bodegas, ferrocarriles, muros orinados. Y también en el Virreynato de Lima, los esclavos escapados, las piedras de Sacsayhuamán.

Sus imágenes son de una vitalidad cinematográfica: son verdaderamente imágenes que se proyectan con nitidez en la pantalla del cráneo. Placer de leerlo y releerlo. El «lenguaje natural», como llaman los computerizados a La Palabra, guarda intacto todo su secreto y su goce. La lengua no habla del alma, es el alma. Y esto Electorat lo sabe.

Culmina este espléndido volumen (el adjetivo «espléndido» es plenamente responsable) con un apocalíptico poema, «Por la región del aire» donde contempla la tierra desde el vuelo de un avión:

*Y atravieso los fríos campos del aire
entre un punto y otro del planeta vacío:
enorme mancha cercada por las aguas
arenosa y eriaza.*

Radomiro Spotorno

ARRAU EN GRANADA

«Arrau arrebatador», «Escultor del alma del piano», «Pianista mítico», «Genio interpretativo», «Escultor-poeta del piano», «Gran virtuoso», «Gran intérprete de la línea romántica», «Portentoso hombre», fueron algunos epítetos y elogios que la prensa española brindó al pianista chileno, Claudio Arrau —chillanejo como Violeta Parra y ciudadano de profunda devoción libertaria—, por

su brillante interpretación en el xxxvii Festival Internacional de Música y Danza de Granada, en julio del 88. Se temió su ausencia en este festival granadino pues veinte días antes se canceló un concierto en París por su estado de salud y su avanzada edad. Sin embargo, esta eventualidad tenía otro fundamento: el trágico fallecimiento de su hijo (de cincuenta y nueve años) en un accidente de tráfico. La pena, el abatimiento era evidente en su rostro y en su andar cansino, por lo que no concedió entrevistas a los medios de comunicación. No obstante, tras denodados esfuerzos y con gran gentileza accedió a conversar telefónicamente con esta comentarista.

Arrau ha vivido casi toda su vida fuera de su país natal. Su madre, Lucrecia León, mujer perseverante y sabia, al descubrir su prodigiosidad allanó todos los obstáculos para que su hijo hiciera la carrera musical. Su padre había muerto joven. A los cinco años dio su primer concierto en Chillán, luego otros recitales en Santiago y Valparaíso. En 1910 el gobierno de Pedro Montt y el cuerpo diplomático escucharon un concierto del niño Arrau. En el año 13, por mediación de Barros Luco, se le concedió una beca para estudiar en Berlín. Allí, acompañado de su madre, perfeccionó su técnica con Martín Krause y completó sus estudios humanísticos*. Volvió a Chile en el año 21 en medio del fervor popular, ofreciendo conciertos entrañables. Retornó a Europa para proseguir su perfeccionamiento, a la vez que empezaban las giras internacionales. Le tocó presenciar acontecimientos terribles para la humanidad: la primera Guerra Mundial, del 14, y los albores del advenimiento del fascismo europeo, razón que lo hizo emigrar a USA. Ha actuado en todo el mundo, incluyendo la Unión Soviética (1929, 1930, 1968). (En Moscú y Leningrado las entradas se agotaron dos horas después de haberse anunciado sus recitales).

Hasta 1987 daba entre 70 y 80 conciertos al año.

Su vocación pacifista y solidaria lo ha impulsado a dar conciertos benéficos como el que brindara en el Royal Festi-

val Hall, en Londres, en pro de Amnistía Internacional; o el que ofreciera en Santiago de Chile, en 1983, en la Vicaría de la Solidaridad.

A dos días del concierto en Granada cundía la desazón por la ausencia del maestro. Por fin arribó a la ciudad, con su mujer y su manager, instalándose en una hermosa suite del hotel Palace Alhambra, junto a los monumentales palacios de Carlos V y Nazarés. Allí inició sus ensayos en un piano especialmente instalado para sus ejercicios, rodeado de un ambiente de naranjos y magnolios. Por la mañana del día del concierto concurre al Auditorio Manuel de Falla para señalar el sitio exacto de la ubicación del piano. Charló con el afinador y dando un rodeo al instrumento y sin tocarlo dijo: «es un hermoso piano». Se recluyó en su suite y no salió de ella hasta una hora antes del recital. Se le notaba un tanto nervioso. Repasaba los últimos detalles de sus partituras entre sorbo y sorbo de leche. En ese momento le entregaron un manifiesto de un grupo de exiliados chilenos residentes en Granada. Era un testimonio de homenaje a su persona, acompañado de una rosa roja. Arrau repasó brevemente el escrito y, emocionado, lo guardó en su maletín junto con la rosa. El manifiesto había sido publicado aquel día por el diario *El Ideal* de Granada con el titular de «Arrau y la libertad». En él se destaca la vocación libertaria de Arrau, su repudio al fascismo de Alemania, en 1933, negación de todos los valores humanistas; su permanente apoyo a la cultura; su mensaje de adhesión en 1975 a la Reunión de la Comisión Investigadora de los crímenes de la Junta Militar chilena, que se efectuó en Atenas y en el que expresó su apoyo al restablecimiento de la democracia y libertad de su país. El concierto se retrasaba. El público, expectante, abarrotaba la sala. Arrau hizo su aparición en el escenario aferrado a una azafata. Su paso era trémulo, vacilante. Una ovación saludó al maestro. El programa incluía dos sonatas de Beethoven, la número siete en Re mayor y la 32, en Do mayor opus 111. Esta última la sustituyó esa noche por la sonata 26 en Mi Bemol mayor «Les adieux», que el sor-

* V. Araucaria N.º 42, «Claudio Arrau: La magia y el genio», pp. 97-114.

do de Bonn formulara como «Adiós, ausencia, reencuentro». Qué duda cabe que era, en cierta medida, su propio homenaje a la memoria de su hijo... Quizá por ello no permitió que se grabara ni se filmara el concierto. Durante su interpretación se transfiguró, parecía estar ausente, en el limbo, por momentos transido de dolor. Hizo gala de su técnica, que es sólo un medio para transmitir música, técnica que dimana de un digitalismo virtuoso, transcendental y su preocupación permanente de estudiar a fondo al compositor, su obra completa, su entorno histórico, cultural, su vida. Respetar al máximo al autor y su obra, manteniendo la fidelidad del texto musical ha sido una constante en la vida de Arrau. A ello hay que agregar el soporte psicoanalítico al que recurrió en 1924 y desde entonces en adelante, y que le permitió el desbloqueo psicoemocional que le producían los escenarios, unido a la práctica de una previa relajación total en cada concierto.

Las obras de Beethoven y Liszt son difíciles e intrincadas; requieren un perfecto conocimiento de las partituras y de sus valores matemáticos de tiempo, con la exactitud de un metrónomo. Y he aquí al maestro, frente al teclado, lúcido, equilibrado, con agilidad digital pasmosa, con una pulsación y soltura incomparables, que subyugaban al público. En el Cantabile estableció la plenitud de la comunión, y también en el Vivacissimo. En la segunda parte, la interpretación de las obras de Liszt «Les yeux d'eau à la ville d'este», «Années de pelerinage» y «Après une lecture de Dante», demostraron que Arrau es uno de los más grandes maestros del piano del siglo xx. El

final fue apoteósico: diez veces salió a saludar al público.

Al día siguiente Arrau fue con su comitiva a la Alhambra y al Generalife en visita privilegiada con el patrocinio de la Concejalía de Cultura. Recorrió el Patio de los Arrayanes, de Los Leones, el Partal, Arrau es un humanista con una información enciclopédica, lector impenitente que lee entre tres y cuatro horas diarias (recuérdese que Augusto Pinochet dijo a los periodistas que lee cada noche quince minutos).

El día domingo hizo gala de su chilenidad y su afición por los mariscos: concurre con su mujer y acompañantes al restorán Cunini, especialistas en platos marineros, en la Plaza Bib Rambla.

Concluimos esta crónica con expresiones de Arrau sobre los jóvenes chilenos y la cultura. A aquellos que hoy admiran y veneran a sus poetas, músicos, pintores, a los que modelan la cultura del país les envió un cariñoso mensaje en estas palabras: «Pese a la distancia los jóvenes están en mi corazón. Son maravillosos por serlo. Les diría que perseveraran con estudio y más estudio y dedicaran varias horas a la lectura. Y a los jóvenes músicos, que lean cuanto sea preciso sobre la biografía del compositor, que estudien el conjunto de su obra y no sólo una parte, que lean sobre la época...».

Claudio Arrau es un humanista a la manera de los hombres del Renacimiento. Como otros chilenos, anda por el mundo haciendo de heraldo del arte, de la cultura y de la libertad.

Ruth González Vergara

POLITICA

María Eugenia Rojas
La represión política en Chile
 IEPALA, Madrid, 1988.

En una breve introducción, la autora, que a lo largo de todos estos años de régimen fascista ha trabajado, con entrega y dedicación totales en la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas y en PIDEE (Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Excepción), describe la dificultad de su tarea. Esta consistía en reseñar, de manera sintética, a través de casos típicos, diez años de represión en Chile, desde 1973 hasta 1983. Demoró algo más de un año en realizarlo, en lograr, como ella dice, «una documentación coherente», sobre la base de miles de denuncias, publicaciones de prensa, escritos judiciales, testimonios y otros antecedentes que constituyen la evidencia de la represión criminal.

En medio de esta labor, María Eugenia Rojas se vio, una vez más, afectada de manera directa por la represión. José Manuel Parada, casado con su hija Estela Ortiz, fue degollado, junto con Manuel Guerrero y Santiago Nattino, en marzo de 1985.

La autora escribe sobriamente: «Durante 1985 hubo semanas en que no fue posible tener el más pequeño espacio de serenidad para continuar el trabajo: una vez más, mi familia había sido dolorosamente golpeada. Fue necesario un gran esfuerzo para comprender que era mi deber continuarlo, porque había adquirido un compromiso de hacerlo y mi deber para con todos los que durante estos años han sufrido.»

Agrega que su labor en FASIC fue desde el comienzo el registro y documentación de los hechos represivos que han afectado a las personas que acuden a los diversos programas de asistencia social.

El libro tiene un Prefacio firmado por IEPALA, la institución patrocinante de la edición, en la que se sitúan los hechos descarnadamente recopilados por María Eugenia Rojas, en una perspectiva política, describiendo el «contexto ineludible» en el que esta represión se desarrolla. Es una exposición breve, que complementa adecuadamente el material básico, buscando las razones de la prolongada situación violatoria a los derechos humanos en Chile. Sostiene que «la represión masiva, generalizada y sistemática constituye una característica estructural del régimen chileno en el cual la dimensión de la seguridad con sus correlatos de inteligencia y represión adquirió desde un primer momento considerable relevancia.»

El trabajo de María Eugenia Rojas está dividido en tres capítulos y un epílogo. El primero, Antecedentes, explica con minuciosidad cómo está organizada la represión en Chile. Aunque, por cierto, la mayor parte de estos datos son conocidos por quienes han venido siguiendo con atención, dentro y fuera del país, este aspecto de la dictadura, la sintética presentación que aquí se logra, permite confirmar un hecho que el régimen niega empecinadamente. A saber, que la represión, en todas sus formas, las «legales y las, digamos, «ilegales», el uso sistemático de la tortura, los asesinatos o ejecuciones sumarias —a lo que debe agregarse en los últimos años como elemento especialmente relevante, la actuación de supuestas bandas terroristas incontroladas—, corresponde rigurosamente a una planificación institucional. Es el resultado de una política premeditada, aplicada con toda deliberación, reglamentada metódicamente.

El capítulo II, sobre la tortura, estremece por el contraste entre la serenidad científica del texto de la autora —que se limita a enumerar sistemas de uso más frecuente, lugares donde se practica, ritmos de aumento y disminución de las denuncias al respecto— y los desgarradores testimonios de las víctimas,

escogidos casi siempre como elemento de ilustración.

El capítulo III, «Detenidos-desaparecidos», demuestra sin lugar a dudas la responsabilidad del régimen en esta forma particularmente cruel de la represión. El epílogo es básicamente una recopilación estadísticamente de cifras de la represión.

La represión política en Chile es, a la vez un documento estremecedor y un alegato intelectual equilibrado y convincente, que confirma, aunque la autora evite plantear conclusiones políticas, la radical inhumanidad del régimen establecido por medio de la violencia y su incapacidad institucional de renunciar a la represión como medio fundamental de su supervivencia.

J. M. V.

John A. Detzner

Tribunales chilenos y Derecho Internacional de Derechos Humanos

Ed. Tiempo Nuevo, Santiago, 1988.

No puede haber sido fácil para el Tribunal Constitucional condenar a Clodomiro Almeyda. A la ardua faena de malinterpretar la ley se sumaba la elaboración de una apariencia erudita que hiciera pasar lo aberrante por equitativo. En parte rompió esta responsabilidad ficticia el voto de minoría.

Entre los fundamentos de la condena constitucional al ex Canciller Almeyda estuvo la supremacía absoluta del derecho interno por sobre el derecho internacional de derechos humanos, a pesar de la Carta de las Naciones Unidas, la Declaración Universal, de 1948, y el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, de 1971, suscritos y ratificados por Chile, que fueron justamente invocados por la defensa del acusado.

Ese problema —la vigencia en el país de la normativa de derechos humanos aprobada por la comunidad internacio-

nal, y por Chile, como integrante de ella— es el tema del libro del jurista norteamericano John A. Detzner.

El autor, un reputado especialista graduado en la Universidad de Harvard, trabajó en nuestro país en un programa de intercambio con la Academia de Humanismo Cristiano y la Comisión Chilena de Derechos Humanos, y realiza una original y minuciosa indagación que sigue la metodología propia de las obras jurídicas anglosajonas.

Concluye que el derecho internacional de derechos humanos, convencional y consuetudinario, tiene en Chile plena vigencia y debería ser aplicado en plenitud, para lo cual sugiere diversas estrategias de defensa como forma de ir presionando a los tribunales renuentes a hacerlo. En forma irrefutable, demuestra también que el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos está vigente en nuestro país a pesar de que la dictadura, luego de ratificarlo y promulgarlo en 1976, no lo ha publicado en el Diario Oficial, con lo cual sostiene que no se puede aplicar en Chile; Detzner entrega elementos que prueban que se ha producido un reconocimiento de hecho por la propia invocación que la dictadura ha hecho del Pacto Internacional y, además, porque su no publicación constituye un recurso doloso que pondría a Chile fuera de la comunidad internacional.

Detzner apoya sus tesis en numerosos antecedentes internacionales y también en casos jurisprudenciales chilenos. Muestra cómo se ha producido un sesgo negativo en la conducta de los tribunales que en materias menos sensitivas no han vacilado en aplicar el derecho internacional que, sin embargo, rechazan para el plano éticamente superior que tiene que ver con la vida, la libertad y la integridad física y psíquica de las personas.

Recuerda que la Corte Suprema en 1955, en el caso Lauritzen contra el Fisco, reconoció el derecho a indemnización a particulares cuyos barcos habían sido expropiados durante la Segunda Guerra Mundial, invocando para ello, entre otros argumentos, la Declaración Universal de Derechos Humanos y la Carta de Naciones Unidas. Y que en 1984, la Corte Suprema dio protección

a un grupo de copropietarios de un bosque de araucarias amenazado de tala, acogiendo su reclamación basada, entre otros fundamentos, en la Convención Internacional sobre protección de la flora, la fauna y las bellezas escénicas naturales en América Latina.

Observa con ironía que no hay más que «un corto paso jurídico para que la Corte proteja, bajo un estado de excepción o no, los derechos humanos fundamentales», a partir de esta protección prestada a los árboles autóctonos.

El autor remarca la «honorable tradición de basar sus fallos en la fuerza de la razón» que ostentan, según él, los tribunales chilenos y espera que tarde o temprano acojan las normas de derecho internacional y presten así apoyo efectivo al ejercicio de los derechos ciudadanos. Detzner no profundiza en las razones de la pasiva tolerancia, cuando no colaboración, hacia los abusos del poder que han mostrado los tribunales, salvo distinguidas excepciones, en estos quince años. Hay aquí otra tarea pendiente para los investigadores que deben ser capaces de explicar objetivamente las razones de esta claudicación y de esta tradición no precisamente «honorable» de los tribunales chilenos, si queremos contar en el futuro con un sistema judicial que sea un instrumento efectivo para el ejercicio y protección de los derechos personales y sociales y el adecuado funcionamiento de una sociedad democrática.

La obra de John A. Detzner representa un avance notable en la temática de la defensa judicial de los derechos humanos, aunque es muy dudoso que sus tesis tengan éxito en pleno régimen fascista. Con todo, su valor científico y su orientación humanista, la convierten en un auténtico aporte solitario.

HERNAN SOTO



FILOSOFIA

A. Berten, E. Devés, O. Fernández, S. López y A. Serrano

La Philosophie en Amérique Latine. Problèmes et Perspectives

(Actas del Seminario de Filosofía Latinoamericana, Instituto Superior de Filosofía, Universidad Católica de Lovaina, Bélgica) Louvain-La-Neuve, CIACO, 1986, 149 págs.

Los cinco artículos, que conforman el contenido de este libro, son parte de un Ciclo de Conferencias sobre la Filosofía Latinoamericana, que se llevó a cabo en el mes de mayo de 1984 en Lovaina-La-Nueva. Cada una de dichas ponencias trata de responder, desde diferentes ángulos y a partir de distintos temas, a la ingente cuestión de una filosofía situada al interior de los complejos problemas culturales y sociopolíticos que afectan al subcontinente. El trabajo de E. Devés es un ensayo antropológico, bastante perspicaz, acerca de la praxis y el pensamiento del hombre «sarmientino». El artículo de S. López destaca las diferentes teorías lógicas de C. Vaz Ferreira, filósofo uruguayo, que preanuncian los análisis sobre el lenguaje ordinario puesto en relieve por la filosofía analítica; tema de gran actualidad en el pensamiento contemporáneo. La conferencia de O. Fernández es una original reflexión sobre la lectura que hace el pensador peruano C. Mariátegui de la obra de Marx. El trabajo de A. Berten es un intento de pensar el problema de una filosofía latinoamericana a partir de las categorías de la filosofía europea contemporánea. Por último, el artículo de A. Serrano es un original y documentado análisis de los problemas y tareas que implica una filosofía de la liberación.

Los cinco trabajos presentados, en estas Actas, son un valioso aporte a la discusión cultural e ideológica que implica la perspectiva de una filosofía acorde a los problemas propios de nuestra tierra morena; ellos no ocultan, empero, las

dificultades y limitaciones de una filosofía situada cultural y geopolíticamente en relación a la llamada «filosofía clásica». Este volumen colectivo es una excelente muestra de una de las líneas más fecundas de la investigación filosófica actual en Latinoamérica; investigación que se ubica en la más genuina tradición de pensamiento que desde la década de los 50 desarrollan varios grupos de filósofos y pensadores de diferentes países americanos.

Es de esperar que esta iniciativa de intercambio y colaboración, entre intelectuales y pensadores del subcontinente, se continúe repitiendo, a diferentes escalas y tanto en Europa como en nuestros países, a fin de permitir el intercambio de los variados estilos, corrientes y opciones ideológicas que enriquecen la vida cultural de la tierra mestiza, más aún en el caso de una disciplina que puede aportar, decisivamente, a una reflexión más rigurosa de las teorías, símbolos y vivencias que definen nuestra cultura.

RICARDO SALAS A.

MEMORIAS

María Pilar Donoso

Los de entonces

Ed. Seix-Barral, Barcelona, 1987.

María Pilar Donoso debuta como escritora con un libro que lleva bajo el título, en la portada interior, una discreta indicación entre paréntesis: «Recuerdos». El título alude, suponemos, a los versos de Neruda:

*Nosotros los de entonces
ya no somos los mismos*

que, más allá de la verdad general que encierran, como verificación del transcurso del tiempo, adquiere un significado, una resonancia especial respecto de esta autora, que publica su primer libro a los 60 años y que, a pesar del feminismo militante que proclama, prefiere emplear el apellido literariamente pres-

tigioso de su marido (José Donoso), en vez del suyo propio, Serrano.

Hija de un diplomático, casada más tarde con un escritor que buscó deliberadamente el destierro, nacida en Bolivia, María Pilar Donoso pasó en La Paz sus años infantiles y el comienzo de su juventud; vivió más tarde en Egipto, el Egipto monárquico y decadente de Farouk, refugio de reyes destronados y de aristócratas desplazados; luego en Madrid, bajo Franco; en Buenos Aires; en el pueblo aragonés de Calaceite; en fin, en el Santiago de Pinochet. Una vida que pudo haber estado destinada a la frivolidad permanente del jet-set y de los cocktail-parties, que adquiere finalmente un sentido severo, en el regreso a las raíces americanas, a Chile.

Los mundos por donde peregrinó María Pilar en sus años juveniles han dejado de existir en cierta medida o se han desplazado. Esas realezas sin reinos, esos príncipes y esas princesas sometidos a retorcidas y aberrantes normas de conducta, con sus existencias lánguidas que se arrastran de una fiesta a otra; esas representaciones de «Aída in situ», es decir, de la ópera *Aída* de Verdi en medio de la esfinge y las pirámides reales, iluminadas con potentes reflectores hasta parecer reproducciones en cartón piedra de sí mismas; la preocupación obsesiva por los manjares, las golosinas, las joyas, la moda y la complicada esgrima de los flirteos y de los noviazgos dinásticos, configuran toda una sociedad artificial que sobrevive con dificultades cada vez mayores y que sufre una permanente reducción de sus bases territoriales de sustentación, como de sus caudales, aunque todavía sus esplendores llenan páginas de revistas como *Jours de France* en París, *¡Hola!* en Madrid, o *Cosas* en Santiago.

Los recuerdos de María Pilar se leen en estos capítulos iniciales con la atención distraída con que hojeamos tales revistas en la antesala del dentista y se resienten por el exceso de nombres de personajes que no llegan a serlo. Sin embargo, y el fenómeno ofrece un interés especial, el libro va ganando en penetración y garra a medida que avanza. Es como si la narradora aguzara su capacidad de observación a medida que madura.

En el capítulo madrileño nos encontramos, entre otros, con Simeón y Margarita, «reyes» de Bulgaria, que «viven sus roles de monarcas en el exilio con gran dedicación. El pasa hasta doce horas al día en su despacho, emplea secretarios que lo ayuden en su trabajo...»

¿Qué trabajo puede tener un rey sin reino, que vive lejos de su país — hoy un Estado socialista — desde hace medio siglo? La respuesta es simple: se dedica a los negocios. Es un «businessman» muy activo, director de varias empresas. Este rey-negociante lleva más de 30 años viviendo en España. «Llegó cuando iba aún al colegio, allí ha hecho su vida y se casó con una española: Margarita Gómez Acebo...» «La primera reina Gómez de la historia», dicen en Madrid. Simeón y Margarita se preocupan de conservar las formas y fórmulas protocolares que prescribe un rango... simbólico... Esto llevado hasta el final en las prácticas sociales. Cuando acuden a cenas o almuerzos, por ejemplo, se aseguran de ser los últimos en llegar y no les agrada cuando algún invitado se retira antes que ellos, rompiendo la misma regla protocolar. Además, esperan que sus amigos les den «tratamiento», es decir, se dirijan a ellos llamándoles «señor» y «señora» en tercera persona, como es de rigor aun para los intercambios con las altezas reales en esos círculos. Incómoda exigencia: «¿Quiere el señor un poco más de pavo...?» o «¡Qué hermoso vestido lleva la señora esta noche!»

Nos explicamos el shock de la joven nacida en La Paz al regresar en 1952 a su patria, después de los largos años de la vida de las embajadas y los salones en El Cairo y Madrid. Su sensación de un mundo limitado, chato, ínfimo en sus preocupaciones y sus alcances. María Pilar relata con sinceridad total su experiencia de artista plástica frustrada, que se inicia con un encuentro con don Cecilio Guzmán de Rojas, director de la Escuela de Bellas Artes de La Paz, maravillado de que una muchacha de «mi clase y condición» quisiera estudiar arte, quien le asegura que será una gran pintora, sin haber visto ni una sola línea trazada por ella.

«Le creí y cambió mi vida. Perdí diez años viviendo la ficción de un talento del

que carezco o que tengo en grado mínimo. Soy aficionada a la pintura, paso en los museos horas felices, pero no me interesa — lo compruebo dolorida por el tiempo desperdiciado — dedicarle toda mi vida. Diez años más tarde estaba en crisis esta «falsa vocación» que me había llevado a hacer exposiciones en El Cairo y Buenos Aires (con cierta benigna atención de la crítica), cuando conocí a quien después debía ser mi marido. Le mostré mis cuadros y él, con franqueza temeraria que le agradezco, me dijo que no tenía ningún talento, que quienes me alababan me mentían. Después del primer desconcierto, dejé mis pinceles con un suspiro de alivio. Ahora sueño pintar con placer alguna vez, pero sin la pretensión ni la exigencia de ser artista.»

La franqueza, precisamente, una manera seca y algo desabrida de decir lo que piensa (¿tal vez esto venga del lado vasco de su personalidad, un rasgo barojano?) es lo que da el tono de estos recuerdos, que son, por otra parte, discretos y notablemente carentes de malevolencia o picardía.

El capítulo final, «Santiago tras las rejas», no gira, como los anteriores, en torno del eje de una o varias fiestas. Describe fundamentalmente la cárcel de mujeres de San Miguel, las mujeres que se encuentran en ella, y nos trae el relato de la detención de algunas horas que sufrió la autora junto con José Donoso, durante una visita a Chiloé en 1986. Aquí el tono se hace más periodísticos y objetivo, aunque por cierto María Pilar no oculta su censura al régimen del autodenominado capitán general.

María Pilar Donoso alcanza altura poética en el capítulo que dedica a los años de Calaceite, el poblado aragonés donde acompañó a su marido mientras éste escribía *El obscuro pájaro de la noche*, *Tres novelitas burguesas*, *Casa de campo* y otros libros. Pero la literatura de José Donoso, no es su tema. Lo es, en cambio, la vida del pueblo, con su arquitectura y sus costumbres ancestrales y las tertulias con Buñuel, los Goytisolo y otros amigos, pocos.

Hay en el libro, además, retratos interesantes de Carlos Fuentes, de Kurt Vonnegut, el notable escritor norteamer-

ricano, de Nelson Algren, y referencias casuales, que tienen escaso interés, a una cantidad enorme de escritores de diversas nacionalidades, encontrados al azar de las fiestas y las conferencias.

JOSE MIGUEL VARAS

NARRATIVA

Ana María del Río

Oxido del Carmen

Santiago, Ed. Andrés Bello, 1987.

Un tema importante, acaso central, en la literatura burguesa del siglo xix y también del xx es el que podríamos denominar, siguiendo la original expresión inglesa, «el esqueleto en el armario» que utilizó Somerset Maugham como título de una de sus novelas más logradas. Se trata no sólo de los orígenes bastardos sino, en general, de los secretos tenebrosos que esconden las familias principales de la aristocracia o de la gran burguesía. Historias de incestos, de abortos, de monstruos, de relaciones pecaminosas, de envenenamientos, de fraudes, de testamentos falsificados y de chiflados más o menos pintorescos, más o menos repulsivos, a quienes se mantiene durante años, o decenios, ocultos a la vista de los ajenos.

Esta temática está presente también, cómo no, en la literatura chilena. La encontramos en *Coronación*, en *El obsceno pájaro de la noche*, y en otros libros de José Donoso; en *El peso de la noche* y *Los convidados de piedra* de Jorge Edwards. Reaparece últimamente en las obras de varios autores de promociones más recientes que intentan, con mayor o menor fortuna o madurez, novelar la vida de la oligarquía chilena de puertas adentro.

Un ejemplo es *Oxido del Carmen* de Ana María del Río.

Una breve novela de 62 páginas (no muy llenas) laureada con el Premio María Luisa Bombal 1986, que otorga la Municipalidad de Viña del Mar. Aparece bajo el sello de la muy oficialista Edi-

torial Andrés Bello. Ana María del Río evoca con gracia una infancia y una adolescencia incandescentes de deseos reprimidos, pero no logra convencernos de la autenticidad de sus personajes adultos. La ferocidad sádica de tía Malva, que obtiene el apoyo de la Iglesia Católica en su expresión más retrógrada, para destruir a la pícara Carmen, autora de un diario de vida excesivamente osado, resulta excesiva. Difícil de creer. Y la docilidad con que Carmen se deja destruir contrasta en exceso con la vitalidad que antes ha revelado. Sin embargo, esta pequeña novela tiene el mérito de mostrar y, por cierto, de condenar la moralina hipócrita y un mundo espiritual feudal, de raigambre española, que se pudre pero, de algún modo, sobrevive.

También hay aquí un loco, el loco de la familia, no demasiado atractivo, el tío Ascanio, que mantiene en su cuarto lo que él y la abuela llaman «su Tienda Avícola». Simplemente, un gallinero.

«Parece que tío Ascanio, en un principio, recibía en su pieza pollitas futuras ponedoras, con el objeto de criarlas e inducir las a poner huevos para la venta. Creo que nunca pudo vencerlas y después, su madre, sin darse jamás por vencida, como rezaba el escudo de su familia, le compró los huevos, ya puestos, en una multitud de cajas de cartón violeta; pero el capital se le pudrió al corto tiempo porque el tío Ascanio nunca vendió nada; sólo se limpiaba las uñas con una lima eterna, mirando al frente, como si estuviera a punto de abrirse un portón invisible, lentamente maravillado de todo...

A Carmen y a mí nos encantaba — sigue el relato —. Era un ser casi transparente, sin ser en absoluto delgado, con la sonrisa más luminosa que vi jamás, y los pies de un olor imposible: aquí se prueba bien probado el amor, decía Carmen riendo, mientras subíamos a verlo.

Los pies del tío Ascanio eran inmensos y blancos. Siempre anduvo sin zapatos, a pesar de que mi abuela hizo venir empleados especiales de Calzados Rodríguez que aseguraban dejar correctamente calzado a cualquier pie,

y que no soportaron la ancha sonrisa de bienvenida del tío ni el olor que los empujó en cuanto abrieron la puerta. A mí me fascinaba la uña del dedo gordo del pie derecho: era un verdadero acorazado violáceo y él, sonriendo, sin decirnos nada, dejaba que se la tocáramos, dejaba cualquier cosa...

Estos personajes inertes, idiotizados y bondadosos, incapaces de enfrentar el mundo y de realizar hasta el más mínimo esfuerzo físico productivo, adquieren en la literatura chilena, a lo menos en lo que intenta retratar a las llamadas «clases altas», una presencia frecuente y un carácter casi alegórico. Ana María del Río no carece de talento literario.

VICENTE REYES

POESÍA

Enrique Moro

Gracias, Señor

Ediciones La Piedra Feliz, Valparaíso, Chile, 1988.

Afortunada denominación para la edición de este libro: «La Piedra Feliz» es un lugar consustancial con la historia y la vida de Valparaíso. No es tan afortunado el título de este poemario, pues induce al lector a una predisposición más bien religiosa, que no se compadece con el tono contingente, lúcido y vital del libro. Naturalmente, el título tiene su porqué: está tomado del poema más difundido y celebrado que ha escrito su autor.

Nacido en 1956, Enrique Moro ha vivido toda su juventud y prácticamente la mitad de su vida bajo un régimen de dictadura. Explíquese de esta forma que los poemas de este libro resultan algo así como una serie de indagaciones sobre una realidad compulsiva, de «golpes en la vida de la gente» y donde, parodiando el tango, «los inmorales nos han igualado».

Abrimos el libro y nos encontramos con un poema liminar, que es como una advertencia:

Chilenitos

Dulces chilenitos

Perdidos en la Ligua

En la línea

En la lengua

Dulces chilenitos.

Jugando con las palabras y con el sentido, trabucando hábilmente entre pasteles y esa dulzura chilensis adicta al diminutivo, este poema trasluce toda una autocrítica, con algo de subestimación y otro poco de un colectivo complejo de inferioridad, consciencia e inconsciencia de uno o más fracasos, de una o más derrotas colectivas.

Digámoslo sin ambages. Lingüística, emocional y temáticamente, la poesía de Moro representa a un vasto sector de nuestra nacionalidad, a una vasta gama social reprimida y desesperanzada. Acotemos que cuando Moro lee sus textos, gana rápidamente la adhesión de un público que se siente interpretado, que vibra y se comunica a través de esta poesía que vive catárticamente y en la que reconstruye sus estados de ánimo, sueños, frustraciones, rebeldías, la impotencia o el escape burlón y la convicción obsesiva de que «es basura este país / y la mierda que en él flota» o de que «aquí vamos al matadero / sin retórica ni metáfora». (La larga dictadura ha ocasionado una incalculable secuela de desengaños en Chile.)

Una imaginación ágil y un trato desconvencionalizado, liberal del lenguaje en el que se entremezclan rupturas del sistema y elementos de enumeración caótica, fraguan en hallazgos, nexos inesperados y originales para la expresión convencional, la jerga habitual o el mundo vivencial del hombre medio: «... abra los ojos las puertas del estadio / Su palabra romperá este lugar superpoblado / Su master, su original salida su exit y no su éxito / Su ronda de San Miguel / El que no ríe se va al cuartel / Vamos todos con flores a María con cochayuyos / Con azahares, con cebollas con las manos vacías / Y el corazón en calma...»

Juegos verbales y esa tendencia lúdica a desentrañar una plurivalencia de matices en las palabras, aportan, por un lado, gracia y vivacidad a la expresión lírica y, lo que es más trascendente, en-

cuentran siempre un asidero en contenidos éticos y sociales y, en particular, en una lucha por la dignidad individual y colectiva. Buen ejemplo al respecto es el poema que otorga título al libro. Con un yo lírica que se alza como voz de «todos los llorosos y apaleados de América» y en el que juegan un rol fundamental parámetros de cristiandad, el poema «Gracias, Señor» se estructura al mismo tiempo, como una acción de gracias y como una plegaria, como un enfrentamiento sarcástico con la divinidad («gracias por los barcos y los tanques / por los aviones y los torturadores») y como una fervorosa esperanza («Señor tú sabes el paradero / de los desaparecidos, así es tu gracia...»). Por ello mismo, tras la gradación ascendente de humildes plegarias procedentes de un mundo de desamparados, vibra con patética resonancia la petición última, que cierra el poema: «Señor, / Aquí con la democracia nos conformamos, / Por último, / Con una democracia cristiana, / Es así nuestro dolor / Y nuestra desesperación, / Señor.»

Escrita en un país donde «se calla de masiado», esta poesía es pertinente y positivamente contingente; nutrida de oprobios y sufrimientos colectivos que duelen «tanto como la patria», ella alienta también vitalidad y anhelos de liberación siempre vigentes en el pueblo.

GUILLERMO QUIÑONES

Luis Oyarzún
Tierra de hojas
 S.p.e., Santiago, 1987.

Tierra de hojas no es quizás la exacta disposición editorial de Luis Oyarzún, pero es, seguro, un homenaje, un conjuro e invocación de sus temas más íntimos y entrañables.

Demás está decir que en ella asombra el asombro, el asombro, tópico de la juventud y del filósofo, lo que hace estos versos tan novedosos, tan eternamente jóvenes, tan aún por descubrir y nos asombramos de tanto olvido oficial, de tanto olvido que los amigos de

siempre conjuran (Omar Lara, director de Ediciones Lar y Hubert Cornelius, director de la serie *El Mirador*).

De Luis Oyarzún aprendimos algo sobre la conciencia ecológica, algo porque no todo lo entendíamos o lo comprendíamos, ahora que eso está tan de moda o es ya tan postmoderno. Pero eso, a veces tan elegíaco o tan estadístico, tan necesariamente estadístico, no es aquí cifra, sino sensibilidad abierta, botánica, una poesía lectora de la botánica, casi escolar en su aprehensión de ella, pero intensa, reevocadora, porque no es sólo observación o un poético catastro natural, sino que preserva también un cierto sesgo alegórico, connotado a partir de la relación entre el contemplador y el espectáculo de los ciclos florales. Juegos florales, esta vieja metáfora para designar a la poesía o su práctica aledaña y que nos conduce aquí a la cercanía de la epifanía o del ágape mistraliano, se actualiza y vivifica a la par con la experiencia de estos versos.

Una constante estilística de la poesía de Luis Oyarzún es el uso certero y dosificado de la interrogación, el correlato gramatical del asombro. Una lección para tanto hacedor rotundo de versos.

¿Quién nos exige tanta prisa?

¿Para qué? ¿Para dónde? ¿Por qué tanta?

(Tranquilidad, pág. 10.)

Un poema que se refiere a la agitación, al «stress», al transeúnte agobiado de la megápolis neoyorquina, confrontada esta agitación con un llamado a la calma, con la melancolía o nostalgia quizás del flaneur baudeleriano, corregida por una propuesta de felicidad posible, irónica:

Un joven negro corrige mis preguntas.

Para qué preguntar, Yo soy feliz.

Un poema que se refiere a la agitación, al «stress», al transeúnte agobiado de la megápolis neoyorquina, confrontada esta agitación con un llamado a la calma, con la melancolía o nostalgia quizás del flaneur baudeleriano, corregida por una propuesta de felicidad posible, irónica:

*Un joven negro corrige mis
preguntas.
Para qué preguntar, Yo soy feliz.
Amaestro fieras en la calle.*

(Tranquilidad, pág. 11)

Pero volvemos a la botánica, que es un correlato de la vida humana: de sus ciclos de nacimiento, amor, nupcias y muerte; pero también algo más, que se nos rehusa:

*La rosa futura jamás pronunciada
Que sólo a ella se pertenecía.*

Esa naturaleza es mundo en sí, críptico, inabordable, al cual entonces el espectador hablante del poema vuelve las espaldas, respetando sus fueros:

*Vi la rosa. Me detuve ante el polen
Abejas se doraban en él.
Volví entonces a jugar con el aire.*

A la vez que trasunta una nostalgia vegetal, lo vegetal como un mundo, me atrevo a decir moral, inalienable, un reino especular que se nos ofrenda como espectáculo y a la vez imagen posible. Es decir, lo vegetal no es sólo un pretexto ecológico o el lamento por su destrucción, sino el fundamento de una utopía, de un mundo posible, en que las relaciones rituales y sociales con sus conflictos se atenúan, se neutralizan y se ofrendan en el espectáculo de su intrínseca e incommunicable apoteosis:

*El tulípero inmóvil
se deshoja en su trono.*

El deshojarse, un acto de despojamiento, negativo, es aquí potestad de la flor conforme al rito de su magnificencia.

No es extraño entonces que el proyecto de muerte del hablante sea aquí también la secreta nostalgia de una muerte propia que se esfuma en la identidad con la materia vegetal, no un viaje vegetal macrocósmico como en Neruda, sino como un acto epilógico:

*Me dormiría en este vientre seco
regresando otra vez a la corteza
de la tibia quietud que me envuelve
a la tierra final de mi destino.*

Entrada en dirección a una identidad mística, inmóvil, contemplativa, como nos propone cercanamente Jaime Que-

zada en *Atrolabio* o antes, en algunos textos de Gabriela Mistral.

La poesía de Luis Oyarzún no es sin duda sólo eso y no nos ocuparemos de otros temas o funciones que ella aborda o se propone como: la problematización de la mirada: «Pero el ojo es oscuro y la luz no lo alumbra...» (pág. 16); poesía como registro viajero: «Habíamos llegado con los últimos soles» (Venecia, pág. 22) o los homenajes de amistad como «A D. Juan Guzmán en su cabaña»:

*En su reloj cansado ondulan
ovaciones
de un gran teatro del mundo de
esferas empañadas.*

Sirva este breve nota como pretexto para regresar en la ilusión de las palabras y participar en ese homenaje del cual el libro también es parte.

WALTER HOEFER

Mario Milanca Guzmán
La isla, el reino, el sueño
Caracas, Ediciones Envés, 1986,
56 págs.

La poesía aparte de relacionarse con una determinada tradición poética y cultural de la cual es deudora, modelo o quiebre, importa también en su relación con el lenguaje, con un lenguaje asediado, embargado o enriquecido por el medio en que se desarrolla. En el caso de Milanca son dos, me parece advertir, las coordenadas poéticas que gravitan en su poesía: a) una tradición chilota, insular, ligada a nombres como Renato Cárdenas, Carlos Alberto Trujillo y Sergio Mansilla, o más lejos a Rubén Azócar. Quizás la forma de asumir el tema sería cierta adhesión lárca, lo que implica citar también una determinada tradición poética chilena, asumida y definida por Jorge Teillier, y de ninguna manera clausurada como lo ha demostrado el propio Teillier con su último libro. Se caracteriza ésta por una perspectiva nostálgica, sugiriendo amenazas, embargos y pérdidas del sentido original del territorio poéticamente tematizado. b) La tradición universitaria

penquista (Concepción), pensamos en la poesía de Cociña, Miquea, manifestada en la revista *Envés*, y que evoca el sello editorial de Milanca, pero también en la tradición crítica: Jaime Concha, Gilberto Triviños, Roberto Hozven y otros, y que se caracteriza por cierta problematización de las relaciones textuales, de las referencias programáticas y metapoéticas.

En primer lugar hay que leer el libro de Milanca en su significado literal, como conjuro y lamento por la pérdida de su territorio original, la isla, extrarreferencialmente quizás la isla de Chiloé, lugar de origen del poeta, pero como mera referencia léxica, reducida a una singularidad léxica y geográfica, a una simple lectura conceptual del diccionario, como reducción a la pura materialidad de sus significantes. Pero se trata también de una territorialidad amenazada, casi metafísicamente embargada por una catástrofe, pura obsesión de la memoria.

En un segundo momento la isla es el reino, el lugar de la proveniencia y he ahí que se evoca la analogía con el retorno de Ulises, que ha interiorizado su Itaca, y que es a la vez Telémaco y Ulises, pero un Ulises que no puede ni quiere regresar.

El libro, o mejor dicho el poema, es una elegía, pública y privada a la vez. La pública, la del exilio general y compartido; y la privada, como lamento soslayado, asordinado y privadísimo, por la muerte de la madre, su destinataria final, receptora ficticia y real del poema.

Pero la madre es también la mediadora escatológica con el mundo de postrimerías al que ha quedado reducido a juicio del enunciador principal su territorio original y de ahí se explica su negativa, exteriorizada como consejo maternal, a volver.

Ciertamente como elegía no tiene la fuerza emocional del *Requiem* de Díaz Casanueva, un desideratum modélico en la poesía chilena. Esta emoción necesaria aquí, no como mera exigencia tradicional, sino como fundamento de la evocación y de su revocación, requeriría una cierta fuerza al estilo de Saint John Perse o Neruda para legitimar lo evocado, y que no puede ser substituida por meras enumeraciones lexicográ-

ficas o préstamos de la jerga náutica. Otro recurso, un uso o abuso consagrado en la poesía chilena nueva es su prodigalidad en el uso del papel en blanco, un subrayado por ausencia de la importancia de la palabra impresa, ello implica solemnizar el espacio en que lo impreso se desenvuelve y prodiga, pero que tiene el riesgo de generar una expectativa muy grande en torno a su certeza, verosimilitud y eficacia. Subrayado natural y material de la inexistencia del texto es también una forma de solemnizar el espacio de la escritura, de acuerdo con una especie de pretensión territorial de la nueva poesía chilena y cuya manifestación extrema es la utilización del cielo de Nueva York por Zurita. El poeta busca un nuevo espacio y ningún espacio le es ajeno, para precisamente simbolizar el espacio usurpado. Otra de cuyas manifestaciones es la alteración del texto oficial por excelencia, «La canción nacional» y cuyo texto se siente o experimenta también como malversado, de ahí que se le cite elípticamente (Cf. también con Zurita) como también lo practica Milanca:

*Puro () es tu cielo azulado
azulado sembrado de
voces/sembrado de gestos...*

(pág. 29)

Pero esto no hace sino probar que la distancia geográfica o el desgarramiento forzado del exilio, no se han impuesto en cierta capacidad de conjuro poético comunitario en el discurso literario y cuya fuerza reside en esta forma opaca e indirecta de comunicación germinal, pero en la que prevalece cierta unidad, cierta certera esperanza.

S. N.

Varios autores

Trauma, duelo y reparación

Ed. Interamericana, FASIC, Santiago, 1987.

Como una muestra de perseverante valentía puede calificarse la labor de los organismos humanitarios que ayudan en Chile a las víctimas de la represión y que

se han constituido en un sistema de instituciones de derechos humanos, inédito por lo menos en la experiencia reciente de América Latina.

Destaca entre ellos, desde 1975, la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas (FASIC), de marcado sello ecuménico dentro de su orientación protestante, una de cuyas realizaciones más notables parece ser el Programa Médico Psiquiátrico que posibilita la recuperación de personas y grupos afectados por acciones represivas y que, en nueve años, ha entregado varios miles de atenciones profesionales.

Ligada a su práctica terapéutica, surgió en los especialistas de FASIC la inquietud por estudiar la magnitud del daño sufrido por las víctimas y reflexionar sobre su significado y proyección, «el contenido de nuestro trabajo ha sido directamente el dolor y el padecimiento psíquico...», dicen. Lo hicieron con rigor científico y amplia base testimonial. Fruto de este esfuerzo es este libro que comentamos, *Trauma, duelo y reparación* (una experiencia de trabajo psicosocial).

Un grupo de psiquiatras y psicólogos, en su mayoría mujeres (Lira, Weinstein, Maggi Neumann, Domínguez, Salamovich, Pollarollo, Becker y otros), volcaron allí sus experiencias con torturados y familiares de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos. Definen la tortura de un modo que ejemplifica bien la objetividad de los trabajos recopilados: «La tortura intenta destruir al detenido en tanto «enemigo», «prisionero de guerra» u «opositor» a un régimen político. Las técnicas de quebrantamiento físico, psíquico y moral se dirigen a la información

del sujeto, pero también al aniquilamiento de su voluntad, su autoestima, sus vínculos afectivos y sociales, sus lealtades, sus creencias, su integridad física, en fin, su identidad. La tortura es una agresión a la totalidad del ser humano, atenta contra la persona en su conjunto y uno de sus objetivos centrales consiste en la destrucción del individuo en tanto persona» (pág. 50).

El obispo metodista Isaías Gutiérrez valoriza en este libro la doble voluntad de testimonio y rescate del olvido de hombres y mujeres supliciados y, al mismo tiempo, su «aporte a la reconciliación que necesitamos, basada en la verdad, la justicia y el amor».

Destacable mérito de este trabajo en que en él aparece su contexto histórico, lo que permite situar claramente sus raíces sociales en el fascismo que impera en Chile. A ello ayuda un informativo esbozo histórico sobre la represión realizado por M. Eugenio Rojas.

Cierra este libro sobrecogedor un epílogo del obispo católico, Jorge Hourton. Dice en parte: «La crudeza de este testimonio es un símbolo revelador de su autenticidad y no en un propósito morboso de mantener su horror vivo. La mejor prueba de que las víctimas no han fabulado su experiencia es justamente la dificultad que tuvieron los(as) psicólogos(as) clínicos para obtener estas confesiones y sacarlas a la luz por sobre los mecanismos de autocensura. La sociedad chilena, también detenida y torturada por algunos años, pero no desaparecida, debe realizar su propia catarsis colectiva.»

H. S.

